

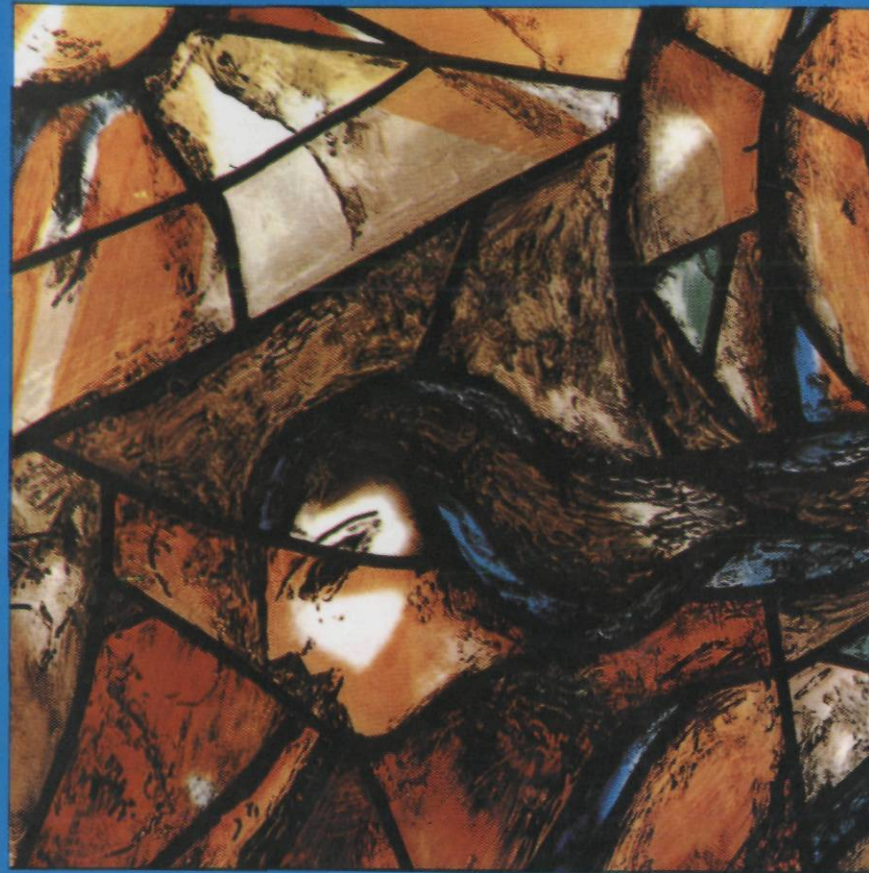
Clasifíquese: DOCTRINA - TEOLOGIA
Ref. 220.245
ISBN 84-7228-330-5



editorial clie

J. M. MARTINEZ - MINISTROS DE JESUCRISTO - TOMO XI - VOLUMEN 1

CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA



TOMO XI - VOLUMEN 1

MINISTROS de JESUCRISTO MINISTERIO Y HOMILETICA

JOSE M. MARTINEZ

**CURSO DE FORMACION
TEOLOGICA EVANGELICA**

**CURSO DE FORMACION
TEOLOGICA EVANGELICA**

Volumen XI - 1

**MINISTROS DE
JESUCRISTO**

(Ministerio y Homilética)

LIBRERIA LUZ

Carrera 3a. No. 22-47

Tel. 332-487 - A.A. 1316

Pereira

CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA:

- I. INTRODUCCION A LA TEOLOGIA**
Por J. Grau
- II. UN DIOS EN TRES PERSONAS**
Por F. Lacueva
- III. EL HOMBRE: SU GRANDEZA Y SU MISERIA**
Por F. Lacueva
- IV. LA PERSONA Y LA OBRA DE JESUCRISTO**
Por F. Lacueva (en preparación)
- V. DOCTRINAS DE LA GRACIA**
Por F. Lacueva
- VI. LA IGLESIA, CUERPO DE CRISTO**
Por F. Lacueva
- VII. ESCATOLOGIA: FINAL DE LOS TIEMPOS**
Por J. Grau
- VIII. CATOLICISMO ROMANO**
Por F. Lacueva
- IX. HISTORIA DE LA IGLESIA**
Por J. Grau (en preparación)
- X. ETICA CRISTIANA**
Por F. Lacueva
- XI. MINISTROS DE JESUCRISTO (en 2 tomos)**
Tomo 1: MINISTERIO Y HOMILETICA
Tomo 2: PASTORAL
(Manual para pastores, misioneros y predicadores),
por J. M. Martínez

**PUBLICADO BAJO LOS AUSPICIOS DE LA
«MISION EVANGELICA BAUTISTA EN ESPAÑA»**

CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA

Volumen XI-1

MINISTROS DE JESUCRISTO

(Ministerio y Homilética)

por

José M. Martínez



Libros CLIE
Galvani, 115
08224 TERRASSA (Barcelona)

MINISTROS DE JESUCRISTO
(MINISTERIO Y HOMILÉTICA)

© 1977 por José M. Martínez

Reservados todos los derechos
Pueden ser impresos fragmentos citando el autor y
el libro de procedencia

3ª edición aumentada

Depósito Legal: B. 33.976-1989
ISBN 84-7228-329-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

INDICE ·

PRÓLOGO	7·
-------------------	----

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL MINISTERIO

CAP. I. <i>El ministerio a la luz del Nuevo Testamento</i>	13
CAP. II. <i>Requisitos del ministro (I). — Vocación</i>	28
CAP. III. <i>Requisitos del ministro (II). — Un carácter santificado (a)</i>	37
CAP. IV. <i>Requisitos del ministro (III). — Un carácter santificado (b)</i>	49
CAP. V. <i>Requisitos del ministro (IV). — Una preparación adecuada</i>	59
CAP. VI. <i>Los problemas del ministro</i>	70
CAP. VII. <i>Los recursos del ministro</i>	86

SEGUNDA PARTE

EL MINISTERIO DE LA PREDICACION (HOMILETICA)

CAP. VIII. La predicación cristiana	101
CAP. IX. La preparación del sermón.	116
CAP. X. Tipos de sermones	134
CAP. XI. Materiales del sermón	152
CAP. XII. Estructura del sermón.	167
CAP. XIII. Clasificación de los sermones en función del texto	181
CAP. XIV. El estilo en la predicación	198
CAP. XV. El acto de la predicación	210
Apéndice 1	227
Apéndice 2	248

PROLOGO

Durante los últimos lustros, la literatura evangélica en lengua española ha ido enriqueciéndose con obras teológicas de gran valor. Paralelamente al progreso en el campo de los comentarios bíblicos, se ha avanzado en el campo de la Teología Sistemática. Todavía es mucho lo que en ambos terrenos se debe lograr; pero lo conseguido es una ayuda inestimable para cualquier persona que desee perfeccionar su formación bíblico-teológica.

No puede decirse lo mismo, sin embargo, del adelanto en el terreno de la Teología Práctica. Aunque han ido apareciendo libros de mayor o menor enjundia sobre homilética y sobre poiménica (pastoral), muchos ministros del Evangelio han echado de menos una obra que de modo global cubriese lo más importante no sólo de la Teología Pastoral, sino también de otras secciones de la Teología Práctica, esenciales en su labor.

Con MINISTROS DE JESUCRISTO no se pretende suplir plenamente esa necesidad. Simplemente se ofrece una contribución a tal fin. Nadie advertirá más que el autor las lagunas inevitables del libro. Un tratamiento amplio de cada una de las partes de la Teología Práctica habría obligado a rebasar los límites de esta obra y producir una enciclopedia. Y aunque no se descarta la posibilidad de tal producción en el futuro, la presente obra ha de mantenerse dentro del contorno de lo esencial. Se han omitido secciones enteras, tales como Gobierno de la Iglesia y Misiones, mientras

que otras (Culto y Educación, por ejemplo) se tratan en el reducido espacio de sendos capítulos. Sólo así ha sido posible dar mayor amplitud a las partes consideradas como más necesarias.

Creemos, no obstante, que aun las expuestas de modo más sucinto o esquemático resultan relativamente completas como base de orientación pastoral. El conjunto de la obra tiene este carácter orientativo más que exhaustivo, pues una de sus finalidades es que sirva de acicate para ulteriores y más amplios estudios. Pero al mismo tiempo hemos procurado que nuestro trabajo resultase lo más cabal posible —siempre dentro de las limitaciones— de modo que viniese a ser un auxiliar apreciable del ministro en sus principales tareas y responsabilidades.

Como podrá observarse a simple vista, la obra está dividida en tres partes. En la primera, se examina el ministerio en su perspectiva bíblica, con sus características, requisitos, problemas y recursos. La segunda está dedicada íntegramente a la homilética. La tercera, sobre pastoral, se subdivide en dos secciones: cura de almas y función directiva del pastor. En todas ellas se ha intentado establecer unos criterios básicos elaborados con miras a resaltar los aspectos prácticos de cada cuestión.

La terminología, salvo en los casos en que se ha hecho imprescindible el rigor científico, corresponde más bien al lenguaje religioso, lo que debe tenerse en cuenta al interpretar determinados términos.

MINISTROS DE JESUCRISTO ha sido escrito con un concepto amplio del término «ministro», pensando no sólo en los pastores que dedican todo su tiempo a la obra del Evangelio, sino también en los ancianos (pastores igualmente según el Nuevo Testamento) o diáconos que componen los consejos de las iglesias, en los evangelistas, misioneros, líderes de grupos de jóvenes o de mujeres y en cuantos de algún modo tienen responsabilidades de predicación, enseñanza, cura de almas o liderazgo cristiano.

Cuando el libro se use con fines didácticos, convendrá tener en cuenta la extensión y densidad de cada capítulo y el profesor habrá de sentirse en libertad para desarrollarlo dividiéndolo en dos o más lecciones.

Los cuestionarios no pretenden ser más que una pauta para trabajos de examen. Pueden ser sustituidos por otros, aunque en todo caso, y como norma general, es recomendable no formular preguntas cuya respuesta se encuentra de modo claro y explícito en el texto. La finalidad primordial del cuestionario no es la memorización, sino la reflexión.

En lo concerniente a bibliografía, hemos optado por una selección más bien reducida. Una larga lista de títulos, en la que casi inevitablemente han de incluirse obras de dudosa calidad, es poco útil para quien no anda sobrado ni de tiempo para extensas lecturas ni de recursos económicos. Y éste suele ser el caso de muchos ministros del Evangelio. El autor ha escogido únicamente aquellas obras de las que él mismo tiene conocimiento directo, y aunque no todas las estima de igual valor ni se identifica siempre con la totalidad de su contenido, opina que todas pueden ser útiles para quien lee con discernimiento.

En el enfoque y desarrollo del libro, no nos hemos sujetado rigurosamente a esquemas tradicionales. Hemos preferido dar mayor atención y espacio a aquello que en la práctica más interesa a un ministro, motivo por el cual el criterio pragmático priva sobre el meramente académico. A ello ha contribuido la experiencia acumulada en el transcurso de treinta años de pastorado.

Precisamente porque el autor ha simultaneado durante todo ese tiempo la predicación y la cura de almas con la enseñanza, difícilmente puede despojarse por completo de su estilo de predicador y pastor al escribir una obra de tipo didáctico. Esperamos que este hecho, más que un defecto, pueda significar una mejora. Al fin y al cabo, escribimos para personas que, en su mayoría, son o serán predicadores.

La obra que el lector tiene en sus manos contiene, como queda dicho, una buena dosis de experiencia personal. Muestra el ideal del ministerio cristiano, pero el autor mismo confiesa no haberlo alcanzado totalmente. Su progreso en los diferentes campos de labor ministerial no ha sido parigual y reconoce hallarse en todos lejos de la perfección; pero ha comprobado que la conciencia de los propios defectos es tan aleccionadora y estimulante como la de los logros. Por eso hace suyas las palabras de Pablo: «Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fil. 3:13, 14).

Con espíritu de fraternal compañerismo, ofrece esta obra a quienes se ocupan en el ministerio cristiano o se sienten llamados a él y a cuantos desean saber más de esa esfera maravillosa. Quiera Dios usarla para bendición de sus siervos y de su Iglesia.

Capítulo I

EL MINISTERIO A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO

Primera parte

En su naturaleza

El ministerio cristiano es en don del Señor glorificado a su Iglesia para que ésta sea edificada y se expanda en la tierra.

En un sentido amplio, la Iglesia entera tiene encomendada un ministerio (Ef. 4:12). El conjunto de los santos constituye el cuerpo de Cristo (Ef. 4:13; 1o. Cor. 12:4, 5; 1 Cor. 12:12-27) mediante el cual el Salvador se da a conocer en el mundo. La Iglesia en su totalidad ha recibido la gran encomienda de predicar el Evangelio; es el «pueblo adquirido para anunciar las virtudes de Aquel que lo llama de las tinieblas a su luz admirable» (1 Ped. 2:9). Paralelamente, y con objeto de que esté capacitada para cumplir esta encomienda en su misión, la Iglesia debe crecer espiritualmente (Ef. 4:13-16). Para este desarrollo exige una tarea permanente que no se lleva a cabo por todos los miembros, sino por algunos, especialmente capacitados y edificados por el Señor mismo (Ef. 4:12).

Consideraciones generales sobre el ministerio

Lo que se va a exponer a continuación es el fundamento bíblico del ministerio cristiano. No se trata de una exposición sistemática, sino de una exposición bíblica.

CAPÍTULO I

EL MINISTERIO A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO

Su naturaleza

El ministerio cristiano es un don del Señor glorificado a su Iglesia para que ésta sea edificada y se expanda en la tierra.

En un sentido amplio, la Iglesia entera tiene encomendado un ministerio (Ef. 4:12). El conjunto de los santos constituye el cuerpo de Cristo (Ef. 4:15, 16; Rom. 12:4, 5; I Cor. 12:12-27) mediante el cual el Salvador se da a conocer en el mundo. La Iglesia en su totalidad ha recibido la gran encomienda de predicar el Evangelio; es el «pueblo adquirido para anunciar las virtudes de Aquel que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable» (I Ped. 2:9). Paralelamente, y con objeto de que esté capacitada para cumplir más eficazmente su misión, la Iglesia debe crecer espiritualmente (Ef. 4:13-16). Pero este desarrollo exige una labor formativa que no se lleva a cabo por todos los miembros, sino por algunos, especialmente capacitados y «dados» por el Señor mismo (Ef. 4:7-11). Es a estos hombres a quienes, en un sentido más restringido, se da en el Nuevo Testamento el nombre de ministros. Sus características y su labor constituye el objeto de esta obra.

Lo que ya de entrada hemos señalado muestra la naturaleza del ministerio cristiano. No es el resultado de una de-

cisión humana, sino de un propósito divino. Su realización es una manifestación más de la gracia divina. Es la acción, siempre admirable, paradójica, de un Dios santo y todopoderoso a través de hombres pecadores y débiles. Es el «tesoro» del conocimiento de la «gloria de Dios» contenido en «vasos de barro» (II Cor. 4:6, 7), una maravilla análoga a la que se observa en la Biblia y —en un sentido aún superior— en la persona de Jesucristo: lo divino y lo humano se entrelazan para llevar a cabo el plan de Dios de darse a conocer a los hombres a fin de salvarlos.

Esto hace del ministro un «colaborador de Dios» (I Cor. 3:9), lo que le confiere un honor inestimable. Pero tal sinergismo debe entenderse y vivirse con la humildad de quien se sabe profundamente indigno por naturaleza y ensalzado sólo por la gracia de Dios (I Cor. 15:10). El ministerio no tiene su base en un contrato entre Dios y sus ministros. Es una dignidad que El confiere a quienes llama en Jesucristo según su voluntad soberana.

Así resulta que el verdadero sujeto del ministerio es Cristo mismo, pues es El quien «dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros» (Ef. 4:11). Por supuesto, no debe deducirse que el ministro cristiano es un simple objeto, un instrumento inerte y totalmente pasivo. Nada más lejos de la realidad, pues en el ministerio halla quien a él es llamado la más plena realización de su persona, de sus facultades y de su acción. Pero sí se desprende claramente que el siervo de Jesucristo sólo cumple realmente su ministerio cuando se mantiene en una actitud de dependencia de su Señor, cuando es consciente de que la característica esencial de su trabajo es la de instrumentalidad. Lo que es y lo que hace debe estar siempre bajo la soberanía y la dirección del Espíritu de Dios, dado por Cristo a su Iglesia para formarla y guiarla. No caben, por tanto, autonomías de tipo humano y menos aún ansias de poder o de gloria personal.

Los términos griegos usados en el Nuevo Testamento

para designar al ministro cristiano son a este respecto altamente significativos. Consideremos los más importantes:

Diákonos. Tiene el significado de siervo, persona que ejecuta lo que otra le manda. En el Nuevo Testamento tiene una amplia aplicación. Es de destacar su referencia a Cristo (Luc. 22:27), el Siervo por excelencia, el *Ebed-Yahvéh* de Isaías, venido al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le había enviado. Se aplica también el discípulo de Jesús (Mt. 20:26; 23:11 y pasajes paralelos; Jn. 12:26); más a menudo, a los apóstoles y sus colaboradores (I Cor. 3:5; II Cor. 3:6; 6:4; Ef. 3:7; 6:21; Col. 1:7, 23, 25; 4:7; I Tes. 3:2) y, lógicamente, a los diáconos de las iglesias apostólicas (I Tim. 3:8).

Dulos (esclavo). Esta palabra enfatiza aún más que la anterior la idea de servicio en sumisión absoluta a la voluntad de un señor. A esta posición se humilló el Hijo de Dios (Fil. 2:7) y en ella deben mantenerse sus ministros. Es de notar el uso que los apóstoles hacen de este término para expresar su relación con Cristo (Rom. 1:1; Gál. 1:10; Sant. 1:1; II Ped. 1:1).

Hyperetes (vocablo compuesto de la preposición *hypo*, bajo, y *eretes*, remero). Era antiguamente el que remaba en una nave a las órdenes de un patrón y se aplicaba a quien actuaba bajo la dirección de otro. Lucas en su evangelio se sirve de esta palabra para referirse a los testigos de Jesús, «ministros de la palabra» (1:2) y Pablo se la apropia para sí mismo (Hec. 26:16; I Cor. 4:1).

Oikonomos, administrador. Pablo lo emplea para ilustrar la tarea de los ministros cristianos (I Cor. 4:1, 2; Tito 1:7) de administrar «los misterios de Dios», es decir, las verdades reveladas por Dios mismo y que nosotros hallamos ahora en la Escritura. El ministro no puede ni sustituir ni adulterar esas verdades. Al servir a los miembros de la familia de Dios, la Iglesia, ha de limitarse a dar sabiamente lo

que antes ha recibido del Señor de la casa (*oikodespotes*), a las órdenes del cual trabaja (1).

Por otro lado, conviene subrayar un aspecto negativo del ministerio cristiano. Queda descartada de él toda idea de función sacerdotal al estilo levítico o católico-romano. El ministro es un administrador espiritual, un maestro de la Palabra para la edificación de sus hermanos o para la evangelización (II Tim. 4:5). Pero *no* le han sido dadas prerrogativas de mediador o sacrificador. Es importante observar que en el Nuevo Testamento no aparece el nombre *hierurgos* (sacerdote que ofrece sacrificios) y el verbo *hierurgeo* es usado por Pablo una sola vez en sentido metafórico (Rom. 15:16); en este texto el apóstol habla de los gentiles convertidos mediante su predicación como una ofrenda aceptable a Dios, santificada por el Espíritu Santo; pero el servicio que a él le había correspondido fue simplemente el de comunicar el Evangelio.

La Iglesia ha sufrido graves males siempre que el sacerdotalismo la ha invadido, cuando sus ministros han pretendido arrogarse funciones superiores a las que claramente se hallan establecidas en la Palabra de Dios. Nadie debiera olvidar la tragedia del rey Uzías (II Crón. 26:16-21). Aun en las iglesias evangélicas, donde suele enfatizarse la doctrina del sacerdocio universal de todos los creyentes —que nada tiene que ver con un sacerdocio intermediario—, se han dado no pocos casos de hombres que han detentado una autoridad despótica, negación del concepto bíblico del ministerio.

Los vocablos griegos que hemos mencionado nos dan los rasgos esenciales del auténtico ministro. Comparar nues-

1. Véase el sabroso comentario que sobre la palabra *oikonomos* hace John R. W. Stott en su obra *El cuadro bíblico del predicador* (Cap. 1, Edit. CLIE). Sobre el ministerio en general, consúltese la 5.ª parte de *La Iglesia, cuerpo de Cristo*, por Francisco Lacueva, tomo VI, de este *Curso de Formación Teológica Evangélica*.

tra imagen ministerial con la imagen novotestamentaria y efectuar las correcciones necesarias es un ejercicio a menudo incómodo, pero siempre saludable, al que estamos obligados.

Pines del ministerio

Cuando Lucas hace mención expresa de ministro y ministerio de la Palabra (Luc. 1:2; Hec. 6:4), resalta la importancia que ésta tenía en la misión apostólica. Cualquier forma de ministerio ha de tener en el fondo una finalidad primordial: comunicar la Palabra de Dios. Esta comunicación presenta en el Nuevo Testamento dos formas principales: la evangelización y la enseñanza. Los apóstoles fueron llamados a predicar el Evangelio del Reino de Dios (Luc. 3:14; 9:2; Hec. 10:42) y a instruir a los creyentes dándoles a conocer toda la verdad de Dios, exponiéndoles todas las implicaciones espirituales, morales e incluso sociales que la aceptación del Reino comporta. En el texto de la gran comisión, aparecen con igual relieve la evangelización y enseñanza como elementos básicos de la labor encomendada a los discípulos de Jesús (Mat. 20:19, 20). Y Pablo, el gran ministro de Cristo, mostró una visión clara de su vocación cuando expuso a los creyentes de Colosas lo esencial de su labor y la meta de la misma: «Anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1:28).

En la práctica, no debiera disociarse nunca la evangelización de la enseñanza. El evangelista ha de saber enseñar y el maestro debe evangelizar. El Señor mismo nos da ejemplo de la combinación de ambas actividades (Mt. 4:23) y su ejemplo fue seguido por los apóstoles (Hec. 15:35). Toda dicotomía entre ambos modos de ministrar la Palabra puede tener resultados deplorables. La evangelización sin enseñanza suele conducir a la superficialidad; la enseñanza sin evangelización, al anquilosamiento. Este doble fenómeno ha po-

dido verse lastimosamente durante los últimos tiempos en algunos sectores de la Iglesia cristiana. Aun admitiendo la conveniencia de especialistas en cada una de las formas de ministerio cristiano, hemos de convenir con la declaración hecha por Carl F. H. Henry en el Congreso Mundial sobre Evangelización, celebrado en Berlín el año 1966: «En estos últimos años hemos de esforzarnos por llegar a ser teólogos-evangelistas más que seguir siendo sólo teólogos o sólo evangelistas» (2).

Sin embargo, con objeto de facilitar la comprensión de los fines del ministerio y de su enorme importancia, consideraremos por separado cada uno de ellos.

La evangelización

Dos son los verbos más usados en el Nuevo Testamento para indicar el anuncio del Evangelio en su alcance universal: *evangelizo* (anunciar una buena noticia) y *kerysso* (proclamar).

El primero de estos verbos solía usarse para comunicar la nueva de un gran acontecimiento, generalmente de carácter militar, como era la victoria sobre un ejército enemigo. Con ese significado aparece *evangelizo*, por ejemplo, en la Septuaginta, cuando entre los filisteos cundió la noticia de la derrota de Saúl (I Sam. 31:9; comp. II Sam. 1:20). Sentido análogo, aunque en un plano más trascendente, tienen los anuncios de Isaías relativos a la irrupción victoriosa de Dios en la historia de su pueblo (Is. 40:9; 52:7). El Reino de Dios se hace realidad con todas sus bendiciones maravillosas (Is. 61:1 y ss.). Idéntica línea de pensamiento sigue Juan el Bautista (Luc. 3:18; comp. Mat. 3:2). Cuando Jesús anuncia el Evangelio lo hace dentro del mismo marco de ideas (Lc. 4:43). Y los apóstoles no se salen de él; predicán a Jesucristo (Hec. 5:42; 11:20; 17:18) en estrecha relación

con el Reino de Dios (Hec. 8:12). ¡Jesucristo ha venido! es el anuncio evangélico, con lo que se quiere decir: Jesucristo es el enviado del Padre como Señor y Salvador. No sólo es portavoz del Reino; es el Rey mismo. Con sus prerrogativas divinas, trae perdón a los hombres que le reconocen y reciben e instaura entre ellos un nuevo orden de justicia, paz y amor. Las fuerzas del mal han sido vencidas; la misma muerte ha sido derrotada; el poder del Espíritu de Dios va a conceder a los hombres libertad y vida en su sentido más amplio y profundo. ¿Podía haber noticia más sensacional que ésta? Comunicarla al mundo era —y es— evangelizar.

El verbo *kerysso* es sinónimo del que acabamos de considerar. Significa proclamar, transmitir públicamente un mensaje. El *keryx* (heraldo) proclama los mensajes oficiales de reyes, magistrados, príncipes o jefes militares. El contenido de su mensaje era siempre importante y estaba revestido de la autoridad de quien lo enviaba. Esto explica que en el Nuevo Testamento se use también el mencionado verbo en relación con el Reino que en Cristo ha empezado a manifestarse en el mundo (Mat. 4:23; Mc. 1:14. Lc. 4:18, 19; Hec. 28:31). Por razón análoga a la expuesta en el párrafo anterior, Jesucristo es el centro de esta proclamación (Hec. 8:5; 9:20; 19:13; I Cor. 1:23; 15:12; II Cor. 4:5; Fil. 1:15). Sólo una vez (Hec. 10:36) se habla de la proclamación del Evangelio de la paz —y aun ésta por mediación de Jesucristo.

Este detalle es importante. Con demasiada frecuencia, la predicación del Evangelio es una mera presentación de los beneficios que una persona puede obtener al aceptar a Cristo como Salvador. Eso es —dicho sea con todo respeto— una evangelización comercializada. El Evangelio de Jesucristo se convierte simplemente en el evangelio de la salvación; deja de ser Cristo-céntrico y degenera en un mensaje antropocéntrico. El énfasis recae no en el señorío de Jesucristo, sino en la felicidad del creyente; no en la sumisión al Señor, sino en el disfrute de lo que El puede darnos. Con tal tipo de

2. *One Race, one Gospel, One Task*, vol. 1, p. 13.

predicación no es de extrañar que muchos se conformen —¡como si ello fuera posible!— con la esperanza del cielo, pero ignorando el nuevo régimen moral en que deben vivir todos aquellos que han sido realmente objeto de la acción redentora de Dios, «el cual nos ha librado de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo (Col. 1:13. Subráyese la palabra «reino»).

A través de la proclamación del Evangelio, se dan a conocer los grandes hechos salvíficos de Dios realizados en y por Cristo (su encarnación, muerte, resurrección y exaltación) de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento. Jesús mismo fue el primer heraldo en este sentido (Lc. 4:18 y ss.). Con El, el Reino ha llegado; lo escatológico de otro tiempo se ha hecho realidad presente.

Esta realidad debe seguir siendo anunciada. No es el contenido de una doctrina esotérica. Es el testimonio de lo que Dios ha hecho en favor de los hombres de todo el mundo para su liberación del pecado, de la frustración y de la muerte, y debe ser proclamado abiertamente, universalmente. Con esta misión envía Cristo a sus mensajeros. Aunque la palabra de Cristo hubiese sido escrita de inmediato, no bastaba este medio de comunicación. Por supuesto, la Iglesia o cualquiera de sus ministros debe basar plenamente su mensaje en la Sagrada Escritura. Pero, según parece, es plan de Dios hablar al hombre a través de la palabra encarnada. De aquí que, cuando el Verbo humanado, Jesucristo, había de ausentarse físicamente del mundo, comisionara a los apóstoles y sus colaboradores para ser sus heraldos. Como afirma Gerhard Friedrich, «la verdadera proclamación no tiene lugar por la Escritura sola, sino por medio de su exposición (Lc. 4:21). Dios no envía libros a los hombres; envía mensajeros» (3).

El propósito de la proclamación es que los oyentes lleguen a la reconciliación con Dios, lo cual es el principio de

3. Kittel's *Theol. Dict. of the N.T.*, vol. III, p. 712.

su experiencia de salvación. Sólo cuando el hombre depone su actitud de rebeldía y se rinde a Dios aceptando su autoridad y sirviéndole en conformidad con su voluntad revelada, alcanza la plenitud de su humanidad, la meta gloriosa para lo cual fue creado. Por tal motivo, el llamamiento solemne a la reconciliación con Dios es inherente a la proclamación del mensaje. Tan trascendental es este aspecto del *kerigma* que convierte al heraldo en embajador de Dios ante los hombres (II Cor. 5:18-20). No cabe mayor privilegio. ¡Ni mayor responsabilidad!

Los apóstoles fueron conscientes de lo uno y de lo otro. Por ello, sus mensajes iban acompañados de invitaciones, medidas pero penetrantes, al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo (Hec. 2:38, 39; 3:19-26; 10:43 - implícitamente; 17:30-31). Su ejemplo habría de ser recordado siempre y, tal vez, de modo especial en nuestros días. No debiera haber invitación sin «proclamación» —exposición clara de la obra salvadora de Dios en Cristo—, ni proclamación sin invitación, como muy atinadamente señala J. Stott (4).

La enseñanza

La persona que acepta el mensaje de la proclamación evangélica adquiere un compromiso muy superior al de la simple adhesión a un credo. Se convierte de sus «ídolos» —sean cuales fueren— a Dios para servir al Dios vivo y verdadero (I Tes. 1:9). Y esto no es sino el comienzo de una larga experiencia para la cual necesita la adecuada instrucción. El converso, al rendirse al Señor Jesucristo, ha sido hecho ciudadano del Reino de Dios. Pero ha de aprender muchas cosas acerca de lo que esa ciudadanía implica. En él se produce un cambio de pensamientos y de sentimientos; pero debe haber igualmente un cambio de relaciones con Dios y con sus semejantes. Ha de aprender a adorar, a amar, a ser-

4. *Op. cit.*, p. 59.

vir, a combatir contra toda forma de pecado, con la dignidad que corresponde a su privilegiada posición espiritual. La proclamación del Evangelio le ha introducido en el Reino; la enseñanza le ayuda a avanzar en él.

La importancia de este aspecto del ministerio se echa de ver ya en el método de Jesús, quien desde el principio hizo de su obra una conjugación simultánea de los verbos *evangelizo* o *kerysso* y *didasko* = enseñar (Mt. 4:23). No sólo fue el gran Heraldo de Dios; fue el Maestro por excelencia (Mt. 21:23; Mc. 1:21, 6:6, 12:35; 14:29; Luc. 4:15, 6:6; Jn. 6:59, 7:14, 18:20). Ejemplo de su enseñanza incomparable lo tenemos en su llamado sermón del monte, cuyo contenido asombró a sus oyentes (Mt. 7:29). Los apóstoles siguieron sus pisadas con gran efectividad (Mc. 6:30; Hec. 4:2; 5:21, 42; 11:26; 15:1, 35; 18:11; 20:20). Pablo, otro gran maestro, pone gran empeño en que sus colaboradores se dediquen a la misma actividad didáctica (I Tim. 4:13) con miras a establecer un círculo cada vez más amplio de enseñadores (II Tim. 2:2). Y con objeto de mantener esta forma de ministerio en el plano de prioridad que le corresponde, Pablo exige que los ancianos de las iglesias sean aptos para enseñar (I Tim. 3:2). Sólo mediante una enseñanza sólida podría la Iglesia arraigarse y ser edificada en Cristo (Col. 2:7) de modo que pudiera mantenerse firme frente a los embates del error (Ef. 4:14; Tit. 1:9-11).

Un estudio cuidadoso de los textos citados, y de otros que podríamos añadir, nos permitiría observar la finalidad de la *didaskalia* cristiana. El creyente debía ser instruido en «todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27), en el conocimiento de todas las verdades reveladas; pero este conocimiento, a diferencia de la *gnosis* de los griegos, no era algo simplemente intelectual; había de inspirar y determinar la conducta en todos los órdenes de la vida. El ministerio docente en la Iglesia tiene por objeto llevar a sus miembros a la *ortodoxia*, pero también a la *ortopraxis*. El divorcio entre ambas fue en los primeros tiempos de la Iglesia —y lo ha sido siempre—

una herejía. Las cartas pastorales de Pablo constituyen un tratado magistral sobre esta cuestión.

Tipos de ministerio

Son varios los pasajes del Nuevo Testamento en los que se mencionan las diversas formas de ministerio cristiano. En algunos casos, aparecen más bien como actividad correspondiente al ejercicio de un don especial (Rom. 12:3-8). Pablo distingue entre «dones», «ministerios» y «operaciones» (I Cor. 12:4-6), pero en estrecha interrelación. Detrás de toda «operación» hay un carisma que la inspira e impulsa. Cuando tal acción es realizada más o menos frecuentemente por una misma persona, puede considerarse que su actividad especial es un ministerio. Así parece desprenderse de la enumeración hecha por el apóstol en I Cor. 12:28, en la que, a la mención de los ministerios de los apóstoles, profetas y maestros, sigue la de una serie de dones. Es significativo, no obstante, observar que los tres primeros ocupan un lugar de especial prominencia; luego siguen los demás, como algo complementario. La Iglesia ha subsistido en algunas épocas sin manifestaciones ostensibles del don de lenguas o de sanidades; pero podemos preguntarnos qué habría sido de ella si hubiese carecido de los apóstoles —lo que nos habría privado del Nuevo Testamento— y de los maestros que nos han ayudado a profundizar en su mensaje.

La lista que tal vez podemos considerar más definitiva es la que hallamos en Ef. 4:11, la cual coincide con la primera parte de I Cor. 12:28.

Apóstoles

Si atendemos únicamente al significado literal de la palabra *apóstolos* (delegado, mensajero, enviado), puede decirse que todo cristiano es un apóstol. Pero en el Nuevo Testamento el término se reserva generalmente a los doce discípulos

los escogidos por el Señor para que le acompañaran y después fuesen sus testigos, proclamadores del Reino de Dios con una autoridad especial. (Pablo sería más tarde incorporado al grupo con todas las prerrogativas de apóstol —Gál. 1:1). Después de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo haría en ellos una obra especial, enseñándoles y recordándoles todo lo que Jesús les había dicho (Jn. 14:26). De aquí que su proclamación y su enseñanza tuviesen la máxima autoridad y que a sus escritos se les atribuyese el rango de Escritura sagrada en pie de igualdad con el Antiguo Testamento (II Ped. 3:15, 16). La Iglesia está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas», aunque «la principal piedra del ángulo es Jesucristo mismo» (Ef. 2:20). Desaparecidos los apóstoles, no dejaron más sucesores que sus escritos del Nuevo Testamento, a los que la Iglesia debe volver su atención reverente para recibir la orientación y el estímulo que en cualquier momento histórica necesita.

Profetas

Este ministerio era eminentemente carismático. Tenía por objeto comunicar un mensaje recibido directamente de Dios con destino a la congregación cristiana para su «edificación, exhortación y consolación» (I Cor. 14:3, 31, Hec. 15:32), o bien para convencer de sus pecados a los inconversos (I Cor. 14:24 y ss.). En su sentido estricto, el profeta de la era apostólica tampoco necesitaba sucesores. Cuando los evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento llegaron a las iglesias, éstas encontraban en ellos lo que precisaban para su instrucción, admonición y desarrollo espiritual. A partir de ese momento, la veracidad del mensaje de cualquier predicador dependería no de nuevas revelaciones divinas, sino de su conformidad con la verdad de la Palabra escrita.

El ministerio apostólico y el profético fueron temporales. Las tres formas restantes de ministerio —a las que vamos

a referirnos a continuación— han permanecido en la Iglesia para la expansión y el desarrollo espiritual de la misma.

Evangelistas

Este sustantivo aparece sólo tres veces en el Nuevo Testamento (Hec. 21:8, Ef. 4:11 y II Tim. 4:5). El ejemplo de Felipe nos ayuda a comprender la misión del evangelista: dar a conocer el Evangelio a personas que lo desconocen. Recuérdese su labor en Samaria y en el camino a Gaza (Hec. 8). Los evangelistas eran colaboradores especiales de los apóstoles en la gran tarea de extender el Evangelio a nuevos campos. Podrían ser considerados como precursores de los misioneros de tiempos posteriores.

No debe perderse de vista que este tipo de trabajo exige un don especial. Aunque es cierto que todo cristiano es llamado a evangelizar, no lo es menos que las grandes empresas evangelísticas o misioneras deben ser realizadas por hombres a quienes Dios ha dotado previamente de unas características concretas que les permita, como pioneros, introducir eficazmente el Evangelio donde otros, menos dotados, probablemente fracasarían.

Pastores y maestros

No se trata de dos formas de ministerio diferentes, sino afines y complementarias. Su esfera parece limitarse a la iglesia local, a diferencia de los ministerios anteriores que se extendían a la Iglesia en general. Era, sin duda, el ministerio principal de los «obispos», ancianos o pastores (términos sinónimos) de las iglesias locales.

La doble figura de pastor y maestro resalta la responsabilidad de guiar, alimentar, atender solícita y delicadamente la grey del Señor, pero siempre de acuerdo con la Palabra de Dios. Por eso, como ya hemos visto, uno de los requisitos del pastor es la capacidad para enseñar (I Tim. 3:2; Tito

1:9). Ello, sin embargo, no excluye la posibilidad de que algunos estén más dotados que otros para el magisterio cristiano (Hec. 13:1; Rom. 12:7; I Tim. 5:17).

La misión del pastor-maestro, por su naturaleza compleja, se lleva a cabo de diversos modos: predicación, instrucción sistemática, cura de almas, organización y dirección, etc. Pero de todo ello nos ocuparemos ampliamente en las partes II y III de esta obra.

Antes de concluir este capítulo, quizá conviene subrayar lo que ya apuntamos más arriba, que ninguna forma de ministerio es exclusiva. El evangelista precisa de capacidad pastoral a la par que el pastor ha de tener visión y celo evangelísticos. Cuando Timoteo recibió la primera carta de Pablo, estaba ocupado en un trabajo eminentemente pastoral; pero el apóstol le dice: «Haz la obra de evangelista» (II Tim. 4:5). El mismo, Pablo, ejemplo admirable de pastor y maestro, no perdió jamás de vista su responsabilidad misionera. Todo pastor debe tener corazón sensible y ojos abiertos a la multitud que, fuera de la Iglesia, anda descarriada. Y debiera verla con la misma compasión con que Jesús contempló a las multitudes desamparadas y dispersas de su día (Mat. 9:36). Cuando ministro e iglesia se encierran en sí mismos, preocupados tan sólo por su propia edificación, pero ajenos a las necesidades del mundo exterior, están siendo desleales a la plenitud de su vocación. Y están sellando su destino inevitable: decadencia —en el mejor de los casos— o extinción.

CUESTIONARIO

1. *¿Qué relación existe entre la labor de los ministros de Cristo y el ministerio de la Iglesia?*
2. *¿En qué se diferencia el ministerio cristiano de las profesiones humanas?*
3. *¿En qué aspectos puede considerarse a Cristo ejemplo de sus ministros?*
4. *¿Cómo pueden relacionarse en la práctica la evangelización y la enseñanza?*
5. *¿En qué sentido puede aplicarse el título de «profeta» al predicador de hoy?*

CAPÍTULO II

REQUISITOS DEL MINISTRO

Es lógico que una obra tan trascendental como la del ministerio cristiano tenga elevadas demandas respecto a quienes en él se ocupan. Si las empresas humanas, de carácter temporal, exigen mucho a sus dirigentes, sería absurdo pensar que una persona cualquiera está capacitada para ocupar lugares de especial responsabilidad en la obra de Dios, de valor y alcance eternos. Sólo quien reúne los requisitos necesarios puede esperar que su labor no sea un fracaso. Entrar en el ministerio sin ellos puede ser una temeridad sacrilega de graves consecuencias. Generalmente conduce o a la frustración o al profesionalismo cínico en el que el ministro apenas hace otra cosa que representar un papel semejante al de un actor de teatro. Y esta última experiencia no siempre se vive con el desenfado propio de una comedia, sino con la tensión dramática de una doble vida, tortura de la conciencia.

Destaquemos las condiciones indispensables para un auténtico ministerio cristiano:

VOCACION

En el Nuevo Testamento hallamos buen número de referencias al llamamiento de Dios para salvación (Jn. 10:3; Rom. 8:28, 30; 9:24; I Cor. 1:9; Gál. 1:6; II Tes. 2:14;

I Ped. 5:10; II Ped. 1:3). En este sentido, todos los redimidos son «llamados» y todos, asimismo, quedan incluidos en la vocación a servir a Dios de algún modo (I Tes. 1:9). Pero también encontramos referencias a un llamamiento especial por parte del Señor, dirigido a quienes de modo también especial han de servirle. Antecedentes de esta vocación los hallamos en el Antiguo Testamento con ejemplos tan claros como los de Moisés (Ex. 3:10-12), Isaías (Is. 6), Jeremías (Jer. 1:4-19) y Ezequiel (Ez. 2:1-3), entre otros. En el Nuevo Testamento vemos cómo Jesús escoge a algunos de sus discípulos (primeramente a los doce apóstoles; después a setenta) y los llama para encomendarles la predicación del Evangelio con mayor dedicación que el resto de los discípulos (Mt. 10:1; Luc. 10:1). El Espíritu Santo llama a Bernabé y Saulo para iniciar una gran obra misionera (Hec. 13:2). Pablo, muy consciente de esta realidad, da testimonio de ella en algunas de sus cartas (Rom. 1:1; I Cor. 1:1; Gál. 1:15,16).

De la enseñanza bíblica se desprende que la vocación al ministerio nada tiene que ver con una inclinación meramente humana como la que pudiera sentir una persona hacia la música, la política o la medicina. No tiene su origen en una tendencia interior, sino en un auténtico llamamiento, exterior y superior, procedente de Dios.

Es ésta una cuestión delicada, ya que tal vocación no se efectúa hoy de modo sobrenatural. Generalmente, cuando Dios llama, no lo hace por medio de un ángel o de una voz milagrosa físicamente audible. Es una voz interior, espiritual, la que se percibe. Por tal motivo, a menos que haya gran sinceridad y sensibilidad de espíritu, no es difícil incurrir en errores. Puede interpretarse como vocación divina lo que no pasa de ser mera apetencia humana. ¿Cómo puede distinguirse una vocación verdadera de una falsa? ¿Qué elementos de juicio hemos de usar para llegar al convencimiento de que realmente es Dios quien nos habla?

Aunque es mucho lo que podría decirse sobre cuestión tan

decisiva, nos limitaremos a ofrecer las líneas de orientación más importantes:

La voz interior

Ya hemos aludido a ella. Se manifiesta en un deseo fuerte, incoercible y continuado de hacer del ministerio la ocupación suprema de la vida. El servicio a Dios y a los hombres se convierte en objetivo poderosamente atractivo. Dios y su obra se hacen fascinantes y el hombre llamado se siente —usando frase de Jeremías— como «seducido» (Jer. 20:7). Sea cual fuere el precio que la vocación exija, se acepta de buen grado. Los valores del ministerio superan a todo lo terrenal. Y por encima de todo, el creyente así llamado aspirará sólo a responder dignamente a su Señor. La voz que resuena en su interior le resulta poco menos que irresistible, como sugería Spurgeon a sus estudiantes en uno de sus magníficos «Discursos» (1).

Esta experiencia no siempre puede explicarse fácilmente. Suele entrañar un elemento de misterio inefable. Pero quien la vive conoce cuán real y cuán intensa es. J. H. Jowett expresó este hecho con la honda percepción que le caracterizó: «Un hombre puede percatarse de su llamamiento al ministerio porque se ve asido por un imperativo mudo, poderoso, que escapa a una razón adecuada. Está seguro del constreñimiento, pues es tan manifiesto como la fuerza de la gravedad. Pero cuando busca explicaciones para justificarse a sí mismo siente que se mueve en el crepúsculo o en la oscuridad más profunda de la noche» (2).

Pero, importante como es la voz interior, nadie debiera basar únicamente en ella el convencimiento de que la vocación divina es auténtica. Conviene someter esa convicción a otras pruebas.

1. *Discursos a mis estudiantes*, Casa Bta. de Publicaciones, cap. 2.

2. *The preacher, his life and work*, Hodder & Stoughton, p. 12.

El análisis de los móviles

El campo de las motivaciones suele ser muy complejo. Son muy raros los casos en los que actuamos por un solo motivo, simple y puro. Junto a las aspiraciones más sublimes puede haber otras de menor altura, aunque a veces no seamos conscientes de ellas. Pueden existir incluso anhelos ocultos en el subconsciente incompatibles con la naturaleza del ministerio. Hay en éste mucho que lo hace humanamente atractivo, al menos visto desde fuera. Algunos han visto en él una posición de prestigio, de dominio, de propia exaltación y se han decidido a entrar en él movidos más por la vanidad y el afán de vanagloria que por una verdadera vocación. Poco o nada han entendido de la abnegación, de las renunciaciones, de las experiencias a menudo humillantes que el ministerio entraña. Hay quien busca en él un trono cuando sólo puede encontrarse una cruz.

La persona que se cree llamada por Dios para servirle debe examinar con la mayor objetividad posible los motivos que la impelen al ministerio. ¿Es realmente el amor a Dios y a sus semejantes lo que le impulsa? ¿Es Cristo quien le subyuga? ¿Es su obra, con todos sus problemas y dificultades, lo que le atrae? ¿Seguiría firme en su decisión de dedicar su vida al servicio de su Señor si desaparecieran del ministerio todos sus aspectos humanamente brillantes? ¿Mantendría su resolución si previera claramente que los ministros de Cristo no son por lo general «primeros», sino «postreros», que a menudo no están encumbrados en alturas de dignidad humana, sino en situaciones de recusación, de debilidad, de menosprecio, de necesidad, de fatiga, de padecimiento (I Cor. 4:9-13)?

Si después de un riguroso auto-examen se llega a la conclusión de que el motivo que prevalece es la gloria de Dios, cualquiera que sea el precio que deba pagarse, hay una razón importante para pensar que la vocación es genuina. Y ello a pesar de que tal motivo presente adherencias de otros menos nobles. Lo importante es alcanzar la certidumbre de que nos

domina el santo deseo de servir a Cristo, no el de ensalzar nuestra propia persona.

La posesión de dones adecuados

Por regla general, cuando Dios llama a un hombre para una obra determinada, previamente lo ha dotado para que pueda realizarla. Esta provisión divina de los dones necesarios incluye no sólo los carismas otorgados por el Espíritu Santo, sino los que podríamos denominar naturales o humanos.

Normalmente, el ministro del Evangelio ha de poseer un mínimo de *capacidad intelectual*. Tanto en la predicación como en la obra pastoral se le exigirá un amplio despliegue de actividad mental; habrá de ejercitar sus facultades de raciocinio, de análisis, de discernimiento, de ordenamiento de ideas, de persuasión, etc. Sería un gran error aplicar textos como el de I Cor. 1:26, 27 («lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios») a fin de justificar la admisión de oligofrénicos en el ministerio. Aunque Dios puede realizar toda clase de milagros, no parece haber sido su voluntad hacer su obra con personas de escasas posibilidades intelectuales. Tanto los profetas como los apóstoles fueron hombres de asombroso vigor mental.

No menos importante es el *carácter*. Un hombre pusilánime, indeciso, voluble o irreflexivo difícilmente puede asumir las responsabilidades ministeriales. La falta de dominio propio también es un serio inconveniente. Por supuesto, no se espera que un ministro del Evangelio sea la perfección encarnada; pero hay defectos que, de no corregirse, pueden ser causa de incompetencia para el ministerio. Hay, sin embargo, en este terreno grandes posibilidades de superación. Timoteo, más bien tímido por naturaleza, llegó a ser uno de los colaboradores más eficaces de Pablo. La impetuosidad y la volubilidad de Pedro, que tantas experiencias amargas le reportaron, quedaron bajo el control del Espíritu Santo. El

temperamento fuerte, violento a veces, de Lutero fue encauzado para dar el impulso imprescindible a la obra de la Reforma. De la santificación del carácter nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Un cierto *equilibrio psíquico* es también factor indispensable. Hemos de admitir que resulta prácticamente imposible trazar la línea de demarcación entre la persona psíquicamente normal y la que no lo es. Dios ha usado a menudo, y con resultados maravillosos, hombres y mujeres que muchos psiquiatras habrían tildado de neuróticos. Algunos de los más santos y fieles ministros de Cristo han sufrido frecuentemente hondas depresiones. Pero también se da el caso de personas afectadas por defectos psíquicos, con derivaciones morales o espirituales negativas, que hacen desaconsejable la dedicación al ministerio. Pensar que tal dedicación podría significar la solución del problema es exponerse a una frustración que puede resultar fatal. Mucho más sensato es buscar el tratamiento por otros caminos más adecuados y sólo después de conseguir la normalización puede empezarse a pensar en la posibilidad de entrar en el ministerio.

Incluso la *complexión y la salud físicas* deben ser tenidas en cuenta. Es verdad que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad (II Cor. 12:9). Resulta casi increíble lo que algunos siervos de Cristo han realizado con fuerzas físicas muy limitadas o con una salud claramente quebrantada. Muchos pastores han llegado a tal estado a causa del gran desgaste que en todos los órdenes produce el ministerio. Pero una cosa es sufrir el deterioro de la salud como consecuencia del trabajo en la obra de Dios y otra aspirar a ese trabajo cuando ya se carece de la capacidad física necesaria. «Los defectos físicos —decía Spurgeon— dan lugar a la duda acerca de la vocación de algunos hombres excelentes. Yo no pretendo, como Eustenes, juzgar a los hombres por su aspecto, pero su físico general puede servir para formar un criterio de no poco peso. Un pecho angosto no indica un hombre formado para discursos públicos... Cuando el Señor se propone que una criatura corra, le da

piernas ligeras, y si se propone que otra criatura predique, le dará pulmones a propósito para ello...» (3).

Puede darse el caso de que un defecto físico quede ampliamente compensado por otros excelentes dones. Además, hay diversas formas de ministerio y algunas de ellas permiten insuficiencias que serían inadmisibles en otras. El escritor cristiano, por ejemplo, no necesita las mismas facultades físicas que el predicador. En estos casos no debe imponerse la norma general. De todos modos, una buena salud y un caudal no pequeño de energías son factores que no pueden subestimarse cuando se trata de analizar una vocación.

El reconocimiento por parte de otros

Es fácil que una persona se equivoque al examinarse a sí misma. Charles Bridges cita a Quesnel: «Hay algo que ningún hombre debiera hacer y que muchos hacen, erigirse a sí mismo en juez soberano de su llamamiento.» Y a renglón seguido añade: «Una inclinación desviada, una propensión constitucional o consideraciones mundanas enmarañan el camino y oscurecen las señales de la dirección divina» (4). Por eso siempre es prudente solicitar el consejo de otros, especialmente de personas que por su espiritualidad y experiencia están en condiciones de orientar sabiamente. Cuando el concepto que un creyente tiene de sí mismo no coincide con el de sus hermanos, lo más probable —salvando las excepciones— es que sean éstos quienes posean la opinión correcta. Por consiguiente, un sentimiento de vocación no compartida por quienes mejor conocen a la persona que se cree llamada debiera considerarse con la máxima cautela. Con toda seguridad, Timoteo nunca habría llegado a ocupar el lugar que ocupó en la obra de Dios si Pablo, al igual que

3. *Op. cit.*, p. 60.

4. *The Christian ministry*, The Banner of Truth Trust, p. 93.

los hermanos de Listra e Iconio, no hubiesen reconocido en él (Hec. 16:1,2) las cualidades propias para un ministerio fructífero. La obra del Evangelio tiene siempre un fondo eclesial y, a pesar de que toda vocación es eminentemente personal, la respuesta al llamamiento del Señor debiera tener también un respaldo comunitario. Rarísimas veces sería prudente aceptar al ministerio a alguien que no gozara de la confianza y apoyo moral de su propia iglesia.

La Providencia

Cuando el propósito de Dios es que uno de sus hijos le sirva en una esfera especial de ministerio, ordena los acontecimientos de su vida de modo que este propósito pueda realizarse. Llegado el momento oportuno, El abre puertas y caminos, a veces del modo más insospechado.

No siempre, sin embargo, una puerta abierta es prueba de que se debe entrar por ella. Las facilidades tanto pueden venir de Dios como del diablo. En todo caso, antes de tomar una decisión, se impone buscar sinceramente la dirección de Dios. El hombre que verdaderamente teme al Señor no quedará sin guía. Dios «le mostrará el camino que ha de escoger» (Sal. 25:12). Aun en el caso de que el creyente vacile y dude, Dios, de algún modo, le impelerá a la resolución correcta. La vida de Calvino habría sido probablemente muy otra de no haberse encontrado en Ginebra con Farel, quien, tomándole de las solapas con mirada apasionada y con tono vehemente, exclamó: «¡La Reforma te necesita!» Dios suele combinar las circunstancias con las personas y las palabras adecuadas para guiar a los suyos en las grandes decisiones.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué se entiende por vocación en el sentido bíblico?
2. Hágase un análisis crítico del llamamiento de Moisés en Exodo 3.
3. Una vocación en la que se mezclen sentimientos carnales, ¿puede ser auténtica? ¿Por qué?
4. De los principios orientativos señalados en este capítulo, ¿hay alguno que tenga una fuerza decisiva? Si cree que lo hay, indique cuál —o cuáles— y por qué.

CAPÍTULO III

REQUISITOS DEL MINISTRO (II)

UN CARACTER SANTIFICADO (a)

En el capítulo anterior apuntamos ya algo sobre la importancia del carácter de quien desea dedicarse al ministerio. Aquí debemos volver al tema y estudiarlo más a fondo.

En muchas profesiones humanas, la eficiencia es independiente del modo de vivir de la persona que las ejerce; su vida privada poco afecta a la habilidad profesional de un cirujano, de un abogado o de un arquitecto. Pero no sucede así con los líderes de cualquier tipo que han de guiar a grupos humanos más o menos numerosos a la consecución de unos fines loables. A la pregunta «¿Debe la vida privada de un líder estar por encima de toda censura?», contestaba el famoso mariscal Montgomery: «Mi propia opinión es que en esta cuestión particular, y en todos los demás órdenes, el factor más poderoso es la sinceridad del hombre, su ejemplo e influencia —especialmente en lo que se refiere a las virtudes cristianas— tanto si pertenece a las clases elevadas de nuestra sociedad como a las bajas. No veo cómo alguien puede llegar a ser un líder si su vida privada no está por encima de todo reproche. En tal caso, aquellos que son guiados por él cesan de respetarle, le retiran su con-

fianza, y cuando esto sucede su liderazgo pierde rápidamente efectividad» (1).

Si este principio rige en cualquier tipo de liderazgo humano, ¡cuánto más en el ministerio! Todo ministro del Evangelio es, en mayor o menor grado, un guía. El objeto de su misión lo constituyen seres humanos, por cuyo bienestar en su sentido más elevado y trascendental debe laborar. Toda inconsecuencia entre lo que proclama y lo que vive amenaza seriamente el éxito de su trabajo. Lo sagrado de su tarea le exige una conducta santa (II Tim. 2:21). No significa esto que un siervo de Dios ha de ser perfecto. Los grandes líderes del antiguo Israel no lo fueron. Tampoco lo fueron los apóstoles. Todos tuvieron sus errores, sus debilidades temperamentales, sus pecados, a veces con caídas espectaculares; pero el conjunto de sus vidas presenta un cuadro de profunda piedad y de moral acendrada. Se tomaban a Dios en serio y le servían con la dignidad moral propia de la vocación con que Dios los había llamado.

En el ministerio cristiano no basta la fidelidad en la proclamación de la verdad; es indispensable la fidelidad en la práctica de la verdad. De todo siervo del Señor debiera poder decirse lo que se atestiguaba de Orígenes: «Como enseña, así vive, y como vive, así enseña.» Lo más deplorable para un mensajero de Cristo sería que pudiese aplicársele aquel viejo epigrama: «Lo que haces habla tan alto que no puedo oír lo que dices.» De aquí que el ministro necesite, como requisito indispensable, un carácter santificado. Conviene que posea las cualidades de todo líder a nivel natural. Las cuatro virtudes cardinales —prudencia, justicia, templanza y fortaleza— que eran ya reconocidas como esenciales por los paganos de antaño en sus dirigentes políticos, no pueden faltar en el líder cristiano. Esas virtudes incluyen la resistencia tanto a las críticas desfavorables como a los halagos, la firmeza

1. *The path to leadership*, Collins, p. 15.

en los momentos difíciles, la capacidad para inspirar respeto y confianza, la entereza frente a las decepciones y las deslealtades, el tacto, la habilidad para conciliar en lo posible puntos de vista opuestos, la tenacidad y el optimismo.

Pero no son suficientes estas cualidades naturales en el caso del ministro del Evangelio. Necesita, además y sobre todo, la capacitación que procede de su Señor. «Sin mí —dijo Jesús a sus discípulos— nada podéis hacer» (Jn. 15:5). «El liderazgo espiritual es cuestión de poder espiritual superior que no puede nunca autogenerarse. No existe el líder espiritual que se hace a sí mismo. Puede influir espiritualmente en otros únicamente porque el Espíritu Santo obra en él y a través de él» (2). El poder del Espíritu Santo es imprescindible para cualquier forma de servicio cristiano. Los dones naturales de Pedro jamás habrían logrado los resultados maravillosos de Pentecostés sin la acción poderosa del Espíritu. Aun para una obra de diaconía se exigió que los hombres que la iglesia eligiera fuesen llenos del Espíritu Santo (Hec. 6:3). Pablo reconoce sin rebozo la verdadera fuente de poder espiritual para el ministerio: «No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros... del Espíritu» (II Cor. 3:5,6, vers. BJ).

Pero debe tenerse muy presente que el poder del Espíritu Santo es inseparable del fruto del Espíritu Santo. Algunos predicadores han mostrado gran interés por el primero y bastante indiferencia respecto al segundo. Han anhelado ardientemente la energía divina que asegurara congregaciones crecientes y numerosas «conversiones» a la par que han descuidado el cultivo de su propia vida espiritual. Por este camino no se puede llegar muy lejos. El verdadero fruto del Espíritu no consiste en resultados estadísticamente tabulables, sino en una modelación del carácter a semejanza del de

2. J. Oswald Sanders, *Spiritual leadership*, p. 20.

Cristo. «El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (Gál. 5:22, 23). Y la manifestación de tal fruto es absolutamente indispensable en la vida de todo ministro. Quienes antes de conocer a Cristo estaban lejos de estas virtudes, deben experimentar una transformación de su carácter. Pueden subsistir —y subsistirán— los rasgos más acusados del temperamento, pero el carácter, y por consiguiente las reacciones y la conducta, cambiarán bajo el influjo del Espíritu de Dios. Simón, voluble y deleznable como un terrón de tierra, fue transformado en Cefas (piedra), y Juan, el discípulo intolerante, se convirtió en el apóstol del amor.

Ya en el Antiguo Testamento se resaltaba la necesidad de una santificación de los sacerdotes que trascendía los límites de lo ritual para situarse en el plano moral. La familia de Elí tuvo que aprender mediante la tragedia la importancia de esta demanda divina.

En el Nuevo Testamento ese requerimiento es aún más claro. Se observa claramente en los requisitos establecidos para la designación de ancianos en las iglesias. Tres son los pasajes básicos que nos hablan de su carácter (I Tim. 3:1-7; Tito 1:5-9 y I Ped. 5:1-4). Conviene observar, no obstante, que lo que en ellos se exige es un mínimo. Otros textos novotestamentarios nos ayudan a ver de modo más completo lo que debe ser el carácter de un ministro del Evangelio.

Procederemos primeramente a un análisis breve de las características de los «obispos» (ancianos o pastores), mencionadas en las cartas pastorales de Pablo y en la primera epístola de Pedro.

Los requisitos del pastor, según Pablo

Pueden resumirse en una sola frase: «Conviene que el obispo sea irreprochable» (*anepiblepton* —que no puede ser sorprendido en nada censurable) (I Tim. 3:2); es decir, debe estar a cubierto de todo reproche, exento de todo lo que nor-

malmente y en justicia es reprobado por la sociedad. La lista de cualidades que Pablo presenta a continuación difieren poco de los requisitos impuestos entre los griegos a figuras públicas como reyes, generales, etc. (3). No era lógico que en lo concerniente a sus líderes la iglesia se situara en un nivel ético inferior al de los paganos.

La irreprochabilidad del obispo o anciano debía manifestarse en todos los órdenes de su vida, personal, familiar, social y eclesial, tanto en sus aspectos negativos como en los positivos. Lo que el apóstol considera indispensable en los líderes de la iglesia puede resumirse en seis requisitos básicos:

Sobriedad

El adjetivo *nefaleon* en I Tim. 3:2 solía aplicarse a la persona que se abstenía del vino, totalmente, o del abuso del mismo; pero también tenía un significado más amplio de moderación, templanza. El verbo, *nefo*, se usaba para expresar el estado de tranquilidad de espíritu, ausencia de apasionamiento, circunspección. La sobriedad incluiría, pues, no sólo morigeración en la bebida (I Tim. 3:3; Tito 1:7) y buen testimonio en la esfera sexual («marido de una sola mujer») (4), sino ausencia de codicias deshonestas (I Tim. 3:3; Tito 1:7) y control de cualquier tendencia a la soberbia o a la ira (ídem). La falta de dominio propio ha arruinado más de un ministerio.

Sensatez

El «obispo» debe ser prudente, *sofron*. El término griego, en su acepción secundaria, es sinónimo de templado, aplica-

3. Donald Guthrie, *The Pastoral Epistles*, The Tyndale Press, p. 80.

4. Al parecer, en las iglesias primitivas quedarían excluidos de la posición de ancianos quienes antes de su conversión habían sido

ble a la persona que domina sus impulsos; pero literalmente y en su sentido primario equivale a la cualidad de poseer una mente sana, equilibrada. Los griegos atribuían gran importancia a esta virtud. Y en modo alguno debiera ser menospreciada en la iglesia cristiana so pretexto de una sabiduría carismática superior. La sabiduría espiritual y la sensatez a nivel humano no se excluyen; se complementan. Creyentes ha habido que ocupados activamente en la obra de Dios, han hecho alarde de espiritualidad a todos los niveles a la par que evidenciaban su falta de sesudez; generalmente, su obra ha sido un fracaso. Sólo una persona juiciosa, ponderada en su apreciación de las personas y de los hechos, puede actuar con tino en las complejas situaciones que se plantean en el ministerio. Por otro lado, si se carece de esa solidez mental, resulta prácticamente imposible llegar a ser «decoroso» (*kosmios* = ordenado) capaz de actuar correcta y convenientemente, o ser «apto para enseñar» (I Tim. 3:2).

Afabilidad

En contraste con el aspecto negativo de la iracundia, que hace del hombre un pendenciero, Pablo afirma que debe ser apacible (I Tim. 3:3) (*epieikes*), amable, considerado, tolerante, magnánimo. Un carácter áspero, fácilmente irritable, con escasa capacidad para la sonrisa cordial, no es la mejor ayuda para el éxito en las amplias relaciones humanas propias del ministerio.

Justicia

Esta virtud no anula la anterior; la completa. El anciano debe ser *dikaion* (Tito 1:8), justo, que observe las nor-

polígamos. De cualquier modo, sea cual sea la interpretación que se dé a las palabras de Pablo, es evidente que «un obispo debe mostrar un ejemplo de estricta moralidad» (Scott).

mas divinas en su conducta y merezca así la aprobación de Dios; «en un sentido más estricto, que dé a cada uno lo que corresponde, y en un sentido jurídico, que juzgue a los demás justamente, bien sea de palabra o por el modo de tratar con ellos» (Thayer).

Al ministro no le está permitido en ningún caso recurrir a medidas torcidas. Sean cuales sean las dificultades que le presente el camino de la rectitud, no puede salirse de él. Las medias mentiras, el fingimiento, los manejos turbios, las intrigas, los favoritismos, la falta de escrúpulos, y cualquier otro procedimiento incorrecto están vedados a quienes son llamados a proclamar la gloria de un Dios justo. Y esto en todos los casos. Ni siquiera cuando el propósito es bueno pueden usarse medios ilícitos. Bíblicamente es insostenible el principio de que el fin justifica los medios. «Aunque vivimos en la carne, no combatimos según la carne, porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (II Cor. 10:3,4).

Autenticidad

Esta característica se halla implícita en la recomendación de que el anciano sea hospedador y que gobierne bien su casa (I Tim. 3:2,4; Tito 1:8,6). Inevitablemente, la casa del líder cristiano es de cristal, transparente. Sus puertas están abiertas a los de fuera, y los de dentro, los miembros de la familia, mostrarán en su conducta exterior la influencia de la atmósfera espiritual que en el hogar se respira. Todas las excepciones que puedan aportarse no hacen sino confirmar la regla de que un hombre que fracasa en el gobierno de su casa y en la educación de sus hijos está descalificado para guiar al pueblo de Dios. Ciertamente es que de ministros tan piadosos y fieles como Samuel pueden salir hijos que no anden en sus caminos. Pero en la mayoría de los casos los resultados del influjo familiar son positivos cuando se ha vivido la experiencia de la fe con autenticidad, cuando las conversaciones,

las reacciones y el comportamiento del padre en casa son como una prolongación de su predicación y de su trato con los miembros de la iglesia. Sólo Dios sabe cuántos hijos de pastores han sido espiritualmente arruinados a causa de las inconsecuencias observadas en sus padres en el ámbito familiar.

Madurez

«No un neófito» (I Tim. 3:6). El vocablo griego en este texto significa literalmente recién plantado. Se refiere, sin duda, al recién convertido. Este, cual tierna planta, necesita crecer y robustecerse mediante el servicio y las pruebas. Al principio, suele tener «abundancia de follaje. El converso todavía no ha sido podado con la cruz» (Bengel). Se necesita un mínimo de tiempo y de formación, con las consiguientes experiencias duras, para llegar a un grado aceptable de madurez. Sin este requisito, el líder se deja arrebatar fácilmente por el engreimiento. Cree que ha logrado una altura superior a la de sus hermanos, pero es la altura del orgullo, de la que suele caerse estrepitosamente, para quedar envuelto «en lazo del diablo».

Parece que Pablo tenía muy presente este requisito al buscar colaboradores. Recuérdese su dura resistencia a que Juan Marcos, desertor en la primera empresa misionera, se uniera a él y Bernabé en su segundo viaje (Hec. 15:36-40). Tampoco lo perdía de vista al establecer ancianos en las iglesias. Es verdad que omite esta cualidad en la lista de condiciones pastorales en su carta a Tito. Ello podía deberse a una necesidad excepcional, dada la reciente formación de la iglesia en Creta. Pero es significativo el hecho de que en su primer viaje misionero, durante el cual fundó varias iglesias, no se designaron ancianos de modo inmediato en ninguna de ellas; esperó a una nueva visita de regreso de su viaje (Hec. 14:23), y seguramente se decidió a hacerlo al cerciorarse de

que ya había hombres que evidenciaban las cualidades esenciales propias de la función pastoral.

La historia de la Iglesia, y especialmente de la obra misionera, habla con patética elocuencia de lo desastrosa que suele ser una admisión precipitada en el ministerio de personas que se distinguían especialmente por una característica: su inmadurez.

Los requisitos pastorales, según Pedro (I Ped. 5:1-4)

Simón Pedro tuvo rasgos naturales de líder muy positivos. A pesar de su impetuosidad, causa de errores y fracasos, se hizo merecidamente acreedor al lugar prominente que llegó a ocupar entre los demás apóstoles. Su entusiasmo, su abnegación, su dedicación plena, su afecto sincero, el arrojo mostrado en sus decisiones, todo hacía de él un hombre que ejercía una poderosa influencia sobre los demás (véase como ejemplo Jn. 21:3). Todas sus cualidades humanas fueron maravillosamente ordenadas, robustecidas y completadas por el Espíritu Santo a partir de Pentecostés, por lo que Pedro continuó siendo una de las principales columnas de la Iglesia cristiana (Gál. 1:18, 2:9).

Sin duda, había en Pedro una honda conciencia pastoral desde que el Señor resucitado le encomendó el cuidado de su grey (Jn. 21:15-17). Esta conciencia aflora clarísimamente cuando exhorta a los ancianos para que diligentemente apacienten al pueblo de Dios. Y, como pastor modelo, se distingue por su humildad. No mira a los ancianos desde un pedestal. Se sitúa junto a ellos, al mismo nivel («yo anciano también con ellos»), en común participación del testimonio de Cristo y de la gloriosa esperanza cristiana (v. 1b). A esta virtud de la humildad volveremos más adelante.

Las condiciones señaladas por Pedro para los pastores no son menos importantes que las mencionadas por Pablo. Analicémoslas sucintamente.

Voluntariedad

«Apacentad la grey de Dios, no por fuerza, sino voluntariamente» (v. 2). La presión de personas o circunstancias puede ser —como vimos— el medio que confirme una auténtica vocación al ministerio. Pero puede ser también una coacción. Nadie debiera dedicarse a ninguna forma de ministerio por constreñimientos ajenos al llamamiento de Dios. Sólo cuando de modo libérrimo puede decir: «Heme aquí, Señor, envíame a mí», está el creyente en condiciones de dedicar su vida plenamente al servicio de Cristo.

Diligencia desinteresada

«No por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto» (v. 2b). El siervo de Dios ha de vivir siempre en plena dedicación a la obra que se le ha encomendado; pero debe actuar no bajo el impulso de móviles egoístas, sino con largueza de espíritu. Del famoso J. W. Fletcher, colaborador de Wesley, declaró éste en cierta ocasión: «Un carácter tan irreprochable en todos los aspectos no lo he hallado ni en Europa ni en América». Tenía razón. Antes de aceptar su ministerio en Madeley, Fletcher rehusó un ofrecimiento humanamente muy ventajoso que se le hacía en Dunham. «Hay en Dunham —dijo— demasiado dinero y demasiado poco trabajo» (5). ¿Cuántos en su lugar habrían hecho lo mismo?

El desinterés, sin embargo, no debe limitarse a los aspectos crematísticos del ministerio; debe incluir la renuncia a ambiciones de toda índole, a las ganancias excesivamente humanas de fama, admiración, influencia u honor. «No sé —escribió J. H. Jowett— quién ocupa la esfera más baja, si el que tiene hambre de dinero o el que tiene sed de aplausos».

5. Ref. de J. O. Sanders, *op. cit.*, p. 34.

Ausencia de espíritu dominante

«No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado» (v. 3). Un verdadero líder nunca es un dictador. Desgraciadamente, no todos los ministros del Evangelio han llegado a comprenderlo. Tratan de ejercer un dominio tan despótico como arbitrario mediante un deplorable abuso de autoridad. A la larga, los resultados de esa tiranía son negativos, a menudo nefastos, tanto para la iglesia como para el que la impone. Afortunadamente, los Diótfres (III Jn. 9, 10) no tienen demasiadas posibilidades de prosperar entre quienes reconocen a Cristo como único Señor.

Ejemplaridad

«...siendo ejemplos de la grey (v. 3b; comp. I Tim. 4:12). Todo ministro del Evangelio debiera poder decir a sus hermanos: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (I Cor. 11:1) y «lo que aprendistis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced» (Fil. 4:9). Un acto ejemplar habla con mayor eficacia que diez sermones elocuentes. Buena parte de lo que decimos en nuestras predicaciones no llega quizás a ser comprendido por algunos de nuestros oyentes. Pero aun el más sencillo capta el mensaje de una vida transparentemente cristiana. Por algo el autor de la carta a los Hebreos, antes de instar a sus lectores a imitar la fe de sus dirigentes espirituales, les pide que consideren «el resultado de su conducta» (Heb. 13:7).

Observemos que este requisito de la ejemplaridad es superior al de la mera irreprochabilidad. A la ausencia de motivos de reproche se añade un modo positivo de comportamiento. Más que en los defectos que debemos evitar, nos hace pensar en las virtudes cristianas que debemos practicar.

CUESTIONARIO

1. *¿Por qué el carácter santificado del ministro es indispensable para la efectividad de su ministerio?*
2. *Ilustre la respuesta a la pregunta anterior con algunos ejemplos bíblicos.*
3. *Analice algún personaje de las Escrituras en el que aparezcan defectos contrarios a las virtudes propias del ministro cristiano y subraye las consecuencias de tales defectos.*
4. *Diserte sobre la posibilidad o imposibilidad de que el carácter sufra una honda transformación.*
5. *¿Qué debería hacer quien, después de haber entrado en el ministerio, descubre que su carácter no responde a las exigencias de su obra?*

CAPÍTULO IV

REQUISITOS DEL MINISTRO (III)

UN CARACTER SANTIFICADO (b)

Otros preceptos novotestamentarios

Recordemos que Pablo, en sus cartas pastorales, se limita a las cualidades indispensables de los guías de las iglesias. Pedro, en la última parte de su lista, al hablar de la ejemplaridad, señala nuevos rasgos del carácter de un ministro. Pero una simple ojeada, sin pretensiones exhaustivas, a otros pasajes del Nuevo Testamento nos mostrará algunos otros aspectos del siervo de Jesucristo que más cabalmente configuran su carácter y su comportamiento.

Dedicación plena

No nos referimos a la dedicación de todo el tiempo a la obra del ministerio, sino a la entrega interior, que es la decisiva. Puede haber persona que, liberada de ocupaciones seculares con objeto de que pueda atender más adecuadamente a su trabajo ministerial, tenga un corazón dividido y rinda muy poco en su servicio. Puede haber, por el contrario, quien se vea obligado a ganarse el sustento mediante un empleo secular, pero dé prioridad especialísima en su mente y en su corazón a la obra de Dios. Pablo, en algunas ocasiones, trabajó haciendo tiendas; pero en ningún momento dejó de ser el gran siervo de Jesucristo ni mermó su dedicación

apostólica. Siempre fue fiel a su gran ideal: «De ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio de la gracia de Dios.» (Hec. 20:24). En este sentir, imitaba a su Maestro y Señor (Jn. 4:34).

Esta entrega sin reservas, absoluta, debiera regir la vida del ministro en todos los órdenes. Sólo de este modo puede lograrse la concentración necesaria —factor importantísimo— en la tarea que le es encomendada. Toda disgregación de ideales resta efectividad al trabajo ministerial. La unidad de propósito es fundamental para la eficiencia en tal trabajo. La grandiosidad de la obra de Pablo se debió, sin duda, a su clara comprensión de este gran principio espiritual. Así lo manifestó él mismo (Fil. 3:13, 14). Una aspiración análoga ha movido a los más grandes siervos de Dios. Y en todos los casos brotaba de un espíritu plenamente rendido a Cristo. Calvino hizo grabar en su sello particular un corazón encendido con la inscripción *Cor meum tibi, Domino, offero* (Señor, te ofrezco mi corazón). Ninguna otra cosa puede sustituir a esa entrega.

Humildad

Es tendencia natural del hombre caído buscar su propio ensalzamiento. Aun los discípulos que habían convivido con Jesús se sintieron preocupados por «quién es el mayor en el reino de los cielos» (Mat. 18:1) o «quién de ellos sería el mayor» (Lc. 9:46). Juan y Jacobo, por medio de su madre, se atrevieron a pedir al Señor que les concediese los lugares más prominentes en su reino (Mat. 20:20-21).

La esfera del ministerio es propicia a desarrollar ambiciones de grandeza. Por desgracia, muchos han sucumbido a ellas anteponiendo su propia vanagloria personal a la gloria de Dios. En vez de ser colaboradores del Señor, se han convertido —más o menos inconscientemente— en sus competidores.

Se cuenta de un pastor que predicaba un día sobre las palabras de Juan el Bautista: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Al repetir una y otra vez el texto, lo hacía extendiendo aparatosamente el índice de la mano derecha, de tal modo que los oyentes prestaban mucha más atención al dedo que al Hijo de Dios. Es deplorable que no pocos hayan actuado con semejante espíritu. Les ha preocupado más encumbrarse a sí mismos que exaltar a Cristo. Más que el bien de la obra del Evangelio, han buscado su propio bienestar. El resultado ha sido que se han deshonrado a sí mismos al idolatrar su honor, como señalaba Richard Baxter (1). Esta debilidad reviste a veces caracteres casi morbosos, irritantes y ridículos. Pero no es sólo debilidad. Es pecado. ¿Y qué ministro está completamente limpio de él?

La insistencia con que el Señor condenó este mal es digna de atención (Mt. 18:4; 20:25-28; 23:11, 12; Mc. 10:42-45; Lc. 14:11; 18:14; Jn. 13:13-16). El apóstol Juan, que tan torpe codicia había manifestado, parece haber sido finalmente impresionado por las exhortaciones de Jesús a la humildad. Es el único evangelista que recoge las palabras de Juan el Bautista, testimonio de su profunda humildad: «A El (Cristo) conviene crecer, mas a mí menguar» (Jn. 3:30). Cuando alude a su privilegio de haberse recostado sobre el pecho de Jesús, lo hace de modo anónimo (Jn. 13:23). También es el único que relata el lavamiento de los pies de los apóstoles por Jesús con toda la lección de humildad que entraña (Jn. 13:3-17).

A este hecho parece referirse también Pedro al amonestar a todos, incluidos los ancianos: «Revestíos de humildad» (I Ped. 5:5). El verbo *enkomboomai*, usado en este texto, se refiere a la acción de ceñirse el delantal blanco (*enkom-bomai*) de los esclavos.

Este era, sin lugar a dudas, el concepto que de sí mismo tenía Pablo cuando se denominaba «esclavo de Jesucristo». Y es que el ministro del Evangelio no puede ser otra

1. *The Reformed Pastor*, The Religious Tract Society, p. 151.

cosa. Recuérdese lo que expusimos al ocuparnos de la naturaleza del ministerio. Por consiguiente, o somos humildes o somos infieles al Señor que nos llamó. En este último caso, el ministerio se convierte en anti-ministerio.

Abnegación

La dedicación y la humildad sólo se desarrollan adecuadamente cuando tienen una raíz más honda: la negación de sí mismo a que debe llegar el cristiano y especialmente el ministro. Tal abnegación es el principio mismo del discipulado (Mt. 10:38, 39; 16:24, 25; Lc. 14:27). La cruz es siempre el precio de un cristianismo auténtico. Y la cruz no es meramente una disposición a padecer cuando el sufrimiento resulta inevitable. En los días de Jesús, un hombre cargado con una cruz era un hombre que se dirigía a la muerte. Tomar la cruz es, por consiguiente, renunciar a la vida. Es comprender y aceptar que ya no estamos en el mundo para disfrutar egoístamente, sino para «servir y dar la vida» (Mc. 10:45) en cumplimiento de la encomienda recibida de Dios.

Por supuesto, nada tiene que ver la abnegación cristiana con el ascetismo. No somos llamados a renunciar de entrada a todo lo agradable y hermoso que la vida lícitamente nos puede ofrecer. Hay mucho en la experiencia de un ministro, en su hogar, en su trabajo, en sus relaciones, que es fuente de alegría de la que puede beber gozosamente. Pero todo queda subordinado a un segundo lugar. Si Dios le privara de todo ello, debería proseguir con firmeza su vida de servicio. Debe pensar que la vida no le debe nada. Y su Señor tampoco. Esto le evitaría muchas horas de amargura y desánimo. Tiempo le quedará para comprobar que Dios no es escaso o —mucho menos— sádico con sus siervos. Cualquier tipo de privación o insatisfacción humana en un momento dado, debe afrontarse sin resentimientos, sin rebeldía interior, sin desfallecimiento en el trabajo. La actitud de renuncia es cimiento de la obra del ministerio; si el cimiento se debilita, la obra puede desmoronarse.

La abnegación llevará aparejada más de una vez la renuncia a cosas lícitas en sí, pero que no convienen (I Cor. 10:23, 24); impulsará a la declinación de derechos (I Cor. 9:1-18; II Cor. 11:7), a la flexibilidad y a la adaptación a otros en cosas no esenciales (I Cor. 9:19-23). Hay un valor y una meta que están por encima de cualquier satisfacción egoísta: la gloria de Dios (I Cor. 10:31). Esta lección magistral de Pablo sobre el ministerio fue rubricada con su ejemplo admirable, mantenido con una tenaz disciplina que hizo de él un gran atleta espiritual (I Cor. 9:25-27).

Valentía

El campo del ministerio no es apto para pusilánimes. Nunca ha sido remanso de tranquilidad. Desde el principio, Jesús pronosticó a sus mensajeros conflicto permanente ante la oposición del mundo (Mt. 10:16-25).

Los apóstoles pronto sufrieron en su carne y en su espíritu los embates de una sociedad hostil: befas, menosprecio, azotes, cárceles, apedreamientos, peligros, fatigas, preocupaciones (II Cor. 4:8-13; 11:23-33). Si a esto se añaden las dificultades creadas por falsos maestros religiosos que trataban de introducir herejías en las iglesias o por hermanos débiles que caían a menudo en serios pecados, podremos hacernos una idea del temple que los apóstoles y sus colaboradores necesitaban. Sólo una valentía sin límites podría sostener a aquellos adalides en tantos y tan variados frentes.

Todavía hoy, en algunos países, los siervos de Cristo se hallan expuestos a semejantes combates. Y donde la persecución —al menos la persecución abierta— ha desaparecido, aún subsiste, y con mayor encono, la pugna contra corrientes ideológicas y costumbres disolventes que asedian a la iglesia. Los problemas interiores no son menos inquietantes. Desde el punto de vista humano, las perspectivas que hoy se presentan ante el pueblo de Dios no son precisamente alentadoras, por lo que el líder cristiano precisa de una dosis sobre-

natural de coraje para llevar a cabo su misión y poder decir: «No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder» (II Tim. 1:7).

Sinceridad

Tal vez nadie como el ministro del Evangelio se ve tentado a mantener una apariencia elevada de sí mismo que no responde a la realidad. Piensa en lo que se espera de él y forja una imagen exterior que responda a esa esperanza, sin dar la atención debida a su imagen interior, lo que frecuentemente origina una gran diferencia entre la una y la otra. El doctor Paul Tournier describe hábilmente este hecho cuando en una de sus obras más enjundiosas distingue entre personaje y persona. Hacemos esfuerzos inauditos en favor del primero; lo cultivamos, lo pulimos, lo retocamos, lo abrimos. Entretanto, nuestra preocupación por la persona, por lo que realmente somos cada uno, es mínima. Nos inquieta más lo que de nosotros pueden pensar los hombres que lo que piensa Dios.

Esta debilidad es muy antigua (Jn. 12:43), pero debe ser combatida enérgicamente. Cuanto mayor es la diferencia entre lo que aparentamos y lo que somos, mayor es el peligro que corremos. Puede suceder que si el «personaje» alcanza las dimensiones de un gigante y bajo él vive una «persona» enana, la desproporción salte a la vista de cualquier observador, con el consiguiente descrédito para un ser tan contradictorio. Y aun en el caso de que tal discordancia entre la apariencia y la realidad no llegue a ser descubierta por otros, el propio ministro, por poca sensibilidad que tenga, habrá de sufrir el desasosiego torturante producido por una simulación que va más allá de lo comprensible y tolerable.

Las admoniciones de Jesús a vivir en un plano de justicia superior al de los escribas y fariseos (Mt. 5:20) no pueden ser desoídas. Y el ejemplo apostólico nos marca la pauta en este terreno. «Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio

de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad... nos hemos conducido en el mundo» (II Cor. 1:12). Esta sinceridad no se refiere únicamente a las palabras (II Cor. 1:18; 7:14), sino también a los pensamientos (II Cor. 1:17) y a la conducta (II Cor. 4:2; I Tes. 2:3, 4).

Solidaridad

Puede parecer esta cualidad poco relevante entre las demás de evidente excelencia. Sin embargo, es una de las que se destacan en el Nuevo Testamento y deberían enfatizarse en nuestros días. El ministro puede contagiarse del individualismo y del localismo que aqueja a gran parte de la obra evangélica en el mundo, perdiendo de vista la amplitud de los propósitos y de la estrategia de Dios. Puede quedar tan absorbido por su obra que no vea la de otros consiervos. Puede actuar como si creyera que su parcela, siempre limitada, es la totalidad del campo del Señor. Puede llegar a pensar que su ministerio es el más importante, muy superior al de sus compañeros, si es que al de éstos reconoce algún valor. En el fondo, estas actitudes revelan un gran defecto: miopía; y un gran pecado: egocentrismo.

Cuando el Señor pensó en su obra en el mundo escogió a un grupo de apóstoles. Cuando los envió a predicar fueron en parejas. Después de Pentecostés, los apóstoles reconocen la obra de Felipe en Samaria y la apoyan (Hec. 8:14, 25). Algo semejante aconteció en la naciente iglesia de Antioquía (Hec. 11:22).

Las empresas misioneras de Pablo y Bernabé entre los gentiles eran tan necesarias como la labor de Pedro, Jacobo y Juan entre los judíos (Gál. 2:7-9). A veces, la obra iniciada por uno era continuada por otro. Se cumplía lo dicho por el Señor: «Uno es el que siembra y otro el que siega» (Jn. 4:37). En Corinto, Pablo plantó y Apolos regó; el uno había puesto los cimientos y el otro había sobreedificado (I Cor. 3:6, 10). En la Iglesia apostólica, los ministros trabajaban y los dones

se usaban solidariamente bajo la dirección del Espíritu Santo. Esta experiencia debe seguir repitiéndose hoy, tanto en el ámbito de la iglesia local como en la obra del Evangelio en general. Lo contrario es una negación práctica de la doctrina de la Iglesia como cuerpo de Cristo y una puerta abierta a la ineffectividad en cualquier forma de servicio.

Firmeza

Aunque el líder cristiano, como vimos, no debe nunca convertirse en un dictador, ha de distinguirse por un carácter enérgico. Serán muchas las ocasiones en que lo necesitará. Hay momentos en que la blandura, la tolerancia y la concesión son pecado. Lo son cuando el error doctrinal amenaza la integridad del Evangelio (Gál. 1:6-9; I Tim. 1:19, 20; II Tim. 2:18); cuando se da una inconsistencia grave (Gál. 2:11-14); cuando descaradamente se introduce el pecado en la iglesia (I Cor. 5) o cuando actitudes carnales amenazan su buena marcha y gobierno (I Cor. 4:18-21; II Cor. 10:2, 6, 11; 13:2).

En cualquier caso, la firmeza no debe degenerar en rigidez o incomprensión. Hay una obstinación poco santa, emparentada más con el orgullo que con la energía, de la que todo ministro debe huir. La fuerza siempre debe ir acompañada de suma prudencia y delicadeza y debe tener una orientación positiva. Debe emanar de la especial autoridad moral otorgada por el Señor a sus siervos; pero esa autoridad ha de ejercerse siempre para edificar, no para destruir (II Cor. 10:8; 13:10).

También es necesaria la solidez frente a las múltiples circunstancias descorazonadoras que suelen rodear al siervo del Señor. Los problemas, el escaso fruto, las debilidades propias y ajenas, las deslealtades, las decepciones, todo puede contribuir a minar su fortaleza. Pero todo ha de ser superado. Como Pablo, todo líder cristiano ha de poder decir: «No desmayamos» (II Cor. 4:1, 16).

Amor

Esta característica, propia de todo cristiano, ha de manifestarse aún más visiblemente en el ministro. Ha de coronar todas las demás cualidades. Todos los dones, todas las virtudes, todas las fatigas, todas las renunciaciones, todos los sacrificios serán en vano si falta el amor (I Cor. 13:1-3). El «sentir que hubo en Cristo Jesús» (Fil. 2:5) debe inspirar constantemente a quien le sirve.

El origen de tal amor está en Dios mismo, quien lo ha derramado en nuestros corazones por medio de su Espíritu (Rom. 5:5). Tiene además una doble dimensión. Se orienta, en primer lugar, hacia Cristo y después hacia los hombres. Parece que el Señor quiso recalcar este principio mediante el diálogo que, después de su resurrección, sostuvo con Pedro junto al lago de Genezaret. «¿Me amas?», le preguntó por tres veces consecutivas. Después de cada respuesta afirmativa del apóstol le encomendó el cuidado de su grey (Jn. 21:15-17). La ingente labor llevada a cabo por Pedro patentiza la fuerza incomparable del amor a Cristo y a los hombres.

Igual ejemplo encontramos en Pablo. A través de sus cartas descubrimos los diversos modos de manifestarse su amor. ¡Cuánta ternura, cuánta solicitud, cuánta paciencia, cuánto desinterés, cuánta pasión santa en su relación con los creyentes de las iglesias! (II Cor. 11:11; 12:15; Gál. 4:19; I Tes. 2:7, 8, 11). No era menor su amor hacia los inconversos, sobre todo hacia sus compatriotas impenitentes. Son estremecedoras sus declaraciones respecto a éstos: «Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón; porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne, los israelitas» (Rom. 9:1-4).

Cuando un ministro del Evangelio ama de este modo ha alcanzado la cota más alta de la santificación. Ese amor generará comprensión, paciencia, tolerancia, simpatía profunda hacia los hombres en sus problemas, necesidades y sufri-

mientos. Su predicación y sus contactos pastorales rezumarán un sentimiento de afecto santo. Poseerá el talismán espiritual más portentoso para llegar a los corazones, pues la mayor necesidad del ser humano es la de sentirse de veras amado. Infinidad de personas que viven en el dolor, en la soledad, en la frustración, tal vez entenderán muy poco o nada de teología bíblica, pero detectarán cualquier onda de amor que llegue a ellas, con lo que se habrá iniciado un proceso de comunicación espiritual.

Aun a riesgo de simplificar excesivamente, nos atreveríamos a decir que quien ama real y profundamente reúne el ochenta por ciento de los requisitos necesarios para el ministerio cristiano.

Nunca será demasiado el empeño que se ponga en cultivar las virtudes cristianas. Paralelamente a la acción del Espíritu Santo, debe el ministro velar y esforzarse, «consumando la santificación en el temor de Dios» (II Cor. 7:1). Su autodisciplina ha de ser rigurosa y constante a fin de evitar que, habiendo sido heraldo a los demás, resulte él mismo descalificado» (I Cor. 9:27).

CUESTIONARIO

1. *Juan el Bautista se distinguió por su humildad. Mencione los hechos de su vida que demuestran esta afirmación y exponga la causa de tal virtud.*
2. *Mencione cuatro ejemplos concretos en los que algunos personajes bíblicos practicaron la abnegación y analice los resultados.*
3. *¿Qué relación debe existir entre la firmeza y el amor para que no se excluyan entre sí?*

CAPÍTULO V

REQUISITOS DEL MINISTRO (IV)

UNA PREPARACION ADECUADA

Importantes como son la vocación y el carácter, no son suficientes para asegurar la eficiencia en el ministerio. Se necesita también un mínimo de capacitación. Menospreciar este requisito constituye de por sí un signo de incompetencia para las arduas labores del servicio cristiano. Sería absurdo suponer que, mientras se incrementan cada vez más las exigencias de formación profesional en las empresas humanas, pueden ocuparse lugares de responsabilidad en la Iglesia prescindiendo de ellas.

La historia de la obra evangélica registra casos de hombres que fueron «lanzados» a predicar el Evangelio, a abrir nuevas vías de testimonio o incluso pastorear iglesias con muy poca o ninguna preparación. Las circunstancias anormales en que tuvieron que dedicarse al ministerio, la imposibilidad de obtener la formación deseada y lo apremiante de las necesidades del campo que solicitaba su entrega, pueden en cierto modo justificar su decisión. En algunos casos Dios bendijo sus esfuerzos de modo admirable. Además, muchos de tales «obreros» improvisados, una vez dentro del ministerio, aprovecharon cuantos medios estuvieron a su alcance para aumentar su capacitación, lo que vino a suplir dentro de lo posible —a veces de modo asombroso—, el defecto inicial.

Pero las experiencias en situaciones de excepción no debieran generalizarse. El hecho de que Dios haya usado en algunos casos a hombres poco cultivados no sienta ningún precedente normativo. En la Escritura tenemos suficientes ejemplos que apoyan la necesidad de que el siervo de Dios sea debidamente habilitado para el cumplimiento de su misión. Las antiguas escuelas de los profetas, a partir de Samuel, nos ofrecen ya una muestra. Jesús dedicó la mayor parte de su ministerio a instruir a los apóstoles. Pablo, educado a los pies de Gamaliel y buen conocedor de la cultura griega, pasó dos años en Arabia formándose a la luz de su nueva fe antes de entregarse de lleno a su ingente obra misionera. Parte de su estrategia para la expansión del Evangelio era la enseñanza «en cadena» recomendada a Timoteo (II Tim. 2:2).

Hay actualmente las más variadas posibilidades de adquirir una buena educación bíblico-teológica. Además de los seminarios residenciales, institutos bíblicos y otros centros análogos, se están multiplicando con notables resultados los seminarios por extensión, los cuales hacen posible la formación de un futuro ministro sin que éste haya de trasladar su residencia y cambiar radicalmente su modo de vida. Los cursos por correspondencia ofrecen otra posibilidad de estudio sistemático. Y en último término, siempre cabe el recurso de una formación autodidáctica. Algunos hombres de Dios —Spurgeon entre ellos— alcanzaron por este camino niveles tanto o más altos que los logrados por los más aventajados licenciados en facultades de teología. Por supuesto, no todos son capaces de tanto. El autodidacta precisa de unos dotes intelectuales y una fuerza de voluntad especiales. Pero aun quienes se benefician de otros medios de educación deberán siempre completarlos con estudio y esfuerzo de su propia iniciativa.

Al referirnos a una formación adecuada no queremos significar que debe poseerse todo el caudal de conocimientos y experiencias de que una persona es capaz. Tal caudal no llega a conseguirse jamás. Por eso el ministro ha de ser estudiante durante todo su vida. Su acervo intelectual, al igual

que el espiritual, han de crecer de día en día. Lo que queremos decir es que, en circunstancias más o menos normales, cuando una persona se dedica al ministerio, debe tener un mínimo aceptable de preparación que le permita realizar su labor con un mínimo de soltura y eficacia.

No nos atrevemos a concretar en qué debe consistir ese mínimo, pero señalamos a continuación tres elementos que estimamos indispensables. Al considerarlos, trataremos de presentar su perspectiva ilimitada a partir de un punto o nivel al que necesariamente se tiene que haber llegado al iniciar tareas ministeriales.

Formación bíblica

Cualquier actividad en el ministerio cristiano tiene como base la Palabra de Dios. Tanto la predicación como la obra pastoral deben nutrirse abundantemente de ella. La Palabra debe ser no sólo la fuente de inspiración del ministro, sino la esencia misma del mensaje que de diversas formas ha de comunicar en toda su amplitud y profundidad.

Este hecho debe subrayarse por su capital importancia. Se da el caso paradójico de que en algunos sectores muy evangélicos, en los que la veneración a la Biblia casi alcanza las fronteras de la bibliolatría, se tiene un conocimiento excesivamente pobre y superficial de las Sagradas Escrituras, lo que origina un debilitamiento inevitable de creyentes e iglesias. En esta situación, cualquier «viento de doctrina» puede resultar peligroso.

La eficacia en el ministerio depende de la fidelidad a la Palabra, que es el instrumento del Espíritu de Dios. Y esa fidelidad no consiste en el apego a unos textos determinados o a unas doctrinas predilectas, a menudo heredadas en su formulación más que descubiertas en el estudio personal. Tampoco consiste en el uso reiterado de tópicos, generalmente expresados en frases hermosas, pero estereotipadas y

desgastadas por su abuso. La lealtad a la Escritura nos impone extendernos y ahondar cada vez más en su inmenso contenido.

El mínimo de capacitación bíblica obliga a conocer los hechos históricos del Antiguo Testamento y del Nuevo, a discernir la línea ininterrumpida de la historia de la salvación entretejida en los diversos acontecimientos, a observar la evolución de la revelación divina a través de los siglos hasta culminar en Jesucristo. Ha de conocer, asimismo, lo esencial de cada uno de los libros más importantes de la Biblia (autor, fondo histórico, finalidad con que se escribió, mensaje principal que contiene, etc.). Ha de estar familiarizado con lo más básico de la poesía, la profecía y la ética bíblicas y tener una clara comprensión de las doctrinas fundamentales (Dios, el hombre, el pecado, Jesucristo, la salvación, la Iglesia, etc.).

A partir de estos rudimentos, el ministro debe proseguir su estudio día tras día, año tras año, incansablemente. De modo sistemático habría de escudriñar con la máxima profundidad, exhaustivamente a ser posible, cada uno de los libros de la Biblia, «con el hábito de esfuerzo mental propio de los días de estudiante», como decía J. H. Jowett.

En este quehacer conviene usar todo el material útil de que podamos disponer: buenos comentarios exegéticos, obras de introducción bíblica, tratados de teología, etc. Los descubrimientos de otros, en muchos casos guiados por el Espíritu de Dios, pueden facilitar enormemente nuestro estudio. No tenemos por qué empeñarnos en redescubrir américas espirituales. Los escritos de los Padres de la Iglesia, de los reformadores y de una pléyade de teólogos sanos, de comentaristas y predicadores son una herencia valiosísima a nuestro alcance. Sería el colmo del absurdo renunciar a ella movidos por un afán mal entendido de independencia intelectual. Sin embargo, toda lectura de libros que no sean la Biblia debe efectuarse con actitud crítica. No todo lo que se lee en una buena obra ha de merecer obligadamente nuestra adhesión. Y no todo lo que han escrito autores poco evangélicos ha de

provocar automáticamente nuestra reprobación. Algunas de sus ideas son verdaderamente formidables. Usando la piedra de toque de la Escritura, a semejanza de los antiguos bereenes (Hec. 17:11), el ministro ha de estar en condiciones de «examinarlo todo y retener lo bueno» (I Tes. 5:21).

Todo lo que llevamos expuesto sobre este punto tiene por objeto resaltar la importancia del estudio de la Escritura. Pero la formación bíblica es mucho más que mera adquisición de conocimientos intelectuales. Incluye indefectiblemente la asimilación espiritual de ese conocimiento y la aplicación en la vida personal. La formación sólo es real cuando a un mayor conocimiento de Dios corresponde una adoración más encendida, un mayor amor, un mejor servicio; cuando a una más clara comprensión de la persona y la obra de Cristo acompaña una más decidida entrega a hacer la voluntad del Padre; cuando a la certidumbre de la resurrección de Cristo se añade el gozo de la esperanza; cuando a la proclamación de su señorío se une nuestra sumisión sin reservas; cuando la concepción correcta de la obra del Espíritu Santo determina un modo santo de vivir. Si falta esta correspondencia el ministro se convierte en una figura grotesca, en una especie de monstruo con cabeza descomunal y cuerpo insignificante.

Esa aplicación personal de la Palabra tendrá, asimismo, una proyección sobre el entorno del ministro. Su modo de enjuiciar las personas, las ideas, las circunstancias y los hechos a su alrededor estará regida por la verdad divina, y su propio modo de reaccionar y obrar ante todo ello evidenciará la autenticidad de su preparación. La Palabra no sólo debe iluminar la mente; debe trazar todos los perfiles de nuestra actuación. De no ser así, el ministerio puede acarrear más descrédito que gloria a la causa del Evangelio. La Iglesia ha sufrido más a causa de eruditos poco santificados que de hombres incultos pero sinceros y de vida intachable. Por eso, el verdadero talento bíblico sólo se demuestra cuando la brillantez de pensamiento y de expresión va acompañada del lustre de un hacer genuinamente cristiano.

Formación cultural

Una vez establecida la prioridad de la preparación espiritual, de sólida base bíblica, conviene también poner de relieve la gran utilidad de un buen bagaje cultural. Los textos de la Escritura usados por algunos como objeción contra la erudición humana (I Cor. 1:19-21; 2:6:8; Col. 2:8; I Tim. 6:20) no condenan los valores de la misma, sino su degradación en una actitud de antagonismo hacia Dios y su verdad. No debe olvidarse que los más grandes líderes del pueblo de Dios poseyeron una amplia cultura. Moisés fue «enseñado en toda la sabiduría de los egipcios» (Hec. 7:22). Isaías da muestras de una intelectualidad refinada. Pablo, paralelamente a su instrucción teológica, evidencia una gran formación humanística, con conocimiento de la filosofía y la literatura de su tiempo (Hec. 17:28). Algo semejante podría decirse de muchos de los Padres de la Iglesia. Los reformadores, incluyendo los promotores del movimiento reformista en España, fueron todos hombres de gran talla intelectual y amplio saber. Podríamos añadir los nombres de Jorge Whitefield, Juan Wesley, Jonatán Edwards y muchos más, en quienes la piedad y la erudición se combinaron admirablemente para hacer de ellos instrumentos excelentes que Dios usó grandemente para su gloria.

En nuestro tiempo, cuando tanta importancia se da a la educación, es inconcebible un ministro del Evangelio que carezca de un mínimo cultural. De nuevo nos resulta difícil precisar cuál ha de ser ese mínimo. En gran parte depende del nivel medio de educación del país, región o población en que debe ejercerse el ministerio. Como es lógico, las exigencias serán superiores en el caso del pastor de una iglesia en una gran capital que en el de un predicador residente en una zona rural cuyos habitantes apenas saben leer y escribir. Sin embargo, aun en los ambientes más pobres culturalmente, el ministro debiera estar en un plano comparable al de un maestro de primera enseñanza.

Sobre esa base habría de ampliar sus conocimientos, dentro de sus posibilidades, en todas las ramas del saber, especialmente las humanísticas, historia, literatura, filosofía, arte, sociología, etc. Particular atención debe prestar a los acontecimientos contemporáneos y a las corrientes de pensamiento, secular o religioso, de su día. No era desacertado el consejo de Karl Barth de leer cada día la Biblia y el periódico. La primera nos permite conocer a Dios; el segundo nos ayuda a conocer el mundo. Claro que el consejo presupone un buen sentido de proporcionalidad y equilibrio. Dedicar cinco minutos a la lectura de la Escritura y una o dos horas a periódicos y revistas no es precisamente lo que se espera de un siervo de Dios.

En sus variadas lecturas, hallará el ministro fuentes de enriquecimiento en todos los órdenes. Mediante ellas, aumentará sus conocimientos, con lo que se dilatarán sus horizontes, recibirá inspiración, aumentará su vocabulario, así como su capacidad argumentativa y de expresión, perfeccionará su capacidad de ordenar las ideas. Y —bendición de bendiciones— le hará más humilde al descubrir que tras cada cosa aprendida quedan aún mil por aprender.

Es aconsejable, no obstante, ordenar sabiamente las lecturas. Hay «bibliófagos», devoradores de libros, que leen ávida, pero indiscriminadamente, cualquier obra que cae en sus manos. El resultado, a menudo, es que no retienen nada. En algunos casos se produce una indigestión de lo leído, con los problemas consiguientes. La limitación del tiempo impone una selección en las lecturas. Las obras escogidas debieran ser las mejores de cada materia, pues lo importante es la calidad, no la cantidad. Thomas Hobbes, filósofo inglés, decía: «Si hubiese leído tantos libros como otras personas, sabría tan poco como ellas.»

Una obra valiosa merece, después de una primera lectura rápida, una segunda lectura más reposada, acompañada de la reflexión personal que permita digerir saludablemente lo leído. El subrayado y la acotación de libros es una prác-

tica muy útil, como lo es la anotación, en una libreta destinada al efecto, de todas las ideas importantes que la lectura suele sugerir. Conviene, asimismo, hacer un análisis, una crítica y un resumen de cada obra leída, tratando de retener en la memoria lo más importante. El resto de material que se considere provechoso se preservará mediante algún sistema de archivo.

Nunca ponderaremos suficientemente la importancia de la lectura y el estudio. Por otro lado, haremos bien en prevenirnos contra el peligro de un intelectualismo divorciado de la comunión con Dios. «Después de todo, el hombre de sólida formación, el estudioso, es únicamente la materia prima de la que se forma el ministro cristiano. La energía plástica —la influencia vivificadora del Espíritu Todopoderoso— es aún necesaria para dar luz, vida y movimiento a la sustancia inerte, para moldearla según la imagen divina y hacer de ella "un vaso para honra, útil para los usos del Señor". Tampoco debemos negar que los hábitos del estudio van acompañados de tentaciones insidiosas. El árbol del conocimiento puede florecer mientras que el árbol de la vida languidece. Todo aumento del conocimiento intelectual tiene una natural tendencia al propio ensalzamiento... Un juicio sano y una mente espiritual deben encaminar los estudios al fin principal del ministerio» (1).

Podríamos concluir con Quesnel: «No leer ni estudiar en absoluto es tentar a Dios; no hacer otra cosa que estudiar es olvidar el ministerio; estudiar sólo para gloriarse en el conocimiento que uno posee es vanidad vergonzosa; estudiar en busca de medios para adular a los pecadores es una prevaricación deplorable; pero llenar la mente del conocimiento propio de santos mediante el estudio y la oración y difundir ese conocimiento con sólidas instrucciones y exhortaciones prácticas, eso es ser un ministro prudente, celoso y activo» (2).

1. Watts, *Humble endeavour for a revival*, pp. 17, 18.

2. Ref. de C. Bridges, *op. cit.*, p. 50.

Formación humana

Nos referimos a los conocimientos que se adquieren por el contacto directo con el mundo que nos rodea, especialmente con nuestros semejantes. Este sistema de formación es insustituible. Por medio de él aprendemos cosas que no llegamos a encontrar en los libros; y aun aquellas que leemos, si forman parte de nuestra experiencia personal, se graban en nosotros con mayor profundidad.

Hay mucho en la vida humana, tanto negativo como positivo, de lo que debemos ser testigos presenciales para poder comprenderlo a fondo. Una cosa es, por ejemplo, saber que el pecado degrada, y otra ver a un hombre de carne y hueso esclavo de sus pasiones con las marcas de su desenfreno en su cuerpo y en su espíritu. Una cosa es leer acerca de la tentación y otra oír a una persona referir su experiencia de lucha agónica, de debilidad, de caída. No es lo mismo leer acerca de la conciencia de pecado que enfrentarse en la experiencia, propia o ajena, con el sentimiento torturador de la culpa. Tampoco es lo mismo leer el capítulo siete de la carta a los Romanos que ver a un creyente desgarrado por las fuerzas opuestas que combaten en su interior. Hay diferencia, asimismo, entre la preciosa doctrina de la regeneración y la contemplación de un hombre arrancado de las garras del vicio y transformado en un santo que testifica del poder de la gracia de Dios. Y ¿qué diremos de lo que aprendemos junto al pobre que se goza en sus riquezas espirituales, junto al atribulado que deja entrever el poder sobrenatural que lo sostiene, o al lado del moribundo que, recitando el salmo 23, entra sereno, sin sobresaltos, en la antesala de la eternidad? Ciertamente, nada hay más impresionante ni más enriquecedor que contemplar cara a cara la vida humana con su gama inmensa de experiencias, con sus misterios y sus contradicciones, con sus glorias y sus miserias.

Pero este gran libro que nos ofrece la existencia misma no es fácil de leer. Exige atención. Hay quien vive como si anduviera con los ojos vendados, sin apenas percatarse de los

tesoros de experiencia humana que hay en torno de él. Tal clase de personas no llega muy lejos en el camino de la formación experimental.

Es necesario aprender a detenerse, observar y escuchar. Y después de haber visto y oído escrutadoramente, es imprescindible reflexionar. Desgraciadamente, la facultad de reflexión se halla embotada en muchas personas, incluidas algunas que se tienen por intelectuales. Quizá la causa radica en un desmesurado activismo, aun de tipo intelectual, que priva del tiempo necesario para meditar. Tal vez debiéramos pedir a algún amigo cuáquero que nos iniciara en las excelencias del silencio. J. O. Sanders refiere (3) la anécdota del poeta Southey que explicaba a una anciana perteneciente a la Sociedad de los Amigos su modo extraordinario de aprovechar el tiempo: aprendía portugués mientras se lavaba, y otras materias mientras se vestía, desayunaba o se ocupaba en otros quehaceres diversos, sin desperdiciar ni un instante. Ingenuamente, la mujer le preguntó: «¿Y cuándo piensas?»

El general De Gaulle nos dejó otra buena ilustración. A partir de las nueve de la noche no recibía a nadie. Desde esa hora hasta que se acostaba, se quedaba a solas consigo mismo y con las cuestiones de gobierno que demandaban su atención. Si hasta tal punto sentía la necesidad de reflexionar un estadista, ¿cuánto más no habría de sentirla un ministro de Jesucristo? Sólo dedicando tiempo a meditar se beneficiaría plenamente de su triple formación, bíblica, cultural y humana.

3. *Op. cit.*, p. 101.

CUESTIONARIO

1. La acción del Espíritu Santo ¿no hace innecesaria una esmerada preparación del ministro del Evangelio? ¿Por qué?
2. ¿Cómo debe interpretarse Mateo 10:19, 20?
3. La relación entre la cultura y la predicación del Evangelio ha sido vista de tres modos distintos: a) De antagonismo. b) De neutralidad. c) De complemento. ¿Cuál cree que es la visión correcta? Razone la respuesta.
4. ¿Qué debe entenderse por formación bíblica?
5. Aparte del estudio de la Biblia y de otras materias afines mediante clases, conferencias, libros, etc., ¿de qué otras maneras puede perfeccionarse la formación para el ministerio?
6. ¿Qué requisitos personales se necesitan para asimilar las enseñanzas que pueden hallarse en cualquier fuente de conocimiento?

CAPÍTULO VI

LOS PROBLEMAS DEL MINISTRO

«Ten cuidado de ti mismo» (I Tim. 4:16), fue uno de los consejos más sabios dados por Pablo a Timoteo.

El hecho de que un siervo de Dios se ocupe en actividades sagradas no le pone al abrigo de tentaciones. Como cualquier otro hijo de Adán, está expuesto a las debilidades comunes a todos los hombres, al egoísmo, a la vanidad, a ambiciones mundanas, a extravíos sexuales, a enemistades y resentimientos, a dudas y crisis de fe. La diferencia entre él y sus hermanos es que, en su caso, el problema originado por su flaqueza adquiere mayor intensidad. Se agudiza la tensión por el contraste existente entre el hombre que desearía ser y el hombre que realmente es. ¿Qué pensarían sus hermanos si le conociesen en su interioridad más recóndita?

Pero, además de las dificultades morales con las que se enfrenta cualquier creyente, hay peligros específicos, inherentes al ministerio, que amenazan a quien a él se dedica. Descubrirlos y sortearlos victoriosamente es mucho más importante que lograr brillantes éxitos externos. Es frecuente la experiencia de ministros que desarrollan una labor brillante a ojos de sus hermanos, que gozan de elevado prestigio entre sus compañeros, y al mismo tiempo viven con un sentimiento de honda insatisfacción, inquietados por serios problemas no resueltos. De la solución de tales problemas puede depender, a la larga, el verdadero éxito o el fracaso de su labor.

La soledad

Esta experiencia, que tiene sus aspectos positivos, expone a la depresión y al agravamiento de otros problemas por no tener con quién compartirlos. Sin embargo, el líder cristiano, en numerosos casos, tendrá que vivir muchas horas difíciles

La mayoría de los más eminentes líderes han sido grandes solitarios. Lo fueron Moisés, Elías, Jeremías. Lo fue, sobre todo, el mismo Señor durante su ministerio en la tierra, a pesar de la compañía de sus discípulos.

El ministro, sobre todo el pastor, se encuentra en una situación en la que prácticamente no puede tener amigos íntimos, al menos entre los miembros de su iglesia. Todo contacto de amistad especial con algunos podría interpretarse como favoritismo y ello podría originarle dificultades con los restantes miembros. Aun en su relación más estrecha con los «oficiales» de la iglesia, la predilección hacia alguno de ellos puede ser tildada de discriminatoria. Lo ideal sería poder mantener una comunión de honda amistad cristiana con todos los que comparten la responsabilidad de dirigir la iglesia; pero esto, dada la heterogeneidad que suele caracterizar a los miembros de un consejo de iglesia, no siempre es posible o fácil. Una solución podría encontrarse en el compañerismo hondamente cristiano con otros colegas en el ministerio o con hermanos espiritualmente maduros fuera de la iglesia o campo de servicio habitual. Volveremos a esta posibilidad al tratar de los recursos del ministro. Pero no siempre se encuentran compañeros o hermanos con quienes puede establecerse una auténtica amistad. Por eso, en no pocos casos, tiene que aceptarse la soledad como parte de la carga que el ministerio impone, carga que resultará tanto más pesada cuanto mayor sea la responsabilidad en la obra de Dios. La soledad es el precio que han de pagar las altas cumbres por su elevación.

Lo que acabamos de decir no significa que el siervo de Dios ha de aislarse de los demás. La misantropía es incom-

patible con el ministerio cristiano. Tratamos simplemente de resaltar el hecho de que, en medio del pueblo al cual sirve, junto al cual y delante del cual avanza, el ministro a menudo se siente íntimamente solo. Pero si tiene el temple espiritual que de él se espera, esa circunstancia, en vez de perjudicarlo, le ayudará a acercarse más a Dios, cuya presencia es más que suficiente para asegurar el feliz término de su obra (Ex. 33:14). La soledad pierde su aguijón cuando se puede decir con el Señor: «No estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn. 16:32).

Las tensiones familiares

Podría decirse que con este problema se enfrentan muchas otras personas. Cierto, pero en el caso del ministro reviste unas características singulares y tiene unas derivaciones más trascendentales.

El hogar puede ser una fuente de estímulo o un campo de dura prueba. La influencia que sobre nosotros ejerce es superior a cualquier otra; por algo es el lugar en que pasamos más horas y en mayor intimidad. En el seno de la familia, podremos encontrar el bálsamo que cure o alivie las heridas recibidas en los conflictos del ministerio; pero también podremos hallar problemas que acaben de extenuarnos espiritualmente.

Lo que de modo general indicamos sobre los problemas familiares en el capítulo XXII puede ser de interés para el hombre dedicado al servicio cristiano. Aquí queremos subrayar algunos aspectos particulares de la vida del ministro entre los suyos.

En primer lugar, es de la máxima importancia que la esposa constituya realmente una «ayuda idónea» (Gén. 2:18) para su marido, que se identifique con él, con su vocación, con su trabajo y que lo comparta en la medida de sus dones y posibilidades. La mujer que se casa con un ministro debe casarse también con su ministerio. De lo contrario, en vez de

ser una ayuda, se convierte en una rémora. De ahí lo trascendental de la elección de esposa por parte de quien está dedicado o piensa dedicarse a la obra del Señor. Por encima de toda otra consideración, tendría que asegurarse de la identificación de ambos en cuanto a aspiraciones espirituales se refiere.

Sin embargo, cometería un grave error —causa frecuente de tensión— el ministro que esperara de su esposa o que le exigiera más de lo que razonablemente el resto de sus responsabilidades como ama de casa y madre le permite. Una mayor dedicación de su tiempo a actividades de la obra ministerial que la obligara a descuidar sus deberes domésticos no sería aconsejable. Por otro lado, en el cumplimiento de estos deberes, la esposa debe tener adecuada ayuda de su marido. Este nunca debiera vivir en «alturas» espirituales que le impidieran compartir con su mujer las preocupaciones de la compra, de la limpieza o de los mil y un pequeños problemas que se presentan en el cuidado de los hijos.

Particular atención merece el caso de quien sólo después de haberse casado ha descubierto que su esposa no compartía su vocación ni, por consiguiente, se identificaba plenamente con su obra. El problema puede llegar a ser tan delicado como angustioso. ¿Qué hacer? Todo menos un divorcio espiritual que arroje a cada uno de los cónyuges a vivir en su esfera de trabajo indiferente a la del otro. El amor, la paciencia y la comprensión mutuos pueden dar resultados muy positivos. El diálogo cristiano, la comunicación a nivel profundo, ayudarán a ambos a ver el problema objetivamente y a buscar juntos las soluciones a su alcance. Estas soluciones posiblemente nunca llegarán a ser la realización plena del ideal soñado por cada uno, pero a poco que se consiga siempre será mejor que el distanciamiento recíproco con un sentimiento asfixiante de resentimiento y frustración.

También la relación con los hijos es importante. La conversión y buena conducta de éstos es el testimonio más elocuente de la piadosa influencia de los padres. Por el contra-

rio, su contumacia o indiferencia espiritual, honra poco al cabeza de familia, y forzosamente le creará un sentimiento de fracaso que mermará su buen ánimo en la realización de su trabajo. Por eso los hijos debieran ser el primer objetivo evangelístico serio de un ministro. El calificativo «serio» tiene por objeto destacar la entidad de una obra a fondo. No se trata simplemente de relatar a los niños las historias de la Biblia, de ayudarles a memorizar versículos o de impartirles conocimientos doctrinales teóricos a modo de catequesis. Es cuestión de presentar de modo vivo el mensaje de la Biblia con las respuestas que ésta contiene a las preguntas que el hijo pueda hacerse, no sólo de carácter teológico, sino práctico, relacionadas con sus problemas personales y con los que le pueda plantear su observación del mundo o su experiencia en él. Ello debe hacerse con amor y tacto, respetando hondamente la personalidad del hijo, sin violentar o coaccionar impropriamente el ejercicio de su libertad, con mesura y prudencia aun frente a sus posturas y decisiones equivocadas. La oración, la cordura y el amor ayudarán mucho más al hijo en sus épocas de crisis que las reprimendas airadas o los sermones de tono melodramático.

El siervo de Dios o consigue un hogar con un mínimo de estabilidad, armonía y bienestar o corre el riesgo de que se desmorone su fuerza interior y, como consecuencia, la obra a que ha sido llamado. Josué habría tropezado, sin duda, con serios obstáculos para la realización de la misión que Dios le encomendó si no hubiese podido decir: «Yo y mi casa serviremos a Jehová» (Jos. 24:15).

Cuando el ministro vive experiencias tristes, por negativas, en relación con su esposa y sus hijos, hará bien en examinarse seriamente a sí mismo. Gran parte de la causa de los problemas puede estar en su propia actuación. Dado lo difícil que muchas veces resulta descubrir nuestros propios errores, la opinión objetiva de un buen amigo con experiencia puede ayudarnos a ver las cosas con realismo. Si el examen arroja un resultado desfavorable, conviene corregir los defectos sin pérdida de tiempo, lo que puede incluir una confesión franca

a la esposa y, de ser procedente, también a los hijos. Lejos de empequeñecerse, se agranda un hombre cuando sabe decir a tiempo: «¡Perdón! Me he equivocado. He obra mal.»

Puede suceder, sin embargo, que las causas de las dificultades familiares no se deban básicamente al comportamiento del esposo y padre, auténticamente piadoso, prudente, amante. Puede haber problemas complejos cuya solución escape a las posibilidades humanas del ministro. Cuando tal sucede, no le quedará otro camino a seguir que encomendar su situación a Dios y esforzarse por reducir juiciosamente las dificultades a un mínimo. Si en el peor de los casos, sin ser responsable de ello, su familia se convierte para él en dolorosa espina, habrá de recordar que los agujones suelen ser usados por Dios a modo de agujas para inyectarnos el poder que nos hace fuertes en medio de circunstancias debilitantes (II Cor. 12:7-10).

Las dificultades de la obra

No hay actividad más compleja y dura que la de un dirigente. Tal hecho adquiere aún mayor relieve en el ministerio cristiano. Es éste un campo en el que se cosechan buen número de decepciones, deslealtades, críticas destructivas, incomprensiones, zancadillas carnales, en lucha constante contra la debilidad humana, la indiferencia, el error y las formas más diversas de pecado.

Lo más penoso es que el conflicto se desarrolla no sólo frente al mundo, lo cual no es sorprendente, sino en las propias filas del pueblo de Dios. Moisés no se sintió nunca turbado en sus graves enfrentamientos con el faraón de Egipto; pero llegó al borde de la desesperación agobiado por el comportamiento de Israel. Pablo celebraba los azotes recibidos, la cárcel y el cepo cantando himnos a Dios (Hec. 16:22-25). Las más duras persecuciones no hacían otra cosa que avivar su celo misionero. En cambio, los problemas de la iglesia de Corinto llegaron a inquietar su espíritu de tal modo que no

fue capaz de aprovechar la puerta que se le abrió en Troas para la predicación del Evangelio (II Cor. 2:12). La enumeración de sus sufrimientos culmina con los que tenían su origen en las comunidades cristianas: «Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?» (II Cor. 11:28, 29). Todo líder en la obra de Dios ha tenido, aunque seguramente con menor intensidad, vivencias semejantes.

El mayor peligro de estas dificultades radica en que, por lo general, no son pasajeras. Subsisten sin que se logre jamás eliminarlas por completo. En un momento dado pueden parecer inexistentes, pero no tardan en mostrarse redivivas. Lo más extenuante de un combate no es su intensidad, sino su prolongación. Podemos entender lo que declaró Jorge Whitefield hacia el final de su vida: «No estoy cansado de la obra de Dios, pero sí *en* la obra de Dios.» El cansancio puede dar lugar a dos experiencias diferentes; puede degenerar en agotamiento espiritual, lo cual es serio; pero también puede contribuir a una mayor madurez y a un renovado fortalecimiento por la acción vivificadora de Dios (Is. 40:28-31).

Además, las contrariedades de cualquier tipo pueden ser el mejor medio para mantenernos tensos y vigilantes. Un compañero en el ministerio me decía hace algún tiempo: «Siempre doy gracias a Dios por los descontentos de turno. Me ayudan a no deslizarme.» Esta acción de gracias podría extenderse a toda clase de disgustos. Aun lo negativo puede ser transformado por Dios en factor positivo para la realización de sus propósitos (Fil. 1:15-18).

La insensibilización espiritual

Los problemas a que hemos aludido en el punto anterior, o bien la simple permanencia en el ministerio por espacio de muchos años, puede producir a la larga un grave mal: la pérdida, en mayor o menor grado, de la sensibilidad. Paulatina-

mente se cae en la rutina; se efectúan los trabajos varios del ministerio con regularidad y diligencia, pero de modo mecánico, sin entusiasmo. El ardor de los primeros tiempos se va extinguiendo; la predicación pierde vigor espiritual; los contactos personales resultan menos cálidos; la intensidad de las emociones, la capacidad de gozar y de sufrir, van disminuyendo.

Podría alegarse que todo ello es normal, resultado inevitable de un proceso biológico irreversible. Pero no podemos olvidar que el cristiano se mueve en un plano sobrenatural en lo que concierne a sus facultades espirituales. Pablo no deja lugar a dudas: «Aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, sin embargo, se renueva de día en día» (II Cor. 4:16). Puede haber —y habrá— cambios en el modo de manifestarse la fe, la devoción a Cristo, el celo y la sensibilidad, pero su esencia no sólo se mantendrá; aumentará en caudal y profundidad. El río, bullicioso y veloz en su nacimiento, va sosegándose a medida que avanza en su curso, pero no pierde nada de su riqueza líquida ni de su capacidad dinámica; por el contrario, la incrementa. Así debe ser nuestra espiritualidad. Así, de modo especial, nuestra sensibilidad, por cuyo mantenimiento habremos de luchar.

Jowett enumera varios peligros concretos contra los que debemos prevenirnos. Uno de los dos que entresacamos es «la familiaridad mortífera con lo sublime», la posibilidad de estar «escrupulosamente ocupado en el lugar santo y, no obstante, perder la conciencia de que uno se halla en la presencia maravillosa del Señor Santo». «Un hombre puede vivir en una región montañosa y perder todo sentido de las alturas. Es un terrible empobrecimiento que el paisaje montañoso llegue a tener la significación de las llanuras. El predicador es llamado a vivir entre los más elevados asuntos de interés humano. Los aspectos montañosos de la vida son su entorno familiar. Vive casi constantemente a la vista de inmensidades y eternidades —la sobrecogedora soberanía de Dios y los misterios, tan gloriosos como nebulosos, de la gracia redentora. Pero aquí radica la posible tragedia: puede vi-

vir constantemente ante esas vistas tremendas y, sin embargo, dejar de verlas» (1).

Otro peligro es la familiaridad con las experiencias frecuentes de la vida, por grandes que sean; la esclerosis espiritual ante el sufrimiento de nuestros semejantes, ante las tragedias, ante la misma muerte. «Podemos perder nuestra capacidad de llorar.» A tan atinada observación, quizás hemos de añadir una nota aclaratoria. El ministro, en su sensibilidad y en su identificación con el sufrimiento ajeno, ha de saber superarlo; ha de estar siempre por encima de los efectos enervantes de la angustia. De lo contrario, difícilmente estará en condiciones de ayudar eficazmente a quienes es llamado a sostener. Pero, hecha esta salvedad, conviene volver a recalcar el peligro de que la familiaridad con el dolor se convierta en insensibilidad, pues entonces «se pierde nuestra facultad de consolación».

El éxito

No hacen falta muchos argumentos para demostrar que el éxito puede tener efectos desastrosos. No hay terreno más resbaladizo que el de las alturas de logros brillantes. Así lo aprendió amargamente el rey Uzías (II Crón. 26).

Cuando la obra de un siervo de Dios prospera, cuando se reconocen y elogian sus dones, cuando se posa sobre su cabeza la aureola del prestigio, sólo la gracia de Dios puede librarle de caer en el engreimiento, principio del fracaso. Recuerdese lo expuesto en el capítulo IV al hablar de la humildad. Debemos poner el máximo empeño en evitar que, como decía Quesnel, mientras procuramos destruir ídolos externos, o vicios ajenos, no nos coloquemos insensiblemente a nosotros mismos en su lugar.

Charles Bridges cita el testimonio de Cotton Mather en los primeros tiempos de su ministerio. No puede ser más honrado y edificante: «Manifestaciones de orgullo —el pecado de los ministros jóvenes— patentes en mi corazón me lle-

1. *Op. cit.*, 41 y ss.

naban de amargura y confusión indescriptibles ante el Señor... Procuré ver en mi orgullo *la imagen misma del diablo* contraria a la gracia y la imagen de Cristo, una ofensa contra Dios y un entristecimiento de su Espíritu, la más absurda de las locuras dada mi naturaleza corrompida, locura que podía provocar a Dios y privarme de mi capacidad y de mis oportunidades. Y decidí presentar mi corazón desordenado a Jesucristo, el Médico todo-suficiente, para que lo curase» (2).

Probablemente seríamos hipócritas si pretendiéramos que nos desagradan los halagos, pero tendríamos que alcanzar la madurez de Henry Martin, quien declaraba: «Los hombres frecuentemente me admiran, y eso me place; pero aborrezco el placer que siento.»

Todo triunfo en nuestro trabajo es una manifestación de la gracia de Dios que actúa en nosotros (I Cor. 15:10). *Soli Deo gloria!* La asimilación honda de esta verdad es lo único que puede librarnos de las trampas del éxito.

El fracaso

Esta experiencia es tanto o más frecuente que la del éxito. Son pocos los que, tarde o temprano, no sufren bajo la sensación de no haber alcanzado las metas propuestas. Los resultados no corresponden ni a las aspiraciones ni al esfuerzo consagrado a realizarlas. Se ve con dolor cómo la obra no crece, los creyentes se enfrían, se multiplican los problemas, la congregación permanece indiferente a la predicación y a la enseñanza, falta espíritu de colaboración y abnegación en el servicio de la iglesia; apenas se observa interés por la evangelización. Estos hechos, ¿no son evidencia irrefutable de un ministerio fracasado? ¿Qué hacer en tal situación?

Ante todo, es vital no caer ni en la envidia, al contemplar el éxito de otros, ni en el desaliento. La circunstancia invita a

2. *Op. cit.*, p. 152.

la reflexión. Los resultados pobres o negativos pueden deberse a defectos del ministro en su predicación, en su carácter, en su modo de relacionarse con los demás o en los métodos usados para efectuar su trabajo. Cuando tal sucede, se impone la correspondiente rectificación. Pero no siempre la pobreza o ausencia de resultados positivos puede atribuirse a ineficacia —menos aún a infidelidad— del siervo de Dios. Algunas de las figuras bíblicas más eximias no merecerían ningún puesto de honor si su obra hubiese de valorarse por el éxito aparente de sus resultados. Moisés, Elías, Jeremías y muchos más, a juzgar por el fruto visible de su labor, fueron grandes fracasados. Proféticamente, se pone en labios del Siervo de Jehová esta amarga exclamación: «¡Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas!» (Is. 49:4). La presentación de este Siervo en el capítulo 53 de Isaías no tiene el menor acento triunfalista cuando se pregunta: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio?» La figura central del anuncio es el «despreciado y desechado entre los hombres». Cuando, en el cumplimiento del tiempo, la profecía se hizo realidad, los hechos confirmaron lo predicho. Excepción hecha de un grupo reducidísimo de verdaderos discípulos, el resultado del ministerio de Jesús fue su rechazamiento total por parte del pueblo judío. La cruz fue el pago a la vida abnegada más sublime que ha conocido la humanidad. ¿Podía pensarse en una frustración mayor?

Pero es evidente que muchos fracasos aparentes son, en los planes de Dios, semillas de las más grandes realizaciones. La dolorosa repulsión de que fue objeto Pablo entre sus compatriotas le abrió las puertas a su apostolado entre los gentiles. A través de frustraciones, muchos han sido guiados por el Espíritu Santo a cambiar su campo de trabajo, cambio que ha significado el principio de una etapa nueva, más rica y fructífera, en su vida de servicio.

Nadie piense, sin embargo, que la escasez de fruto o las dificultades son siempre señal de que debe pensarse en otro lugar o forma de ministerio. Los obstáculos pueden tener

como finalidad probar nuestra capacidad de resistencia, nuestra madurez, nuestra abnegación perseverante. Adoniram Judson, pionero de la obra misionera en Birmania, tuvo que trabajar denodadamente por espacio de siete años antes de poder bautizar al primer convertido al Evangelio.

Pueden, asimismo, las decepciones contribuir saludablemente a atemperar nuestra tendencia a los extremos y proporcionarnos el equilibrio emocional que necesitamos para la obra de Dios. Un joven, en los primeros días de su ministerio, poseído de un entusiasmo desbordante, pensaba que él solo era capaz de conquistar el mundo entero para Cristo. «¡Puedo hacerlo todo!», se decía en sus adentros. Al cabo de algunos años, abatido por pruebas duras, exclamaba: «¡No puedo hacer nada!» Transcurrido algún tiempo, y enriquecido con nuevas experiencias, declaraba: «Creo que, con la ayuda de Dios, puedo hacer algo.»

Los fracasos, incluidas nuestras caídas, sea cual sea la medida de nuestra responsabilidad en ellos, no debieran hundirnos en el desaliento; más bien habrían de inducirnos a buscar la dirección y la gracia de Aquel que en todo momento puede hacer nuevas todas las cosas.

La depresión

Este problema puede estar relacionado con el anterior, pero no siempre es su consecuencia. Puede sobrevenir súbitamente aun en momentos en que la obra del ministerio se desarrolla prósperamente. El abatimiento de Elías se produjo inmediatamente después del más espectacular de los éxitos. Pero, independientemente de los motivos, la depresión siempre puede tener efectos temibles, por lo que haremos bien en estar apercebidos para que no nos dañe.

La depresión produce melancolía, provoca la indiferencia afectiva, hace que todo resulte gris, roba la ilusión de vivir, vacía la existencia de todo contenido digno de dedicación entusiasta —con lo que se anula la capacidad de inicia-

tiva—, debilita la fibra moral, induce a rehuir el contacto con los que nos rodean, abre portillo a las dudas y a los pensamientos más siniestros. Posiblemente ésta es la prueba más difícil a que puede verse sometido un ministro; máxime teniendo en cuenta que, a pesar de su estado de ánimo, ha de proseguir su labor suministrando a otros lo que él mismo tan urgentemente necesita.

Cuando se llega a tal estado, lo primero que debe tenerse presente es que no se trata de una experiencia peregrina, impropia de quien vive dedicado al servicio de Dios. Muchos de los grandes santos han conocido las más sombrías profundidades de la depresión y se han apropiado del salmo 42 como uno de sus favoritos. El gran expositor bíblico, F. B. Meyer, de cuyos comentarios devocionales se han beneficiado miles de cristianos en todo el mundo, era, según uno de sus biógrafos, «incommensurablemente humano para que no fuese vencido de vez en cuando por la visión pesimista de la vida. Ocasionalmente descendía a lo más hondo del abatimiento» (3). También Spurgeon se sintió con frecuencia deprimido.

Existen varios tipos de depresión: El doctor Pierre Vachet (4) destaca cinco: a) *la reaccional*, provocada por experiencias traumáticas, tales como la pérdida de un ser querido, un gran desengaño sentimental o el hundimiento repentino en la desgracia. b) *La depresión de agotamiento*, causada por el recuerdo —conservado en el fondo de la persona— de conflictos más o menos lejanos (infancia desdichada, frustración de afecto, etc.) o por un exceso de trabajo o de preocupaciones. c) *La depresión neurótica*. Aqueja, sobre todo, a individuos constitucionalmente propensos a ella, más expuestos que otros a los choques que surgen del inconsciente. d) *La depresión endógena*, sin causa exterior determinada. «Puede atacar a personas perfectamente felices, a quienes la vida

3. J. O. Sanders, *op. cit.*, p. 149.

4. *Las enfermedades de la vida moderna*, Edit. Labor, pp. 27-29.

sonríe, que tienen éxito y a las que, sin embargo, acecha la neurastenia.» e) *La depresión involutiva*, propia de los ancianos, aunque pueden padecerla individuos de mediana edad si han envejecido —física o psicológicamente— de modo prematuro.

En los tipos b), c) y d) podríamos incluir buena parte de las depresiones sufridas por los ministros del Evangelio. Las dificultades de su obra, a las que nos hemos referido anteriormente, pueden causar una total extenuación. Este resultado será prácticamente inevitable si el trabajo produce un *stress* o *sobreesfuerzo* continuado superior a la capacidad renovadora de energías del organismo. Son tan patéticas como aleccionadoras las palabras del famoso predicador escocés, Robert Murray McCheyne, cuando en su lecho de muerte, a los veintinueve años de edad, confesó a un amigo: «Dios me dio un mensaje que dar y un caballo para viajar. Pero, ¡ay!, he matado el caballo y ahora no puedo dar el mensaje.» Desgraciadamente, esta lección, en muchos casos, se aprende demasiado tarde.

No sólo el sobreesfuerzo excesivamente prolongado es vía segura a la depresión. El mismo efecto puede tener una experiencia breve de intensidad emocional extraordinaria. Una semana, un solo día, pueden ser tan tensos psíquicamente que produzcan agotamiento nervioso, principio de la depresión. Este fue, sin duda, el caso de Elías. Consecuencias análogas puede tener la enfermedad física. La gota que padecía Spurgeon fue probablemente la causa de sus frecuentes postraciones.

En todos estos casos, el mejor remedio contra la depresión es el descanso, el adecuado tratamiento físico. Tan pronto como el organismo recupera su normalidad, la depresión desaparece.

También la constitución temperamental puede influir en la propensión a las depresiones. Un introvertido estará más expuesto a ellas que un extravertido. El doctor Martyn Lloyd-Jones señaló al respecto: «Hay un tipo de persona particu-

larmente inclinada a la depresión espiritual. No quiere eso decir que es peor que otros. Sostengo que muy a menudo las personas que más gloriosamente se han destacado en la historia de la Iglesia han sido personas de este tipo. Algunos de los grandes santos pertenecen a los introvertidos... Obviamente, el peligro de tales personas es que caigan en la morbosidad» (5). En efecto, una introspección desmesurada puede hacernos víctimas de un subjetivismo que nos encierra a solas con nuestros problemas y debilidades, lo que inevitablemente nos sume en un estado depresivo. Para superarlo, es aconsejable mirar arriba a Dios y los recursos de su gracia, y afuera, incrementando nuestros contactos con nuestros semejantes y no cejando en nuestra actividad.

Puede también suceder que el abatimiento se produzca sin causa reconocida. En tal caso, es prudente no darle mucha importancia. Generalmente desaparecerá por sí solo. No debería preocupar más que los días nublados, a los que siempre suceden días de sol.

Cuando la depresión es producida por problemas espirituales (conciencia de pecado, crisis de fe, etc.), se impone la resolución de tales problemas; si es necesario, mediante la ayuda de persona espiritualmente capacitada para asesorar.

Resta por decir que algunas depresiones son de carácter patológico, en cuyo caso no debe titubearse en buscar la orientación de un psiquiatra, a ser posible, cristiano.

Tal vez los múltiples y variados problemas con que el ministro debe enfrentarse llegarán a crear en él un sentimiento de perplejidad. ¿Por qué tantas dificultades? Hay, entre otras, dos razones para las pruebas del ministerio. Primera: son indispensables para el robustecimiento y la madurez de quien ha de guiar y ayudar a otros. Segunda: nos hacen conscientes de nuestra propia debilidad; nos recuerdan reiteradamente que por nosotros mismos nada somos y nada podemos. Como afirmó el famoso teólogo evangélico alemán,

5. *Spiritual depression*, pp. 16, 17.

Karl Heim, «Dios permite sombras en sus mejores instrumentos para que sólo su nombre resplandezca.»

Superada la perplejidad, puede subsistir una sensación de desmayo. «¿Quién es capaz para esto?» (II Cor. 2:16). El mismo apóstol que formuló esta pregunta nos da categóricamente la respuesta: «Nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros» (II Cor. 3:5,6). Pero esto es ya materia de nuestro próximo capítulo.

CUESTIONARIO

1. *¿Qué efectos —positivos y negativos— pueden tener los problemas en la vida de un ministro?*
2. *¿Cómo influye la vida familiar en el ministro?*
3. *¿Es posible evitar la insensibilización espiritual? ¿Cómo?*
4. *¿Qué debe hacer el siervo del Señor cuando experimenta fracasos importantes?*
5. *¿Cuál debe ser su actitud frente a las depresiones?*

LOS RECURSOS DEL MINISTRO

Los elevados fines del ministerio, sus exigencias morales y los problemas que implica lo sitúan, como hemos visto, en un plano inaccesible a quien hubiera de ejercerlo con sus propias fuerzas.

No sorprende que muchos, conscientes de las dificultades de toda misión divina, se hayan resistido a emprenderla. Moisés forcejeó con Dios en el desierto antes de rendirse a su llamamiento para ser caudillo de Israel (Ex. 4). Gedeón opuso serios reparos a la vocación divina (Juec. 6). Jeremías trató de escudarse en su inexperiencia y debilidad para rehuir la llamada al ministerio profético (Jer. 1). Pablo confiesa que desarrolló su labor en Corinto «con debilidad y mucho temor y temblor» (I Cor. 2:3).

Estos sentimientos son básicamente sanos. Nos libran del absurdo de confiar en nuestra propia capacidad. Pero pueden, asimismo, inducirnos al desánimo y hasta a la desertión del ministerio. Por eso es importante que al mismo tiempo que vemos las dificultades de la obra y nuestras limitaciones, no perdamos de vista los recursos espirituales con los que en todo momento podemos contar. Sería ilógico pensar que el Dios que llama a un hombre a su servicio no va a proveerle de cuanto precise. Ningún soldado ha tenido jamás que fabricarse las armas o lograr por sí mismo los medios adecuados para su sostenimiento (I Cor. 9:7). Los profetas, apósto-

les, misioneros, ministros del Señor de todos los tiempos han experimentado, paralelamente a su debilidad e insuficiencia, las energías impartidas por el Espíritu de Dios. Todos han ministrado «conforme al poder que Dios da» (I Ped. 4:11) y bajo su fiel solicitud. Policarpo de Esmirna supo captar y expresar bien esta realidad: «Quien ha sido puesto para cuidar de la Iglesia es objeto del cuidado de Jesucristo.»

Si hiciéramos una relación de todos los recursos espirituales del ministro, veríamos que la necesidad de éste nunca excede a la provisión hecha por su Señor. Nos limitaremos a destacar a continuación algunos de los más importantes.

El Espíritu Santo

Hablar del Espíritu Santo como de un recurso, puede parecer irreverente, herético. Y lo sería si pensáramos que podemos usarlo o manipularlo como si fuera un instrumento a nuestra libre disposición que asegurase el éxito de nuestro trabajo. Tal concepción de la persona y la obra del Espíritu Santo no estaría muy lejos de la que tuvo Simón el mago (Hec. 8:18-24). La verdad es que no somos nosotros quienes usamos el Espíritu Santo, sino el Espíritu Santo quien nos usa a nosotros.

Hecha esta aclaración, consideremos la grandiosidad del Espíritu como provisión de Dios para la obra del ministerio.

Jesús conocía muy bien la imposibilidad de que sus siervos logaran llevar a cabo su obra sin El (Jn. 15:5). Por eso, y ante la perspectiva de su ausencia física, les prometió el Paracleto, verdadero y único Vicario de Cristo en su Iglesia (Jn. 14:23-26; 15:26, 27; 16:7-15).

Por la acción del Espíritu, no sólo serían guiados en el conocimiento de la verdad (Jn. 16:13), sino que recibirían un poder nuevo, liberador de la tiranía del pecado (Rom. 8:1-9) e inspirador de su testimonio de Jesucristo (Hec. 1:8).

La asistencia del Espíritu Santo proporcionaría a los testigos de Cristo palabras sabias y firmeza en situaciones difíci-

les (Mt. 10:20 y pasajes paralelos); los capacitaría para predicar el Evangelio eficazmente (Hec. 2; 6:10; 8:29 y ss.; I Tes. 1:5, 6). Sería el Espíritu mismo el que acrecentaría y fortalecería a las iglesias (Hec. 9:31); daría la orientación necesaria en momentos de perplejidad e indecisión (Hec. 10:19) o frente a problemas doctrinales que amenazaban la unidad de la Iglesia (Hec. 15), dirigiría la estrategia misionera (Hec. 13:2, 4; 16:6, 7) y enriquecería a las iglesias con los dones que, debidamente reconocidos y usados, impulsarían su desarrollo (I Cor. 12:14).

La comprensión práctica de la obra del Espíritu Santo nos libraría de muchas tensiones y ansiedades. A menudo nos dejamos dominar por el pensamiento de lo que nosotros no podemos hacer, perdiendo de vista lo que El puede hacer. Sentimos desasosiego porque echamos sobre nuestros hombros la carga de una responsabilidad que corresponde al Señor. Ganaríamos mucho en paz y eficiencia si nos viéramos a nosotros mismos más como «dirigidos» que como «dirigentes», si reconociéramos no sólo la «presencia» del Espíritu Santo en la Iglesia, sino también su «presidencia», según sugerencia atinada de A. T. Pierson.

La Palabra de Dios

La Escritura es el manantial inagotable de enseñanza. Es el depósito sagrado de la revelación de Dios. A través de sus páginas, Dios sigue hablándonos. Mediante ella, el Espíritu Santo nos robustece, nos amonesta, nos humilla, nos alienta, nos santifica, nos capacita para cumplir la encomienda divina. Pablo, en la orientación pastoral que da a Timoteo, hace hincapié en el valor de la Escritura, la cual, por haber sido divinamente inspirada, es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (II Tim. 3:16, 17).

Por el estudio de la Palabra, ahondamos en el conoci-

miento de Dios. Sus atributos se nos hacen más majestuosos; a pesar de que jamás lleguemos a comprenderlos en toda su infinitud, nos maravillan. Su santidad nos anonada (Is. 6:1-5); pero, al mismo tiempo, contemplada a través de Jesucristo, nos transforma (II Cor. 3:18; 4:6). Su justicia nos condena, pero en Cristo se convierte en justificación (Rom. 3:23, 24). Su amor nos cautiva (II Cor. 5:14; I Jn. 4:19). Su sabiduría y lo admirable de sus propósitos nos mueven a la adoración (Rom. 11:33-36). Su soberanía no nos aterra; nos anima. El Todopoderoso es nuestro Padre. Nuestro destino individual, el de la Iglesia y el del mundo, están en sus manos. La voz de nuestro Soberano, en la hora de nuestro decaimiento, es invariablemente la misma: «No temas» (Apoc. 1:17).

Por la Palabra de Dios aumenta nuestro conocimiento de nosotros mismos. Su luz nos muestra lo que realmente somos. Descubrimos en nuestro propio ser los efectos terribles de la caída. Nos percatamos de la malignidad de nuestro egoísmo, de nuestro orgullo, de nuestro antagonismo hacia Dios, de nuestras inclinaciones al mal, unas veces en forma de impulsos primarios, desordenados; otras en forma de pecados sutiles, mezclados incluso con los más piadosos deseos. En nuestro enfrentamiento con nuestra condición moral, la Palabra de Dios va eliminando toda pretensión paliatoria; nos desnuda de méritos propios. Nos deja a solas con nuestra miseria y con nuestra impotencia. Es entonces cuando fácilmente llegamos a aborrecernos a nosotros mismos con el sentimiento expresado por Pablo en Romanos 7 y con su propia exclamación preñada de angustia (v. 24). Pero esta visión deprimente puede —y debe— ser eminentemente positiva, pues nos sitúa en el plano adecuado para beneficiarnos de las riquezas insondables de la gracia de Dios.

También estas riquezas las conocemos por la Palabra de Dios. Es en ella donde aprendemos que Dios nos acepta, no por lo que somos, sino a pesar de lo que somos; que nos llama y nos usa a pesar de nuestras flaquezas. Un hombre

humillado, abofeteado por Satanás, insistentemente aguijoneado y sumido en la debilidad, pudo ser el más grande de los apóstoles porque el Señor le dijo: «¡Bástate mi gracia!» (II Cor. 12:7-9). Este prodigio debiera alentarnos cuando el descubrimiento de nuestra indignidad nos impele el descorazonamiento. Haríamos bien en seguir el consejo de Francisco de Sales: «Sé paciente con todos, pero sobre todo contigo mismo.»

El día de nuestra transformación perfecta a imagen de Jesucristo está en el futuro; pertenece al momento de la *parusía* del Señor (Fil. 3:20, 21; I Jn. 3:2). Ahora, con la misma actitud expectante de los antiguos patriarcas, vivimos mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo» y confesamos que somos «extranjeros y peregrinos en la tierra» (Heb. 11:13), bajo el signo de la debilidad y la humillación, pero guiados, sostenidos y usados por Dios.

Pablo veía aún más. Se veía a sí mismo y a sus compañeros como incorporados al cortejo triunfal del más grande de los vencedores: Jesucristo (II Cor. 2:14). Recuerda, sin duda, a los derrotados en el campo de batalla que, hechos esclavos, cerraban el desfile a cuya cabeza marchaba el general victorioso. Pablo era el gran vencido por la gracia de Dios manifestada en Jesucristo. Se sabía derrotado en todos los órdenes y se convierte en esclavo del Vencedor; pero éste lo hace participante de su victoria y lo lleva «siempre en triunfo» (II Cor. 2:14), de modo que aun en las circunstancias más adversas es «más que vencedor» (Rom. 8:37).

Esta experiencia no se debía a su propia pericia, sino a la mediación del Señor: «por medio de Aquel que nos amó». El significado real de la gracia se eclipsa cuando pensamos en lo que nosotros hacemos. Sólo tiene sentido cuando pensamos en lo que hace El. Por eso no hay nada más confortante que el mensaje que sobre la gracia de Dios nos trae su Palabra.

No menos consoladora es la enseñanza bíblica sobre la

providencia divina. Las experiencias más duras del ministro, incluidas las de fracaso, derrota o caída, están incluidas en los planes de Dios. Nada escapa al control del Señor. Aun lo que no procede directamente de El, nuestros errores y pecados, son permitidos por El con un propósito positivo. Lo que se dice de los creyentes en general (Rom. 8:28) no puede ser menos cierto de aquellos a quienes Dios ha llamado especialmente a su servicio. Por supuesto, esta certidumbre no nos es dada para fomentar en nosotros la negligencia o licencias impropias de un ministro. Su finalidad es animarnos y renovar en nosotros la fe cuando nos debatimos en medio de las dificultades del ministerio sin dejar nunca de tomarnos a Dios muy en serio.

La Palabra de Dios nos capacita asimismo para comprender a nuestros semejantes con sus problemas; lo que nos hace más pacientes, más tolerantes —sin llegar a concesiones imposibles—, más sufridos. Nos da una visión objetiva del mundo con la perspectiva de la soberanía y de la gracia de Dios. Nos muestra que el devenir histórico es inseparable de la historia de la salvación. Los misterios de la providencia son iluminados por los propósitos de Dios. Todo avanza hacia la gran «consumación» en la que resplandecerá la perfección de todos los atributos del Soberano del universo. Todo, incluido cuanto concierne a la vida y obra del ministro, queda bajo la dirección suprema del Señor. Desde las alturas a que la Palabra puede elevarnos, se tiene una visión de todas las cosas que nos infunde serenidad de espíritu y bríos para proseguir los quehaceres del ministerio.

De lo que acabamos de exponer se colige la necesidad de que el ministro dé prioridad absoluta a la lectura y estudio de la Escritura (1). Nuestra asimilación de la Palabra de Dios es, sin hipérboles, una cuestión de vida o muerte. Lo es en lo que respecta a nuestra propia supervivencia espiritual. Y lo es igualmente en lo concerniente a la eficacia de nuestra

1. Recuérdese el punto sobre formación bíblica en el cap. V.

obra. No olvidemos que cualquier forma de ministerio espiritual tiene por objeto comunicar la Palabra de Dios; pero esa comunicación será prácticamente imposible si antes la Palabra no ha llegado a nosotros con poder. Como afirmaba Hans Urs von Balthassar, «quien desea hablar al mundo debe antes oír a Dios». El fracaso de los «pastores» de Judá se debió a que no supieron sintonizar con la voz de Dios, «porque ¿quién estuvo en el secreto de Jehová y vio y oyó su Palabra? ¿Quién estuvo atento a su Palabra y oyó?» (Jer. 23:18). Por el contrario, el éxito de Samuel fue el resultado de que desde el principio supo decir: «Habla, Señor, que tu siervo oye» (I Sam. 3:10).

La oración

La eficacia de este recurso es incuestionable. Jesús mismo, durante su ministerio, tuvo necesidad de retirarse a la soledad para orar a su Padre. El conocía bien la influencia de la comunión con el cielo y de ella obtuvo las energías renovadas para poder acabar su obra en la tierra. No nos extraña, pues, que la recomendará a sus discípulos y que los instruyera en cuanto al modo de orar. Además, les dio promesas magníficas que aseguraban la respuesta a sus preces (Mt. 7:7-11; Lc. 11:5-13; Jn. 14:13, 14; 15:7, 16).

Los apóstoles aprendieron la lección. Por eso se desprendieron de actividades secundarias para poder dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra (Hec. 6:4). El apóstolo de Pablo se nos presenta bañado en oración desde el momento mismo de su conversión (Hec. 9:11; 16:25; Rom. 1:9; Fil. 1:3, 4; Col. 1:3, etc.). Otros grandes hombres de Dios dieron a la oración el mismo lugar preferente. Lutero, por ejemplo, cuanto más aumentaba su trabajo, más tiempo dedicaba a buscar la dirección de Dios. En cierta ocasión, cuando alguien le preguntó qué haría al día siguiente, contestó: «Trabajar desde una hora temprana hasta tarde; de hecho, tengo tanto que hacer que habré de pasar las tres primeras horas del día orando».

Desgraciadamente, no es esta experiencia la más generalizada entre los ministros del Evangelio. Nos cuesta hallar tiempo y concentrarnos para orar. Nos resulta mucho más fácil dedicarnos a cualquier otra clase de actividad, y ello a pesar de que reconocemos las excelencias de la comunión con Dios. ¿A qué se debe este fenómeno? Probablemente a que, aun sin darnos cuenta de ello, pensamos en la oración como una mera práctica religiosa desligada de su contextura. Empeñarnos en orar media hora sin interrupción puede llevarnos indefectiblemente al fracaso. Pero si situamos y practicamos la oración en la esfera de la comunión con Dios, en la que se alternan la lectura de la Biblia, la meditación, la adoración, el silencio y el ruego, será mucho más fácil, más espontánea, más deleitosa y confortativa. Este modo de orar exige tiempo; es del todo incompatible con la prisa de nuestra época. A veces, cuando la mente está agitada por múltiples pensamientos y preocupaciones, se necesitan algunos minutos para la relajación. Sin un mínimo de quietud de espíritu es difícil sacar provecho del tiempo dedicado a la comunión con Dios. Pero una vez serenada la mente, esa comunión puede ser viva y vivificadora.

En esta experiencia, la oración será el vehículo para llevar a Dios nuestra alabanza, nuestros problemas, nuestras perplejidades, nuestra necesidad de luz para tomar decisiones, nuestro clamor en demanda de auxilio, nuestras súplicas intercesorias en favor de otros. Al transferir así a Dios la carga de nuestro corazón, nuestro espíritu puede descansar. Todo está ahora en sus manos. El responderá haciendo todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Ef. 3:20).

Cuando a solas con Dios escuchamos su voz y le hacemos oír la nuestra, se carga nuestra batería espiritual. Los pensamientos se enriquecen; los sentimientos se equilibran; la voluntad recibe estímulo para optar por la obediencia al Señor. Como resultado, también se enriquece el ministerio. La predicación, la enseñanza y los contactos personales desprenderán la fragancia inconfundible de quien vive cerca de Dios.

En su vida y en su obra, el ministro puede prescindir de muchas cosas, pero no de la oración, que debe cultivar diligentemente. La norma que el gran predicador escocés Andrew Bonar menciona en su diario privado debiera apropiársela todo siervo de Cristo. «Por la gracia de Dios —escribe— y el poder del Espíritu Santo, deseo establecer la regla de no hablar a ningún hombre en tanto no haya hablado a Dios; no hacer nada con mis manos hasta que haya estado sobre mis rodillas; no leer cartas o periódicos hasta que haya leído algo de las Sagradas Escrituras».

El servicio

Aunque parezca una contradicción incluir la actividad del ministerio como medio de fortalecimiento espiritual, no lo es. El servicio fatiga, cierto; pero también estimula. Los setenta discípulos que habían recibido en su contacto con Jesús la inspiración necesaria para emprender su gira misionera, encontraron en ésta su fuente de gozo entusiástico (Lc. 10:17).

Sin disminuir un ápice el valor de la oración, hemos de señalar que no es suficiente para un ministerio equilibrado. No todas las batallas se ganan en el aposento destinado a los encuentros con Dios. De este aposento puede el ministro salir algunas veces más abatido y derrotado que antes de entrar. ¿Es posible en semejante caso esperar algo del trabajo impuesto por la responsabilidad ministerial? Aún más: ¿Nos es lícito ocuparnos en él? ¿No debemos antes reponernos de nuestro desaliento o de nuestra frialdad?

Invitado Erasmo por Colet para dar una serie de conferencias en Oxford, escribió a su amigo: «No obra sabiamente, Colet, al pedir que salga agua de una piedra pómez, como decía Plauto... ¿Cómo voy a calentar a otros cuando yo mismo estoy tiritando de frío?» Esta noble declaración es de una lógica aplastante; pero Dios obra muchas veces por encima de la lógica. Ni Plauto ni Erasmo podían, por supuesto, hacer que manara agua de la piedra pómez, pero Dios puede convertir las rocas en manantiales. La experiencia de Moisés en el desierto se ha repetido a menudo en la vida de

muchos siervos de Dios. El autor se ha sentido en más de una ocasión profundamente desanimado al empezar un culto o al iniciar una entrevista pastoral; pero casi inmediatamente después de haber empezado a predicar o conversar se vio transformado por un poder ajeno a él que le devolvía las energías y lo restauraba a la normalidad espiritual.

De la misma manera que el ejercicio físico es necesario para mantener la salud del cuerpo, así lo es la actividad espiritual para conservar o recuperar la del alma, aun en los días de postración. Elías completó la recuperación de su depresión reanudando la obra que Dios le había asignado (I Rey. 19:15-18). Los psicólogos reconocen el valor de la terapia ocupacional. Y el ministro haría bien en orientar y regular adecuadamente este aspecto de su vida. Dentro del marco amplio de actividades propias del ministerio cristiano, debiera escoger de modo especial aquéllas para las cuales está más dotado sin pretender ser especialista brillante en todo.

La dedicación a su trabajo debe caracterizarse por la intensidad, pero también por la cordura. La actividad no debe degenerar en activismo. No tendría que robarnos jamás el tiempo necesario para la comunión con Dios. Tampoco debería ser causa de tensiones peligrosas. Un agobio de trabajo prolongado conduce fácilmente al agotamiento nervioso. En el servicio puede encontrar el siervo de Dios un medio para mantener su estabilidad espiritual; pero puede igualmente hallar en él la causa de su debilitamiento. Que suceda lo primero y no lo segundo depende de su inexorabilidad en combinar el esfuerzo con el descanso, tanto espiritual como físico (Mc. 6:31). Pueden —y deben— ir de la mano la comunión con Dios y el asueto, la práctica de algún deporte o el disfrute de distracciones sanas.

La comunión de los santos

El hombre es un ser sociable por naturaleza y el ministro no es una excepción. Necesita el calor de sus hermanos.

En la comunión con ellos, sufrirá a veces decepciones, pero también recibirá aliento. Pablo conoció el dolor de las deslealtades y de los golpes bajos (II Tim. 1:15; 4:10, 14-16), pero tuvo una abundante compensación en la fidelidad ejemplar de otros colaboradores (Rom. 16:1-4, 7, 13, 23; Fil. 2:19-30; II Tim. 1:16-18; 4:11).

Es de la máxima importancia que, entre sus hermanos o consiervos, encuentre el ministro alguien con quien mantener una comunión honda, no sólo a nivel de ideas o de actividades, sino a nivel de sentimientos, de inquietudes y problemas íntimos. El es ayudador de muchos, pero en muchas ocasiones también precisa ser apoyado por alguien que tenga la capacidad, la simpatía y la discreción adecuadas.

Al hablar de los problemas del ministro, destacamos en primer lugar la soledad. Vimos lo difícil que en algunos casos es hallar la persona o personas auténticamente amigas. Sin embargo, es vital llegar a encontrarlas, si no en la propia iglesia fuera de ella. La soledad total puede llegar a convertirse en una carga punto menos que insoportable. Es interesante observar que los grandes líderes de la Biblia tuvieron por lo menos un compañero íntimo en quien encontraron apoyo. Moisés lo halló en Josué; Elías, en Eliseo; Jeremías, en Baruc; Bernabé, en Pablo; Pablo, en Timoteo y otros colaboradores. También llama la atención el hecho de que Jesús enviase a los setenta a predicar el Evangelio emparejados (Lc. 10:1). Todo viene a confirmar la gran verdad del dicho de Eclesiastés: «Mejores son dos que uno, porque tienen mejor paga de su trabajo; porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! cuando cayere no habrá segundo que lo levante» (Ecl. 4:9-11).

Algunos han visto magníficamente realizado este emparejamiento espiritual en su matrimonio; su consorte ha sido el compañero ideal. Cuando no se tiene tal experiencia ni la esperanza de llegar a tenerla, se debe orar para que Dios, a través de algún hermano o consiervo supla la necesidad de amistad cristiana profunda. Después de la comunión con Dios, tal amistad puede ser la mayor bendición.

El hecho de que el ministro puede disponer de medios valiosísimos para llevar a cabo su labor debe animarle. Pero debe aplicarse diligentemente al uso de dicho medios. Aun así, no siempre podrá cantar victoria. El ministerio, al igual que la vida cristiana en general, suele ser una sucesión de luces y sombras, de logros y decepciones, de ensalzamientos y humillaciones. Hay en ello, sin duda, un sabio propósito de Dios. Las experiencias luminosas contribuyen a mantener nuestro ánimo para que podamos perseverar; las oscuras tienden a mantenernos en actitud de humildad y dependencia de Dios. Sólo una conciencia clara de nuestras debilidades, errores y pecados nos permite valorar las riquezas de la gracia maravillosa que somos llamados a predicar.

De ese modo, y a lo largo de una experiencia complejísima, el siervo de Jesucristo descubre nuevas facetas de la gloria del ministerio, lo estima como el más grande de los honores y como la fuente más enriquecedora de la vida. Con el gran comentarista bíblico Scott, puede atestiguar: «Con todos mis desalientos y mi desesperanza pecaminosa, en mis mejores momentos no puedo pensar en otra obra más digna que ésta. Si tuviese mil vidas, a ella dedicaría gustosamente las mil» (2).

El ministerio de
la predicación
(Homilética)

2. C. Bridges, *op. cit.*, 23.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué razones lógicas tiene el ministro para esperar que las dificultades no le derroten en su labor?
2. ¿Cómo ayuda el Espíritu Santo a los siervos de Dios?
3. ¿Cómo influye la Palabra de Dios en el fortalecimiento espiritual de los ministros del Evangelio?
4. ¿Cuáles son las principales dificultades en la práctica de la oración y cómo pueden superarse?
5. ¿En qué condiciones el trabajo propio del ministerio puede ser un estímulo y cuándo se convierte en carga de efectos negativos?
6. Exponga brevemente los motivos por los que el compañerismo cristiano es necesario en la vida del ministro y mencione las características que tal compañerismo debe tener.

Segunda parte

LA PREDICACIÓN CRISTIANA

Importancia

Las principales fides del ministerio —evangelización y enseñanza— hallan en la predicación uno de sus medios de realización más importantes. Tanto es así que en el Nuevo Testamento los dos verbos que más frecuentemente expresan la acción de evangelizar o predicar, *Evangelizo* y *kerysso* se traducen en numerosas versiones por «predicar». Por eso, tanto Jesús como los apóstoles fueron grandes predicadores (Mc. 6:14; Mt. 4:23; 10:7; Mr. 6:12; Hch. 5:42; 9:20; 20:25; 28:21; 1 Cor. 1:12; 1 Tes. 2:9, por citar sólo algunas referencias).

En épocas posteriores a la apostólica, los períodos más luminosos en la Historia de la Iglesia han sido aquellos en que el pueblo ha respondido a la llamada de la predicación. La vida y el poder de la Iglesia han sido interpretados en un sentido siempre positivo. El valor fue entonces el que le asignaba lugar prioritario en el ministerio. Análogo concepto se encuentra en la cumbre de su dignidad cuando desde el púlpito se anuncia a la grey del Señor con una doctrina (1).

1. Ref. de C. Bridgman, op. cit., p. 190.

QUESTIONARIO

Segunda parte

1. ¿Qué razones hay que impidan al cristiano para superar sus dificultades en su labor?
2. ¿Cómo ayuda el Espíritu Santo a los siervos de Dios?
3. ¿Cómo incluye la Palabra de Dios en el fortalecimiento espiritual de los ministros del Evangelio?
4. ¿Cuáles son las principales dificultades en la práctica de la oración y cómo pueden superarse?
5. ¿En qué condiciones el trabajo propio del ministro puede ser un estímulo y ayudarle a convertirse en carga de otros ministros?
6. ¿Cuáles son los motivos por los que el ministro cristiano es rechazado en la vida del mundo y cómo superar las dificultades que tal situación puede traer?

CAPÍTULO VIII

LA PREDICCIÓN CRISTIANA

Su importancia

Los principales fines del ministerio —evangelización y enseñanza— hallan en la predicación uno de sus medios de realización más importantes. Tanto es así que en el Nuevo Testamento los dos verbos que más frecuentemente expresan la acción de comunicar el Evangelio, *evangelizo* y *kerysso* se traducen en numerosas versiones por «predicar». Por eso, tanto Jesús como los apóstoles fueron grandes predicadores (Mc. 1:14; Mt. 4:23; 10:7; Mc. 6:12; Hec. 5:42; 9:20; 20:25; 28:31; I Cor. 1:17; I Tes. 2:9, por citar sólo algunas referencias).

En épocas posteriores a la apostólica, los períodos más luminosos en la Historia de la Iglesia han sido aquellos en que el púlpito ha ocupado el lugar de prominencia que le corresponde. La vitalidad de la iglesia ha corrido pareja con la calidad y el poder de la predicación. No importa que ésta haya sido interpretada por el mundo como locura; Dios la ha usado siempre para la salvación de los creyentes (I Cor. 1:21). Su valor fue exaltado por Gregorio Nacianceno cuando le asignaba lugar prioritario en el ministerio (*proton ton emeteron*). Análogo concepto tuvo Erasmo: «El ministro se halla en la cumbre de su dignidad cuando desde el púlpito alimenta a la grey del Señor con sana doctrina» (1).

1. Ref. de C. Bridges, *op. cit.*, p. 190.

Aun en nuestro tiempo, como ha señalado Emil Brunner, «donde hay verdadera predicación; donde, en obediencia de fe, es proclamada la Palabra, allí, a pesar de todas las apariencias en contra, se produce el acontecimiento más importante que puede tener lugar en la tierra» (2).

Aunque existen otros caminos para difundir el conocimiento de la Palabra de Dios, tales como el diálogo o la literatura, la predicación auténtica ha conservado siempre una primacía indiscutible. Hay en ella elementos de vida y poderes únicos, inexistentes o muy disminuidos en los demás medios de comunicación. Su fuego, sus inflexiones, su capacidad para sacudir la mente, encender los sentimientos y mover la voluntad no tienen parangón. No nos sorprende que cuando alguien pidió a George Whitefield permiso para publicar sus sermones, el fogoso predicador contestara: «No tengo ninguna objeción, si usted lo desea; pero nunca podrá introducir en la página impresa el rayo y el trueno.»

Si la predicación últimamente ha decaído en muchas partes del mundo, ello no se debe a un fenómeno de anacronismo, sino a que muchos predicadores han perdido de vista la verdadera naturaleza y las características esenciales de su función.

Definición

Es difícil definir la predicación, ya que se trata de una actividad compleja y de amplísimas dimensiones. Pero, aun a riesgo de omitir elementos importantes, la definición siempre es una ayuda para comprender y retener lo esencial de una materia.

Nuestro intento de fijar el concepto de predicación carece de pretensiones de originalidad. Sobre este punto, al igual que sobre muchos otros en el campo de la homilética,

2. Cit. por Paul Eppinger, *Christianity Today*, vol. XI, n. 18, p. 13.

se ha escrito tanto que lo que a un autor pudiera parecerle original probablemente antes ya se había dicho. Sucede algo parecido a lo que alguien, después de leer la antigua literatura helénica, afirmó sobre la filosofía: «Los griegos robaron todas nuestras ideas modernas».

Por nuestra parte, definiríamos la predicación del siguiente modo: *es la comunicación, en forma de discurso oral, del mensaje divino depositado en la Sagrada Escritura, con el poder del Espíritu Santo y a través de una persona idónea, a fin de suplir las necesidades espirituales de un auditorio.*

El análisis de esta definición nos ayudará a comprender la esencia y los fines de la predicación. Por tal motivo, consideramos a continuación los puntos fundamentales que de ella se desprenden.

El contenido de la predicación

Es vital que todo predicador tenga una idea clara de lo que ha de constituir la sustancia de sus sermones. Un error en la apreciación de la misma puede malograr sus mejores esfuerzos. Como señala John Bright, «ninguna iglesia puede ser mayor que el mensaje que proclama» (3).

Por vía negativa, diremos que un sermón no es un discurso en el que el predicador expone ideas humanas —propias o ajenas—, doctrinas filosóficas, especulaciones morales o experiencias religiosas. Tampoco es una disertación teológica, fruto de disquisiciones metafísicas más que de exposición bíblica. Ni es una plática piadosa en la que se vierten reflexiones personales, por espirituales y edificantes que éstas sean.

El contenido de toda predicación ha de ser fundamentalmente la Palabra de Dios. No olvidemos que es *kerygma*. Nada de lo que el hombre añada puede desfigurar o debilitar el mensaje divino. Esta característica era expresada de modo tajante en los días de la Reforma: *Praedicatio Verbi Dei est*

3. *The Authority of the O.T.*, SCM Press, p. 165.

Verbum Dei (la predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios). Esta aparente redundancia es la piedra de toque para distinguir la verdadera predicación del mero discurso.

El predicador cristiano está en la línea de sucesión de los antiguos profetas; detrás de todas sus afirmaciones ha de estar el «Así dice el Señor». Es, además, discípulo de Jesús y, como su Maestro, ha de dar a quienes le escuchan no sus propias palabras, sino lo que ha oído del Padre (Jn. 8:26, 38; 12:50). Su mensaje, al igual que el de Pablo y sus colaboradores, debiera ser acogido «no como palabra de hombres, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios» (I Tes. 2:13).

Cuando realmente se predica la Palabra y no simplemente acerca de la Palabra, el mensaje es revestido de poder sobrenatural. Este hecho da confianza al predicador e impresiona a los oyentes. Los contemporáneos de Jesús se maravillaron de su sermón del monte, porque les enseñaba con autoridad (Mt. 7:28). Su verbo no era rutinario y frío como el de los escribas; llevaba el hálito inconfundible de Dios. Y el mundo de nuestro tiempo, contrariamente a lo que algunos suponen, necesita oír voces así, con los mismos acentos autoritativos. Son muchos los espíritus que hoy empiezan a estar cansados del relativismo, la incertidumbre y la esterilidad del pensamiento moderno.

Además, la Palabra de Dios posee en sí una energía vital única (Heb. 4:12) y «no volverá vacía» a Aquel que nos la ha dado. Sean cuales sean los resultados visibles, la Palabra de Dios cumplirá el propósito de Dios; unas veces para salvación (I Tes. 1); otras para juicio (Jn. 12:48). La predicación genuina tendrá siempre ese doble efecto. Difundirá «el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden» (II Cor. 2:15). El resultado final siempre debe dejarse al Señor. Mutilar la Palabra, deformarla o abaratarla con objeto de que la predicación resulte más aceptable no es sólo una gran equivocación; es un pecado del que Dios pedirá cuentas a todo falso profeta (Jer. 23:9-40).

Palabra y Escritura

La Palabra de Dios no llega al predicador, ni a ningún otro ser humano, de modo directo. Se halla en la Sagrada Escritura. Sus páginas contienen el testimonio de los grandes hechos de la historia de la salvación y la interpretación de los mismos, todo ello con la garantía de la inspiración divina (II Tim. 3:16). Por ello, la predicación cristiana ha de ser eminentemente bíblica, lo cual no significa tan sólo que ha de girar en torno a un determinado texto de la Escritura, sino que ha de estar impregnada en la totalidad de sus enseñanzas. Con esto no queremos decir que en cada uno de los sermones hay que meter de manera comprimida la Biblia entera, pero sí que su contenido debe estar iluminado por el conjunto de la Biblia. El predicador no debe conformarse con mojar sus pies en un pasaje escriturístico; debe zambullirse en las aguas profundas de la revelación, aunque cada vez, de los tesoros alojados en sus fondos, saque solamente una pequeña parte: una perla doctrinal, la lección de un hecho histórico, una promesa, un mandamiento, una admonición, una palabra de ánimo, un ejemplo a imitar, un llamamiento. Cuando se logra esto, se ha dado un gran paso para acabar con la superficialidad dominante en muchos púlpitos.

Si en un mensaje hay reciedumbre bíblica no hace falta recurrir a componentes secundarios para llenar el tiempo que ha de durar. El material usado en no pocos sermones se reduce lastimosamente a cuatro tópicos expresados con frases de molde, dos alusiones a hechos de actualidad, algunas citas de hombres famosos, una anécdota, un par de experiencias personales —generalmente de tipo triunfalista— y algunas exhortaciones finales o un llamamiento apasionado que no guarda ni relación ni proporción con lo predicado anteriormente. Estos elementos tienen su lugar y su valor en el sermón, como veremos; pero nunca pueden convertirse en su esencia; jamás pueden desplazar o eliminar la sustancia bíblica.

Además, nada más amplio ni más fascinante que la Sa-

grada Escritura. La revelación que en ella encontramos de Dios, de sus atributos, de sus propósitos maravillosos, de sus obras, de su providencia, de su gracia, o la descripción que en sus páginas se nos hace del hombre en su grandiosidad y miseria, de la complejidad misteriosa de su persona, del sublime destino a que Dios le llama, de la historia de la salvación entrelazada con la historia del mundo, todo es realmente maravilloso. No menos enriquecedores son los pasajes biográficos, poéticos, didácticos, sus denuncias proféticas, sus mensajes de aliento o sus perspectivas escatológicas plenas de luz. El predicador familiarizado con esta riqueza, inmensa y varia, de la Biblia, no tendrá dificultades en anunciar «todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27) y así alimentar adecuadamente a la grey del Señor.

El Espíritu Santo y la predicación

Cualquier forma de testimonio cristiano exige el poder del Espíritu Santo (Hec. 1:8). ¡Cuánto más la predicación! El primer sermón oído en la primera iglesia cristiana fue resultado de la acción del Espíritu el día de Pentecostés (Hec. 2). La fuerza irresistible de los discursos de Esteban se debía al mismo poder (Hec. 6:8-10; 7:55). Detrás del mensaje de Pedro en casa de Cornelio estaba la presencia y la acción del Espíritu Santo (Hec. 10:19, 44). Y Pablo reconoce sin rebozo que en esta intervención del Espíritu de Dios radicaba el secreto de su predicación (I Cor. 2:4; II Cor. 3:3; I Tes. 1:5).

Estos breves datos recogidos del Nuevo Testamento son suficientes para mostrarnos que la homilética es una derivación de la pneumatología. Un predicador divorciado del Espíritu es «metal que resuena y címbalo que retiñe». No basta que conozca a fondo la Biblia y la esponga con escrupulosa lealtad. Si el Espíritu Santo no obra en las mentes y en los corazones de los oyentes los resultados serán nulos. La Palabra de Dios es la verdad independientemente de que los hombres lo admitan o no. Pero esa verdad permanece velada en

tanto el Espíritu no realiza su obra iluminadora en el interior del corazón humano (I Cor. 2:9-14). Las «cosas que ojo no vio ni oído oyó», es decir, el contenido de la revelación, existía objetivamente antes de que se hicieran realidad subjetiva en nosotros, pero esto último se produjo cuando «Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu».

Con Rudolf Bohren podemos decir que «el mejor fundamento teológico de la predicación no auxilia al predicador si el Espíritu es recusado. Por encima de todo, para predicar, necesito el Espíritu Santo» (4). Este testimonio de un teólogo contemporáneo mantiene el énfasis de los reformadores respecto a la doctrina novotestamentaria. Calvino había insistido con razón en que la Palabra predicada sin la iluminación del Espíritu Santo es inoperante (5).

Este hecho merece la más seria consideración por parte de todo ministro del Evangelio, especialmente en una época como la nuestra en que los recursos de la retórica y la psicología se presentan al predicador como una tentación.

El sentimiento de entusiasmo producido en un auditorio por una elocuencia arrebatadora puede confundirse —y a menudo se confunde— con una adhesión sincera al mensaje del Evangelio; la agitación profunda de las emociones, con una genuina convicción de pecado; la decisión fácil lograda por una fuerte presión psicológica, con la conversión y la consiguiente entrega a Cristo; la inscripción en el registro de una iglesia, con el discipulado cristiano.

Con esto no queremos dar a entender que exista incompatibilidad absoluta entre la acción del Espíritu Santo y los medios humanos de comunicación. Lo que intentamos recalcar es que la confianza del predicador no debe apoyarse en su habilidad natural, sino en Dios. Sintonizar con su Espíritu debe ser su máximo afán, por encima de toda tendencia carnal a explotar los recursos de técnicas humanas.

4. *Predigtlehre*, Chr. Kaiser Verlag, München, p. 66.

5. Inst. III, 2, 33.

El predicador, más que nadie, debe ahondar experimentalmente en «la comunión del Espíritu Santo» anhelada en la bendición apostólica (II Cor. 13:14). En esa comunión madurará el fruto del Espíritu (Gál. 5:22, 23) que aparecerá en la vida del propio predicador. Sin ese fruto, gran parte de la predicación puede convertirse en sacrílega parodia. ¿Qué otra cosa sería hablar de las excelencias del amor si el corazón del predicador está corroído por enemistades, envidias o resentimientos? ¿Cómo podrá recomendar el gozo cristiano si él vive amargado; o la paz si se ve atormentado por la congoja? ¿Con qué energía exhortará a la paciencia, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, la templanza, si tales virtudes brillan en él por su ausencia?

En toda predicación deben combinarse la actividad y la pasividad del predicador. Gloriosa actividad ante los hombres. Pasividad no menos gloriosa ante el Espíritu de Dios.

El predicador, instrumento de comunicación

El Espíritu Santo podría usar directamente la Escritura para la conversión de los hombres y la edificación de la Iglesia, y a veces así lo hace excepcionalmente. Pero por regla general se vale de medios humanos, entre los cuales el predicador ocupa lugar especial.

Al definir la predicación hemos indicado que el mensaje divino es comunicado a través de una persona idónea. ¿Es posible hallar tal persona? Ante la excelencia de la Palabra y la magnificencia aún mayor del Dios que la ha dado, cualquier capacidad humana es ineptitud. ¿Quién puede considerarse apto para lograr que a través de sus palabras los hombres oigan la voz viva de Dios mismo? Que esto suceda es un misterio y un milagro atribuible a la gracia divina, no a mérito alguno del predicador.

Sin embargo, es imprescindible un mínimo de idoneidad por parte de quien comunica a otros la Palabra de Dios. La predicación no es una simple exposición de la verdad conte-

nida en las Escrituras. Tal tipo de exposición puede hacerla incluso una persona no creyente o desobediente a Dios. Los mensajes proféticos de Balaam fueron irreprochables en cuanto a su contenido (Núm. 23 y 24). Caifás estuvo atinadísimo cuando hizo su afirmación sobre la conveniencia de que un hombre muriera por el pueblo (Jn. 11:50, 51). Aun los demonios anunciaban una gran verdad cuando daban testimonio del «Santo de Dios» (Mc. 1:24; comp. Hec. 16:17, 18). Pero ninguno de estos «predicadores» mereció la aprobación de Dios.

El verdadero predicador, sean cuales sean sus defectos y limitaciones, ha de estar identificado con el mensaje que comunica. Debe reverenciar y amar a Dios, respetar y aceptar su Palabra. Ha de haber tenido una experiencia genuina de conversión y dedicación a Cristo en respuesta a su llamamiento. Tiene que ajustar su vida —aunque no llegue a la perfección absoluta— a las normas morales del Evangelio. Ha de amar sinceramente a los hombres. Ha de reflejar la imagen y el espíritu de su Señor. Recuérdese todo lo expuesto en capítulos anteriores al ocuparnos del carácter santificado, indispensable a todo ministro de Cristo.

Pero este punto exige algunas matizaciones, ya que suscita cuestiones inquietantes.

¿Qué lugar debe ocupar en la predicación la experiencia del predicador?

Debe quedar muy claro que somos llamados a predicar a Cristo, no a nosotros mismos (II Cor. 4:5). La Palabra, no nuestras experiencias, debe constituir la esencia del sermón. Las experiencias del predicador, usadas moderadamente y con cordura, pueden ser ilustraciones útiles, pero nunca deben ocupar lugar preponderante.

Y a pesar de esto, la experiencia del mensajero de Cristo es de importancia decisiva. Sólo quien ha gustado lo delicioso del pan de vida puede ofrecerlo a otros con efectividad.

Unicamente quien ha tenido vivencias auténticas de la energía transformadora del Evangelio puede afirmar sin vacilaciones que es «poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree» y esperar que sus oyentes tomen sus palabras en serio. Pero no es el testimonio oral que sobre sus experiencias puede dar el predicador desde el púlpito lo que más vale, sino lo que de ellas se trasluzca a través de su vida.

Helmut Thielicke ha expresado esta verdad incisivamente en una crítica saludable sobre la iglesia de nuestro tiempo. «Si no estoy equivocado, el hombre de nuestra generación tiene un instinto muy sensible para las frases rutinarias. La publicidad y la propaganda le han acostumbrado a ello... Cualquiera que desee saber si una bebida determinada es realmente tan buena como el anunciante a través de la pantalla del televisor dice que es, no puede creer ingenuamente las recomendaciones fonéticamente amplificadas; debe averiguar si ese hombre la bebe cuando está en casa, no en público. ¿Bebe el predicador lo que ofrece desde el púlpito? Esta es la pregunta que se hace el hijo de nuestro tiempo, consumido por el fuego de la publicidad y los anuncios» (6).

¿Puede predicar quien pasa por una experiencia de crisis espiritual?

Toda crisis es un estado de inestabilidad. No se ha llegado a posiciones fijas, definitivas. No es inmersión en la incredulidad por pérdida de la fe o entrega al pecado con cese de toda lucha. Es más bien una situación de duda, de conflicto, de angustia, de depresión. Pero la fe se mantiene; las dudas son pájaros que revolotean sobre la cabeza sin llegar a hacer nido en ella; en el corazón sigue ardiendo la llama del amor a Cristo; la Biblia no ha dejado de ser el objeto predilecto de lectura y meditación.

En estos casos no sólo se puede seguir predicando, sino que, como vimos al considerar los recursos del ministro, el

6. *The trouble with the Church*. Hodder and Stoughton, p. 3.

hacerlo puede contribuir muy positivamente a la superación de la crisis. En el púlpito, el predicador sincero tiene experiencias tan claras como inefables de la presencia y el poder del Espíritu Santo, el cual le habla a él tanto o más que a la congregación y convierte la Palabra en fuerza maravillosamente renovadora. Sólo cuando la crisis se prolonga y debilita demasiado al predicador, puede ser aconsejable que éste cese temporalmente en su responsabilidad en el púlpito a la par que busca medios adecuados de recuperación.

¿Se puede predicar sobre puntos que el predicador no aplica en su propia vida?

Omitir esos puntos es cercenar la Palabra de Dios. Exponerlos, en el caso apuntado, puede dar lugar a la hipocresía, falta intolerable en el mensajero del Señor.

No es moralmente posible exhortar a los oyentes a una vida de oración si el predicador apenas ora en privado; o a la generosidad, si él es atenazado por el egoísmo; o al esfuerzo de una dedicación plena a Cristo, si él no da ejemplo de ello.

Ante tal inconsecuencia, el predicador debe buscar toda la ayuda de Dios para conformar su vida a las enseñanzas de la Palabra. Debiera estar en condiciones de poder decir con Pablo: «Sed imitadores de mí, así como yo lo soy de Cristo» (I Cor. 11:1). Si es consciente de que no ha alcanzado tal meta y si ha de predicar sobre un texto que pone al descubierto algún punto débil de su vida cristiana, no ha de tener inconveniente en reconocerlo públicamente e indicar de algún modo que él mismo también se incluye entre aquellos a quienes se dirige el mensaje. Esto es doblemente positivo, pues no sólo libra al predicador de dar una falsa impresión de sí mismo, sino que, ante la confesión de sus propios defectos, aunque parezca paradójico, la congregación se sentirá alentada. Los «superhombres» espirituales anonadan. Los hombres de Dios que, como Elías (Sant. 5:17), son «de igual condición que nosotros» estimulan a sus hermanos.

El auditorio y sus necesidades

El predicador es un intermediario entre Dios y los oyentes en lo que a comunicación de la Palabra de Dios se refiere. Por tal razón, debe conocer a Dios y vivir lo más cerca posible de El; pero tiene asimismo que conocer a los hombres y vivir próximo a ellos. Ha de ser fiel a su Señor y, por amor a El, amar a quienes le escuchan con una preocupación sincera por su situación.

Ante sí tiene hombres y mujeres con sus inquietudes, sus dudas, sus deseos nobles, sus debilidades, sus luchas, sus avances espirituales, sus pecados, sus alegrías, sus temores. De alguna manera, el predicador ha de penetrar en ese mundo interior de cada oyente e iluminarlo, purificarlo y robustecerlo con la Palabra de Dios. No puede conformarse con pronunciar palabras piadosas que se pierdan en el vacío porque su contenido es de nulo interés para quienes escuchan. Cuando el gran predicador Henry W. Beecher preparaba sus sermones, según su propio testimonio, jamás su congregación estaba ausente de su mente.

Nada hay más estéril, ni más aburrido, que una predicación descarnada, insensible al pensar y el sentir del auditorio. Por más que nos opongamos —y nos oponemos— a la exégesis «desmitificadora» de Bultmann, hemos de apreciar su gran preocupación por presentar un mensaje relevante para el hombre de hoy, que le diga y le dé algo importante en el plano existencial.

Al pensar en el hombre, hemos de pensar en la totalidad de su ser y de «su circunstancia». La Palabra de Dios no va dirigida únicamente al espíritu; no tiene por objeto solamente movernos a la adoración o fortalecer nuestra fe. Menos aún, elevarnos a una comunión con Dios que nos haga indiferentes a nuestros compromisos, nuestras necesidades, nuestras relaciones o nuestros problemas temporales. El antiguo docetismo despojó a Cristo de su humanidad y lo redujo a una figura tan espiritual que casi resultaba fantasmagórica. Desgraciadamente, no faltan docetistas en nuestros

días, aunque su error se haya desplazado de la cristología a la antropología.

Es necesario desterrar falsos espiritualismos y ver desde el púlpito a seres de carne y hueso. Aun el creyente, ciudadano del Reino de los cielos, vive en el mundo bajo toda clase de influencias culturales, religiosas, políticas, sociales. No puede salir de ese marco. Ni es llamado a hacerlo. Pero en él se hallará infinidad de veces con situaciones en las que no verá con claridad cómo actuar cristianamente. Es entonces cuando una predicación «encarnada», en la que la Palabra de Dios responde preguntas, aclara dudas y proporciona estímulos en el orden existencial, constituye una bendición inestimable por convertirse en palabra redentora. En cierto sentido, respetando el significado original de la frase bíblica, de todo sermón debiera poder decirse que en él «la Palabra se hizo carne».

Por medio de la predicación, el atribulado ha de recibir consuelo; el que se halla en la perplejidad, luz; el rebelde, amonestación (7); el penitente, promesas de perdón; el caído, perspectivas de levantamiento y restauración; el fatigado, descanso y fuerzas nuevas; el frustrado, esperanza; el inconverso, la palabra cautivadora de Cristo; el santo, el mensaje para crecer en la santificación. Resumiendo: el púlpito ha de ser la puerta de la gran despensa divina de la cual se sacan las provisiones necesarias para suplir las necesidades espirituales de los oyentes.

Implícito en este punto hay otro que, por su importancia, hemos de considerar separadamente.

7. Evítese, no obstante, usar la predicación para «atacar» a una o varias personas —aunque sea de modo anónimo— mediante recriminaciones hirientes. Los problemas personales del ministro en relación con algunos miembros de su iglesia deben resolverse en privado. Trasladarlo al púlpito es generalmente complicarlos peligrosamente.

La necesidad de un propósito

No es suficiente que el predicador, al subir al púlpito, tenga algo que decir a sus oyentes. Es necesario que su sermón tenga un objetivo concreto. Ha de aspirar a unos resultados.

El contenido del mensaje no sólo ha de iluminar la mente y agitar los sentimientos; ha de mover la voluntad. Toda predicación debiera llevar a quienes escuchan a tomar algún tipo de decisión. Esta puede ser la conversión; la confesión íntima a Dios de un pecado, la renuncia a alguna práctica impropia de un cristiano, el desechamiento de un temor, una entrega plena a la voluntad de Dios, la resolución de iniciar la reconciliación con un hermano enemistado, la determinación de empezar las actividades de cada día dedicando unos minutos a la lectura de la Biblia y la oración, la de ofrecerse seriamente para algún tipo de servicio cristiano, la de evangelizar con mayor celo, la de mantener contactos de comunión cristiana con las personas que más la necesitan. Podríamos mencionar muchas más.

Sólo cuando se han producido resultados de esta naturaleza en los oyentes puede decirse que la semilla de la predicación ha germinado. Por supuesto, la nueva planta debe cuidarse después mediante la acción pastoral de la iglesia; pero ya puede considerarse un éxito inicial que la semilla no cayera «junto al camino» y fuera engullida por las aves.

Es verdad que no en todos los casos la predicación, aunque esté presidida por un propósito concreto, logra su finalidad. Siempre hay oídos y corazones invulnerables a los dardos más directos de la Palabra. También es verdad que el Espíritu Santo puede alcanzar fines que el predicador no se había propuesto. Pero nada de esto justifica que cuando el predicador se embarca en su sermón no tenga idea del puerto al cual se dirige. Sin una meta precisa para cada mensaje, todo el esmero en la exégesis, toda la habilidad homilética y todos los recursos de la oratoria serán poco menos que inútiles. Un sermón no debe ser jamás una mera

obra de arte. No ha de llegar a oídos del auditorio como una bella sinfonía, sino como lo que se espera que sea: voz de Dios que habla a los hombres y los insta a las decisiones más trascendentales. En frase de Bohren, la predicación «siempre es una cuestión de vida o muerte».

El ministerio de la predicación es glorioso, pero entraña una responsabilidad imponente. Es fuente de gozo, pero también de grandes tensiones. Su práctica eleva y humilla. Mas detrás de ese ministerio está Dios. El es quien dice a cada uno de sus mensajeros: «He puesto mis palabras en tu boca» (Jer. 1:9) y quien infunde aliento para la realización de misión tan singular (Jer. 1:17).

Del predicador se espera fidelidad y diligencia. Como en el caso de los profetas, su tarea viene determinada por dos palabras: *impresión* y *expresión*. La primera indica la operación del Espíritu y de la Palabra en el predicador; la segunda, la acción del Espíritu y de la Palabra a través de él.

En la expresión se combinan el elemento divino y el humano, la unción de lo alto y la homilética. Los principios básicos de esta rama de la Teología Práctica serán el objeto de nuestro estudio en los capítulos siguientes.

CUESTIONARIO

1. ¿En qué radica la trascendencia de la predicación?
2. ¿Qué debe entenderse por predicación bíblica?
3. ¿Qué relación debe existir entre la predicación y el Espíritu Santo?
4. ¿En qué medida puede el predicador hacer uso de su experiencia personal en el púlpito?
5. ¿Qué relación ha de haber entre el sermón y los oyentes?

CAPÍTULO IX

LA PREPARACION DEL SERMON

En la mente de algunos puede surgir la pregunta de si es o no necesario un trabajo esmerado de preparación antes de predicar. La dirección y el poder del Espíritu Santo ¿no hacen superflua tal labor? Y si de algún recurso humano se precisa, ¿no bastan la imaginación, la agilidad mental y la vehemencia?

La respuesta a ambos interrogantes es un «no» rotundo. Ni el Espíritu Santo ni la habilidad intelectual o retórica del predicador pueden suplir la preparación concienzuda. El Espíritu Santo es, como vimos, el único que puede hacer eficaz la predicación; pero su acción nunca ha anulado la de sus instrumentos. La finalidad de la acción divina es hacer fructificar el mensaje, no fomentar la negligencia del mensajero. El Espíritu Santo no sólo está presente en el momento de la predicación; puede estarlo —y lo está— en el de la preparación.

La improvisación, en ocasiones excepcionales, puede tener éxito, pero su práctica habitual conduce indefectiblemente a la pobreza de ideas con la consiguiente falta de variedad. Cambian los textos bíblicos sobre los cuales se pretende predicar, pero el contenido de la predicación es casi una repetición invariable de media docena de tópicos. De tal práctica sólo cabe esperar esterilidad espiritual por parte del predicador y depauperación de los oyentes.

Sangster refiere la experiencia de un pastor (G. P. Lewis) que dirigía una conferencia para predicadores «laicos». Había hecho un encendido llamamiento a la consagración de una plena actividad mental al servicio del púlpito; pero cuando hubo acabado la conferencia y se abrió el período de discusión, uno de los presentes rechazó tanto el llamamiento como las razones en que se fundaba. Estudio, meditación, bosquejos, todo —decía— es innecesario. Al menos era innecesario para él. Todo lo que él hacía era simplemente orar. Después de haber orado subía al púlpito, abría la Biblia en busca del texto y el Espíritu Santo hacía lo demás. Concluyó más o menos, con estas palabras: «Hasta ahora no he fracasado ni en uno solo de mis mensajes». Siguió un silencio embarazoso. Finalmente, un hombre, que no parecía ser predicador, manifestó: «No sabía que el Espíritu Santo fuese tan aburrido, repetidor y carente de originalidad». Este hombre asistía con regularidad a la iglesia en la que el otro solía predicar (1).

«La predicación —aseveraba un antiguo autor— no es una mera actividad de los labios y un movimiento ocioso de la lengua bajo los impulsos de una imaginación ligera. Es la expresión de la verdad de Dios a través de la meditación del corazón, en recto juicio, adquirida por la bendición de Dios mediante estudio y trabajo diligente para provecho del pueblo de Dios» (2).

De la preparación del propio predicador hablaremos al final de este capítulo. Es absolutamente imprescindible, pero no suficiente. No basta con que el predicador ore si no prepara su mensaje con solicitud. Como alguien ha dicho, «el trabajo sin oración es ateísmo; la oración sin trabajo es arrogancia». El labrador sería un necio si pensase que sus cosechas son resultado exclusivo de su labor; pero sería aún más necio si, confiando en la acción vital del sol y la lluvia sobre los campos, se entregase a la holganza. El

1. *Power in Preaching*, p. 48.

2. Ref. de C. Bridges, *op. cit.*, 193.

predicador está expuesto a caer en cualquiera de estos dos tipos de necedad. Ambos debe rehuirlos por igual cuando piensa en el fruto de su obra.

Preparación general

Cuando hablamos de preparación de un sermón, hemos de entenderla en dos sentidos: general y especial.

Esta última se refiere al tiempo y esfuerzo dedicados a trabajar sobre el tema o texto bíblico del que se va a hablar. Pero, si ha de resultar productiva, conviene que sea alimentada por la primera, mucho más amplia, la cual se consigue no en unas horas o en unos días, sino a lo largo de meses y años. Los más grandes sermones suelen ser resultado tanto del esmero en la preparación especial como del volumen y calidad de la general.

En cierta ocasión se preguntó a un predicador cuánto tiempo le había costado preparar un sermón que había causado honda impresión en su auditorio. «Diez años», fue la respuesta. Quería dar a entender que las ideas habían estado madurando en su mente durante ese tiempo. Esta experiencia es ilustrativa de lo que debiera ser en el fondo toda predicación: la ordenación y ampliación durante la preparación especial de un material acumulado y sazonado en el largo transcurso de la preparación general.

Fuentes de preparación

Son innumerables y de todas ellas puede beneficiarse el predicador si es diligente en su aprovechamiento. He aquí algunas de las más valiosas:

a) *La lectura y el estudio de la Biblia.* Al referirnos a la lectura de las Sagradas Escrituras, pensamos no en una lectura intencionada con miras a descubrir textos sobre los cuales predicar, sino más bien en la lectura devocional del predicador mediante la cual trata de nutrir su propio espí-

ritu, manteniéndose a la escucha de la voz de Dios. En esos momentos de reflexión personal sobre un pasaje bíblico, el predicador experimenta una renovación de su propia vida espiritual. Pero sucede a menudo que, sin buscarlo, aparecen textos o surgen temas que se imponen con fuerza en la mente como base de un sermón.

Lo mismo sucede cuando se estudia sistemáticamente la Biblia. Cada día habría de dedicarse algún tiempo al estudio a fondo de algún libro del Antiguo o del Nuevo Testamento. Tal actividad pronto es remuneradora; es semejante a la del minero que se abre camino a través de una galería repleta de ricos filones de oro, plata o diamantes. En esa galería no busca el predicador material para sus sermones, pero lo encuentra a manos llenas. Sólo le resta recogerlo y guardarlo adecuadamente.

b) *La lectura de otros libros.* Recordemos lo expuesto en el capítulo V sobre la formación cultural del ministro.

No sólo en las obras de contenido religioso, sino en toda clase de lecturas, el predicador encontrará material (pensamientos, aclaraciones, argumentos, citas, ilustraciones, etc.) que tarde o temprano le será útil para enriquecer el contenido de sus mensajes.

De especial interés es la lectura de sermones de otros predicadores. Sus ideas, su estilo y su técnica homilética pueden ser una buena ayuda para el propio perfeccionamiento. Normalmente contribuirán a ampliar las perspectivas del texto bíblico y sugerirán ideas nuevas.

El gran peligro en la lectura de sermones ajenos es la tentación al plagio, en la que ningún predicador debería caer. Es lícito tomar ideas de otros, digerirlas, desarrollarlas e incorporarlas a nuestra predicación. Esto lo han hecho prácticamente todos los ministros de la Palabra, incluido el llamado «príncipe de los predicadores», Carlos H. Spurgeon. Lo que nadie debería permitirse es la apropiación de un bosquejo ajeno, mucho menos la de la totalidad del sermón, a menos que lo reconozca y declare públicamente.

Como indica Sangster con gran agudeza, «cortar un trozo de paño de la pieza de otra persona no es pecado ni en literatura ni en homilética; pero apoderarse de un traje y exhibirlo como si fuese de propia confección es un robo. El ladrón podía igualmente haber metido la mano en nuestro bolsillo y dejarnos sin cartera» (3).

Aunque el concepto de originalidad es muy relativo, podemos afirmar que la competencia de un predicador está en relación directa con su capacidad de ser original. Esta capacidad se desarrolla precisamente mediante una actividad de lectura amplia y reflexiva.

c) *La experiencia personal.* Todo predicador debe ser amante de los libros, pero no un prisionero de su biblioteca. Es llamado a servir a Cristo en el mundo. Ha de predicar a personas que están inmersas en la vida del mundo. Pero el mundo, mucho más que a través de la literatura, llega a conocerse mediante el contacto directo.

Por este medio, el predicador obtendrá un conocimiento único sobre las circunstancias, las necesidades, los problemas, las preocupaciones y las experiencias de las personas a las cuales debe ministrar la Palabra de vida, y ese conocimiento le suministrará material copioso para sus mensajes. Si carece de él, su predicación puede ser correcta en muchos aspectos, pero resultará excesivamente académica, desprovista de calor humano, lo cual no deja de ser un serio defecto.

Conservación del material

Algunos predicadores que tanto en sus lecturas como en sus experiencias han descubierto abundantes ideas provechosas, no han podido usarlas en el momento en que las necesitaban por haberlas olvidado y no tener medio alguno de recuperarlas. De aquí que tan importante como la adqui-

sición de material sea la conservación del mismo en condiciones que permitan fácilmente su uso. Para ello son recomendables:

a) *Una libreta de notas* en la que se registren breves textos, citas, ideas, ilustraciones, etc., hallados en lecturas o bien en observaciones y reflexiones personales.

La eficacia del manejo de esta libreta depende de lo familiarizado que se esté con su contenido. Por eso es recomendable que se relea su material con frecuencia. Más segura, aunque también más laboriosa, es la formación de un índice de asuntos en las páginas finales de la libreta.

b) *Un buen archivo.* A la larga, resulta indispensable.

No es cosa liviana conseguirlo. Aparte el hecho de que el archivo perfecto no existe, cualquier tipo exige meticulosidad y un tiempo que no siempre se encuentra con facilidad.

Tal vez el más simple, de carácter mixto, es el de carpetas y fichas. En las primeras, ordenadas alfabéticamente, se colocan por temas los recortes de periódicos y revistas que se consideran de interés; esto en el caso de que tales publicaciones no hayan de conservarse íntegramente. También pueden añadirse los pensamientos, experiencias o reflexiones del propio predicador.

En las fichas, dispuestas igualmente por orden alfabético de temas, se anotan las referencias (título, autor, página, etcétera) de los libros o revistas correspondientes que el predicador tiene en su biblioteca.

Una de las dificultades que plantea todo sistema de archivo es la delimitación de los temas, muchos de los cuales obligan a ulteriores divisiones en subtemas. En los más perfeccionados suele recurrirse a una clasificación cifrada. Cada persona debe buscar el sistema que le resulte más práctico, teniendo en cuenta que el archivo debe estar al servicio del hombre, no el hombre al servicio del archivo.

3. *The craft of sermon construction*, p. 193.

Preparación especial

Cuando llega el momento en que el predicador ha de pensar en un sermón concreto, no le bastan los conocimientos y materiales que haya podido adquirir en su preparación general. Subir al púlpito confiando en ellos sería una semiimprovisación, con todos los peligros que tal forma de predicación entraña. Es menester trabajar a fondo en el tema o texto sobre el cual se vaya a hablar. Dicho de otro modo, se necesita una preparación especial.

Esta comprende la elección del texto bíblico, su interpretación y la meditación.

Elección del texto

Constituye el texto la esencia del tema, aunque la relación entre uno y otro varía, como veremos, según los sermones sean expositivos o temáticos.

Este primer paso en la preparación especial de un sermón ha significado para muchos una seria preocupación, a veces casi una tortura. «¿De qué predicaré el domingo próximo?», se han preguntado. No les era fácil encontrar textos que pudieran despertar en ellos el mínimo indispensable de interés o entusiasmo. Y si el predicador no se siente atraído por el tema, difícilmente el sermón causará impacto en la congregación. ¿Qué hacer? ¿Cómo y dónde encontrar los textos bíblicos?

Como señalan muchos maestros de homilética, hay dos modos de hallarlos. Uno es simplemente buscarlos; el otro, dejarse encontrar por ellos. Se quiere significar que unas veces el predicador busca sus temas de modo más o menos racional, mientras que otras la idea del sermón, con su texto o textos correspondientes, le viene súbitamente como un rayo de inspiración. En este último caso, por lo general, la idea surge con una serie de pensamientos que desde el primer momento constituyen el meollo de lo que será el men-

saje. Parafraseando una afirmación de Juan, podríamos decir respecto al texto: «Nosotros lo escogemos porque él nos escogió primero.»

Esta experiencia es bastante frecuente. Cuando tiene lugar, es importante que el predicador anote inmediatamente en una hoja de papel o en una libreta el tema, el texto y todo lo que el mismo le sugiere en aquel mismo instante. No hacerlo es exponer al olvido todo lo que de modo fulgurante ha apelado con fuerza a la mente y al corazón del predicador.

Pero como no siempre los temas nos salen al encuentro, conviene tener alguna orientación para dar con ellos cuando sea necesario.

Entre los factores que a tal efecto deben tomarse en consideración podemos mencionar:

a) *Las necesidades espirituales de la congregación.* En un momento dado, la necesidad puede ser de consuelo y aliento; en otras, de instrucción sobre una doctrina determinada, de amonestación acerca de un defecto generalizado o de estímulo para dedicarse más activamente al servicio de Cristo. Cada una de ellas puede sugerir uno o más temas.

b) *La revisión de los sermones ya predicados.* Al efectuar tal revisión se observará que algunos temas importantes no han sido expuestos desde el púlpito en el transcurso de muchos meses o quizá de años, en cuyo caso es casi un imperativo por lo menos pensar en la conveniencia de predicar sobre ellos.

c) *Acontecimientos o circunstancias especiales.* Hay fechas del año, como Navidad y Pascua, en que los temas vienen de modo casi inevitable determinados por los grandes acontecimientos que en ellas se conmemoran. Probablemente la mayoría de predicadores no titubeará en tales ocasiones en preparar mensajes sobre la encarnación del Hijo de Dios y su muerte y resurrección respectivamente.

Importantes sucesos recientes que llenan la mente de todos (una guerra, un terremoto, un gran acontecimiento

en la ciudad o en el país, etc.) pueden sugerir asimismo el asunto sobre el cual predicar.

Y cuando ninguno de estos factores tenga fuerza suficiente para guiar al predicador en la selección de su tema, le queda el gran recurso, siempre magnífico y sano, de una *serie de sermones expositivos* sobre un libro de la Biblia. Como veremos oportunamente, este tipo de predicación es muchísimo más que un recurso del que echar mano cuando no se encuentra nada más. Debiera tener un lugar de honor, pues tanto para el predicador como para la congregación es una fuente inagotable de enseñanza e inspiración.

Sobre la elección de textos bíblicos conviene tener en cuenta algunas recomendaciones.

No es aconsejable usar textos oscuros o raros, por más que tiendan a despertar curiosidad en los oyentes y un afán de originalidad en el predicador, pues raramente dan mucho de sí. Lo más frecuente es que sólo sirvan de pretexto para una disertación que poco o nada tiene que ver con el texto.

Los grandes textos de la Biblia demandan sermones dignos de la grandiosidad de aquéllos. Una predicación pobre sobre una porción rica de la Escritura siempre es una consecuencia deplorable. Pero no es cuestión de desechar tales textos, sino de asimilarlos con la máxima dignidad. Como señala Broadus, «un gran texto es promesa de un magnífico sermón, y es difícil cumplir las esperanzas suscitadas por él. Pero no debemos tener por norma el evitarlos, ya que de esta manera nos privaríamos de muchos de los pasajes más nobles e impresionantes de la Biblia. Cuando usemos un texto de esta clase, anunciémoslo con modestia o manifestemos sin afectación cuán pequeños nos sentimos ante él» (4).

Usense preferentemente textos completos, lo cual no significa que necesariamente deben ser textos largos. Medio ver-

4. *Tratado sobre la predicación*, Casa Bta. de Publicaciones, p. 26.

sículo puede ser un texto completo, mientras que en algunos pasajes de la Biblia diez o más versículos pueden no serlo.

Las frases sueltas pueden resultar llamativas e inspirar un mensaje atractivo, pero éste difícilmente expresará el verdadero sentido bíblico de la porción en que tal frase se encuentra, a menos que se interprete con rigor exegético. Quien, por ejemplo, se decidiera a predicar sobre las palabras de Pablo «prefiero morir» (I Cor. 9:15) fácilmente podría extenderse en piadosas disquisiciones sobre la muerte del cristiano, pero a costa de una grave distorsión del pensamiento del apóstol expresado en el resto del versículo y del capítulo.

La mención de este peligro nos sitúa ya en la segunda fase de la preparación del sermón.

Exégesis

A la elección del texto bíblico debe seguir su interpretación. Nunca se enfatizará suficientemente la necesidad de predicar sobre una sólida base exegética, pues sólo el respeto y la fidelidad al significado original del texto puede acreditar al predicador como mensajero de la verdad divina. Recordemos que éste no es llamado a especular con sus propias ideas o a ejercitar su fantasía. Su misión es comunicar la Palabra de Dios tal como llega a nosotros a través de la Escritura.

Este punto ha sido subrayado por John Bright con gran lucidez: «Quienquiera que desee predicar un sermón bíblico debe ante todo, y hasta donde sea humanamente posible, descubrir el significado exacto del texto que se propone exponer. No lo que siempre había pensado que significaba, no lo que preferiría que significase, no lo que en la superficie parece significar, sino lo que significa realmente. No puede haber predicación bíblica si el texto no se toma con la máxima seriedad. Si el predicador se siente libre

para prescindir de su texto, si se permite torcer o sesgar su significado con objeto de apoyar algún punto que quiere introducir, o si se contenta con derivar de él lecciones incidentales mientras ignora su contenido principal, debiera abandonar toda pretensión de estar ocupado en la predicación bíblica» (5).

La gran pregunta que debemos hacernos ante el texto al empezar a preparar un sermón es: «¿Qué quería enseñar el Espíritu Santo mediante el autor sagrado cuando fueron escritas estas palabras?» La respuesta debe llevarnos a descubrir el sentido en que los primeros oyentes o lectores habían de entender la porción bíblica en cuestión.

No cabe dentro de los límites de esta obra el extendernos sobre los principios básicos de la hermenéutica, que todo predicador debe conocer. Pero enumeramos a continuación los más fundamentales:

— Todo texto debe ser interpretado en su sentido histórico-gramatical. La tendencia a explicar alegóricamente y a «espiritualizar» toda clase de pasajes puede conducir a la adulteración del mensaje bíblico. Puede este tipo de interpretación agradar a muchos oyentes, pero es una veleidad reprochable.

— Ningún texto puede ser interpretado fuera de su contexto.

— Cualquier porción bíblica ha de estudiarse a la luz del fondo histórico del libro en que se encuentra.

— Aunque en la interpretación debe darse preferencia al método gramático-histórico, ha de efectuarse teniendo también en cuenta el género literario (histórico, profético, poético, didáctico, apocalíptico, etc.) del texto que se considera.

— Ningún texto puede interpretarse de modo que contradiga las enseñanzas claras del conjunto de la Escritura.

5. *The authority of the O. T.*, p. 168.

En la labor exegética, es indispensable usar los mejores instrumentos. Si se conoce la lengua bíblica original hebrea o griega, el texto debe leerse directamente en esa lengua. De no ser así, no deben regatearse esfuerzos en comparar varias de las mejores versiones de la Biblia al alcance del predicador.

El conocimiento del fondo histórico y literario puede obtenerse con la ayuda de diccionarios y manuales bíblicos.

En último término, la consulta de buenos comentarios exegéticos puede guiarnos a una más clara comprensión del pasaje.

Cuando se ha logrado una recta intelección del texto, se han puesto los cimientos sobre los cuales puede proseguir la edificación del sermón.

Meditación

Concluida la tarea interpretativa, el predicador dispone ya de la materia prima para su discurso; pero esa materia debe ser sometida a un proceso de meditación para que se convierta en un mensaje útil. El producto de la investigación exegética, sin más, suele ser poco digerible; es comparable a un fósil que debe ser revivificado. El mensaje que se aloja en sus entrañas debe adquirir actualidad ante quienes han de escuchar la predicación, tarea verdaderamente ardua. Afirma Rudolph Bohren que en la meditación, zona de tránsito entre el texto y la predicación, se dan cita y se juntan todas las dificultades propias de ésta. El texto debe convertirse en palabra viva, creadora. El «dijo Dios» ha de venir a ser una experiencia presente en la que Dios hable al oyente (6). Y esto no se logra si antes el propio predicador no ha percibido la voz de Dios en su interior y ha experimentado la fuerza del texto bíblico, es decir, si no practica la meditación después de la exégesis.

6. *Predigtlehre*, Chr. Kaiser Verlag, p. 347.

Adolph Pohl ilustra la relación entre exégesis y meditación mediante el ejemplo de una carta. Sugiere que hay dos maneras de leerla: una analizándola desde el punto de vista gramatical, ortográfico, estilístico, psicológico, grafológico, etcétera; otra, atendiendo al valor de su contenido para el destinatario. La primera nos da una idea de la labor hermenéutica; la segunda, de la meditación (7).

En esta fase de la preparación, el predicador ha de abrirse para recibir lo que el texto sugiera, siempre sobre la base de su recta interpretación. Ha de buscar, en oración, la guía del Espíritu Santo. Ha de pedir a Dios que le muestre las riquezas espirituales que todo pasaje de la Escritura encierra.

En esta actitud, debe ejercitar su capacidad de reflexión; ha de pensar. No puede conformarse con amontonar materiales recogidos en sus lecturas. No puede construir un sermón con piedras labradas por otros; tiene que labrarlas él mismo. Quienquiera que se dedique a la oratoria sagrada, habría de apropiarse la exhortación de Demóstenes: «Por lo que más quieran, señores, les ruego que piensen.»

Lo escrito por Charles Bridges en su día sigue teniendo gran actualidad: «La ausencia del hábito de la meditación es causa de superficialidad en el conocimiento religioso. Se consultan libros valiosos y se anotan sus pasajes más notables e instructivos, pero sin el estudio analítico, digestivo, de la materia leída; y, por consiguiente, sin suministrar a la mente alimento sustancial. Todo cristiano inteligente debe ser consciente de la pérdida que implica el relajamiento de este hábito. La mente se ocupa sólo en recopilar datos, no en pensar, y pone de manifiesto la diferencia existente entre la huella superficial que sobre ella deja la verdad cuando se desliza velozmente y la impresión profunda y práctica que logra cuando penetra en ella» (8).

No existen métodos ni técnicas para la meditación. También en este terreno tendría aplicación el verso de Machado,

7. *Anleitung zum Predigen*, J. G. Oncken Verlag, p. 18.

8. *Op. cit.*, p. 209.

«se hace camino al andar». Se aprende a meditar meditando. No obstante, nos permitimos hacer algunas sugerencias que pueden contribuir a facilitar esta práctica.

Debe leerse el texto bíblico una y otra vez, con detenimiento, dando atención a cada frase, a cada palabra, de las cuales irán brotando ideas, unas veces lentamente, otras a borbotones. Frecuentemente se tropieza con dificultades. De pronto, parece como si el texto se convirtiera en una piedra. Cuesta ahondar en él. En este caso, el predicador debe imitar al pino, cuyas raíces, al tropezar con la roca, se deslizan sobre ella hasta que encuentran la tierra que necesitan.

En la tarea de penetrar en sus entrañas puede ser de utilidad «bombardear» el texto con preguntas (¿Quién? ¿A quién? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué resultados?, etc.).

El doctor Black, según su propio testimonio, usaba este sistema con gran provecho: «Cuando tengo mi texto o tema —dice—, le hago una serie de preguntas y procuro que las responda. Le interrogo más o menos de este modo: ¿Qué quieres decir? ¿Qué querías decir al hombre de tu tiempo? ¿Puedes sostenerte sobre tus propios pies o eres una verdad diminuta e incompleta? ¿Eres siempre verdad? ¿Significas lo mismo para mí hoy? ¿Qué implicaciones tendría para mí la aceptación de tus enseñanzas? ¿Qué principios o deberes contienen para mí? ¿Hay algo que decir en sentido opuesto? ¿Qué debo hacer para que tu mensaje se convierta en una realidad en mi propia vida? ¿Cómo ilustrar de forma moderna lo que enseñas para mí y para otros? ¿Cómo puedo hacerle penetrante?» (9). Este ejemplo puede dar una idea del campo amplísimo que las preguntas pueden abrir durante el período de meditación.

Mientras se reflexiona, es aconsejable estar provisto de papel y pluma para ir anotando todos los pensamientos importantes, aunque fluyan sin demasiado orden. Si son muy

9. *The mystery of preaching*, pp. 84, 85.

dispares entre sí, conviene dejar amplios espacios de separación entre uno y otro.

No puede pretenderse en modo alguno que todas las ideas que vengan a la mente del predicador, aunque sean buenas, hayan de tener cabida en el mensaje. Algunas deberán dejarse para otra ocasión. Otras tendrán que ser completamente desechadas.

Durante la meditación, no ha de hacerse ningún esfuerzo con miras a la elaboración de un bosquejo completo, ni siquiera a fijar sus puntos principales. Puede suceder —y sucede a menudo— que tales puntos e incluso buena parte del bosquejo aparezcan con claridad desde el primer momento o en el curso de la meditación. ¡Tanto mejor! Pero la concentración especial para montar en esta fase el esqueleto del sermón puede reducir considerablemente la eficacia de la reflexión.

Lo que sí debe hacerse lo antes posible es precisar el tema, título o idea central del mensaje, pues constituye el eje sobre el cual han de girar todos los elementos que lo integran.

Conviene, asimismo, fijar lo antes posible y con toda claridad el propósito del sermón.

Es importante prestar atención a las circunstancias, externas e internas, en que la meditación ha de tener lugar. Tanto las primeras (habitación, ambiente, hora, etc.) como las últimas (estado de ánimo, lucidez mental, etc.) tienen que ser favorables. Resulta muy difícil meditar cuando se está cansado, expuesto a toda clase de ruidos o abrumado por algún problema serio.

Cuando en un momento dado las circunstancias apuntadas son poco propicias a la meditación, debe tratarse de eliminar las causas. Si esto no fuera posible —fatiga mental, por ejemplo—, en el transcurso de días o semanas, el predicador haría bien en buscar un sustituto. En último término, podría recurrir a la predicación de uno de sus sermones anteriores. La repetición a veces es conveniente. Además, el

sermón que una vez fue de bendición, ¿por qué no puede volver a serlo al predicarlo por segunda vez? (10).

Por supuesto, esta decisión, como recurso, debería tomarse sólo cuando se hubieran agotado los restantes. Y, en todo caso, el antiguo sermón debería ser «re-meditado» a fondo y retocado según las circunstancias del momento antes de volver a llevarlo al púlpito.

Preparación del propio predicador

Es tan necesaria como la del sermón. Sin una plena identificación entre el predicador y su mensaje, es prácticamente imposible una predicación efectiva.

La adecuada disposición interior —a semejanza de lo dicho respecto al discurso— también exige una preparación general y una especial. La primera comprende prácticamente todo el vivir diario del predicador, su comunión con Dios, su meditación personal, el ejercicio de su fe, la práctica del amor, su actividad ministerial. Su responsabilidad le obliga moralmente a apropiarse para sí mismo y esforzarse para poner en práctica lo que va a decir a sus hermanos. Sólo así su espiritualidad alcanza la intensidad indispensable para que su predicación no resulte impersonal y fría.

10. El doctor Martyn Lloyd-Jones dedica gran parte de uno de los capítulos de su libro *Preaching and Preachers* a esta cuestión. Decididamente, admite la licitud de esta práctica en determinadas circunstancias. Alude a Wesley y Whitefield, quienes repitieron muchos de sus sermones —aunque las más de las veces ante auditorios diferentes— y cita la anécdota de un gran predicador, a quien se dirigió uno de sus oyentes al final del culto para decirle, disgustado, que aquella era la tercera vez que le oía el mismo mensaje. El predicador, sagaz y curtido por la experiencia, fijó los ojos en aquel hombre y le preguntó: «¿Lo ha puesto ya en práctica?» Como viera que su interlocutor titubeaba embarazado, añadió: «Pues mientras no lo practique, seguiré predicando el mismo sermón.»

La preparación especial del mensajero de Dios debe ser simultánea a la del mensaje, de cuyo contenido han de quedar embebidos su mente y sus sentimientos, pero culmina en los minutos que preceden a la predicación.

En estos momentos, el siervo del Señor, consciente de su elevada misión, ha de buscar intensamente la dirección y el poder del Espíritu Santo, sin los cuales ni lo esmerado de la preparación de su material ni las mejores cualidades oratorias lograrían el resultado deseable. Estos instantes suelen estar cargados de tensión, la cual, paradójicamente, no es incompatible con un sentimiento de paz.

Cuando se sube al púlpito con un corazón y un mensaje debidamente preparados, las palabras adquieren un acento persuasivo y generalmente calan en el auditorio; suelen ser el tipo de palabras que Dios usa para hacer oír su propia voz.

Estas consideraciones, corroboradas por numerosas experiencias, ponen de relieve la necesidad de no consumir el tiempo hasta el último segundo exclusivamente en la calidad homilética del discurso con descuido de la correspondiente vivencia personal. Una de las prácticas menos deseables es la del predicador que se ocupa tanto de la preparación de su sermón que no le queda tiempo para prepararse a sí mismo.

CUESTIONARIO

1. *¿Es incompatible la preparación del sermón con la confianza en la acción guiadora del Espíritu Santo?*
2. *¿Dónde está el límite entre lo permisible y lo ilícito en el uso de ideas ajenas? (Hágase especial referencia al plagio.)*
3. *¿Cómo puede elegirse un texto para la predicación?*
4. *¿Por qué es de suma importancia la exégesis?*
5. *¿Cuáles son los principios básicos que deben guiar toda labor exegética en torno a un texto?*
6. *Exponga las razones por las que considera indispensable la meditación.*

TIPOS DE SERMONES

Entre los especialistas en el arte de la homilética, no hay unanimidad en lo que concierne a la clasificación de los sermones. La tendencia más común es dividirlos según su contenido y según su estructura en relación con el texto bíblico.

Por su contenido, pueden ser: doctrinales, apologéticos, morales, sociales, históricos, devocionales o evangelísticos.

Por su estructura, suelen dividirse en textuales, expositivos y temáticos.

Como sucede en muchas clasificaciones, las divisiones establecidas no deben considerarse fronteras infranqueables. Un sermón doctrinal puede al mismo tiempo participar de las características del evangelístico o del devocional, y uno moral puede contener importantes elementos sociales y aplicaciones evangelísticas o de inspiración cristiana.

Tampoco puede decirse que a una clase de contenido corresponda un tipo determinado de estructura. Prácticamente, cualquier sermón (doctrinal, moral, etc.) puede presentarse en forma textual, expositiva o temática.

Las clasificaciones no tienen otro objeto que el de destacar las características más importantes de cada tipo de sermón y facilitar así su elaboración. Estas observaciones deben ser tenidas en cuenta en el estudio sobre las diversas clases de predicación que hacemos a continuación, atendiendo a su

contenido. De la clasificación según la relación del sermón con el texto nos ocuparemos más adelante.

Sermones doctrinales

Tienen por objeto presentar alguna de las grandes doctrinas bíblicas con sus consiguientes implicaciones prácticas.

Por diferentes motivos, este tipo de predicación ha suscitado con frecuencia actitudes de oposición o indiferencia.

Opinan algunos que la religión viva está por encima de los dogmas y que encorsetar la fe mediante formulaciones teológicas es oprimirla con el riesgo de llegar a asfixiarla. Otros —entre los que se cuentan no pocos creyentes sencillos— identifican el sermón doctrinal con la aridez, la abstracción y la pesadez más aburrida. Es posible que estos últimos hayan tenido experiencias que expliquen —si no que justifiquen— su opinión, pues fácilmente un mensaje sobre doctrina puede convertirse en un plato de huesos secos. Algunos predicadores, perdiendo de vista la finalidad de todo sermón de alimentar, edificar y estimular a sus oyentes, han hecho de su predicación una disertación teológica, más propia para estudiantes en clase de un seminario que para el auditorio normal de una congregación.

No es fácil exponer de modo vivo y provechoso las grandes doctrinas contenidas en la Escritura. Sin embargo, es absolutamente necesario. Al fin y al cabo, tal exposición no es sino la presentación ordenada de las verdades contenidas en la Escritura, fundamento y clave tanto de la fe como de la experiencia cristianas.

La necesidad de la predicación doctrinal se desprende de la relación vital existente entre lo que se cree y lo que se vive. Nuestros actos son hijos de nuestras creencias. Sin duda, el secreto del ímpetu que distingue a los comunistas en la propagación de sus ideas es precisamente la fuerza doctrinaria de éstas, las cuales, a pesar de su ateísmo radical, engendran un fervor casi idéntico al religioso.

En el plano cristiano, algunos ejemplos nos ayudarán a entender la importancia del conocimiento doctrinal. Del concepto que un creyente tenga de la gracia de Dios dependerá que, como Rasputín, se entregue más y más al pecado «para que la gracia se multiplique» ((Rom. 6:1) o a Dios para servirle (Rom. 6:11-13). De lo que opinemos sobre nuestra naturaleza carnal depende que neguemos nuestra responsabilidad moral interpretando erróneamente Romanos 7:17 o que nos humillemos (Rom. 7:24) en busca del gran socorro que se nos ofrece en Jesucristo y el poder de su Espíritu (Rom. 7:25-8:4). Lo que creamos sobre la comunión con Dios determinará nuestra actitud en relación con los hermanos (I Jn. 1:6, 7; 4:20). Nuestros errores escatológicos fácilmente pueden llevarnos a defectos en el comportamiento (II Tes. 3:6-12). Resumiendo, diremos que de nuestra comprensión doctrinal de Cristo depende la manifestación existencial de nuestro cristianismo.

Los apóstoles, muy conscientes de esta interrelación, dieron lugar amplio, a menudo prioritario, a la enseñanza teológica que había de servir de base a sus exhortaciones. Este es, especialmente, el caso de Pablo. Recuérdese el orden (doctrinal-exhortatorio) de sus cartas a los Romanos, a los Efesios y a los Colosenses.

De la relación mencionada entre la Teología y la Ética, se desprende la necesidad de que los sermones doctrinales tengan siempre derivaciones prácticas. La carta a los Hebreos nos marca una pauta instructiva a tal efecto. En ella, con las grandes afirmaciones sobre la persona y la obra de Cristo, se entrelazan observaciones, consejos y admoniciones solemnes, lo que hace de la epístola un todo estimulante. Así, todo sermón doctrinal ha de constituir una fuente de inspiración tanto como de conocimiento.

De la predicación doctrinal, no hay por qué excluir el principio común a todo sermón de orientarla teniendo en mente las situaciones concretas de los oyentes. Un mensaje sobre la expiación, por ejemplo, variará notablemente según

se tome o no en consideración la angustia que en muchas personas provocan los sentimientos de culpa. El predicador en este caso no debe limitarse a una mera presentación, por bíblica y sana que sea, de la doctrina. Ha de enfrentarse con el problema de esas personas; ha de contestar sus preguntas; ha de desvanecer sus dudas y temores y ayudarlas a llegar a la gozosa confianza en la obra perfecta del gran Mediador.

De este modo deben fluir desde el púlpito los grandiosos temas doctrinales de la Escritura: Dios, la Trinidad, la creación, el hombre, el pecado, Jesucristo, el Espíritu Santo, el arrepentimiento y la fe, la regeneración, la santificación, la Iglesia, la segunda venida de Cristo, la consumación de la redención humana y tantos otros repletos de riqueza espiritual.

Una observación que debemos hacer respecto a los sermones doctrinales es la conveniencia de que sean desarrollados siempre con sentido de equilibrio y con visión de toda la perspectiva bíblica. La falta de la debida ponderación expone a énfasis que fácilmente desfiguran el conjunto de la verdad revelada. Casi todas las herejías registradas en la Historia de la Iglesia han tenido su origen en el sobrepeso cargado a determinadas enseñanzas de la Escritura.

No menos importante es la práctica de dos virtudes: la humildad y la prudencia. Nunca debe el predicador aparecer como quien tiene respuesta a todas las preguntas. Ha de admitir, confesar incluso, que hay cosas secretas que pertenecen al Señor (Deut. 29:29), en torno a las cuales nos está vedado especular. Jamás debiera cederse a la tentación de traspasar los límites de la revelación para satisfacer la curiosidad de los oyentes mediante sugerencias que el predicador se saca de su propia manga. La teología del predicador cristiano en ningún momento puede ser una *theologia incognita*. Sin necesidad de efectuar excursiones por zonas prohibidas, la predicación genuinamente bíblica podrá dar respuesta a los interrogantes que realmente afectan al hombre de modo vital, bien se refieran a Dios, al universo, al hombre mismo, al sentido de su existencia o a su destino.

Sermones apologéticos

En cierto modo, pueden considerarse una modalidad de los doctrinales, pero con la particularidad de que la presentación de la verdad bíblica tiene mayor fuerza argumentativa; su finalidad es demostrar esta verdad y refutar las objeciones que a la misma suelen hacerse.

También este tipo de predicación tiene sus detractores. Se arguye que la verdad de Dios no precisa de defensa. Y se recuerda el símil usado por Spurgeon al comparar la Biblia con un león; éste no necesita ayuda, se basta a sí mismo.

No parece, sin embargo, que los apóstoles compartieran este punto de vista. Buena parte de los escritos de Pablo y de Juan son de carácter apologético. Con argumentos bien escogidos, defienden la sana doctrina contra los ataques de falsos maestros, fuesen judaizantes, ascetas, antinomianos o precursores del gnosticismo. Seguían así la línea de Jesús mismo, quien muchas veces tuvo que recurrir a la controversia para probar la superioridad de sus enseñanzas respecto a las de los rabinos judíos.

La necesidad de la predicación apologética tiene un trasfondo pastoral. Cualquier ministro del Evangelio, en sus contactos personales, advierte pronto la influencia que entre su pueblo ejercen las corrientes de pensamiento del momento histórico en que se vive. Las lecturas y las conversaciones con personas no cristianas le llevan a conocer multitud de objeciones formuladas contra la fe cristiana. Y, como no siempre los creyentes tienen una formación suficientemente sólida, asoma en su mente la duda que puede minar su fe. Por eso es vital que el predicador salga al paso de esas corrientes y de modo vigoroso refute el error.

Algunas corrientes filosóficas son pasajeras o intermitentes. Pensemos, por ejemplo, en las herejías que a lo largo de los siglos han atentado contra la integridad de doctrinas como la plena divinidad de Cristo, la pecaminosidad del hombre, la salvación por gracia mediante la fe, el carácter absoluto de la ética cristiana, etc. Pero en el momento en que aparecen —o

reaparecen— esas aberraciones teológicas deben ser rebatidas inmediatamente, como lo fueron en los días apostólicos. Cada siglo tiene sus errores peculiares que el predicador no puede ignorar.

Hay, asimismo, objeciones comunes a todos los tiempos con las que el ministro del Evangelio ha de estar igualmente familiarizado. ¿Es Dios realmente un Ser personal? ¿Es justo y bueno? Si lo es, ¿por qué permite la injusticia y el sufrimiento? ¿Es digno de crédito todo lo contenido en las Escrituras? ¿Deben interpretarse los milagros como hechos históricos? ¿No puede explicarse la experiencia religiosa en términos meramente psicológicos de orden natural? La conducta humana, ¿no es resultado de un determinismo absoluto?

Lo más probable es que muchos creyentes, en un momento u otro, se vean asaltados por estos interrogantes. Y no es saludable que los dejen sin respuesta en un derroche de fe ciega. Conviene responder satisfactoriamente las preguntas a fin de que la fe se robustezca y capacite al cristiano para dar un testimonio más eficaz de sus convicciones.

La predicación apologética es también provechosa para los inconversos —ateos o agnósticos— que no creen, pero que tienen inquietudes espirituales y una disposición favorable hacia la verdad, venga de donde venga.

Conviene, no obstante, que el predicador se asegure de la solidez de su argumentación. Si en su intento de refutar ideas falsas usa argumentos débiles, si el sermón en su conjunto es poco claro o convincente, los resultados pueden ser contraproducentes. El error, en vez de desvanecerse, puede quedar más enraizado en la mente de los oyentes. Como aconseja W. E. Sangster, «si alguien se siente mal equipado filosóficamente para esta clase de predicación, es preferible que la deje por completo. Suscitar problemas que uno no puede resolver o cuestiones a las que no pueda dar una respuesta satisfactoria al menos en un setenta por ciento es prestar un mal servicio a la causa» (1).

1. *The craft of sermon construction*, The Epworth Press, p. 39.

Sermones morales

Su contenido es esencialmente ético y está destinado a instruir, a la par que estimular, a los oyentes para que vivan como es digno de la vocación con que son llamados.

También este tipo de predicación ha sido mirado por algunos con suspicacia. Se ha visto en él un portillo abierto al legalismo, a la tendencia natural del hombre a la justificación por las obras y, por consiguiente, a la negación de la más pura esencia del Evangelio. Es verdad que tal peligro existe; pero ¿acaso hay algo puro y bueno que no esté expuesto a corrupción?

La objeción expuesta queda sin efecto si se tiene en cuenta que la moral bíblica no puede desligarse de la doctrina bíblica. Como vimos al ocuparnos de los sermones doctrinales, teología y ética son ramas que salen de un mismo tronco, nutridas por la misma savia. Si cortamos una de las dos, la otra se seca. La enseñanza bíblica es que Dios ha redimido a un pueblo para que viva conforme a sus leyes morales. Israel nos sirve una vez más de ejemplo. La Ley promulgada junto al Sinaí es inseparable del éxodo. Dios primeiramente redime; después da las normas que han de regir la conducta de los redimidos. Lo mismo puede decirse de la moral del Evangelio. Es la moral del Reino, al cual pertenece el redimido desde su conversión a Cristo (Col. 1:12-14). El cristiano verdadero no es la persona que se esfuerza por cumplir la ley de Dios para entrar en el Reino; es la persona que, por estar ya dentro, se goza en vivir conforme a las demandas éticas de su nueva ciudadanía. El gran móvil que le impulsa no es una meta a alcanzar, sino un logro ya conseguido por la gracia de Dios.

Pero no siempre tiene el pueblo de Dios idea clara de sus deberes morales. No siempre encuentra fácil traducir en la práctica los principios básicos de la ética cristiana. Por eso necesita instrucción al respecto. La necesita, sobre todo, en torno a las cuestiones más inquietantes de su tiempo. En nues-

tros días, por ejemplo, ¿cuál debe ser la postura del creyente ante el aborto, la eutanasia, la homosexualidad, el divorcio, las relaciones prematrimoniales, el despilfarro de la sociedad de consumo, la discriminación o la violencia en defensa de reivindicaciones políticas que se estiman justas?

No menor es la necesidad de orientación y amonestación en cuanto a la facilidad increíble con que muchos creyentes se permiten, sin el menor escrúpulo, acciones expresa o implícitamente condenadas por la Palabra de Dios, tales como la mentira, la renuncia a perdonar, el mantenimiento indefinido de resentimientos, la obtención de beneficios por medios moralmente dudosos, la falta de amor manifestada en una casi total despreocupación respecto al prójimo. Muchos cristianos viven «conformados» a los conceptos morales —a menudo inmorales— del mundo, sin haber experimentado la debida transformación por la renovación de su entendimiento (Rom. 12:2). Su mente sigue dando por bueno y lícito lo que Dios en su Palabra declara que es malo e ilícito. Cuando el predicador advierte anomalías de esta índole, no debe dudar en recurrir a la predicación de tipo moral. En ella quizá más de una vez habrá de poner el máximo de energía. Tito fue aconsejado por Pablo para que actuara así a fin de corregir algunas irregularidades observadas en los creyentes de Creta (Tit. 1:12, 13).

Los sermones morales, para que sean eficaces, deben ser concretos. No basta abundar en generalidades sobre la probidad cristiana. Hay que descender al terreno de los hechos de la vida cotidiana para iluminarlos y, si procede, enmendarlos. Puede servir de ilustración aquel predicador que en una zona rural de los Estados Unidos exhortaba a los miembros de su iglesia a vivir vidas íntegras y, entre otras cosas, les decía: «Es menester amar, ayudar, respetar... y no dejar que la vaca padezca en el prado del vecino.»

También es de suma importancia indicar *cómo* puede el creyente alcanzar la capacidad moral necesaria para vivir conforme a las santas leyes de Dios. Muchos saben cuál es el

patrón de conducta que deben observar; pero carecen de fuerzas para ajustarse a él. Las dificultades prácticas, además de los deberes, deben ser tratadas y resueltas en la predicación si ésta ha de ser eficaz. Para ello, inevitablemente, deberá recurrirse a las enseñanzas bíblicas sobre la santificación, con lo que una vez más se producirá el entroncamiento de lo moral con lo doctrinal.

Sermones sobre temas sociales

Su propósito es iluminar la conciencia del creyente en lo que concierne a su responsabilidad como miembro de la comunidad secular.

Las desviaciones que en esta sección de la Ética cristiana se han observado han originado movimientos de oposición a cuanto pudiera significar una adulteración del Evangelio. Ello ha despertado recelo en algunos sectores evangélicos respecto a toda forma de predicación en la que se enfatizan los aspectos sociales del cristianismo. En el transcurso de los últimos cien años se ha acentuado el bipolarismo entre tendencias más o menos afines con el denominado «Evangelio social» y el espiritualismo a ultranza.

El «Evangelio social», iniciado por Walter Rauschenbusch en la segunda mitad del siglo pasado, se desenvolvió con la fuerza de un espíritu altamente humanitario, pero con graves deslices doctrinales que le llevaron a confundir el orden social con el Reino de Dios y a sostener ideas netamente pelagianas sobre el hombre y el pecado. Como tantas veces ha sucedido en la historia de las doctrinas de la Iglesia, el celo por enfatizar un aspecto de la verdad ha conducido al error.

Pero los «espiritualistas» tampoco están exentos de culpa, pues en su afán de salvaguardar la verticalidad del Evangelio, la relación individual del hombre con Dios, y el carácter de la Iglesia como pueblo peregrino, han perdido de vista los aspectos prácticos de la responsabilidad que todo cristiano tiene de ser «luz del mundo y sal de la tierra».

La Escritura nos presenta el aspecto espiritual y el aspecto social del Evangelio como caras de una misma medalla. No

es posible separarlas. Mientras el cristiano está en el mundo, debe dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Ha de vivir como ciudadano del Reino de los Cielos, pero sin desentenderse de sus responsabilidades propias del ciudadano de un estado temporal. No debe conformarse con no participar en las inmoralidades de la sociedad, sino que debe denunciarlas (Ef. 5:11). El creyente de modo individual y la Iglesia comunitariamente deben ser portavoces proféticos de Dios contra toda forma de injusticia, discriminación, opresión o violencia. Al mismo tiempo ha de encarnar su mensaje en su propia vida. La Iglesia ha de mostrar al mundo su verdadera faz; ha de vivir la realidad del Reino como una comunidad de amor, de reconciliación y de servicio.

Si las iglesias cristianas de Europa y América hubiesen predicado y vivido dignamente ese mensaje, ni Marx ni nadie habría podido afirmar que la religión es el opio del pueblo. La realidad, desgraciadamente, fue muy diferente y, mal que nos pese, si nos atenemos al tipo de religión prevaleciente a mediados del siglo pasado, no podemos calificar de dislate la acusación marxista.

Felizmente, como hacemos notar con mayor amplitud en el capítulo XXXIV, amplios sectores evangélicos están redescubriendo la dimensión sociológica del Evangelio y llegando a la conclusión de que no se trata de una mera derivación del mensaje bíblico, sino de una parte constitutiva del mismo. El predicador no debe olvidar este hecho. «La congregación que nunca oye de la naturaleza social del Evangelio —escribe Sangster— será estrecha en su perspectiva, limitada en su pensamiento y espiritualmente débil. Obérvase que hemos dicho *naturaleza* social del Evangelio, no «aspectos» o «implicaciones». No se ajusta a la verdad decir que el Evangelio tiene implicaciones sociales. Es social en su naturaleza. Quien se limita rígidamente a lo que se llama el «evangelio personal» está suministrando leche desnatada» (2).

2. *Op. cit.*, p. 40.

Es fundamental, sin embargo, que el predicador, en sus mensajes de orientación social, no pierda de vista las verdades básicas de la antropología bíblica. La sociedad, al igual que el individuo, sufre las consecuencias del pecado. El remedio para sus males no está en la reforma de costumbres, en una mejor educación o en un cambio de las estructuras político-económico-sociales. La solución radica en el cambio interior del individuo, en su regeneración espiritual por la acción del Espíritu Santo mediante la fe en Jesucristo. Los hombres así transformados han sido a lo largo de la Historia los que más poderosamente han influido en el mejoramiento de la sociedad. Lo que el marxismo ha proclamado como ideal aún no realizado —ni realizable mediante su filosofía materialista— sobre el «hombre nuevo», Dios lo ha efectuado en los verdaderos creyentes en Jesucristo. El milagro tiene aún sus limitaciones, pero es real (II Cor. 5:17; Ef. 4:22-24) y anticipa la gloria de una nueva humanidad heredera de los cielos nuevos y la tierra nueva en los cuales morará la justicia (II Ped. 3:13).

El predicador que, con la debida competencia, lleva al púlpito estas cuestiones y las enfoca bíblicamente aporta a la nutrición espiritual de su pueblo un elemento indispensable.

Sermones históricos

Para muchas personas la Historia reviste gran interés. Muchas de sus páginas resultan fascinantes. En ellas sobresalen personajes y hechos, no ideas, lo cual despierta un interés más vivo en quienes carecen de una mente avezada al pensamiento abstracto. En la historia bíblica el encanto aumenta. Constituye el fondo de la historia de la salvación. Sus protagonistas no son solamente los hombres. En primer plano, interviene Dios. A través de todos los acontecimientos discurre el hilo de la providencia. Lo que Dios hace y lo que permite se desarrolla conforme a propósitos admirables. La historia de la humanidad es el desarrollo de un drama imponente en el que la gracia de Dios pugna contra las fuerzas del mal has-

ta su aniquilación. Los seres humanos aparecen despojados de halos fantásticos; son hombres y mujeres idénticos a nosotros, con semejantes pasiones y debilidades. Los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, retienen su humanidad; lo hermoso de sus virtudes no encubre sus defectos; sus heroicidades no ocultan sus debilidades. Sus biografías nos muestran las alturas y las profundidades a que cualquier creyente puede llegar. Por tal motivo, el material histórico de la Biblia es eminentemente didáctico (Rom. 15:4; I Cor. 10:11).

Una gran ventaja de los sermones de tipo histórico es que, por limitada que la capacidad narrativa del predicador sea, mantienen sin gran esfuerzo la atención de quienes escuchan y son recordados con mayor facilidad. A esta ventaja se une la de que, por regla general, son más fáciles de preparar.

Pero también debemos señalar sus exigencias. En primer lugar, debe huirse de la alegorización como práctica habitual. Algunos predicadores tienden a espiritualizar inmediatamente a todos los personajes, todos los objetos y todos los hechos que aparecen en un relato de la Escritura. Imaginémonos un sermón sobre el encuentro de David con Goliath en el que, desde el primer momento, prescindiendo de la realidad histórica y de aplicaciones consecuentes con dicha realidad, se presentara a David como figura ilustrativa del creyente; al gigante como ilustración del diablo; las cinco piedras que David llevaba en su zurrón como símbolo de la fe, la humildad, el valor, la perseverancia y la oración. No vamos a negar que esta espiritualización del texto bíblico permita predicar un sermón edificante. Incluso es posible que gran parte del auditorio lo comente después con entusiasmo. Pero la enseñanza así derivada de esa porción histórica ¿sería la que realmente le corresponde? Un sermón auténticamente «bíblico» sobre el episodio mencionado ¿no habría de destacar la relación entre los apuros de Israel frente a los filisteos y el pecado de Saúl con sus nefastas consecuencias (I Sam. 15; 16:14), la providencia de Dios puesta de manifiesto en la llegada de David al

campo de batalla (I Sam. 17:17-20), la omnipotencia y la soberanía de Dios por encima de todo poder humano, el principio constante de que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad de sus instrumentos y la verdad de que el Señor honra a los que le honran? A partir de estas grandes lecciones, que son las que realmente encierra el texto, podemos extendernos a otras aplicaciones piadosas; per jamás la imaginación, aliada a una excesiva libertad de interpretación alegórica, debe eliminar el mensaje primordial del texto bíblico.

También exigen los sermones históricos una gran atención para no convertirlos en una simple repetición de lo que dice el narrador sagrado. Algunos predicadores caen en este gran defecto. Reproducen el relato con todos sus detalles —a menudo de sobra conocidos por los oyentes—, y, aparte de alguna glosa o la aportación de algún dato arqueológico o geográfico, poco más añaden al mensaje. El resultado es sumamente pobre en aplicaciones de las que pueda beneficiarse personalmente el oyente. El pasado ha quedado en el pasado; no se convierte en presente; el recuerdo no se hace experiencia, que es a lo que toda predicación sobre hechos históricos debe aspirar.

En términos generales, conviene —sobre todo si previamente se ha leído la porción bíblica correspondiente— no reiterar lo que ya se conoce, a menos que se haga de modo breve y vívido o que convenga dar explicaciones que hagan más comprensibles algunos de los hechos. El plato fuerte del sermón debe estar compuesto por las enseñanzas de valor perenne que del acontecimiento histórico se desprenden.

Sermones devocionales

Están destinados a estimular a los creyentes para vivir más intensamente determinados aspectos de la vida cristiana. Se espera que contribuyan a avivar la fe de los creyentes, moverlos a la adoración, renovar su dedicación a Cristo, robustecer su fidelidad frente a la tentación, consolidar su sumisión

a Dios en medio de la tribulación, aumentar su celo en el testimonio evangelístico y en el servicio, etc.

Mediante la exposición de textos adecuados, la predicación devocional debe inflamar los sentimientos del auditorio e impulsarlo a dar nuevos pasos hacia adelante en el camino del discipulado cristiano.

Debe cuidarse, no obstante, que tal progreso no se efectúe únicamente a caballo de las emociones. Es imperativo basar toda apelación sentimental en la comprensión de las verdades bíblicas y en los únicos móviles justificables: la gloria de Dios, el amor de Cristo y el bien de quienes nos rodean. Cualquier otro incentivo puede tener efectos más bien negativos; fácilmente promueve el afán de propia satisfacción o de vanagloria. Del mismo modo que es posible caer en la ortodoxia sin espiritualidad, también lo es caer en una espiritualidad sin Espíritu, lo cual no pasa de ser ropaje que encubre la más crasa carnalidad.

La preparación homilética del sermón devocional no es de las más laboriosas, pero exige elevación espiritual. Como sugerimos en el capítulo anterior, no tiene el predicador autoridad moral para impeler a otros hacia metas de las cuales él mismo está aún muy lejos, a menos que se ponga en marcha con —mejor aún al frente de— sus hermanos. Hay en el orden espiritual un principio semejante al de los vasos comunicantes. Salvando las excepciones —que las hay—, difícilmente los miembros de una iglesia alcanzarán un nivel espiritual más alto que el del hombre que les predica y guía.

Pero cuando el Espíritu de Dios habla poderosamente al predicador, los mensajes devocionales de éste pueden ser una bendición inestimable para la congregación. Son, pues, recomendables, siempre que no ocupen un lugar tan preferente y continuado que desplace a los otros tipos de predicación.

Sermones evangelísticos

Van dirigidos especialmente, como es lógico, a personas inconversas. En ellos se hace una exposición más o menos

amplia de los puntos esenciales del Evangelio con objeto de que, por la acción del Espíritu Santo, el oyente sea convencido de su pecado y movido a reconocer a Jesucristo como su Salvador y Señor.

En muchas iglesias evangélicas ha sido costumbre secular tener regularmente cultos de evangelización, por lo menos uno semanal y preferentemente en la tarde del domingo. Muchas veces se han complementado estos cultos normales con campañas especiales en las que se ha realizado un esfuerzo evangelístico especial. El fruto global de esta labor específicamente evangelizadora es incalculable. No podemos, por consiguiente, subestimar el valor del tipo de predicación que ahora nos ocupa.

Antes de entrar en algunos detalles sobre la misma, remitimos al lector al capítulo sobre «La Iglesia local y la evangelización» (XXXII) y más concretamente al punto relativo a los cultos, a fin de evitar desfiguraciones perniciosas. Sintetizando lo que allí exponemos con mayor extensión, diremos que toda predicación fiel a la Biblia contiene elementos evangelísticos, sobre todo si se trata de predicación expositiva. Insistimos en que cualquier sermón doctrinal, moral, social o devocional puede tener una proyección evangelizadora de alcance insospechado. La experiencia en multitud de casos así lo demuestra.

En cuanto al mensaje evangelístico propiamente dicho, hemos de observar cuatro puntos esenciales:

a) *La enseñanza bíblica relativa a la salvación debe aparecer con toda claridad.* Tal enseñanza incluye la soberanía amorosa de Dios, la caída del hombre, su estado pecaminoso que le priva de la gloria de Dios, su frustración y su incapacidad moral para autosalvarse, la obra expiatoria de Cristo, la acción regeneradora del Espíritu Santo, la necesidad del arrepentimiento y la fe en Cristo y el compromiso de discipulado adquirido por quien se decide a seguirle.

Algunos de estos conceptos teológicos resultan más bien oscuros para quienes no están familiarizados con el mensaje

bíblico. Ello obliga a explicarlos en términos adecuados a la mentalidad y a la experiencia natural de los oyentes. Palabras tan ricas como gracia, justificación, propiciación o consagración suenan a oídos de muchos como vocablos de una lengua extranjera. Hay que interpretarlas para que sean comprendidas. Si una persona no entiende el mensaje, es imposible que se convierta.

Pero hemos de recalcar la necesidad de que el sermón evangelístico esté cargado de las verdades bíblicas fundamentales. El modo de comunicar un mensaje puede ser bueno, pero si el mensaje en sí es pobre de contenido, no pueden esperarse grandes resultados.

b) *La acción sobre los sentimientos ha de ser resultado de la fiel exposición de la Palabra.* Ello implica equilibrio y ponderación. Por supuesto, la presentación de los puntos esenciales del Evangelio con el poder del Espíritu Santo ha de conmover los sentimientos de muchos oyentes. Aun los que no lleguen a convertirse se sentirán inquietos; quizá temblarán, como el gobernador Félix (Hec. 24:25). Es de esperar que el contraste entre el amor de Dios y la rebeldía humana o la exposición objetiva de las consecuencias trágicas del pecado produzcan una honda conmoción en el interior de quienes escuchan. Una conciencia redargüida de maldad ha de turbar el ánimo. Los llamamientos solemnes y amorosos del Señor, al igual que sus amonestaciones, han de sacudir hasta los cimientos de las emociones. Y esto no puede, no debe, evitarse.

Lo que sí debe rehuir el predicador es una agitación psicológica de los sentimientos producida no por el impacto de la Palabra de Dios, sino por técnicas retóricas, especialmente por la presentación de algunos pasajes de la Biblia o de experiencias ilustrativas sobrecargadas abusivamente de dramatismo sentimental. Muchas veces esta sobrecarga es proporcionalmente muy superior al peso de la verdad bíblica contenida en el sermón. En tales casos, es fácil que se produzcan resultados, pero superficiales; que alguna semilla germine, pero no la que arraiga y fructifica.

c) *La presentación del don de Dios no debe ocultar sus demandas.* Sucede a menudo que el énfasis en la verdad de que la salvación es por gracia, no por obras, hace perder de vista, sobre todo a los oyentes, el hecho de que la conversión a Cristo no equivale simplemente a la firma de una póliza de seguro de vida eterna, sino que comporta una rendición total, una decisión de vivir para la gloria de Dios en conformidad con su Palabra.

d) *Debe concluirse con un llamamiento.* En algunas ocasiones, como sucedió el día de Pentecostés, la respuesta de los oyentes se produce antes de la invitación final del predicador. Este ve interrumpido su mensaje por la voz de alguien que públicamente expresa su decisión de seguir a Cristo. Pero si esto no sucede, que es lo más frecuente, en la parte final del sermón debe instarse a los inconversos a la decisión por Cristo en respuesta a la Palabra, mediante la cual les llama el Espíritu de Dios.

Los momentos vividos con motivo de tal llamamiento y sus resultados pueden ser inolvidables. Han constituido el instante crucial en el paso de la muerte a la vida para miles de personas. Por eso el llamamiento no debe omitirse.

Pero la historia de la predicación registra también experiencias embarazosas, casi sacrílegas, en las que el predicador —o alguien después de él— se ha extendido por espacio de largos minutos pidiendo a sus oyentes machaconamente, con escasa o nula sensibilidad espiritual, que exteriorizaran de algún modo su decisión. Sólo Dios sabe cuántas personas en las que el Espíritu Santo estaba haciendo su obra se vieron turbadas o estorbadas en su proceso de conversión por una desatinada insistencia humana.

El predicador hará bien en librarse de este despropósito manteniéndose sensible a la dirección del Espíritu Santo, cuyo método de acción en las almas es la persuasión y la atracción amorosa, no la violencia, ni siquiera la psicológica. En sintonía con el Espíritu de Dios, no vacilará en concluir sus mensajes evangélicos como un gran embajador de Cristo, cla-

mando ante su auditorio con santo vigor, pero también con gran sensibilidad: «¡Reconciliaos con Dios!» (II Cor. 5:20).

Algunos maestros de Homilética incluyen en sus clasificaciones de sermones los que se pronuncian en ocasiones especiales. Por nuestra parte los omitimos. Creemos que pueden incluirse en alguno de los tipos ya estudiados. El sentido común del predicador le llevará a introducir con facilidad aquello que lo especial de cada circunstancia aconseje.

CUESTIONARIO

1. *Detalle alguno de los motivos que aconsejan la predicación de tipo doctrinal.*
2. *¿Qué requisitos deben tomarse en consideración al preparar un sermón apologético?*
3. *¿Cuáles son los errores que se cometen con más frecuencia en la predicación de sermones históricos?*
4. *¿Qué elementos básicos deben aparecer en todo sermón evangelístico?*

CAPÍTULO XI

MATERIALES DEL SERMON

En el capítulo anterior nos hemos referido a la preparación del discurso y al correspondiente acopio de materiales sin detenernos a considerar la esencia de los mismos. Pero su importancia nos obliga a dedicarles capítulo aparte.

El sermón es comparable a un organismo vivo compuesto de miembros, órganos, vísceras, humores, etc. Cada uno cumple una misión específica subordinada a la totalidad del cuerpo y sus necesidades fisiológicas. En la anatomía del sermón observamos igualmente componentes diversos en su naturaleza y en su función; pero todos se combinan armoniosamente para que el conjunto alcance el objetivo de la predicación. Sin perder de vista que los mencionados componentes nunca pueden aparecer inconexos, los analizaremos por separado para hacer más comprensible su naturaleza.

Proposiciones básicas

Expresan las ideas principales del discurso y aparecen en forma de afirmaciones o negaciones importantes, sin aditamentos de ninguna clase. Las aclaraciones, las pruebas, los ejemplos o ilustraciones, no importa lo ensamblados que estén con ellas, constituyen otra clase de material del que nos ocuparemos más adelante.

Es fundamental que el predicador cuente con un número suficiente de proposiciones, ya que éstas vienen a ser el elemento esencial del mensaje.

Si tomamos como ejemplo el conocido texto de Juan 3:16, podríamos consignar, entre muchas más, las siguientes:

- Dios no es un ser impersonal. No es simplemente el motor del universo.
- Dios no es insensible. «Dios es amor».
- Dios se preocupa del mundo.
- Esa preocupación es maravillosa si se tiene en cuenta la hostilidad del mundo respecto a Dios.
- El amor de Dios no es un mero sentimiento. Se traduce en actos.
- El amor de Dios culmina en el don de su Hijo Jesucristo.
- La venida de Cristo al mundo tiene un propósito salvador.
- Existe una terrible posibilidad de que el hombre se pierda para siempre.
- El propósito de Dios es que el hombre tenga vida eterna.
- Las posibilidades de salvación se ofrecen a todo ser humano sin limitación.
- La condición indispensable para que el hombre disfrute de la salvación es la fe en Jesucristo.
- Perdición y salvación se presentan como dos alternativas tremendas a toda criatura humana.
- La disyuntiva exige una decisión.

Como puede observarse, el conjunto de enunciaciones viene a ser el compendio del sermón. Si resulta pobre, pobre será también la predicación. Si, por el contrario, es copioso, el sermón será rico en contenido.

Sin embargo, las proposiciones básicas deben completarse con otras clases de material que mencionamos a continuación y que se usarán según convenga.

Explicaciones

Cuando alguna de las aseveraciones contenidas en el sermón resulta de difícil inteligencia, su sentido debe exponerse de forma fácilmente comprensible.

Son muchos los conceptos bíblicos que resultan oscuros para muchos oyentes y este hecho ha de ser tenido siempre en cuenta por el predicador. No puede expresarse como si cuantos le escuchan se hallasen en el mismo plano teológico y cultural que él; ha de descender al nivel de ellos. Las ideas de pecado, depravación, expiación, carnalidad, santificación y muchas más no siempre son asimiladas en su sentido bíblico. Han de ser explicitadas. Y lo mismo debe hacerse con cuantas declaraciones importantes formule el predicador durante su discurso.

En el ejemplo mencionado de proposiciones básicas sobre Juan 3:16, sería casi imprescindible explicar el concepto de personalidad referido a Dios, así como el significado bíblico de las palabras «mundo», «perdición», «salvación», «fe», etcétera o el título «Hijo unigénito» dado a Jesucristo. Sin estas ampliaciones aclaratorias, cabe la posibilidad de que muchos oyentes no comprendan buena parte de las ideas más importantes del mensaje.

Huelga decir que la característica esencial de la explicación debe ser la claridad. Si, después de la explicación, la idea que la motivó continúa tan oscura como antes, en realidad no se ha explicado nada; se ha tratado de iluminar un lugar oscuro, pero con una lámpara apagada.

Este principio hace aconsejable que el predicador se abstenga, como subraya Broadus, de tratar de explicar lo que no sea perfectamente cierto, lo que él mismo no entiende y lo que no tiene explicación o no la necesita.

Auxiliares valiosos en la tarea de la explicación son la definición —por la que se concreta y limita el significado de una palabra— la comparación y el ejemplo. El Señor Jesucristo fue verdadero maestro en el uso de estos dos últimos

recursos. Recuérdesse la multitud de símiles, parábolas y objetos o hechos de la vida diaria que usó para hacer entender sus enseñanzas.

También pueden ser de gran utilidad la descripción y la narración. La *descripción* brillante exige un don especial semejante al del pintor. Pero no es necesario ser un artista consumado para presentar un cuadro vivo como fondo de un hecho al cual se alude en la predicación. El conocimiento de la geografía bíblica, así como de las costumbres de cada época en Israel y pueblos colindantes, puede suministrar al predicador datos del máximo interés no sólo para hacer más vívido su sermón, sino también para explicar alguna de sus partes. La parábola de las diez vírgenes, por ejemplo, resultará más comprensible si se informa del modo habitual de celebrar una boda en días de Jesús.

La *narración* tiene por objeto presentar ante los oyentes una acción o un suceso. Puede formar parte esencial del sermón cuando éste se basa en un acontecimiento histórico o puede ser una simple alusión a algún hecho ajeno al texto bíblico del mensaje pero relacionado con un punto determinado de éste.

La narración exige agilidad. Deben descartarse los detalles poco importantes. Si el suceso es muy conocido, sólo debe destacarse lo más prominente y que sirve de base a las aplicaciones correspondientes. Cuando el hecho objeto de la narración es poco conocido, caben los detalles, pero nunca hasta el punto de que ocupen un tiempo excesivo. Algunos sermones han sido terriblemente pobres, porque no han pasado de ser la repetición ampliada de un texto histórico de la Biblia.

Otra característica de la narración debe ser el estilo directo y vigoroso. Sin llegar a dramatismos desmesurados, el relato no debe perder ni un ápice de su fuerza apasionante original. Se puede referir el encuentro de José con sus hermanos o la conversión de Tarso casi como si los oyentes estuviesen viendo lo acaecido, pero también de forma insulsa y soporífera. Todo depende de la destreza del predicador.

Argumentos

Algunas de las proposiciones básicas del sermón no sólo deben ser explicadas; conviene que sean demostradas. Esto es casi una necesidad cuando se trata de afirmaciones que han suscitado o pueden suscitar objeciones. Recuérdese lo expuesto en el capítulo anterior sobre sermones apologeticos. No se olvide que la argumentación aparece siempre entretrejada con las grandes enseñanzas de Jesús y en los discursos y escritos de sus apóstoles.

Es importante que el predicador posea por lo menos unos conocimientos elementales de Lógica, que esté familiarizado con los principios del razonamiento, especialmente con su expresión más común: el silogismo. Debe tener aptitud metafísica para distinguir las premisas verdaderas de las falsas y las condiciones para que un razonamiento silogístico sea correcto. Como es bien sabido, un solo defecto en el proceso del razonamiento conduce a conclusiones erróneas.

A semejanza de la explicación, la argumentación tiene que ser clara. De lo contrario, pierde su efectividad. La claridad debe extenderse no sólo al razonamiento en sí mismo, sino también al lenguaje usado. Este no puede ser demasiado filosófico si la congregación carece de la formación necesaria para comprenderlo.

Otra observación importante es que todo proceso argumentativo ha de estar constantemente guiado por la Palabra de Dios. Las conclusiones de un razonamiento nunca pueden estar en contradicción con la revelación.

Completamos y recalcamos lo dicho con unas sugerencias generales que sobre el argumento hace Juan A. Broadus:

«1. No pretendáis probar nada si no estáis persuadidos de que es verdad y seguros de poder probarlo.

2. Haced que vuestro argumento comience con algo que las personas a las cuales habláis admitan plenamente. Punto importantísimo, pero descuidado a menudo.

3. Usad argumentos inteligibles a vuestros oyentes y propios para impresionar sus mentes.

4. Por lo regular, depended principalmente de argumentos bíblicos, prefiriendo los que sean más claros e incuestionables.

5. No tratéis de decirlo todo; elegid, más bien, un número conveniente de los argumentos más eficaces.

6. Evitése el formalismo. Hágase uso de la realidad del argumento, pero lo menos posible de sus formas y frases meramente técnicas.

7. En cuanto al estilo del argumento, los más importantes requisitos son la claridad, la precisión y la fuerza. Una sencilla elegancia es compatible con ellas, y cuando el asunto es elevado e inspirador y el alma del orador está llena de fuego, pueden sus rayos de argumentación brillar con esplendor meridiano». (1).

Ilustraciones

A este material, por su enorme variedad, debemos dedicar mayor espacio. En él se incluye todo cuanto puede arrojar luz sobre el contenido de la predicación. Por eso se ha dicho que las ilustraciones constituyen las ventanas del sermón.

Generalmente son de naturaleza gráfica, de modo que los conceptos de la predicación salen de las regiones abstractas para tomar forma de personas, objetos, hechos o experiencias, lo cual es comprendido y retenido más fácilmente por la mayoría de los oyentes. Está demostrado que impresiona y se recuerda mucho más lo que se ve que lo que se oye. Esto explica el enorme incremento en el uso de medios visuales en cualquier tipo de enseñanza. Por eso, como reza un proverbio árabe: «el mejor orador es el que convierte en ojos los oídos». En este arte, Jesús mismo fue un maestro sin parangón.

1. *Tratado sobre la predicación*, Casa Bta. de Public., p. 111.

La utilidad de la ilustración está fuera de toda duda. Veamos algunas de sus ventajas:

Aviva la atención de los oyentes.

Aclara las ideas.

Graba con más fuerza esas mismas ideas en la mente de quienes escuchan. Es innegable que cualquier exposición teológica relativa al amor perdonador de Dios será mucho menos impresionante que la parábola del hijo pródigo.

Diferentes clases de ilustración

Para algunos predicadores parece no haber otro tipo de ilustración que la narración anecdótica. Pero esto es limitar a una parcela un campo que es muchísimo más amplio.

El símil, el ejemplo y la narración, a los que nos hemos referido anteriormente, pueden considerarse como elementos ilustrativos. Asimismo, pueden incluirse en este material los pensamientos o citas sobresalientes —si son suficientemente claros— de determinados predicadores, teólogos, filósofos, historiadores, etc. Daremos, sin embargo, atención especial a los tipos que, por su naturaleza, suelen ocupar mayor espacio que los anteriores en el sermón, sin que ello signifique que han de tener una extensión desproporcionada. La calidad de las ilustraciones, cualesquiera que sean, siempre está en relación inversa a su extensión.

La anécdota. Es una narración breve en la que se refiere un incidente curioso que despierta interés y confirma con fuerza una verdad que acaba de ser expuesta.

Imaginémonos que alguien predica sobre la fidelidad e inmutabilidad de las promesas de Dios en contraste con la inestabilidad de todo lo temporal. ¿No resultaría oportuna la anécdota de Abraham Lincoln y su criado relativa a una noche de verano en la que cientos de estrellas fugaces cruzaban el espacio? Se cuenta que en tal ocasión el criado entró asustado en el despacho del presidente norteamericano. «¡Ha llegado el fin del mundo! —exclamó— ¡Están cayéndose las

estrellas!» El presidente norteamericano se asomó por la ventana al exterior, contempló por unos momentos el firmamento y al ver que las constelaciones permanecían en su sitio, dijo pausadamente a su criado: «Tranquilízate. Mientras las grandes estrellas no se muevan de su lugar no hay por qué inquietarse.» La ilustración es clara. Nos sugiere que, sean cuales fueren los cambios y las convulsiones que se produzcan a nuestro alrededor, las promesas de Dios se mantienen fieles. La Palabra del Señor «permanece para siempre en los cielos» (Sal. 119:89).

La parábola. Es, como alguien ha dicho, «una narración terrenal con significado celestial». Las referidas por Jesús, profusamente preservadas en los evangelios, son ejemplos magníficos de este método de ilustración. Inspiradas en la vida doméstica, laboral, política y social de su tiempo, se caracterizan por su belleza, por la simplicidad de su estructura y por su reciedumbre.

Un predicador con mediana imaginación puede sacar gran provecho de sus propias parábolas, siempre que éstas resulten suficientemente claras y se deriven de hechos de la vida actual.

La analogía. Establece un paralelo de semejanza entre un objeto o un hecho de la vida natural y una experiencia espiritual.

Ejemplos de analogía podemos hallarlos en las diferentes ramas de la Ciencia y en la experiencia popular. Verbigracia: la fuerza de la gravedad, como ilustración de la tendencia que se observa en el hombre hacia lo terreno. La transformación del grano de semilla, que cae al suelo «y muere», en una nueva planta, aclara admirablemente la doctrina bíblica de la resurrección (I Cor. 15:35-44).

En esta forma de ilustración conviene limitar el paralelismo estrictamente al punto que se quiere iluminar. Traspasar ese límite puede conducir a errores. La analogía que desde tiempos antiguos se ha visto entre la crisálida, aparentemente muerta, que se convierte en mariposa, y la superviven-

cia del alma más allá de la muerte puede ser válida si se usa también como ilustración de la resurrección. Pero sería llevar la analogía demasiado lejos si del estado de inactividad de la crisálida se dedujese un estado de inconsciencia del alma entre la muerte y la resurrección.

El acontecimiento histórico. Abunda la Historia en sucesos aleccionadores de los que el predicador puede sacar abundante material ilustrativo.

Generalmente, el devenir histórico pone de relieve la invulnerabilidad de las leyes morales establecidas por Dios. Ilustra una y mil veces que oponerse a Dios y quebrantar sus normas es labrarse un futuro desgraciado, tanto a nivel individual como colectivo.

También revela la Historia la providencia de Dios, misteriosa pero decisiva, y confirma el cumplimiento de los propósitos divinos.

Además de las verdades apuntadas, hay muchas más que en los casi infinitos episodios históricos de todas las épocas pueden tener tanto ilustración como confirmación.

El dato biográfico. La vida de personajes importantes en la historia bíblica, de la Iglesia o del mundo en general suele abundar en hechos de máximo interés y de gran valor ilustrativo.

La magnanimidad de José, por ejemplo, el arrepentimiento de David, el arrojo de Elías, el tesón misionero de Pablo, el heroísmo de los mártires, la firmeza de los reformadores, la devoción de los pioneros de las misiones modernas aparecen en páginas biográficas con incidentes hondamente sugestivos, utilísimos para apelar a la conciencia de cualquier creyente.

La experiencia personal. Algún hecho acaecido en la vida del propio predicador puede añadir luz e interés a su mensaje. Tiene la ventaja de ser algo próximo que da mayor realismo a lo que se dice.

Es importante que los oyentes vean que el Evangelio se encarna en la vida de quien les predica. El apóstol Pablo no

titubeó en referirse a sus experiencias personales cuando lo consideró oportuno.

Sin embargo, la prudencia debe presidir el uso que se haga de tal tipo de ilustración. Sin percatarse de ello, puede el predicador convertirse en anunciador de sus experiencias más que de la Palabra de Dios. Y si cae en la debilidad de sacar a luz desde el púlpito únicamente experiencias positivas con acento triunfalista, lo más probable es que conduzca a fijar sus ojos más en él que en Cristo, a no ser que los hechos en la conducta del ministro muestren otros aspectos menos positivos, en cuyo caso la predicación perderá gran parte de su impacto. El lema de todos los predicadores no puede ser otro que el de Pablo: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor» (II Cor. 4:5).

7. *El episodio dramático.* Hay novelas y obras de teatro que abundan en cuadros impresionantes, fiel trasunto de la vida humana en toda su misteriosa complejidad. En los dramas de Shakespeare o las novelas de Dostoiewsky, por ejemplo, numerosos predicadores han hallado ilustraciones de primerísima calidad.

8. *La poesía.* La selección atinada de unos versos literariamente potables y su introducción en el discurso pueden dar a éste gran lustre.

Son preferibles composiciones de poetas reconocidos.

En todo caso la cita poética debe ser clara y breve.

En esta clase de ilustración puede incluirse el himno religioso, preferentemente si es conocido por la congregación.

Fuentes de ilustraciones

Vamos a referirnos a dos en particular:

1. *La lectura.* En ella puede incluirse toda clase de obras literarias. Todo predicador debiera dedicar parte de su tiempo a leer algunas de las más notables. Tal lectura, no debiera ser una penetración en el libro a la caza de ilustraciones, sino más bien un ejercicio de reflexión personal. Pero, a se-

mejanza de lo que acaece con la lectura devocional de la Biblia, deberá aprovecharse y anotarse cuanto pueda mejorar el contenido de un sermón.

Incluso como fuente de ilustración, la Biblia ocupa el primer lugar. Su primacía se debe no sólo al carácter eminentemente religioso de sus páginas, sino a la variedad, la calidad literaria y el vigor de las mismas. En ellas se encuentran todas las clases de ilustración antes mencionadas con una riqueza incomparable.

2. *La observación.* En su contacto con la naturaleza, con sus semejantes, con sus hermanos, con su familia, descubrirá un caudal inagotable de ilustraciones que, por lo general, tendrán más fuerza que las adquiridas mediante la lectura. Recordemos que las más hermosas de las usadas por Jesús fueron resultado de su observación personal. Los lirios del campo, los pajarillos, el niño que pide pan a su padre, los chiquillos que juegan en las plazas, la oveja que se descarrió, la fiesta de bodas y tantos otros seres o hechos en los que fijó su atención han sido immortalizados como ilustraciones de las más grandes enseñanzas.

Los objetos de observación directa suelen impresionar al propio predicador de modo más intenso, a veces muy profundamente. El autor recuerda una experiencia vivida hace años, en una circunstancia de dura prueba que oscurecía su ministerio. Viajando en tren hacia otra ciudad en cuya iglesia había de predicar, la tarde ya avanzada y sumido en pensamientos sombríos, de pronto se dio cuenta de que las nubes que parcialmente cubrían el cielo iban adquiriendo matices insospechados en una puesta de sol indescriptible. En pocos minutos, el gris de las nubes se convirtió en un derroche de colores, rojo vivo, anaranjado, amarillo, diferentes tonalidades de verde y de azul, violeta. El conjunto semejaba una isla con colinas y bosques, bordeada por un mar maravilloso, todo ello envuelto en una combinación de luces y sombras que ni el mejor pintor podría igualar. Las nubes oscuras, deprimentes, se habían convertido, por la acción del sol, en un cuadro ce-

lestial. Huelga decir cuán honda y favorablemente influyó esta visión en el ánimo del autor. Su fe fue estimulada para seguir confiando en Aquel que, por su gracia, puede transformar gloriosamente las situaciones más lóbregas de la vida.

Observaciones sobre el uso de ilustraciones

En primer lugar, y aunque parezca una redundancia o una perogrullada, las ilustraciones deben ilustrar. Y deben ilustrar precisamente el punto del sermón en el cual se introducen. No pocas veces se usa una anécdota o se refiere una experiencia más con ánimo de «divertir» que con el fin de aclarar y vigorizar una idea importante del mensaje.

Las ilustraciones deben ser breves. Una historieta que ocupe la tercera parte del sermón es un abuso intolerable.

Cualquier tipo de ilustración debe usarse con la debida medida. Atiborrar la predicación de narraciones, relatos de episodios históricos, experiencias propias o ajenas, citas, analogías, fragmentos poéticos, etc., sin dejar apenas espacio para la sustancia del sermón sería como vestir con los más ricos atuendos una caña. El mensaje tendría un atavío aparatoso, pero carecería de cuerpo. No se puede olvidar en ningún momento que la misión primordial del predicador es comunicar la Palabra de Dios, no deleitar.

La ilustración debe estar rigurosamente subordinada al contenido del mensaje, no viceversa. La sierva nunca debe convertirse en señora. Algunos predicadores, en vez de escoger un texto bíblico, desarrollarlo y después buscar el material ilustrativo adecuado, invierten el orden; escogen ilustraciones llamativas y a continuación se dedican a la búsqueda de algún texto bíblico sugeridor de ideas que se acomoden a aquéllas. Esta práctica es indigna de un ministro de la Palabra.

Ninguna predicación exige un mínimo de ilustraciones. Hay quien da la impresión de que si no introduce tres o cuatro anécdotas y seis o siete citas en su discurso, considera que éste es defectuoso. Idea absurda. Sólo deben usarse las ilus-

traciones que sean estrictamente necesarias y tengan un mínimo de calidad. Si carecen de estas cualidades es mejor prescindir de ellas.

Aplicaciones

Debemos insistir una y otra vez en la necesidad de que las ideas del sermón calen en la mente de quien escucha de modo que puedan ser asimiladas de modo personal e incorporadas a su propia vida. Los hechos y los pensamientos que van exponiéndose a lo largo de la predicación han de tener una inserción en la experiencia del oyente. Este fenómeno es precisamente el que distingue el sermón de la conferencia.

Para lograr esta «encarnación» del mensaje en la vida de los oyentes, es necesario aplicar las ideas del discurso a las personas que lo escuchan según sus especiales circunstancias y necesidades.

No basta extendernos, por ejemplo, en consideraciones sobre las mentiras de Abraham y sobre el engaño en general; de alguna manera, el que oye ha de ser movido a examinar su propia conducta y descubrir las ocasiones en que él también peca por falta de veracidad. No es suficiente glosar —por correcto que sea el comentario— las denuncias formuladas por Amós contra sus contemporáneos condenando sus pecados sociales; es necesario que cada uno de cuantos componen el auditorio analice su modo de comportarse en la sociedad en que vive y sopesa sus aportaciones para el saneamiento de la misma. Sería muy pobre un sermón sobre la experiencia de Pablo en el naufragio de la nave que le conducía a Roma si se limitara a narrar patéticamente lo acaecido y añadir algunas observaciones generales sobre el valor de la fe, sin parar mientras en las tempestades de diversa índole que pueden estar azotando a quienes lo escuchan y sin llegar a comunicarles el ánimo que sostuvo a Pablo. Una predicación adecuada sobre este suceso habría de conseguir que el oyente saliera confortado con una nueva visión de la providencia y la soberanía del Señor y exclamando con el apóstol: «¡Yo confío en Dios!» (Hec. 27:25).

Tan importante es lo que acabamos de exponer que bien puede decirse, con palabras de Spurgeon: «donde la aplicación comienza, empieza el sermón».

Muchos estudiantes de homilética se han hecho una pregunta: ¿cuándo debe hacerse la aplicación, al final o a lo largo de todo el discurso? Sin ningún titubeo, preferimos la segunda opción. Es verdad que, en la conclusión de un mensaje, la aplicación debe alcanzar su punto culminante, pero sería un error prescindir de ella en el resto de la predicación. Habrá muchos momentos antes del final en que convendrá encajar hechos, ideas, normas, reflexiones, amonestaciones en la conciencia de los oyentes para que fructifiquen en su vida.

Y es en esos momentos especialmente cuando el predicador —como hicimos notar en un capítulo anterior— debe tener presente la situación de sus oyentes, su estado espiritual, su problemática humana, sus puntos débiles, sus errores, pero también sus cualidades positivas, sus progresos en el camino de la fe, sus victorias. En las sucesivas aplicaciones de las ideas básicas del sermón, las preguntas que los oyentes pueden tener han de ser contestadas, sus problemas iluminados y su voluntad movida a vivir conforme a las conclusiones prácticas que se desprenden del contenido del sermón.

La aplicación ha de tener, por lo general, dos partes. La primera, de adaptación; la segunda, de exhortación. En la primera, se efectúa un traslado de las consideraciones hechas en torno al texto mediante una interpretación y adaptación adecuadas a la situación de los oyentes. En la segunda, se apela a la voluntad de éstos para aceptar cuanto el mensaje contiene personalmente para cada uno de ellos.

Si la aplicación final ha de ser, en cierto modo, la suma de las aplicaciones anteriores, ha de responder al propósito original que el predicador tenía respecto a los oyentes al preparar su mensaje. Del éxito o el fracaso en este punto depende que la predicación cumpla su finalidad o que no pase de ser una mera pieza de oratoria, bella en el mejor de los casos, pero estéril.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué proposiciones básicas derivaría usted de Hebreos 1:1-4?
2. ¿Qué requisitos debe reunir una ilustración?
3. Ilustre de dos modos diferentes el texto de Romanos 8:28.
4. Expresé las aplicaciones prácticas que puede hallar en Lucas 9:28-36.

CAPÍTULO XII

ESTRUCTURA DEL SERMON

La mera acumulación de materiales diversos, por buenos que sean, no es un sermón, de la misma manera que el amontonamiento informe de ladrillos, arena, cemento, vigas de hierro, yeso, baldosas, puertas y ventanas, tubos, grifos, etc. no es una casa. Tanto la construcción de un edificio como la de un sermón obliga a una disposición adecuada de sus materiales, de modo que cada uno cumpla su función y que el conjunto, además de ser sólido, armonioso y coherente, responda a la finalidad con que fue diseñado.

La ordenación atinada de las diferentes partes del discurso es imprescindible si éste ha de poder ser seguido y retenido por los oyentes. De lo contrario, las ideas más brillantes, los mejores argumentos y las más sugestivas de las ilustraciones pierden la mayor parte de su fuerza a causa de su inconexión. En este último caso, los oyentes pueden salir benedicidos con algunos pensamientos provechosos, pero nunca con la riqueza de un auténtico mensaje.

Debe, por consiguiente, el predicador esforzarse en alcanzar el máximo perfeccionamiento en el arte de bosquejar correctamente sus sermones. De su habilidad en esta parte de la preparación del sermón depende mucho la calidad de su predicación.

Esbozamos a continuación los principales elementos de la estructura de un sermón:

Tema y título

Lo primero que el predicador debe hacer es precisar el tema de su mensaje. Sin él, difícilmente evitará las divagaciones. Antes de elaborar un bosquejo de sus ideas, debe contestarse muy claramente la pregunta: «¿De qué voy a hablar?» Este es el punto de partida. J. H. Jowett aseguraba que «ningún sermón está en condiciones de ser predicado en tanto no pueda expresarse su tema en una frase breve, fecunda y transparente como el cristal» (1).

El tema ha de ser siempre una síntesis del texto bíblico sobre el cual se va a predicar. Este requisito es especialmente indispensable en los sermones textuales y expositivos, de los que nos ocuparemos en el próximo capítulo. Aquí no cabe honradamente la elección de un texto de la Escritura como ornamento de un discurso que poco tiene que ver con aquél. El tema debe fluir como el jugo del texto bíblico exprimido.

Conviene que el tema no sea excesivamente amplio, sino que exprese de modo concreto la idea central del mensaje. Así, por ejemplo, si hubiéramos de predicar sobre Mateo 6:5-15, «Los requisitos de la oración» sería un tema preferible al más impreciso de «La oración». «El amor de Cristo hacia los marginados» sería mejor que «El gran amor de Jesús» en el caso de tener que predicar sobre el llamamiento de Zaqueo.

Cuando se ha de predicar sobre un texto bíblico, éste puede sugerir lícitamente más de un tema. Volviendo al ejemplo de Juan 3:16, sería válido cualquiera de los siguientes: «El amor de Dios al mundo», «El don supremo de Dios» o «El secreto de la salvación». Aún podrían hallarse más. Pero una vez el predicador se ha decidido por un tema determinado, debe hacer de éste el eje en torno al cual gire todo el mensaje.

1. Cit. por C. W. Koller, *Expository preaching without notes*, Baller Book House, p. 73.

El tema es piedra angular de todo el discurso, determina sus puntos y excluye cuanto le sea ajeno o no se subordine a él. Tiene derechos de prioridad absoluta y sólo respetando esos derechos puede mantenerse la unidad y la fuerza del sermón.

Puede ser conveniente, sobre todo cuando el mensaje ha de ser anunciado o publicado, que el tema se exprese con un título. En tal caso, el título debe reunir dos características: concisión y fuerza expresiva.

Un título demasiado largo es del todo desaconsejable en nuestros días. En otras épocas era de uso común, pero hoy puede resultar intolerable. Imaginémonos que alguien va a predicar sobre Isaías 1:10-20 y titula su tema del siguiente modo: «Las condiciones indispensables que Dios exige a su pueblo para que le rinda un culto aceptable». ¿No sería mucho más plausible «Los requisitos del verdadero culto»?

También es loable todo esfuerzo por dar con un título sugestivo. En el ejemplo anterior, ¿no podría mejorarse el dado por válido («Los requisitos del verdadero culto»)? Piénsese en éste: «¿Adoración o abominación?» Debe procurarse, sin embargo, que, en su afán de originalidad, el predicador no escoja títulos extravagantes o que no expresen realmente el tema. En último término, la seriedad y la fidelidad deben prevalecer sobre todo lo demás.

Introducción

Aunque generalmente conviene prepararla cuando ya se han ultimado las restantes partes del sermón, la estudiamos en este lugar ateniéndonos no al orden de preparación, sino al de la predicación misma.

La importancia de una buena introducción nunca debe subestimarse. Algunos predicadores le prestan tan poca atención que suelen abandonarla a la improvisación. Pero este error puede tener consecuencias muy negativas en la asimilación del resto del mensaje por parte del auditorio. La intro-

ducción no es un simple elemento decorativo, sino decisivo, pues de ella depende que los oyentes se dispongan a seguir el mensaje con interés o que opten por la «excursión» mental mientras dura la predicación.

Su finalidad es doble. Por un lado, como acabamos de señalar, despertar la atención de quienes escuchan; por otro, prepararlos para comprender y recibir el contenido del sermón.

En cuanto a las formas de introducción, resulta imposible enumerarlas. La imaginación del predicador descubrirá siempre nuevas posibilidades. Sólo a modo de orientación sugerimos seguidamente algunas.

1. Explicación del fondo histórico sobre el cual se va a predicar o de las circunstancias que lo motivaron.
2. Indicación de la importancia del tema.
3. Alusión a la ocasión especial del sermón si la hay.
4. Mención de algún suceso de actualidad relacionado con el tema.
5. Cita de una frase célebre.
6. Uso de una anécdota apropiada.
7. Una pregunta o una serie de preguntas.
8. Una declaración sorprendente, una paradoja o unas frases intrigantes.
9. La simple enumeración del tema y las razones de su elección.

En cualquier caso, la introducción ha de ser breve, sugestiva e interesante. Y jamás debe convertirse en un resumen del sermón en el que se adelante lo más importante de éste. Si algo se anticipa debe servir para aumentar el interés de los oyentes, no para exponerlos a la fatiga de tener que escuchar una repetición ampliada —quizá pesada— de lo que ya han llegado a saber por lo manifestado en los tres primeros minutos del mensaje. A modo de aperitivo, la introducción ha de estimular el apetito de oír, pero nunca ha

de ser un plato fuerte que sacie e impida el aprovechamiento de la comida que ha de seguir.

Puntos principales

Un buen discurso no está constituido por la mera sucesión de unos pensamientos, por ordenada que sea su exposición. Es más bien la sucesión de algunas ideas fundamentales, de las cuales se derivan los pensamientos y en cuyo marco se agrupan los diversos materiales recogidos durante la preparación. Esas ideas son los puntos principales del sermón, las partes que componen su cuerpo. De su calidad y forma de enunciación depende la calidad del mensaje, tanto para el predicador como para el auditorio.

Su importancia nos obliga a señalar sus características:

Cada uno de los puntos debe corresponder a alguna de las partes más importantes del texto bíblico o del tema.

Supongamos que alguien, para desarrollar el tema «La grandeza en el Reino», sobre Mateo 20:20-28, dividiera su bosquejo en los siguientes puntos:

- I. El deseo ardiente de una madre.
- II. Oraciones nacidas de la ignorancia («No sabéis lo que pedís» — v. 22).
- III. La tiranía de los gobernantes del mundo.
- IV. Redención por Jesucristo (v. 28).

Las ideas expresadas en estos enunciados se hallan indudablemente en el texto, pero no son en él las más sobresalientes. Pueden tener cabida en el sermón, pero subordinadas a los puntos capitales. Estos podrían ser:

- I. La tendencia humana a la grandeza.
- II. Conceptos erróneos de grandeza.
- III. El secreto de la grandeza verdadera.

Todos los puntos deben estar estrechamente relacionados entre sí.

No basta que cada uno guarde relación con el tema. Deben tener conexión mutua. Adaptando el símil novotestamentario del cuerpo, no basta que los diferentes miembros del mismo dependan de la cabeza; precisamente porque son un cuerpo, son «todos miembros los unos de los otros» (Rom. 12:5). Sólo cuando se da esta interrelación adquiere el sermón unidad, vida y progreso armonioso hacia la consecución de su fin.

Volviendo al ejemplo expuesto en el punto anterior, observamos en el segundo bosquejo el orden deseable. Los puntos surgen del texto sin forzarlo y cada uno sucede al anterior con naturalidad y lógica, cosa que no sucede en el primero. En éste, más que cuatro puntos de un tema tenemos cuatro temas distintos, propio cada uno de ellos para un sermón diferente.

La ordenación de los puntos debe estar presidida por la lógica natural.

Si se trata de predicación sobre textos determinados (textual o expositiva), el orden es, generalmente, el mismo que el de las ideas capitales contenidas en la porción bíblica. Una vez más podemos tomar como ilustración el segundo bosquejo sobre Mateo 20:20-28.

Puede suceder, sin embargo, que en algunos casos convenga no ceñirse estrictamente al orden de las ideas tal como aparece en el texto. En I Timoteo 2:5 se distinguen con toda claridad los puntos principales: Dios, un mediador, los hombres. Pero resultaría muy difícil seguir este orden en la predicación y hablar de Jesucristo como mediador sin antes haber hablado del hombre y de su enemistad con Dios. Por consiguiente, los puntos principales habrían de ordenarse del siguiente modo:

- I. Dios.
- II. El hombre.
- III. El Mediador entre Dios y el hombre.

La transición de un punto a otro debe ser suave

El final de cada punto no puede ser un corte abrupto. Sobre su extremo ha de tenderse un puente que conduzca al punto siguiente. El hilo del discurso no puede aparecer roto en ningún momento; ha de poder verse a lo largo de toda la predicación sin solución de continuidad.

En la sucesión de los diversos puntos debe observarse progreso

Tanto la exposición como la argumentación y la aplicación o el llamamiento deben ir aumentando en intensidad a medida que se avanza en el curso del sermón. Cualquier retroceso o disminución de fuerza en el mensaje puede mermar el interés de los oyentes.

El progreso se facilita si se tienen en cuenta algunos principios básicos: lo negativo debe preceder a lo positivo; lo abstracto a lo concreto; lo general a lo particular; la exposición de una enseñanza a la ilustración; la objeción a la refutación; el planteamiento de un problema a su solución; el razonamiento a la exhortación o el llamamiento.

El número de puntos no debe ser excesivo

Un mínimo de tres y un máximo de cuatro o cinco pueden normalmente ser suficientes. En casos excepcionales puede haber sólo dos puntos. Este podría ser el caso de un sermón sobre Mateo 7:24-27, por ejemplo. Otros textos pueden hacer aconsejable sobrepasar los cinco puntos; pero cualquier exceso en este sentido tiende a complicar el mensaje y dificultar su retención en la mente de los oyentes. A mayor número de puntos menos posibilidades existen de que una persona de memoria normal los recuerde una vez la predicación ha concluido.

La extensión de cada punto debe ser proporcional a la de los restantes

Subrayamos el hecho de que la proporcionalidad no significa igualdad. Sería una monstruosidad que el predicador actuara respecto a las partes de su sermón al modo del legendario bandido Procusto, quien estiraba a sus víctimas sobre una cama especial y cortaba sus pies si sobresalían de ella o les estiraba hasta descoyuntarlos si no alcanzaban la medida justa.

Pero sería impropio que el desarrollo de un solo punto ocupara cuatro quintas partes del mensaje y los restantes hubieran de exponerse apresurada e incompletamente en los últimos minutos de la predicación.

Es importante que las ideas de un punto no invadan el campo de otro punto posterior

Lo contrario daría lugar a repeticiones innecesarias y confusión que deben ser evitadas.

Los puntos deben enunciarse de modo breve y claro

Si los oyentes pueden retener en su memoria estos enunciados, conservarán la sustancia del sermón. Si no, recordarán ideas sueltas, pero el mensaje como tal se habrá desvanecido en sus mentes.

En aras de la efectividad debe sacrificarse todo otro propósito. Sobre todo, hay que renunciar a enunciados altisonantes que escapan a la comprensión de la mayoría de los oyentes. Campbell Morgan ilustra este principio irónicamente mediante un ejemplo que nadie debiera imitar. Sobre el texto «Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren» (Jn. 4:24), el predicador formula las siguientes divisiones:

- I. Las propiedades trascendentales de la naturaleza divina.

- II. Las relaciones antropomórficas bajo las cuales estas propiedades trascendentales de la naturaleza divina son reveladas y comprendidas.
- III. El simbolismo escriturístico, por el cual estas relaciones y misterios de las propiedades trascendentales de la naturaleza divina son entendidos, constituye la adoración (2).

Huelga todo comentario.

Es aconsejable que haya una cierta uniformidad en el modo de enunciar los puntos.

Pueden usarse proposiciones gramaticales, frases, sustantivos, adjetivos, verbos, preguntas, etc. Lo importante es que los diversos puntos sigan —dentro de lo posible— una misma forma y no que aparezcan como una ensalada de formas.

Volviendo nuevamente a Juan 3:16, ofrecemos dos posibles esbozos bajo el tema *El gran amor de Dios*:

- A)
 - I. Dios ama al mundo.
 - II. ¿Qué don superior al de Dios? («ha dado a su Hijo»).
 - III. No muerte, sino vida («no se pierda, mas tenga vida eterna»).
 - IV. Lo imprescindible de la fe («para que todo aquel que en él cree»).
- B)
 - I. El objeto del amor de Dios (el mundo).
 - II. Su demostración («dio a su Hijo»).
 - III. Su propósito (que el hombre «no se pierda, mas tenga vida eterna»).
 - IV. Su exigencia (la fe en Cristo: «que todo aquel que en él cree...»).

2. *Preaching*, pp. 122, 123.

A nadie resultará difícil decidir cuál de las dos maneras de enunciar los puntos es preferible.

Las subdivisiones

Con frecuencia, los puntos principales de un sermón deben subdividirse a fin de darles mayor consistencia y claridad.

Las subdivisiones no siempre son absolutamente necesarias; pero cuando se introducen en el bosquejo deben ajustarse a su finalidad, es decir, han de presentar de modo claro algún aspecto importante del punto principal en el que se insertan. Nunca pueden ser ajenas a éste. Tampoco pueden alcanzar una prominencia superior. Las subdivisiones son comparables a ramitas salidas de las ramas (los grandes puntos del sermón), las que a su vez proceden del tronco del árbol (el tema).

Por lo demás, prácticamente todas las características de los puntos principales ya expuestas tienen aplicación a las subdivisiones.

Ofrecemos seguidamente un ejemplo de bosquejo con divisiones y subdivisiones. Como se verá en el segundo punto, a veces conviene que aun las subdivisiones sean subdivididas. Pero estos casos no son muy frecuentes.

Tema: LOS DIEZ MANDAMIENTOS (Exodo 19 y 20)

Introducción: Grandeza moral del decálogo. Su vigencia perenne.

I. Su contexto (Ex. 19)

- 1) Para un pueblo redimido (19:4).
- 2) Para un pueblo santificado (19:10).
- 3) Para un pueblo llamado a un elevado destino (19:5,6).

II. Su texto

- 1) Deberes para con Dios:
 - a) Lealtad al único Dios (20:2, 3)
 - b) El culto a Dios (4-6).
 - c) La honra debida al nombre de Dios (7).
 - d) La observancia del día de Dios (8-11).
- 2) Deberes para con el prójimo:
 - a) Respeto a los padres (12).
 - b) Respeto a la vida humana (13).
 - c) Pureza sexual (14).
 - d) Respeto a la propiedad privada (15).
 - e) Respeto al honor del prójimo (16).
 - f) Respeto a su integridad (17).

III. Su inscripción

- 1) En tablas de piedra (Ex. 24:12).
- 2) En el corazón (Heb. 10:16; II Cor. 3:3).

Conclusión: Por el poder del Espíritu Santo, el pueblo de Dios puede y debe vivir conforme a sus mandamientos.

La conclusión

Es superfluo ponderar la importancia que tiene el final de un sermón. Constituye su cúspide. En los últimos momentos se libra la batalla decisiva. Hay que aprovecharlos bien para impeler a los oyentes a aceptar las demandas del mensaje. Del modo de concluir depende en gran parte la realización del propósito contemplado por el predicador al preparar su mensaje. De ahí lo ineludible de no acostumbrarse a improvisar las conclusiones en la confianza de que el calor del momento inspirará las formas más adecuadas.

Contenido

Puede variar la sustancia de la conclusión, por lo que no pueden establecerse normas en cuanto a su contenido. Pero

en la mayoría de los casos entraña uno o más de los siguientes elementos:

1. Un *resumen* conciso y claro de los puntos principales del discurso que recuerde lo esencial del sermón. Tal resumen capacita al oyente para asimilar sus deducciones prácticas. Dicho de otro modo, le ayuda a adoptar de modo inteligente una postura o tomar una decisión.

No obstante, debe evitarse a toda costa que el resumen sea una repetición del mensaje.

2. Una *aplicación* directa de los hechos, verdades, ofrecimientos, mandatos, etc., que han aparecido en las partes anteriores del mensaje o se desprenden de ellas. No importa que, como señalamos en el capítulo anterior, se hayan ido haciendo aplicaciones parciales a lo largo de todo el discurso. Conviene que al final se efectúe una aplicación global, tanto si se refiere a un solo punto como si ha de incluir varios.

3. Una *llamada* a la mente, los sentimientos y la voluntad de los oyentes para someterse a la verdad de Dios y sus implicaciones expuestas durante la predicación.

El llamamiento puede ser a la conversión, a la consagración, a una vida más activa de servicio o a algún otro tipo de decisión inspirado por el contenido del mensaje.

Forma

Las conclusiones pueden ser en su forma —cualquiera que sea su contenido— tan diversas como las introducciones.

En muchos casos, quizá no habrá en ellas nada especial. En estilo llano y sin grandes recursos retóricos, se hará el resumen, la aplicación o la invitación y se dará fin al mensaje. Otras veces la conclusión adquiere mayor fuerza si se usa una ilustración atinada (de este modo concluye el sermón del monte), un texto, la estrofa de un himno, una frase abrupta, retadora, o recursos análogos.

Características esenciales

1. *Relación con el resto del discurso.* Aunque este requisito parezca obvio, no siempre se cumple. Algunos sermones adolecen de este gran defecto y su final es un simple apéndice añadido al cuerpo del mensaje, pero no una conclusión. Sea cual fuere su forma, ha de lograrse que esta parte sea la expresión del sermón concentrado y aplicado.

2. *Concreción y claridad.* Si, como hemos dicho, la conclusión entraña el esfuerzo más intenso para mover a los oyentes a algún tipo de decisión, el contenido de las frases debe estar desprovisto de abstracciones y ambigüedades. El oyente ha de saber bien adónde debe ir, qué tiene que hacer y cómo. Si la conclusión no responde a esta necesidad, el conjunto del mensaje puede perder la mayor parte de su eficacia.

3. *Solemnidad.* Las notas humorísticas, bien dosificadas, pueden tener cabida en la introducción y en el desarrollo de los puntos del sermón, pero no en la conclusión. Cualquiera que sea el propósito que debe presidir la predicación, ha de estar siempre a la altura de las enseñanzas sublimes de la Palabra de Dios y difícilmente se alcanza si en los decisivos momentos finales el predicador pierde de vista lo trascendente de su misión.

4. *Brevedad.* Una conclusión demasiado larga puede malograr el contenido de un mensaje. Si sus tiros se disparan afinando bien la puntería hacia los blancos deseados, no hace falta gastar muchos cartuchos.

La fuerza de una conclusión no radica en su extensión, sino en su intensidad. Pero téngase en cuenta que intensidad no es sinónimo de apasionamiento o de voz estridente. Unas frases pronunciadas en tono suave, con serenidad profunda, pueden ser más densas e impresionantes que una catarata retórica. Esa densidad y la tensión culminante que suele producir en el auditorio no pueden prolongarse más de muy breves minutos. Así que, en la conclusión, láncese el predicador

al ataque final de modo directo, sin digresiones, sin entrar en nuevos detalles o explicaciones, y *concluya*. Puede resultar catastrófico prolongar la conclusión cinco o diez minutos cuando el predicador ha dado la impresión de que iba a terminar en cinco o diez segundos. Quizás a pocas cosas puede aplicarse con mayor propiedad que a la conclusión de un sermón el adagio «lo bueno, si breve, doblemente bueno».

CUESTIONARIO

1. *Elabore un bosquejo sobre el tema SALVOS PARA SERVIR.*
2. *Escriba la introducción a un sermón sobre Gálatas 6:7.*
3. *Escriba la conclusión de un mensaje sobre Hebreos 10:19-23.*

CAPÍTULO XIII

CLASIFICACION DE LOS SERMONES

EN FUNCION DEL TEXTO

Ya adelantamos en el capítulo X que los sermones, según su relación con el texto bíblico, pueden dividirse en temáticos, textuales y expositivos.

El predicador debe estar familiarizado con su carácter y estructura y llegar a componerlos con la máxima eficiencia. Con objeto de ayudarlo a alcanzar este propósito, estudiamos a continuación sucintamente cada uno de los mencionados tipos.

Temáticos

Como su mismo nombre indica, tienen su origen no en un texto de la Escritura, sino en un tema, generalmente de carácter doctrinal o moral. Ello no significa que el tema, y por consiguiente el mensaje, carezca necesariamente de apoyo bíblico. En algunos casos podría incluso prepararse un sermón temático prácticamente idéntico a otro textual o expositivo obtenido como desarrollo de un pasaje de la Escritura. La diferencia entre el primero y los dos últimos es que aquél tiene su estructura en el análisis del tema escogido, mientras que los otros dos la tienen en el análisis del texto.

Sermones temáticos serían, por ejemplo, los predicados

sobre la divinidad de Jesucristo, la providencia, la Trinidad, la justificación, el deber de la veracidad, la adoración, el pecado en la vida del creyente, etc.

El desarrollo de esta clase de mensajes viene determinado por el orden lógico de sus puntos principales. Si tomamos como ilustración el último de los temas mencionados en el párrafo anterior, «El pecado en la vida del creyente», los puntos podrían ser los siguientes:

I. *Su realidad*

- 1) Enseñada en la Escritura (I Jn. 1:8, 10).
- 2) Confirmada por la experiencia (Rom. 7:14-24).

II. *Su origen*

La vieja naturaleza del creyente (Gál. 5:16, 17; Sant. 1:14, 15).

III. *Su remedio*

- 1) Propiciación (I Jn. 2:1, 2).
- 2) Santificación (Rom. 6:11-14).

En este ejemplo puede observarse que cualquier variación en el orden de los puntos sería ilógica y atentaría contra la efectividad del sermón. Imaginémonos que se invierte el orden y se coloca el tercer punto como primero y el primero como tercero. ¿Cuál sería el resultado?

Esta clase de sermón tiene la gran *ventaja* de que permite tratar cuestiones importantes y de gran interés para los oyentes de modo directo y con libertad para escoger los aspectos del tema que más pueden convenir en cada ocasión.

Pero también tiene sus *inconvenientes*. Destacaremos dos como los más peligrosos:

a) La facilidad con que el predicador puede convertir su mensaje en una disertación en la que abundan más sus propias ideas o ideas ajenas que las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Este riesgo obliga a orientar constantemente las ideas del sermón temático mediante la brújula de la Escritura. Es de rigor que todas las proposiciones importantes se apoyen en textos bíblicos, como puede verse en el ejemplo antes expuesto (en tal ejemplo, los textos podrían ser más de uno en cada punto, aunque no es aconsejable su multiplicación).

Es importante, sin embargo, que los textos escogidos apoyen realmente las proposiciones del sermón y no sean simplemente un adorno. A menudo se usan como base de un aserto versículos que, sanamente interpretados, están muy lejos de corroborar lo que mediante ellos se pretende. Como en toda clase de sermones, es la Escritura la que debe privar sobre las ideas humanas y no viceversa. Todo sermón ha de estar al servicio de la Palabra de Dios, no ésta al servicio del sermón.

b) Un segundo peligro de los sermones temáticos es el de no delimitarlos adecuadamente. Hay temas tan amplios que cualquier intento de tratarlos exhaustivamente en un solo mensaje es condenar de antemano al fracaso tanto el tema como el sermón, pues su extensión o su obligada densidad harán imposible su asimilación por parte del auditorio.

Cuando un tema es muy amplio, conviene limitarse a un aspecto del mismo. ¿Qué sucedería si alguien intentase predicar sobre el Espíritu Santo refiriéndose a cuanto sobre su persona y obra enseñan tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo? Mucho más prudente sería escoger una faceta determinada, tal como «El Espíritu Santo y la evangelización» o «El Espíritu Santo y la santificación del creyente».

En la preparación de esta clase de sermones, es de gran ayuda una concordancia temática (diccionario bíblico de paralelos u obras análogas), pero la abundancia de referencias bíblicas en estas obras puede contribuir a que el predicador caiga en el peligro que estamos comentando. Al usar tales auxiliares, se debe tener el debido discernimiento para hacer una selección de los puntos y textos adecuados.

Una comparación de las ventajas y los inconvenientes de la predicación sobre temas nos permite recomendarla, aunque no como forma habitual. Si se evitan los riesgos señalados, puede usarse provechosamente con más o menos frecuencia. Pero un exceso de sermones de este tipo pronto llevaría al predicador al agotamiento de sus ideas, lo que aconseja una sabia dosificación.

Textuales

No existe realmente diferencia esencial entre el sermón textual y el expositivo, del que nos ocuparemos después. Ambos tienen como base un texto bíblico. Este constituye el meollo del mensaje; no es el trampolín desde el cual se lanza el predicador a la exposición de un tema. El texto es el principio, la continuación y el fin del discurso. Por esta razón, algunos especialistas en homilética incluyen los sermones textuales en los expositivos y evitan toda distinción.

Por nuestra parte, seguimos la clasificación más generalizada, pues aunque las diferencias entre una y otra clase no sean de mayor entidad, deben ser tenidas en cuenta en el momento de preparar el sermón.

En relación con el sermón expositivo, distinguen al textual dos características principales:

a) El pasaje bíblico sobre el cual se basa es más corto. Generalmente no consta de más de uno o dos versículos, mientras que un sermón expositivo toma textos más extensos, a veces capítulos y hasta libros enteros de la Biblia.

b) En el sermón textual, prácticamente todas las frases del pasaje escogido son insertadas como partes esenciales del sermón. En el expositivo, las partes del texto bíblico que no encajan en el esquema determinado por la línea de pensamiento central pueden omitirse.

En los sermones textuales, es frecuente que los puntos principales coincidan con las frases del texto, en cuyo caso puede obtenerse el bosquejo con gran facilidad. Por ejemplo,

si hemos de predicar sobre Miqueas 6:8, bajo el tema *Lo que Dios pide al hombre*, bastaría con establecer las siguientes divisiones:

- I. *Hacer justicia.*
- II. *Amar misericordia.*
- III. *Humillarse ante Dios.*

Son más bien excepcionales los textos que permiten una elaboración tan simple del bosquejo. Pero no son pocos aquellos en que las divisiones aparecen de modo claro, bien que no puedan enunciarse con las mismas palabras del texto. Tal sucedería con II Timoteo 3:16, 17. Si aquí tratáramos de aplicar el método del ejemplo anterior, tropezaríamos con serias dificultades; pero éstas desaparecen si, en vez de usar las frases, nos apropiamos las ideas. Así, sobre el tema *La Sagrada Escritura*, podríamos formular el siguiente bosquejo:

- I. *Su inspiración divina.*
- II. *Su utilidad.*
- III. *Su finalidad.*

Pero puede haber aún casos en que ni siquiera las ideas aparezcan tan claras y ordenadas como en el ejemplo último. Procede entonces efectuar un análisis más detenido del pasaje con objeto de descubrir sus ideas predominantes, independientemente de su extensión, y las posibilidades de relacionarlas entre sí y subordinarlas a un tema central.

Un pasaje menos simple que los usados anteriormente es Mateo 16:24, 25. Ante él, un predicador poco experimentado estaría expuesto a la perplejidad ante tantas frases, ricas todas ellas en contenido espiritual. Tal vez se sentiría inclinado a introducir en su mensaje gran número de divisiones, no todas adecuadas.

Tomando como tema *El discipulado cristiano*, podría hacer algo parecido al siguiente esquema:

- I. *El discípulo debe negarse a sí mismo.*
- II. *Debe tomar su cruz.*
- III. *Debe seguir a Jesús.*
- IV. *Debe despreciar su vida.*
- V. *Debe despreciar al mundo.*

No es que tal bosquejo resulte inaceptable, pero adolece de dos defectos. En primer lugar, omite la primera frase de las palabras de Jesús («Si alguno quiere venir en pos de mí»), que no carece de importancia. En segundo lugar, algunos de los puntos podrían ser subdivisiones de un punto más amplio; con ello, el número de puntos principales disminuiría, lo cual siempre es aconsejable.

Compárese el ejemplo expuesto con el siguiente:

- I. *La voluntariedad del discipulado:*
«Si alguno quiere...»
- II. *Los requisitos del discipulado:*
 - 1) Negarse a sí mismo.
 - 2) Tomar su cruz.
 - 3) Seguir a Jesús.

III. *La razón del discipulado:* Vs. 25 y 26.

La opción entre los dos bosquejos no admite dudas.

Una modalidad especial del sermón textual es la que combina dos o más textos breves que se relacionan y complementan entre sí. De esta combinación pueden surgir magníficos mensajes. Spurgeon predicó un sermón excelente con las frases de Jeremías 4:20 y 30: «De repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas... Y tú, destruida, ¿qué harás?» George Adam Smith logró un brillante mensaje uniendo Salmo 104:23 con Juan 12:36. Resultado análogo obtuvo Alexander Maclaren con Exodo 28:36, Zacarías 14:20 y Apocalipsis 22:4.

Un método parecido es el de usar una frase o una idea contenida en diferentes textos y contextos. Si, por ejemplo, tomamos Lucas 3:21, Juan 1:51; Hechos 7:56, 10:11 y Apocalipsis 19:11, observamos de inmediato la repetición de la frase «el cielo se abrió» o una equivalente. Es imprescindible, sin embargo, que en este tipo de sermones la diversidad de textos permita la aglutinación de sus respectivos pensamientos en torno al tema central. En el ejemplo que acabamos de ofrecer, el tema podría ser *Cielos abiertos para salvación*, que dividiríamos del siguiente modo:

- I. El reconocimiento divino del Salvador (Lc. 3:21).
- II. La certidumbre de la salvación (Hec. 7:56).
- III. La universalidad de la salvación (Hec. 10:11).
- IV. La consumación de la salvación (Ap. 19:11).

Cuando los textos son tan diversos que no permiten su relación entre sí y su subordinación al tema central, es preferible renunciar a la preparación de un sermón sobre ellos, pues sería muy difícil evitar la incoherencia y la confusión.

Expositivos

La predicación expositiva, como ya indicamos, toma por base un pasaje de la Escritura más extenso que el correspondiente a sermones textuales. Es la predicación bíblica por excelencia, sumamente enriquecedora cuando se practica correctamente.

La diversidad de conceptos relativos a este tipo de sermones nos obliga a precisar su naturaleza.

Debemos decir, en primer lugar, que un sermón expositivo no es simplemente una *ex-positio*, un colocar fuera o sacar del texto las enseñanzas que éste encierra, siguiendo versículo por versículo la porción bíblica escogida. Si esto fuera realmente un sermón, se encontraría en este método una magnífica solución al problema de tener que predicar sin tiempo

para una preparación adecuada. Una lectura del texto, una explicación exegética de cada uno de los versículos o de cada una de sus frases, alguna aplicación práctica, alguna ilustración, y sermón concluido. Pero esto no es en modo alguno un mensaje expositivo.

Un sermón del tipo que nos ocupa es, por regla general, bastante más difícil de preparar que cualquier otra clase de sermones, pues no siempre es fácil ordenar los elementos del texto, hechos, pensamientos, preceptos, exhortaciones, etc., de modo que se obtenga un bosquejo aceptable. Un sermón expositivo obliga a usar todo el material importante del pasaje bíblico, pero con el debido ordenamiento, de modo que tanto el tema como sus puntos básicos aparezcan con claridad y con la necesaria trabazón lógica.

Ventajas de la predicación expositiva

Compensan ampliamente el esfuerzo exigido al predicador. El mismo es el primer beneficiado, pues se ve obligado a estudiar con ahínco el texto a fin de profundizar en su contenido. La práctica más o menos habitual de la predicación expositiva aumenta de manera insospechada su conocimiento de la Escritura.

Otra ventaja es que tal predicación, sobre todo cuando se sigue una serie sobre un libro de la Biblia, cuenta con una fuente inagotable de material tan variado como provechoso. Este hecho libra al predicador de la preocupación de encontrar nuevos temas para sus sermones.

Además, en los pasajes sobre los cuales predique, encontrará a menudo puntos relativos a cuestiones delicadas que quizá nunca llegaría a tratar si hubiese de exponerlas directamente como tema de un sermón. Probablemente no muchos predicadores se sentirán animados a predicar sobre cuestiones sexuales o sobre pleitos legales; pero les resultará fácil hacerlo si preparan una serie sobre la primera carta a los Corintios.

También la congregación se beneficia grandemente de la predicación expositiva, pues por medio de ella se le abren perspectivas mucho más amplias de la verdad bíblica. La variedad que suele caracterizar a esta clase de sermones asegura una alimentación espiritual rica, suficiente para el sustento de una fe sana. Por otro lado, los descubrimientos a que los oyentes son conducidos mediante la exposición tienen muchas veces un encanto fascinante que induce a los oyentes a ahondar en las Escrituras por sí mismos, lo cual es de todo punto deseable.

Preparación del sermón expositivo

Exige una gran aplicación, concentración y habilidad. Esta sólo se adquiere con la práctica, pero ofrecemos una serie de sugerencias que pueden ayudar a quien todavía la encuentra demasiado difícil.

1. Léase repetidas veces —cada vez con mayor detenimiento— el texto bíblico, a ser posible en sus lenguas originales o, en su defecto, cotejando varias versiones de reconocida calidad. Para el estudio del pasaje bíblico deben rechazarse las versiones que más que una traducción son una paráfrasis del texto original.
2. Tómese nota de las palabras que más se repiten o destacan en el texto.
3. Estúdiense a fondo el significado de tales palabras.
4. Compárese el uso y significado de esos términos en otros textos bíblicos. A tal efecto, una concordancia (preferentemente de las lenguas originales) puede ser de valor inestimable.
5. Destáquense las ideas más importantes y sus aplicaciones.
6. Procédase a fijar el tema.
7. Escójanse las ideas principales, relacionadas con el tema, y ordénense en un bosquejo con sus puntos y subdivisiones correspondientes.

8. Introdúzcase en cada punto todo el material del texto bíblico que quepa y sea compatible con el orden y la unidad que deben regir el desarrollo del tema. Algunas ideas no tendrán cabida. En los sermones expositivos casi siempre hay que poner en práctica lo que alguien ha denominado «el buen arte de la omisión».

9. Cada punto y cada subdivisión del bosquejo deben tener apoyo claro en el texto.

10. Complementense los puntos, cuando convenga, con textos bíblicos paralelos.

Como ejemplo de bosquejo de un sermón expositivo, ofrecemos el siguiente:

Texto: I Tesalonicenses 1

Tema: UNA IGLESIA EJEMPLAR

Introducción: Alusión breve a la fundación de la iglesia en Tesalónica. También puede hablarse de la gran importancia de la iglesia local.

I. *Las características esenciales de la iglesia* (v. 3)

Una síntesis del cristianismo práctico:

- 1) La obra de la fe.
- 2) El trabajo del amor.
- 3) La constancia en la esperanza.

II. *El origen de la iglesia* (v. 4)

No radica en la iniciativa humana, sino en el propósito eterno de Dios.

III. *Su formación* (vs. 5, 6)

- 1) Mediante la predicación («en palabras») del Evangelio.

- 2) Con poder. El poder sobrenatural de Dios.
- 3) Por la acción del Espíritu Santo.
- 4) En plena certidumbre. La predicación apostólica poseía la fuerza de una convicción sólida.

A esta predicación poderosa, respondieron los tesalonicenses «recibiendo la Palabra».

IV. *Su testimonio* (v. 7-10)

Ejemplo en toda Macedonia y Acaya. Fue, pues, un testimonio de amplia influencia. Fue un testimonio de conversión admirable:

- a) Convertidos *de los ídolos*.
- b) *A Dios*

— Para servirle.

— Para esperar a su Hijo Jesucristo.

Conclusión: ¿Se parece nuestra iglesia local a la de Tesalónica?

Exhortación a una renovación de la fe, la esperanza y el amor y a un testimonio más eficaz.

A continuación, nos ocuparemos de tres tipos especiales de sermón expositivo, los tres muy comunes por la abundancia de material bíblico que puede originarlos.

Sermones narrativos

Se basan en un relato histórico y tienen por objeto extraer las principales enseñanzas del mismo y su aplicación a los oyentes.

Para más detalles, remitimos al lector a lo expuesto en el capítulo X bajo el epígrafe «Sermones históricos».

Sermones biográficos

En la preparación de un mensaje sobre algún personaje bíblico, deben descubrirse los siguientes elementos:

- Los rasgos más prominentes, tanto positivos como negativos, del carácter del personaje.
- Las experiencias más importantes de su vida.
- Influencia que ejerció.
- Referencias en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.
- Significado —si lo tiene— en la historia de la salvación.
- Lecciones prácticas que se desprenden de su vida.

Los datos obtenidos no equivalen a los puntos del bosquejo, pero ayudan a formularlos.

Una observación que debe tenerse presente en el sermón biográfico es la necesidad de limitarlo en el caso de que se refiera a una persona de la cual la Biblia dice mucho. Sería muy difícil preparar un mensaje en el que cupiera todo lo que en la Escritura se dice de Abraham, por ejemplo. La abundancia de material biográfico sobre este patriarca aconseja más bien pensar en varios sermones, para cada uno de los cuales se seleccionarían los aspectos o los hechos que mejor correspondieran al tema. En el caso de Abraham, podrían sugerirse los siguientes temas:

- Abraham, el peregrino.
- Una fe más fuerte que la muerte (sacrificio de Isaac).
- El conflicto entre la fe y las circunstancias (promesa de Dios y esterilidad de Sara).
- Abraham, amigo de Dios.

— Las inconsecuencias de un gran creyente (sus mentiras).

Véase a continuación el bosquejo de un sermón sobre Lot.

Textos bíblicos: Génesis 13:1-18; 19:15-29
II Pedro 2:7.

Tema: EL DRAMA DE UNA FE DÉBIL

Introducción: Si Abraham mereció el título de padre de los creyentes, Lot merece el de padre de los creyentes débiles. Sus experiencias son un aviso solemne al que deben prestar atención los creyentes de todos los tiempos.

I. Su carácter (II Ped. 2:7)

- 1) Justo.
- 2) Sensible. Se afligía ante la impiedad.
- 3) Codicioso de bienes materiales.

II. Su conducta

- 1) Orientó su vida hacia Sodoma (Gén. 13:11, 12).
- 2) Estableció su vivienda en Sodoma (Gén. 14:12).
- 3) Aceptó un lugar prominente en la sociedad de Sodoma (19:1).
- 4) Desperdió la oportunidad de dar una nueva orientación a su vida (Gén. 14).

III. Su cosecha (Gén. 19:15-29)

- 1) Perdió su testimonio (v. 9, 14).
- 2) Perdió su patrimonio material.
- 3) Sólo salvó su vida. Y «así como por fuego».

Conclusión: De nuestro carácter dependen nuestras decisiones. De nuestras decisiones, el curso de nuestra vida. Sólo una fe viva nos mantendrá cerca de Dios, el único que puede modelar nuestro carácter, orientar nuestras decisiones y henchir nuestra vida de significado y utilidad. ¡Rindámonos totalmente a El!

En relación con los sermones narrativos y biográficos, hemos de insistir en la necesidad de dar lugar preponderante a las aplicaciones. Limitarse a ampliar un relato o presentar los hechos más significativos de una persona, sin deducir de todo ello lecciones prácticas que puedan apropiarse los oyentes, por más fuego que se ponga en el discurso, es predicar sin propósito, algo así como gastar la pólvora en salvas.

Sermones sobre parábolas

Pueden ser sumamente provechosos. El texto bíblico en sí ya goza del atractivo de toda ilustración y la enseñanza que atesora suele ser valiosísima.

Pero, contrariamente a lo que algunos suponen, la preparación de este tipo de sermones no es tan fácil como parece a primera vista. Exige tomar en cuenta algunos requisitos especiales.

Debe extremarse el esmero en una sana exégesis del texto, recordando que una parábola no debe usarse alegorizando todos los personajes, objetos o hechos de su contenido, sino que debe ser estudiada con objeto de descubrir la lección —generalmente una sola— que encierra y hacer de ella el factor determinante de la totalidad del sermón.

Los puntos esenciales del mensaje deben tener un sólido cimiento bíblico, especialmente si son de carácter doctrinal, pues nunca debe fundamentarse una doctrina sobre una parábola. La función de ésta es ilustrativa, no dogmática.

El «ropaje» de la parábola ha de ser analizado a la luz de los usos y costumbres del lugar y de la época correspon-

dientes. Sin la aclaración de determinados detalles, relativos a prácticas antiguas, algunas parábolas son difíciles de entender. Recuérdese el ejemplo de la parábola de las diez vírgenes, o la del hombre sorprendido en el banquete de bodas sin la indumentaria exigida.

Sólo cuando el predicador ha hecho la debida distinción entre lo importante y lo secundario podrá formar su bosquejo.

Sirva de ejemplo el siguiente esquema sobre la parábola de los labradores malvados.

Texto: Lucas 20:9-16

Tema: LOS DERECHOS DE DIOS CONCULCADOS

Introducción: La aplicación primaria debe hacerse a los judíos, quienes correspondieron al «pacto» con Dios con la ingratitud y la rebeldía. Pero la aplicación puede hacerse extensiva a todo ser humano en su estado natural.

I. Los derechos de Dios

- 1) Derecho al reconocimiento de su soberanía.
- 2) Derecho a recibir del hombre gratitud, adoración y servicio.
- 3) Derecho a que su Hijo sea honrado.

II. La usurpación humana

El hombre ha querido apropiarse lo que pertenece a Dios y se ha hecho señor de sí mismo, con total desprecio de sus deberes para con su Creador.

Este pecado culmina con el rechazamiento deicida de Cristo.

III. El juicio inevitable

«Dios no puede ser burlado.» «Todo lo que el hombre siembre, eso también segará» (Gál. 6:7).

Conclusión: Los oyentes de Jesús exclamaron: «¡Dios nos libre!» Dios puede y quiere librar-nos. Pero exige que le demos el fruto que le corresponde: fruto de arrepentimiento, de fe y de servicio. Su veredicto futuro depende de nuestra decisión ahora.

Serie de sermones

Antes de concluir este capítulo, queremos referirnos a la predicación expositiva siguiendo el sistema de series más o menos prolongadas.

Tales series son indispensables si se desea predicar sobre todo un libro de la Biblia. Aunque es posible preparar un sermón sobre un libro corto de la Biblia (Habacuc, Hageo y otros), por regla general es preferible fraccionar el libro en pasajes sobre los cuales predicar en sermones sucesivos. Ello hace posible penetrar con mayor profundidad en el texto y aprovechar más de su contenido.

Las series de sermones expositivos pueden ser una fuente incomparable de enriquecimiento espiritual para la congregación. Conviene, no obstante, tomar en consideración tres observaciones:

a) A ser posible, un pensamiento central —que sería el correspondiente al libro mismo— debe presidir la serie entera.

b) Es aconsejable que la serie no se prolongue demasiado tiempo. Aun los manjares más apreciados pueden llegar a cansar.

c) El predicador ha de sentirse siempre en libertad de interrumpir un día la serie para predicar sobre otro texto o incluso de suspenderla, si se siente movido por el Espíritu de Dios para hacerlo. Ningún plan ha de implicar una servidumbre.

Como final de este capítulo, nos permitimos afirmar que sólo en la medida en que un ministro del Evangelio domina el arte de la predicación expositiva puede decirse que es un buen predicador.

CUESTIONARIO

1. *Elabore el bosquejo de un sermón temático sobre EL CRISTIANO Y EL MUNDO.*
2. *Haga un bosquejo, con notas de una cuartilla de extensión, sobre Romanos 5:1.*
3. *Haga un bosquejo, con notas de dos cuartillas de extensión, sobre Mateo 19:16-24 o sobre Tito 2:11-15.*
4. *Elabore el bosquejo de un sermón biográfico sobre BERNABE de la misma extensión que el anterior.*
5. *Bosqueje un sermón sobre la parábola del rico insensato (Luc. 12:16-21).*

CAPÍTULO XIV

EL ESTILO EN LA PREDICACION

El estilo (del latín *stilus*) era el punzón utilizado por los antiguos romanos para escribir en tablas enceradas. Era, por consiguiente, un utensilio usado para expresar el pensamiento. De ahí que el término tenga también la acepción de «manera de expresar el pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita, por lo que respecta a la elección de vocablos y de giros, que dan al lenguaje carácter de gravedad o de llaneza o lo hacen especialmente adecuado para ciertos fines» (J. Casares).

Dado que la predicación tiene fines propios muy concretos y diferentes de otras ramas de la oratoria, no basta un estudio del estilo en general. Menos aún podemos considerar el estilo como un fin en sí mismo, al modo de los sofistas de la antigüedad. Desgraciadamente, algunos predicadores atribuyen más importancia a la forma que al contenido de sus sermones, con lo cual se desvirtúa la predicación. Como hace notar el doctor Martyn Lloyd-Jones, «existe el peligro de traspasar el límite e interesarse en la elocuencia como meta, preocuparse más de la manera de expresarse que de la Verdad misma, del efecto que producimos más que de las almas a las cuales nos dirigimos» (1).

No significa esto que el predicador ha de prescindir de las reglas del estilo o que debe menospreciar los recursos

de la retórica. Usando frase de Spurgeon, las manzanas de oro del Evangelio tienen que servirse en bandejas de plata. Pero hay que evitar a toda costa la inversión de prioridades. Puestos en la disyuntiva de tener que escoger entre el contenido del mensaje y el estilo, deberíamos optar por aquél sin titubeos. Cuando el predicador tiene algo importante que decir, no le será demasiado difícil expresarlo eficazmente. Un orador tan eminente como Beecher declaró en sus conferencias sobre la predicación dadas en Yale, que el estilo no es absolutamente necesario para persuadir a los hombres (2). Por tal motivo, nos abstendremos de entrar en sus pormenores, que el lector puede encontrar en obras como la de Broadus (3), y concentraremos nuestra atención en las cualidades estilísticas que deben distinguir la predicación.

Dignidad

No debe confundirse esta característica con la afectación. La naturalidad debiera ser consustancial con el predicador. Cualquier amaneramiento le es impropio. Un porte excesivamente grave, un tono de voz solemne en demasía, una expresión del rostro artificialmente mística deben proscribirse del púlpito.

Pero tampoco se puede perder de vista el carácter sagrado del lugar y el momento en que se proclama la Palabra de Dios. El Antiguo Testamento abunda en ejemplos ilustrativos de la reverencia que debía presidir todo lo concerniente al culto israelita. En el Nuevo Testamento, observamos que tanto Jesús como los apóstoles hablan o escriben sin tiesura, pero con seriedad, como correspondía al gran mensaje que habían de comunicar.

La naturalidad y la sencillez nunca deben degenerar en vulgaridad. Un estilo abierto a la chabacanería no es pre-

1. *Op. cit.*, 239.

2. Lloyd M. Perry, *Baker's Dict. of Practical Theol.*, p. 74.

3. *Op. cit.*, parte III, caps. I al IV.

cisamente el más adecuado a la naturaleza de la predicación cristiana.

Cuestión que merece mención especial es la relativa al humor. ¿Puede permitirse el predicador frases, ejemplos o ilustraciones que provoquen la hilaridad del auditorio? Hay opiniones divididas al respecto. En algunos países, son muchos los predicadores que casi invariablemente empiezan su predicación con alguna ocurrencia que hace reír a la gente. El autor conoció a un evangelista cuya técnica parecía depender de un principio invariable: lograr que los oyentes empezasen a escuchar riéndose y que acabasen llorando. Esta práctica, que en algunos casos excepcionales puede ser admisible, en muchos más puede resultar catastrófica. De ahí que algunas autoridades en el arte de la homilética rechacen totalmente las expresiones humorísticas por considerarlas incompatibles con el elemento divino que debe haber en toda predicación. Quizás este criterio sea exagerado; pero es preferible al de una jocosidad de mal gusto.

Aun las personas más dotadas del don del humor deben refrenarse cuando están en el púlpito. Este fue el caso de Spurgeon, poseído de una gran agudeza natural que muchas veces tuvo que reprimir en sus sermones.

Quienes carecen de gracejo natural harán bien en renunciar a la comicidad, sobre todo si han de recurrir a chistes ajenos y archiconocidos. Hemos oído a varios predicadores extranjeros que han empezado su mensaje (traducido) del siguiente modo: «Hay tres palabras que son idénticas en todos los idiomas: "amén", "aleluya" y "coca-cola".» Es una pobre pareja la formada por la ausencia de donaire y la falta de imaginación. El humorismo sin una buena dosis de sensatez puede convertirse en una de las moscas muertas que hacen heder el buen ungüento del perfumista. Si se carece de un humorismo digno, es mejor decidirse, como lo hizo Whitefield, por una seriedad sin concesiones.

Claridad

Este requisito es indefectible. Un sermón que no sea entendido por los oyentes es un fracaso absoluto, cualquiera que sea el valor de su contenido o de su ropaje retórico. El predicador no está al servicio de la sintaxis, de la elocuencia o de la estética; está al servicio de su Señor, quien le llama a comunicar su Palabra a quienes le escuchan. Pero tal comunicación es imposible si el mensaje resulta incomprensible.

Tal exigencia plantea un gran problema al predicador, pues no es tarea sencilla expresar de modo elemental muchas de las grandes verdades contenidas en la revelación bíblica. ¿Cómo adaptar al lenguaje llano del pueblo las realidades del mundo espiritual? ¿Cómo hacer perfectamente inteligibles conceptos tales como trascendencia, inmanencia, gracia, depravación, justificación, regeneración o glorificación? La terminología teológica, tan útil para el predicador, constituye una lengua desconocida para la mayoría de la congregación y debe ser traducida al idioma de ésta. Una vez más Pablo nos sirve de ejemplo. El se sentía deudor «a sabios y a no sabios» (Rom. 1:14) y, aunque mucho de sus discursos y de sus escritos no es fácil de entender, se esforzaba por presentar la verdad del Evangelio del modo más claro posible, bien que para ello hubiese de renunciar a la «sabiduría» hinchada y a la retórica de su tiempo (I Cor. 1:17; 2:1-5; II Cor. 10:10).

Los sermones de los llamados Padres de la Iglesia se caracterizan precisamente por su sencillez, y algo análogo se advierte en los de los reformadores del siglo XVI. Cuando alguien preguntó a Lutero cuál era el mejor modo de predicar ante el príncipe elector, el paladín de la Reforma contestó: «Predica de la manera más sencilla posible. No mires al príncipe, sino a la gente sencilla e inculta, de cuyo paño también el príncipe está hecho. Si en mi predicación me dirigiera a Felipe Melancton o a otros eruditos doctores, los

resultados serían muy pobres. Predico del modo más simple a los menos cultos y eso satisface a todos» (4).

Por mor de la claridad debe sacrificarse todo cuanto dificulte a los oyentes la comprensión del mensaje. Renúnciese a términos filosóficos, psicológicos, teológicos e incluso a las galas retóricas que el predicador tenga en mayor estima si ello, en vez de allanar, hace más difícil el camino de la comunicación.

Ningún esfuerzo debiera parecer jamás excesivo para lograr la perspicuidad. Con objeto de que tal esfuerzo no se malogre, el predicador debe prestar atención no sólo a la totalidad del sermón, sino a cada una de sus partes.

Ello implica:

Claridad en el tema y su desarrollo

El predicador ha de tener una visión diáfana del asunto que va a exponer. El tema y sus ideas principales han de aparecer en su mente con claridad meridiana. De no ser así, ha de trabajar en la clarificación de su propio pensamiento. Y si, después del trabajo necesario, el tema continúa siendo nebuloso, es preferible renunciar a predicar sobre él.

Una piedra de toque que se puede usar para probar la perspicuidad de un mensaje es el bosquejo del mismo. Si el texto, título, puntos principales y subdivisiones aparecen como un todo coherente, lógico y luminoso, sin duda se ha alcanzado la meta de una claridad inicial muy importante.

Claridad en las palabras

Sin renunciar a la precisión y al uso correcto de las palabras, conviene que éstas sean comprendidas por los oyentes. Y si alguna vez es preciso utilizar algún término que previsiblemente ha de resultar difícil de comprender para la mayoría del auditorio, debe explicarse su significado o re-

4. Ref. de C. Bridges, *op. cit.*, p. 311.

petir la idea en palabras más sencillas de modo que sea bien entendida por todos.

Hemos de convenir que esta regla no es fácil de poner en práctica. El predicador está tan habituado a la terminología bíblica, teológica y aun filosófica que, sin percatarse de ello, hace uso de su «jerga» con olvido de la lengua del pueblo. Pero la dificultad no exime a nadie de la responsabilidad de esforzarse al máximo a fin de que su lenguaje sea inteligible.

Juan Wesley se había formado en la universidad de Oxford y se deleitaba como el que más en el estilo académico; pero se hizo entender perfectamente por las grandes masas poco educadas de Inglaterra a las que tantas veces predicó. El secreto lo atribuyen sus biógrafos a su costumbre de leer los manuscritos de sus sermones ante una sencilla criada, a la cual pidió que le interrumpiese cada vez que llegasen a una palabra que ella no entendiera. A menudo los manuscritos quedaban repletos de tachaduras y correcciones, pero Wesley llegó a dominar el idioma de las multitudes. El padre del metodismo supo inmolar las galas de su erudición en aras de la efectividad por amor a quienes le habían de escuchar.

No se olvide, sin embargo, lo dicho sobre la dignidad del estilo y aplíquese a las palabras. La perspicuidad no debe ser pasaporte para dar entrada en la predicación a vocablos ramplones o a expresiones de mal gusto.

Claridad en la construcción de frases y períodos

Algunos predicadores tienen ideas claras, pero éstas se oscurecen por el modo de expresarlas. Las palabras pueden ser sencillas y perfectamente comprensibles, pero la sintaxis es defectuosa. Las oraciones y los períodos adolecen de excesiva complicación. Llegan a convertirse en pequeños laberintos en los que las mejores ideas se pierden sin que lleguen a encontrar el camino de acceso a la comprensión de los creyentes.

Como regla general, deben preferirse las frases breves a las largas, si bien hay que rehuir igualmente la uniformidad. La intercalación de oraciones gramaticales más extensas entre otras más cortas puede enriquecer el estilo en su vigor.

Lo que sí debe evitarse a toda costa es la elaboración de períodos o párrafos excesivamente largos, con abundancia de frases incidentales o notas parentéticas que embrollen la idea principal.

A quienes son conscientes de este defecto, les recomendaríamos escribir íntegramente —al menos durante algún tiempo— sus sermones y no regatear prendas en la corrección sintáctica hasta conseguir un estilo terso y claro.

Vigor

Esta característica debe empezar a manifestarse ya en el pensamiento. No habrá estilo vigoroso si no hay pensamiento vigoroso. Esta verdad no puede ser olvidada. De lo contrario, es posible que más de una vez nos veamos compelidos a imitar el ardid de cierto predicador que al margen de una línea del bosquejo de su sermón escribió: «Punto flojo. Levantar el tono de voz y golpear con el puño el púlpito.»

La fuerza de expresión no radica tanto en la intensidad de la voz como en la riqueza de las ideas, en la selección de las palabras para expresarlas y en la habilidad con que se usan los diversos recursos de la oratoria. Sucintamente ofrecemos las reglas más elementales de un estilo vivaz:

La energía estilística aumenta cuando, a ser posible, se usan palabras concretas en vez de términos abstractos o genéricos. Referirse a «los lirios del campo» tiene más fuerza que aludir a las flores en general; al gorrión y la golondrina, más que a las aves.

Las frases deben ordenarse enfáticamente, de modo que las palabras más importantes ocupen el lugar más incisivo.

Recuérdense, por ejemplo, las palabras del Señor: «Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente», y obsérvese el debilitamiento que se produciría si la misma idea se expresase del siguiente modo: «Igualmente pereceréis todos, si no os arrepintiereis.»

El estilo gana en vigor cuando se hace uso de metáforas claras, símiles, aforismos, antítesis, preguntas, frases incisivas, etc.

Nadie debe pretender mantener invariable la energía del estilo a lo largo de todo el sermón. Al igual que la intensidad del pensamiento o el tono de voz, tendrá sus oscilaciones. Debe tenerlas. Todo elemento vigorizador del estilo tiende a aumentar la tensión tanto en la persona que habla como en la que escucha y ninguna tensión elevada conviene que se mantenga más tiempo de lo necesario. Deben alternarse la tensión y el relajamiento.

Fervor

Un predicador puede dominar las más depuradas técnicas del estilo y, sin embargo, carecer de ardor en su discurso. Este defecto suele tener efectos negativos en el auditorio. Es poco frecuente que un sermón entusiasme a quienes lo escuchan si no ha entusiasmado al propio predicador.

Hace años visitó al autor un joven anarquista. En el curso de la conversación le manifestó que había asistido a un culto evangélico del que guardaba un pobre recuerdo. «Las ideas del predicador —dijo— eran buenas; pero les faltaba fuego. Cuando yo hablo de mis ideas políticas, lo hago con mucho más apasionamiento.» Estas palabras evocan el diálogo sostenido en cierta ocasión entre un predicador y un actor de teatro. «¿A qué será debido —preguntaba aquél— que nosotros a menudo fracasamos y, en cambio, ustedes cosechan éxitos clamorosos?» El actor respondió: «Sin duda, a que nosotros, los actores, representamos la ficción como si fuese verdad, mientras que ustedes, los predi-

cadores, a menudo presentan la verdad como si fuese ficción.»

Pero el ardor en la predicación no puede ser artificial, resultado de una técnica. Ha de ser consecuencia del fuego de su contenido. La mente, los sentimientos y el ser entero del predicador han de estar dominados por la grandiosidad de los pensamientos que la Palabra de Dios le ha sugerido. Si los pensamientos son pobres y fríos, será inútil tratar de compensar la pobreza y la frialdad con artimañas, tales como el tono impresionante de voz, el incremento de la velocidad o la gesticulación aparatosa.

El fervor que ha de distinguir a toda predicación ha de ser auténtico. En palabras de Sangster, «el resplandor tiene que ser la irradiación exterior de una llama que arde en el interior. A veces se oye a alguien en el púlpito que no dice nada, pero que habla como si dijese algo. Una voz de órgano y un porte de dignidad trasnochada dan un aire espúreo de profundidad a unos pensamientos triviales» (5).

Cuando hay autenticidad en el ardor, éste se manifestará con naturalidad de diferentes formas, según el temperamento y el estilo de cada predicador. No siempre aparecerá a través de una elocución vehemente, a modo de torrente estruendoso. Puede hacerse ostensible igualmente mediante modos de expresión sosegados, pero no menos impresionantes. Algunos predicadores, pocos, raramente llegan a la excitación en sus sermones; hablan casi inmóviles, con tono tranquilo y ritmo más bien lento, pero de modo tal que cada frase, cada palabra, parece una flecha inflamada. Lo importante no es la manera de exteriorizar el fuego, sino que el fuego realmente arda en la mente y el corazón del predicador.

Esta lumbre sagrada debe alimentarse diligentemente por medio de la meditación y la oración. En comunión con su Señor y bajo la exposición de su Palabra, el predicador ex-

5. *Power in Preaching*, The Epworth Press, p. 90.

perimentará que su corazón arde en el camino al púlpito como ardía el de los discípulos de Emaús.

También la reflexión sobre el estado espiritual de los oyentes contribuye al ardor en la predicación. Sea cual sea tal estado, siempre habrá inquietudes, problemas, necesidades. La Palabra de Dios tiene la respuesta y la provisión, y el predicador va a ser el instrumento para hacer oír esa Palabra. ¿Puede haber acción más apasionante? Fue precisamente esa responsabilidad de aplicar la Palabra de Dios a las situaciones humanas lo que convirtió los mensajes de los profetas y de los apóstoles en verdaderas hogueras espirituales. Todo predicador debiera ser un digno sucesor de ellos.

Osadía

Frecuentemente los pensamientos, derivados de la Palabra, que el predicador ha de exponer ante su auditorio, resultan hirientes. Ponen al descubierto los prejuicios, las debilidades, las inconsistencias, la rebeldía, el egocentrismo, la incredulidad, el pecado —en una palabra— del ser humano. Y si la predicación cumple su finalidad, ese descubrimiento no tendrá un carácter demasiado general. Despertará la conciencia de los oyentes como si el mensaje fuese dirigido a cada uno de ellos individualmente.

No siempre las reacciones provocadas por una predicación fiel son positivas, concordes con la voluntad de Dios. Pueden ser abiertamente negativas, de disgusto y hasta de resentimiento. Tal tipo de reacción se da incluso entre creyentes. Mientras la predicación se mantiene en el terreno de las generalidades, no hay problemas; pero cuando denuncia formas concretas de comportamiento anticristiano, una de dos, o mueve al arrepentimiento y al cambio de conducta o suscita la antipatía propia del endurecimiento. El siervo de Dios no puede contemporizar. Si por un lado ha de tener una gran comprensión de la naturaleza humana y una compasión profunda, por otro ha de mantenerse fiel a la Palabra

de Dios que debe proclamar. No puede aguar el vino de la verdad. Y esto exige valor.

En algunos casos, el arrojo en la proclamación del mensaje divino ha llevado al martirio y a la muerte. Así lo atestigua la historia de los profetas y de no pocos predicadores en países sometidos a regímenes dictatoriales. En otros casos, no se ha llegado a finales trágicos, pero las experiencias producidas por la lealtad en ambientes de incomprensión espiritual han sido hondamente dolorosas. De ello podrían dar testimonio los pastores que han tenido que enfrentarse con la indiferencia o la hostilidad de sus iglesias hacia mensajes honradamente extraídos de la Sagrada Escritura.

Dos son los males más comunes a los que el predicador debe hacer frente con valentía: los errores y las costumbres no cristianas prevalecientes en un lugar y en una época determinados que mediatizan el pensamiento de la mayoría. La influencia de tales errores y costumbres alcanza también a la iglesia cristiana y ello origina un conflicto en el que el predicador debe ponerse sin reservas al lado de la verdad bíblica. En esta lucha combatieron sin tregua los apóstoles. Pablo, el campeón de la causa del Evangelio, nunca buscó en su predicación agradar a los hombres, sino a Cristo su Señor (Gál. 1:10). El mismo espíritu debiera animar a todo predicador.

La valentía comunica acentos de autoridad al estilo y, combinada con las demás cualidades antes expuestas, imparte al sermón la fuerza propia de un mensaje que procede de Dios.

CUESTIONARIO

1. *La dignidad del estilo en la predicación ¿es compatible con el humor? ¿Hasta qué punto?*
2. *¿Dónde debe empezar la claridad del sermón y por qué?*
3. *¿Cómo deben construirse las frases para que resulten claras?*
4. *¿En qué se diferencia el verdadero fervor del aparente en la predicación?*
5. *En la predicación, intrepidez e imprudencia no son lo mismo. ¿Cómo distinguiría la una de la otra?*

CAPÍTULO XV

EL ACTO DE LA PREDICACION

Llegado el momento de predicar su sermón, el ministro del Evangelio se halla siempre ante una experiencia trascendental. Ha concluido el estudio, la meditación, el trabajo homilético, la oración a solas, y ahora se encuentra frente a un auditorio al que debe comunicar el mensaje hallado en la Palabra de Dios. El predicador arrostra en esa hora una responsabilidad sin igual. Ha de hablar a los hombres en nombre de Dios. Ha de ser fiel a la verdad revelada. Sus palabras tienen que convertirse en el vehículo de esa verdad y han de ser dirigidas sabiamente, poderosamente, con objeto de que produzcan unos efectos determinados. Estos efectos conciernen no sólo a la vida temporal, sino al destino eterno de cuantos escuchan. Lograrlos no es fácil, pues son muchas y muy poderosas las fuerzas que se oponen a la acción de la Palabra de Dios en el corazón humano. ¿Puede causar extrañeza que el predicador consciente de su misión se sienta siempre tenso durante los momentos que preceden a la predicación? Esa tensión no es el nerviosismo típico de muchas personas que tienen que hablar en público, fenómeno que desaparece en la práctica. Es el sentimiento de quien se sabe llamado a una acción en la que se combinan lo divino y lo humano para alcanzar resultados de suprema trascendencia.

Para hacer frente adecuadamente a esa situación no bas-

ta una preparación concienzuda. No es suficiente que el predicador sepa qué va a decir y, más o menos, cómo lo va a decir. Hay factores propios de la predicación en sí que deben tenerse en cuenta para que ésta resulte eficaz. Algunos de esos factores son externos; otros, internos. Pero unos y otros deben contribuir a que se establezca una comunicación fructífera entre el predicador y la congregación, ya que sin tal comunicación el sermón pierde su finalidad. Por tal motivo, antes de referirnos a los factores mencionados, nos ocuparemos de otra cuestión fundamental.

Auditorio y atención

«Quien predica, predica a alguien. Nadie puede predicar a nadie. Predicar significa tener un oyente; quien predica, *predica a*» (1).

No estaría de más el recordar aquí lo expuesto en el capítulo VIII sobre el auditorio y sus necesidades. Pero ahora el énfasis debemos hacerlo en la conexión que debe establecerse entre el predicador y los oyentes para que los pensamientos de aquél puedan ser asimilados por éstos.

Tal enlace es imposible si el auditorio carece de atención. Cuando la mente del oyente está embotada por la indiferencia u ocupada por pensamientos ajenos al mensaje, las mejores ideas del predicador se perderán en el vacío; serán como aguas que se deslizan sobre terreno impermeable sin que penetren en él. Por consiguiente, o de algún modo se logra la atención del auditorio o el sermón se convierte en un rotundo fracaso.

La atención depende en gran parte de la predisposición del oyente. Si el asunto del discurso le interesa mucho, pondrá en acción todas sus facultades de recepción y comprensión. Tal sería, por ejemplo, el caso del alumno que se reuniese con sus compañeros para escuchar de labios del profesor, un día antes del examen final, el resumen de lo más

1. Rudolf Bohren, *op. cit.*, p. 443.

importante del curso. Tenemos aquí una manifestación de atención voluntaria. Este tipo es el que distingue a la mayoría de creyentes que asisten al culto y escuchan con ánimo de aprender más de la Palabra para crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo.

Diferente es el caso de personas más bien indiferentes al Evangelio. En ausencia de una atención voluntaria, debe procederse a despertar y mantener una atención provocada. Para lograrlo, es imprescindible descender al terreno de tales personas, referirse a hechos o cuestiones que les interesan y, a partir de este punto, avanzar hacia regiones más elevadas. Es lo que hizo Jesús con la samaritana.

Es verdad que muchos de los recursos para ganar la atención del auditorio pueden haberse preparado de antemano; pero a menudo la realidad en el momento de predicar es diferente de lo previsto. Puede suceder que, contrariamente a lo que el predicador esperaba, la introducción de su sermón no despierte interés y que el auditorio siga «frío», que no se establezca verdadera comunicación entre predicador y oyentes y que la mente de éstos —el predicador lo percibe muy claramente— no emita ninguna señal de respuesta al mensaje. En tal situación, nada más deplorable que proseguir con la misma falta de comunicación. Sea como sea, dentro del decoro —y aquí es donde se pone de manifiesto la capacidad imaginativa del predicador o la ausencia de ella—, hay que abrir brecha en la mente de los oyentes y conquistar su atención.

Recursos valiosos para lograrlo pueden hallarse en los elementos estilísticos mencionados en el capítulo anterior, en el uso de la anécdota, de la pausa, en una pregunta o en afirmaciones enfáticas que toquen directamente cuestiones profundas comunes a todo ser humano, tales como el sufrimiento, los desengaños, el misterio de la existencia, los problemas de la vida, la repulsión de la muerte, las aspiraciones más intensas de la humanidad y muchas más.

Un hecho que debe ser tenido en cuenta por el predicador es que ni las personas más dotadas para concentrarse

en una disertación pueden mantener su atención con la misma intensidad por espacio de mucho tiempo. Ello hace aconsejable que la fuerza del sermón no se mantenga en una línea constante. Los párrafos que exigen mayor atención deben ser seguidos de otros menos densos que permitan una distensión en la mente de quien escucha. Esta relajación mental puede facilitarse por medio de una ilustración, de una narración adecuada, de una referencia a algún hecho de actualidad, o simplemente de frases que pueden seguirse sin esfuerzo. Por supuesto, todos estos elementos no pueden ser nunca extraños al cuerpo del sermón, sino que han de estar estrechamente relacionados con los pensamientos capitales de los cuales dependen.

También es importante que, tras la fase de relajación, al iniciar un nuevo período discursivo sobre un punto importante, se espolee nuevamente la atención del auditorio. Hay diversos modos de intentarlo. Los más frecuentes son la pausa moderada, el anuncio de un nuevo punto y una brevísima observación acerca de su importancia, una pregunta incisiva, el planteamiento de una gran cuestión, una frase contundente, una variación acusada en el tono de la voz o en la velocidad del discurso. Aparte de estas breves sugerencias, el predicador hábil hallará muchos otros recursos para lograr que su sermón sea seguido atentamente por la congregación.

Factores externos de la predicación

Su influencia no es totalmente decisiva, pero sí importante. Algunos sermones cuajados de magníficos pensamientos apenas han producido efecto por haber descuidado el predicador el modo de presentarlos. He aquí algunos de los elementos que más pueden influir, para bien o para mal, en la predicación.

El porte del predicador

El atuendo y el comportamiento en el púlpito pueden venir en parte determinados por las costumbres de cada lu-

gar. Pero hay unos principios generales de aplicación universal.

Todo predicador debe presentarse ante sus oyentes con la máxima pulcritud, lo que no implica ni lujo ni ostentación. Una persona puede ser pobre y al mismo tiempo limpia y delicada en su vestir. Por otro lado, una indumentaria extraordinariamente rica o la exhibición de ornamentos lujosos y superfluos más bien puede predisponer desfavorablemente a muchos de los oyentes.

El aspecto del predicador ha de estar en consonancia con la dignidad sencilla —o con la sencillez digna— que corresponde al Evangelio. Escrupulosamente tiene que evitarse todo cuanto pudiera desviar la atención del auditorio. Una mancha ostensible, unas mangas raídas, una punta de cuello de la camisa levantada, una corbata con el nudo torcido, zapatos sucios, un cabello despeinado y cosas por el estilo pueden dar una imagen del predicador que va a favorecer muy poco su influencia.

Pero igualmente debe evitarse cualquier objeto excesivamente vistoso que pudiera distraer a más de un oyente. Anillos, pasadores de corbata u otros objetos, con gemas destellantes, son impropios de un predicador. Lo mismo puede decirse de las prendas de vestir que por su forma o color resultan extravagantes. El predicador es un siervo de Dios, no un maniquí al servicio de las modas. Y, aunque debe cuidar su porte, su poder atractivo no es externo; radica en la gloria del mensaje que proclama.

La voz

Subestimar este factor es renunciar a uno de los recursos más efectivos que el predicador tiene a su disposición.

Algunos aspectos de la voz, tales como el tono, el timbre y la potencia, son ajenos a la voluntad del predicador. Vienen determinados por factores congénitos. Pero hay otros que pueden ser controlados y ventajosamente usados por él. En primer lugar, la voz debe ser siempre *audible*. Aun las

personas que se hallan más lejos del predicador han de poder captar sus palabras. En nuestro tiempo esto no es difícil de lograr, pues aun los predicadores de voz más débil pueden ver compensado su defecto mediante el uso de altavoces.

Sin embargo, aun este recurso técnico es insuficiente para corregir la inaudibilidad de las palabras finales de un párrafo pronunciadas por algunos en voz imperceptible. Este mal hábito debe ser repudiado. Lejos de añadir valor al estilo, llega a irritar al oyente a causa del esfuerzo que una y otra vez le obliga a hacer —generalmente en vano— para no perder una sola palabra.

En segundo lugar, la dicción debe ser *clara*. Hay quienes al hablar articulan tan defectuosamente las sílabas que obligan igualmente a quienes les escuchan a aguzar el oído para poder entenderles. Si el predicador adolece de este vicio y no lo corrige, se expone a que sus oyentes se cansen de escucharle. Por el contrario, cuando la pronunciación es correcta, aun el susurro más leve puede ser percibido por el auditorio.

Otro requisito indispensable para una elocución feliz es la *variación en el tono* de la voz. La monotonía es casi insostenible. La voz humana normalmente tiene posibilidad de usar los tonos de dos escalas musicales. Con esto no queremos dar a entender que el predicador haya de convertir su sermón en un recital de canto. Pero sí tratamos de mostrar la amplia gama de inflexiones de voz a su disposición, cada una de las cuales se ajusta más que otras a la expresión de las ideas y emociones que se suceden a lo largo de la predicación. La variación correcta en el tono, además de dar mayor amenidad al mensaje, lo hace más penetrante.

Algo semejante podría decirse respecto a la *variación en el volumen de la voz*. No todos los pensamientos han de expresarse con la misma fuerza. Algunos exigirán un volumen máximo, aunque sin llegar nunca a la estridencia. Otros harán aconsejable más bien una voz suave, casi un murmullo.

Completando lo dicho sobre la variación en el tono y la intensidad de la voz, conviene destacar la necesidad de *variación en la velocidad* del discurso. Un sermón pronunciado con lentitud desde el principio hasta el fin aburriría y cansaría; el mismo u otro sermón, a velocidad acelerada, agotaría. Tuvo el autor ocasión de escuchar en su iglesia a un evangelista forastero, cuya predicación le hizo recordar una ametralladora en acción. Cuando el «fuego» hubo cesado, todos los presentes experimentamos una sensación de alivio.

Hay partes del mensaje que ganan colorido y fuerza con la celeridad; otras adquieren mayor efectividad mediante una expresión lenta. No puede seguirse el mismo aire cuando se narra una acción rápida o se alcanza el punto culminante de un argumento que cuando se hacen reflexiones profundas o se expresan ideas solemnes.

Generalmente, el máximo efecto se logra combinando la variación del tono e intensidad de la voz con la de la velocidad del discurso. La combinación suele presentar un cierto paralelismo. La elevación del tono lleva aparejada la de la intensidad fonética y un incremento de la velocidad; al descenso del tono, acompaña una disminución de la fuerza de la voz y de la velocidad.

Postura y gesticulación

Los componentes de una congregación son influenciados no sólo por lo que oyen, sino también por lo que ven. De ahí que el predicador deba cuidar, además de su porte, su posición en el púlpito y sus movimientos.

Como regla general, ha de eliminarse tanto lo extravagante o irreverente como las poses y los ademanes inspirados por una dignidad mal entendida.

Una posición vertical, sin rigidez, es la más apropiada. Cualquier tipo de postura forzada es de efectos negativos. No es ninguna ayuda para los oyentes de mediana sensibilidad estética, y no favorece en absoluto la respiración fácil

del predicador, factor indispensable para el buen dominio de la voz.

En cuanto a los gestos, nadie se atrevería a discutir su importancia. Si se combinan atinadamente con las palabras, incrementan la efectividad expresiva del sermón. Pero no son pocos los predicadores que fracasan en la gesticulación. Unas veces, porque permanecen inmóviles como si tuviesen las manos y los brazos paralizados; otras, porque los mueven de modo artificial y a destiempo o en contradicción con lo expresado por los labios. Un mal actor, en un momento dado de su declamación, exclamó: «¡Cielos!», mientras extendía sus brazos y, ligeramente inclinado hacia abajo, fijaba sus ojos en el suelo.

Sin llegar a tales extremos, puede caerse en hábitos indeseables. Algunos oradores suelen mover su mano derecha mecánicamente en dirección vertical, arriba y abajo, como si estuviesen marcando un compás musical binario. Otros alzan demasiado a menudo el brazo derecho y lo agitan como si amenazasen al auditorio. Hay quienes abusan del movimiento de ambas manos ligeramente crispadas a la altura del pecho. Y no faltan quienes parecen, como sugería el doctor E. F. Kevan, guardias de tráfico dirigiendo la circulación.

Los gestos han de ser espontáneos, no amanerados, y siempre deben concordar con las palabras. De lo contrario, es mejor suprimirlos. Sigue siendo insuperable el consejo dado por Shakespeare a los actores que habían de representar *Hamlet*: «Adecuad la acción a la palabra y la palabra a la acción.»

La mirada

Este factor, insignificante en apariencia, merece la mayor atención. Los ojos tienen una fuerza de expresión superior a la de cualquier otro órgano o miembro del cuerpo. No puede negarse que hay ojos que hablan. Y de esta clase son normalmente los del predicador. Su mirada refleja el fuego

de sus convicciones y de sus sentimientos y penetra poderosamente en el ánimo del auditorio. Así la mirada se convierte en uno de los medios más estimables para lograr una comunicación auténtica.

Deplorable e incomprensiblemente, muchos oradores desperdician este precioso recurso. Miran a todas partes menos a sus oyentes, como si temiesen el intercambio de miradas, siempre enriquecedor. No es raro ver a un predicador que se mantiene la mayor parte del tiempo que dura su sermón con la mirada fija en algún punto elevado al fondo del templo. Uno, al verlo, piensa si no estará parafraseando interiormente el Salmo 121 y diciéndose a sí mismo: «Alzaré mis ojos al techo, de donde vendrán mis ideas.» En otros casos, el predicador mira al suelo, como si las ideas hubieran de brotar de las entrañas de la tierra.

Pero aun quienes miran a la congregación pueden cometer un error, el de fijar sus ojos en un solo sector, en unas pocas personas, casi constantemente las mismas. El predicador ha de cubrir con su mirada la totalidad de sus oyentes. Por supuesto, no irá fijándose en ellos uno por uno. Una atención excesiva no puede centrarla en ninguno, ya que ello le sería causa de distracción. Pero hay una mirada amplia, difícil de explicar, que facilita una comunicación recíproca íntima entre el que habla y el conjunto del auditorio. El predicador que practica esa mirada pronto detecta el efecto que están produciendo sus palabras. Y si su mensaje es sustancioso, el resultado es casi siempre inspirador.

La naturalidad

Mencionamos esa virtud como elemento que debe ceñir todos los que acabamos de considerar. El porte, la voz, la gesticulación, todo ha de ser regido por la sencillez.

En el púlpito, el predicador no puede dejar de ser quien es. No puede aparecer como si se hubiese transformado en otra persona. La dignidad de su misión no le impone la

obligación de adoptar una apariencia impropia de su idiosincrasia.

Sobre todo, ha de huir de la afectación. Ha de desterrar hasta el más leve asomo de pedantería. ¡Fuera de su estilo el abarrocamiento! ¡Fuera de su voz la entonación tribunicia! ¡Fuera de sus ademanes los aspavientos histriónicos! ¡Que, desde el principio hasta el fin, sus sermones estén dominados por un lema: «Naturalidad, naturalidad, naturalidad»!

Factores internos

Tanto o más influyentes que los factores externos son los relativos a la disposición interior del predicador en el momento de pronunciar su sermón. De su calidad depende que la predicación sea una experiencia inefable o que no pase de ser la simple recitación de un discurso. Si la actitud espiritual de quien predica es pobre, ni la riqueza de sus ideas, ni la elegancia o el vigor del estilo ni todas las técnicas de la oratoria podrán evitar que el sermón resulte mecánico y poco impresionante.

Podríamos comparar los factores externos de la predicación al atrio del antiguo tabernáculo israelita; los internos, al lugar santo, a través del cual se llega al santísimo, a la presencia íntima de Dios, de quien se recibe la bendición que inmediatamente después se imparte al pueblo. Esta ilustración ya puede darnos una idea de la sublimidad inherente a la predicación auténtica y de lo difícil que resulta someter a análisis o estudio las vivencias íntimas del mensajero del Señor.

No obstante, aun admitiendo lo indescriptible de gran parte de ese mundo interno del predicador, nos permitimos destacar los elementos que no pueden faltar en su talante espiritual a la hora de subir al púlpito.

Humildad

Esta cualidad, como vimos, ha de caracterizar al siervo

de Cristo en todas las esferas de su ministerio. Pero debe intensificarse en el acto de la predicación.

El púlpito es un lugar propicio al incremento del orgullo, especialmente si el predicador posee gran formación y dotes de orador. La abundancia de sus conocimientos, la solidez de su preparación, la fuerza de su estilo, la fascinación que ejerce sobre su auditorio, le convierten en una figura admirable y, generalmente, admirada. En ningún otro momento será más fuerte la tentación al engrandecimiento que a la hora de predicar. Pero, asimismo, en ningún otro instante será más detestable el pecado de la vanagloria. El predicador es llamado no a exhibir su erudición (2), sino a comunicar la Palabra de Dios; no a ensalzarse a sí mismo, sino a glorificar a su Señor.

Por otro lado, quien sucumbe en el púlpito al asalto de su propia vanidad, pone de manifiesto dos graves defectos. Ha perdido de vista su incapacidad total para lograr los fines que se persiguen en la predicación, fines que sólo se alcanzan por la acción del Espíritu Santo. Y subestima la perceptividad de sus oyentes, los cuales reaccionarán negativamente tan pronto como detecten en el predicador el menor asomo de jactancia.

Si pensamos en lo sagrado del ministerio de la predicación y en sus santas exigencias, sólo podremos abrir nuestros labios con un sentimiento de «debilidad y con mucho temor y temblor» (I Cor. 2:3). Y sólo entonces, sobre la base de nuestra conciencia de debilidad, actuará el poder de Dios (II Cor. 12:9).

2. La verdadera erudición no aparece con ostentación en la fachada del sermón; debe estar en sus cimientos. Su finalidad no es dar lustre, sino solidez. Por eso, el predicador hará bien si se mantiene vigilante en el uso de las lenguas originales, no sea que en vez de servir un plato de vianda espiritual, dé a sus oyentes, como alguien ha sugerido jocosamente, un plato de raíces filológicas. La misma cautela ha de observar en el manejo de citas de hombres célebres, así como en la utilización de material científico o filosófico.

Sensibilidad

Mientras predica, el ministro del Evangelio está actuando en una esfera sublime, casi misteriosa, en la que convergen fuerzas espirituales diversas. El predicador ha de tener suficientemente desarrollada su capacidad de percepción espiritual para discernir esas fuerzas y obrar en consecuencia.

En algunos momentos será consciente de la acción del Espíritu Santo, quien le sugiere nuevas ideas, aviva sus emociones, lo eleva en alas de una convicción firmísima y le infunde un poder realmente sobrenatural. Por demás es decir que en tal caso debe el predicador ceder plenamente al impulso del Espíritu, aunque ello implique hacer caso omiso de sus notas.

Es este fenómeno el que en muchas ocasiones convierte al predicador en «predicado», en oyente que escucha lo que el Espíritu de Dios le dice. El autor ha tenido a menudo esta bendita experiencia y puede atestiguar que aun si su predicación no hubiese hecho bien a nadie más, al menos para él ha sido de suma bendición.

En otros momentos, sentirá el predicador de modo especial la influencia del auditorio. En la expresión de sus rostros verá reflejado el efecto del mensaje. Podrá discernir si los oyentes escuchan con interés o estoicamente, si reaccionan o si permanecen indiferentes, si aprueban o desaprueban. Ello le ayudará a corregir el curso del sermón y darle la eficacia necesaria. Y cuando en el auditorio observe una actitud receptiva, entusiasta, su propio espíritu y la predicación se inflamarán con fuego más vivo.

Es, pues, indispensable, que a lo largo de todo el sermón mantenga el orador extendidas dos antenas; una que le permita recibir las ondas de Dios y otra que le haga posible detectar los sentimientos de la congregación.

Entrega

Este término puede parecer un tanto peregrino en el terreno de la predicación. ¿Quién se entrega y a qué o a quién?

El predicador con alguna experiencia sabe bien cuál es la respuesta. Es él mismo quien se rinde a la fuerza del mensaje bajo la dirección del Espíritu Santo en un sentido infinitamente superior al del atleta, el deportista o el profesional que se dan totalmente en el momento de su actuación.

El desarrollo del sermón en el púlpito ejerce —o debe ejercer— una influencia enorme sobre el predicador y demanda de él la aportación plena de su capacidad intelectual, anímica, espiritual e incluso física. La satisfacción de tal demanda lleva aparejado un consumo enorme de energía mental y psíquica. Este desgaste es común a todo orador, incluido el profano, fiel a su vocación. André Malraux, a pesar de lo impecable de su preparación, cuando pronunciaba un discurso sudaba copiosamente y terminaba literalmente extenuado. No puede esperarse menos esfuerzo en el caso del predicador.

Naturalmente, el desgaste puede variar según la constitución física de cada persona. No todos los predicadores han de acabar necesariamente sus sermones en un estado de agotamiento. Pero sí deben todos ser conscientes de que en el púlpito no pueden ahorrarse egoístamente las energías. Hay que darse sin más reservas que las indispensables para evitar que las emociones se desborden de modo contraproducente. Todo sermón es una carrera atlética en la que hay metas sagradas que alcanzar. Todo sermón es un combate librado en favor de una causa trascendental. En esa carrera y en ese combate, sólo puede participarse cuando se renuncia a cualquier regateo de esfuerzos, cuando la dedicación es total.

Confianza

No todos los predicadores encuentran en el púlpito una incitación al engrandecimiento. Muchos experimentan en él una sensación de desfallecimiento que puede ser producida por las más diversas causas.

Algunas veces el desaliento es debido a una preparación insuficiente. Un exceso de visitas y otras ocupaciones que en conciencia han resultado ineludibles han impedido dedicar el tiempo necesario al estudio y la meditación. Si esto sucede sólo ocasionalmente y no es resultado de la negligencia, el predicador no ha de sentirse demasiado preocupado. Ni debe empezar su sermón disculpándose. Esto nunca es aconsejable; es, como decía Sangster, una ducha de agua fría sobre el auditorio. Dios es poderoso para suplir lo que haya podido faltar en la preparación. Algunos grandes sermones se han pronunciado en este tipo de circunstancias. Guárdese el predicador de hacer experimentos en este terreno con objeto de llegar a predicar normalmente sin necesidad de preparar concienzudamente su mensaje. Dios asiste a los desvalidos angustiados, no a los haraganes de profesión. Pero si alguna vez, involuntariamente, se enfrenta con el problema de tener que predicar casi improvisando, confíe en la bondad y el poder de su Señor.

Otro motivo de inquietud puede ser el estado de debilidad física o mental. Si el predicador se siente cansado, si su mente no funciona con la agilidad habitual, ¿cómo podrá dar lo mucho que la predicación exige? Ha sido precisamente en tales estados donde la energía sobrenatural de Dios se ha puesto de relieve. El autor, al igual que muchos otros consiervos suyos, ha tenido esa experiencia en muchas ocasiones. Pero aun si ese milagro no se produjera siempre y el mensaje delatará la debilidad física del mensajero, ni éste ni la congregación debieran hallar en ello causa de reproche, sino más bien de reflexión. Quizá lo que el predicador necesita es el descanso de unas vacaciones.

En otros casos, el temor se debe a la conciencia de debilidad inherente a cualquier hombre ante una tarea incomparablemente grandiosa. Llevar la persuasión a las mentes, despertar las emociones y mover la voluntad de los oyentes para que se rindan a la Palabra de Dios es algo que excede a la capacidad del hombre más dotado, máxime teniendo en cuenta la resistencia del corazón humano al mensaje divino.

La experiencia misma del predicador puede contribuir a veces a fomentar el desánimo. En su ministerio ha podido comprobar cómo la predicación más poderosa ha tenido resultados escasos. Los inconversos han seguido impenitentes. Los creyentes, fríos o indiferentes; sus vidas no han experimentado grandes transformaciones; en su carácter continúan manifestándose las mismas debilidades; su conducta muestra los mismos defectos; su celo espiritual no es avivado; su cristianismo parece reducirse a mera fachada. Pasa el tiempo y ninguna predicación logra cambiar ese estado de cosas. Todo hace pensar en lo que Rudolph Bohren denomina «huelga no organizada de los oyentes», que tantas crisis ha originado en el mundo de los predicadores. El mismo Bohren cita frases de un sermón de Otfried Halver sobre Lucas 18:1-5: «No. No predicaré más. He terminado... No me hagáis por más tiempo vuestro arlequín, coartada para vuestra inacción... He observado que mis palabras nada pueden lograr, que preferís vuestra tranquilidad. Voy a dejaros, a pensar mío...» (3).

Pero estos sentimientos no reflejan toda la realidad. Aunque muchas veces los resultados tengan mucho de negativo y la experiencia del predicador se asemeje a la de los antiguos profetas de Israel, en la predicación del Evangelio intervienen fuerzas maravillosas.

Una de esas fuerzas es la inherente al Evangelio mismo, «poder de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom. 1:16). La Palabra de Dios no deja de ser «viva y eficaz y más cortante que espada aguda de dos filos; penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas, y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Heb. 4:12). Es la palabra de la cual ha dicho Dios: «No tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié» (Is. 55:11).

Al poder de la Palabra se une el del Espíritu de Dios. El da testimonio de Cristo (Jn. 15:26), convence al mundo

3. *Op. cit.*, p. 29.

de pecado (Jn. 16:8) y obra de modo que las palabras de los testigos de Cristo den fruto (Hec. 2:40, 41; 8:29-39; Rom. 15:19; I Cor. 2:4; I Tes. 2:5).

No importa que en algunas épocas de la historia de la iglesia o en algunos períodos de la vida de un predicador los resultados sean escasos, tal vez imperceptibles. El Espíritu, por medio de la Palabra, no cesa de obrar. Aun en los momentos en que el predicador, a semejanza de Elías, cree estar solo frente a la indiferencia o la apostasía, quedan miles de rodillas que no se han doblado ante Baal. Aun en los períodos de bajamar espiritual, hay hombres y mujeres que responden a la Palabra de Dios, que son consolados, que crecen en la santificación, que testifican, que renuevan su fidelidad al Señor. Además, cualquier predicación puede ser el principio de un despertar espiritual.

Con su mirada puesta en Dios, apoyado en sus promesas, el predicador debe comunicar a su congregación el mensaje que llena su interior. Lo hará con la tensión y la entrega a que aludíamos en el punto anterior; pero también con paz de espíritu, encomendando el resultado al Señor. Mientras predica, todo ministro del Evangelio debiera tener ante sí el texto de Isaías 30:15: «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza.»

El siervo de Jesucristo que cumple fielmente, en todas sus partes, el ministerio de la predicación, está ocupándose en la más gloriosa de las actividades humanas. En ella vivirá muchas de las experiencias más inspiradoras de su vida. De ella fluirán raudales de bendición cuyo volumen y alcance sólo la eternidad revelará plenamente.

CUESTIONARIO

1. ¿En qué sentido el acto de la predicación tiene un carácter trascendental?
2. Mencione algunos factores que pueden contribuir a despertar o mantener la atención del auditorio.
3. ¿Cuáles deben ser las características de la gesticulación?
4. ¿Cómo influye la sensibilidad del predicador en el momento de la predicación?
5. ¿Qué hechos pueden contribuir al desánimo del predicador antes de empezar su sermón?
6. ¿Cuál es el mejor remedio para ese desaliento?

Apéndice 1

LA PREDICACIÓN COMO MEDIO DE COMUNICACIÓN

En el capítulo VIII definimos la predicación como «comunicación» de un mensaje divino, y a lo largo de capítulos subsiguientes consideramos diferentes elementos indispensables para que tal acto resulte eficaz. Lo hicimos desde un punto de vista homilético. En este capítulo adicional trataremos de resumir sucintamente y de modo global sus aspectos básicos desde la perspectiva abierta por las modernas ciencias de la comunicación.

Concepto de «comunicación»

Se define este término como acción de comunicar o comunicarse. El verbo, a su vez, significa «hacer saber a alguien cierta cosa» (M. Moliner), o bien «dar participación a otro en lo que uno tiene» (Casares). Esta última definición parece más acorde con el sentido etimológico de la palabra, derivada de *communis*, común, propio de algunos o de todos. No sólo en su sentido original, sino también en su concepto más moderno, comunicación no es simple información, «hacer saber» algo a determinada persona. Implica participación de ésta, lo que a su vez supone un intercambio de ideas, datos, deseos, respuestas, etc.

El predicador no puede conformarse con anunciar el Evan-

gelio sin preocuparse del resultado de su anuncio, al estilo de los antiguos pregoneros. Ha de aspirar —y buscar por todos los medios— a que sus oyentes lleguen a ser de algún modo «participantes» de lo que en el mensaje se les ofrece. Sólo habrá comunicación con ellos en la medida en que sean movidos a dar una respuesta a la predicación. Por supuesto, la comunicación habrá tenido su mayor éxito si la respuesta es positiva.

En todo caso, la predicación no puede ser un monólogo, como no puede serlo, por ejemplo, una comunicación telefónica. La predicación ha de ser dialógica; ha de tener en cuenta el modo de pensar, de sentir y de reaccionar del auditorio; ha de dar respuesta a las preguntas y objeciones de los oyentes, a cuyo conocimiento se llega mediante el contacto personal con ellos. Difícilmente una congregación prestará oídos a lo que dice el predicador si éste no toma en consideración lo que sus miembros dicen. Recordemos lo expuesto al referirnos al auditorio y sus necesidades (p. 112).

Esencial en el concepto de comunicación es también la idea de propósito. Toda forma de comunicación —y las hay muy diversas— tiene una finalidad concreta. El niño llora —es un medio de comunicarse— para que su madre le dé el alimento. Las señales de tráfico tienen por objeto que los conductores de vehículos contribuyan a una circulación más ordenada y segura. Las palabras del agente comercial y las muestras que exhibe ante su cliente tienen asimismo un propósito: la venta del producto que le ofrece. La información transmitida está encaminada a conseguir la persuasión para que ésta, a su vez, conduzca a la acción. Como ha afirmado David K. Berlo, «nos comunicamos para influir y para afectar intencionalmente... toda comunicación tiene su objetivo, su meta, o sea, producir una respuesta».¹

En la predicación no debe faltar esta característica. Al preparar su mensaje, todo predicador debería preguntarse: ¿Qué resultados de mi sermón deseo que se produzcan en quienes

me escuchan? ¿Que se deleiten, como si escuchasen una bella sinfonía? ¿Que reciban una enseñanza determinada? ¿Que aumenten el bagaje de sus conocimientos bíblicos? Estos objetivos son laudables y deben incluirse en la finalidad global; pero son insuficientes. Debe haber otros mucho más concretos que pongan al oyente en la necesidad de tomar una decisión. La audición del mensaje ha de generar alguna forma de acción. Así lo entendieron los antiguos maestros de oratoria romana clásica al fijar para todo discurso la triple finalidad de «*placere, docere, movere*» (agradar, enseñar, mover o impeler).

Ya nos ocupamos de esta cuestión oportunamente (p. 114), por lo que aquí nos limitamos únicamente a recalcarla y mostrar su importancia como factor de efectividad en el proceso comunicante.

Elementos y proceso de la comunicación

No hay unanimidad entre los especialistas en cuanto a los componentes de la comunicación. Algunos los han reducido a esquemas sumamente simples, mientras que otros introducen numerosos factores en procesos de gran complejidad. Como ejemplo de esquematización simple, podemos citar a Aristóteles, quien en su *Retórica* distingue tres componentes: el orador, el discurso y el auditorio. Hoy este modelo resulta incompleto y se han elaborado otros más detallados, con grandes similitudes entre sí, aunque con variantes en la terminología.

En todos ellos el punto de partida está en el *emisor* (denominado también «fuente»), que es la persona que toma la iniciativa para comunicar a alguien un *mensaje*. En segundo lugar, el emisor ha de precisar el modo como va a transmitir dicho mensaje. ¿Usará medios visuales (un signo, un gráfico, un gesto, etc.), se servirá de sonidos (palabra, música, etc.) o utilizará medios mixtos (audiovisuales)?

Aquí aparece un nuevo elemento, el *codificador*, es decir, el factor determinante del modo de efectuar la comunicación. Cuando, años atrás, queríamos enviar un telegrama llevábamos

1. *El proceso de la comunicación*, El Ateneo, 1982, p. 11.

el texto del mismo a una oficina de telégrafos; allí el telegrafista expresaba el mensaje por medio de los puntos y rayas del código de Morse; dicho de otro modo, el telegrafista lo codificaba. El gerente de una empresa comercial quiere comunicar al público las excelencias de un producto nuevo que se dispone a lanzar al mercado. Tiene las ideas, pero no sabe cómo expresarlas para que el producto sea comprado. Acude a un técnico publicitario y éste prepara un anuncio que logra satisfactoriamente el propósito del gerente. El técnico ha sido el codificador. En muchos casos, sin embargo, codificador y emisor coinciden en la misma persona, cuya facultad pensante decide el código a usar, es decir, la manera de transmitir el mensaje. Ése es el caso del predicador, si bien no debe olvidarse que su ministerio se desarrolla bajo principios básicos superiores a todas las técnicas de «marketing».

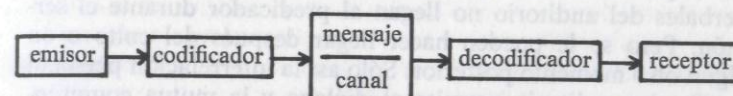
El mensaje debidamente codificado es transmitido a través de un canal, que puede ser un conductor eléctrico (telégrafo, teléfono, etc.), el aire, a través del cual se propagan las ondas sonoras, las ondas electromagnéticas (radio y televisión), la página impresa, la ilustración gráfica, etc. En la predicación el canal es normalmente el aire, mediante el cual las palabras del predicador llegan al auditorio.

A un extremo del canal se halla el emisor; al otro, el receptor o destinatario. Pero el mensaje sólo llega al receptor en condiciones de comprensión y efectividad cuando es debidamente «decodificado» de modo que en la mente del receptor se reproduzca lo más fielmente posible lo que el emisor quería comunicarle. Dicho de otro modo, es necesaria la acción de un *decodificador* que interprete adecuadamente el mensaje codificado.

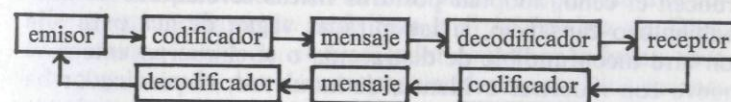
Volviendo a la ilustración del telegrama cursado en código Morse, el telegrafista de la población en que reside el destinatario sería el decodificador, quien traduciría los puntos y rayas de la cinta para reproducir en lenguaje ordinario el mensaje entregado por el emisor al codificador (el telegrafista en la población de origen). Pero también a este otro lado del canal suele suceder algo parecido a lo que vimos en cuanto a emisor y

codificador: coincidencia en la misma persona. A menudo es el propio receptor quien ha de interpretar el mensaje. Sus facultades sensoriales y mentales constituyen el elemento decodificador. Si falla esta labor de decodificación o interpretación, el receptor recibirá un mensaje, pero no corresponderá al que el emisor quiso transmitir.

Para dar mayor claridad a lo que acabamos de exponer nos serviremos del siguiente gráfico:



Contrariamente a lo que este esquema puede sugerir, la comunicación no concluye con la recepción del mensaje por parte del receptor. No es una recta que se corta cuando el mensaje ha llegado a su destinatario; es más bien un circuito. La reacción o respuesta del receptor ha de llegar de algún modo al emisor y le afectará para confirmar o corregir en sucesivos mensajes lo comunicado en el primero. Podríamos ilustrarlo mediante otro gráfico que completa el primero:



Esto es lo que se ha denominado «retroalimentación» o *feedback* y constituye un magnífico elemento para perfeccionar futuros trabajos de comunicación. Tan importante es esta retroalimentación que los medios de comunicación de masas invierten elevadas cantidades de dinero para averiguar el número de personas que oyen o ven sus programas y lo que de éstos piensan. Las reacciones de los receptores ayudan enormemente al emisor a analizar su éxito o fracaso y, por consi-

guiente, a mejorar su mensaje, su codificación, el canal transmisor, etc. Berlo ha expresado la importante función de este factor con tanta concisión como claridad: «El *feedback* proporciona a la fuente información con respecto al éxito que tuvo al cumplir su objetivo. Al hacer esto ejerce un control sobre los futuros mensajes que la fuente codifica.»²

El *feedback* correspondiente a la predicación consiste en las reacciones y comentarios varios, favorables y/o desfavorables, que el mensaje provoca. Normalmente los comentarios verbales del auditorio no llegan al predicador durante el sermón. Pero se le pueden hacer llegar después del culto o en algún otro momento posterior. Sólo así la interrelación personal predicador-auditorio permite el diálogo y la mutua comprensión. La consecuencia es un enriquecimiento de la comunicación y una mayor efectividad de la misma.

Sin embargo, existe un *feedback* inmediato, simultáneo con el desarrollo de la predicación. Tiene su expresión en los rostros y en las posturas de los oyentes. Si éstos mueven sus cabezas con signos de asentimiento, si sonríen, si en un momento dado contienen la respiración y permanecen inmóviles con los ojos fijos en el predicador, están dando a entender que el mensaje les interesa, que están de acuerdo, y parecen animar al orador para que prosiga. Si, por el contrario, los oyentes fruncen el ceño, adoptan posturas físicas reveladoras de aburrimiento o cansancio, si las miradas vagan de acá para allá con aire inconfundible de distracción o si el cuerpo entero se mueve con muestras evidentes de inquietud, el predicador ha de ver en cada uno de esos signos una luz roja que se enciende ante sus ojos en señal de alarma. Su mensaje está tropezando con serios obstáculos (rechazo, indiferencia, tedio, etc.). Posiblemente se ha interrumpido la comunicación. En tal caso, lo que el predicador debe hacer no es proseguir impertérrito el camino que originalmente se había trazado. De inmediato tiene que introducir los correctivos necesarios que permitan recuperar la atención, el interés, y a ser posible la adhesión del audi-

2. *Op. cit.*, p. 86.

torio. Pese a la mudez verbal de los oyentes, éstos no dejan de enviar su respuesta al predicador mediante formas de comunicación no verbal. Si el predicador es sensible al mensaje que de ese modo le llega de quienes le escuchan, si lo aprecia y reacciona constructivamente, se habrá restablecido el diálogo; se habrá reparado una avería en el sistema de comunicación.

Con esta visión esquemática del proceso de comunicación, consideremos más detenidamente cada uno de sus componentes.

El emisor

El emisor o fuente, como hemos visto, es la persona que inicia la comunicación en un momento dado. Ello no significa que el proceso se origina en ella a partir de un punto cero, por su propia voluntad única y exclusiva. Toda decisión de comunicar un mensaje a otros forma parte del complejo conjunto de relaciones interpersonales. Lo que yo deseo comunicar ahora, por ejemplo, es en gran parte resultado de comunicaciones anteriores en las que yo no he sido emisor, sino receptor.

Este hecho debe ser tenido especialmente en cuenta al pensar en la predicación. No puede haber auténtico mensaje cristiano si el predicador no ha sido antes receptor de una comunicación, mediante la cual llega a él la Palabra de Dios. Estrictamente hablando, el predicador es emisor o fuente sólo en sentido relativo. La fuente por excelencia es Dios mismo. El predicador, al igual que los antiguos profetas, más que emisor es transmisor del mensaje divino, al que tiene acceso a través de las Escrituras. En el texto bíblico se encuentra el mensaje, que el predicador recibe mediante el estudio y la oración, para después comunicarlo a modo de intermediario. Cualquier frivolidad en esta interrelación (Dios-predicador-oyentes), cualquier sustitución del mensaje divino por un mensaje propio es una grave deslealtad. Será también, pese a posibles apariencias en contra, un fracaso. No importa que un sermón sea rico en sabiduría humana y en retórica, que entusiasme al

auditorio; si no procede de Dios, no cumplirá el propósito para el cual Dios envía su Palabra.

Esto nos reconduce a la necesidad ineludible de que el predicador sea un asiduo lector y estudiante de la Biblia. Al acercarse a sus páginas, tanto en momentos devocionales como en horas de estudio, debiera hacerlo con la oración de Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo oye.» Un imperativo para él debiera ser el conocimiento extenso y profundo tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, de sus magnos hechos, de las grandes promesas de Dios, de sus graves juicios, de la teología de la historia que llena sus narraciones iluminándolas con la gloria de la soberanía sabia, justa y misericordiosa del Señor. Debe calar hondo en el mensaje de la «buena nueva», con su centro en la persona y obra de Jesucristo, con sus incomparables ofrecimientos y también con sus llamamientos al arrepentimiento y a la fe, a la obediencia y el seguimiento, al testimonio, al servicio, a la misión. Sólo cuando el predicador haya comprendido y asimilado personalmente el contenido de la Palabra de Dios, fuente primigenia de toda comunicación, poseerá el mensaje que es llamado a comunicar.³

Queremos subrayar la necesidad de «asimilar» la Palabra en el sentido de que debe *in-formar* (dar forma interior, formar en el ánimo) los pensamientos y sentimientos interiores del predicador, los cuales han de *con-formar* (componer, ajustar) los actos exteriores, el comportamiento. Toda discordancia entre el mensaje del predicador y su conducta personal amenaza muy seriamente la efectividad de la comunicación. Por desgracia, demasiadas veces es verdad lo que alguien dijo de un orador: «Habla tan alto lo que hace que no puedo oír lo que dice.» ¡Se ha roto la comunicación!

El mensaje y su codificación

El emisor —en nuestro caso el predicador— ha de tener ideas muy claras en cuanto a lo que desea comunicar; qué

3. Remitimos al lector a las pp. 105 y 106.

quiere decir y con qué propósito. Por supuesto, ambos elementos deben estar contenidos en el texto bíblico sobre el que se predica y deben desarrollarse y ordenarse de modo que no sólo despierten la atención del oyente, sino que acrecienten su interés y lo persuada para llegar a algún tipo de decisión.

La claridad de pensamiento debe distinguir todo el mensaje, pero ha de extremarse en sus puntos principales. En la medida de lo necesario —pero no más— se hará uso adecuado de la repetición o redundancia, de la ilustración oportuna, de los símiles y de cualquier otro recurso pedagógico aceptable que ayude a hacer más comprensibles las ideas. Asimismo, debe lograrse la máxima claridad en el objetivo final del mensaje. No puede haber ambigüedades en lo que el emisor espera del receptor. Deberá perdonárenos la insistencia en este punto, pero descuidarlo equivale a malograr la comunicación. Por tal motivo, nos permitimos aconsejar a cuantos predicadores tengan problemas al respecto que escriban breve pero íntegramente y de modo claro el propósito concreto de su sermón, así como los resultados que se espera produzca en los oyentes.

A la claridad en las ideas y en los propósitos debe unirse el orden y la solidez, factores imprescindibles para la comprensión del mensaje. Por lo que respecta al orden, remitimos al lector al capítulo XII relativo a la estructura del sermón. En cuanto a la solidez, recuérdese lo expuesto en el capítulo XI (sección relativa a «Argumentos») y no se olvide que el receptor, es decir, el oyente, a menudo interpone barreras de objeción al mensaje, barreras que han de ser eliminadas mediante la refutación de las objeciones si la comunicación ha de lograr los resultados apetecidos.

Pero no basta conque el contenido del mensaje sea claro, ordenado y sólido. Comunicarlo con éxito depende de que sea bien codificado. En la predicación, obviamente, el código principal, aunque no el único, es el habla, el caudal inmenso del vocabulario de una lengua. Pero el código usado por el emisor ha de ser siempre común al receptor. F. Gauquelin recoge la siguiente cita: «Las palabras, como todo medio de transmisión, no significan nada por sí mismas: son simples instrumentos a

los que puede darse una significación.» Y añade: «El que emite la información les da una significación; el que la recibe, también, pero tal vez no la misma. Hay que estudiar, por tanto, la psicología de los dos polos del circuito de comunicación, emisor y receptor, para reducir lo más posible las divergencias en la interpretación de las palabras del lenguaje.»⁴ Ello significa que el predicador ha de expresarse en un lenguaje que resulte perfectamente comprensible para su auditorio. Es necesario que use más o menos el mismo vocabulario y que el oyente dé a cada una de las palabras el mismo significado que tiene para el predicador. Muchos defectos de comunicación se producen por falta de coincidencia semántica. Abundando en lo que señalamos al tratar de la claridad en el estilo de la predicación (pp. 201, 202), hemos de enfatizar la conveniencia de que el predicador use un léxico que el auditorio comprenda sin dificultad. Especial cuidado ha de tener en que ninguna de las palabras o frases más importantes del sermón sea mal interpretada.

A tal efecto, conviene que el discurso sea lo más gráfico posible. Es muy difícil expresar —y captar— unidades de pensamiento que no estén enraizadas en nuestras experiencias. Por eso son preferibles los términos concretos a los abstractos, los objetos y los hechos a las ideas. Si, por ejemplo, hablamos del amor de Dios, podemos extendernos en consideraciones teológicas de ese atributo divino; podemos decir: «el amor es la quintaesencia de las virtudes que determinan la armonía en las relaciones personales entre Dios y el hombre». O podemos afirmar: «Dios muestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.» ¿Cuál de estas dos declaraciones será mejor entendida por la mayoría de oyentes y cuál les causará mayor impacto? Esto no significa que el predicador haya de renunciar totalmente a los conceptos abstractos, a definiciones y exposiciones más o menos académicas, pero sí que, cuando este tipo de material ha de aparecer en el discurso, es indispensable explicar e ilustrar adecuada-

4. *Saber comunicarse*, Ed. Mensajero, 1982, p. 35.

mente su contenido a fin de que la idea central resulte perfectamente comprensible.

Es asimismo importante evitar el extremo opuesto, en el que se cae cuando el orador hace uso y abuso de frases trilladas, de clisés, de expresiones oídas hasta la saciedad, sin que el mensaje contenga nada que pueda despertar un mínimo de interés en el auditorio. En este caso sólo puede comunicarse una cosa: el tedio, y sólo cabe esperar una respuesta: el bostezo.

La buena codificación del mensaje hace aconsejable el uso de palabras y frases cortas, claras, pero cargadas de contenido que apele a la mente, los sentimientos y la voluntad del oyente.

El receptor

No es posible elaborar un mensaje y una codificación eficaces si no se toma en consideración al receptor. De hecho, éste constituye en el proceso de comunicación un elemento tan importante como el emisor. Si el receptor no responde, la comunicación no existe. Y la respuesta difícilmente se producirá si el emisor o fuente ignora las características de la persona o personas a quienes su mensaje ha de ser dirigido.

Este hecho pone de relieve dos necesidades:

1. Que el predicador conozca a sus oyentes y sus circunstancias, su situación humana, sus problemas, sus zozobras, sus aspiraciones, su modo de pensar, sus reductos de defensa frente a ideas ajenas a las suyas propias, etc.

2. Que establezca verdadero contacto con el auditorio, que capte su atención y despierte su interés por el mensaje. Recordemos el discurso de Pablo en el areópago de Atenas (Hch. 17:22-31). El apóstol toma como punto de partida lo que había observado entre los atenienses y a ello se refiere con una actitud y en unos términos que facilitaban la receptividad por parte de cuantos habían acudido a escucharle. Sin caer en halagos impropios, el predicador ha de tener la capacidad

de reconocer y mencionar aquello que puede granjearle la buena disposición del auditorio.

El «contacto» con los oyentes, si ha de ser eficaz, impone al orador una actitud de respeto y cortesía hacia ellos. Pero demanda de él algo mucho más importante: sensibilidad y *empatía*. No sólo ha de conocer a quienes le escuchan. Ha de ser sensible al valor de la personalidad de cada uno de ellos, a su entorno, a sus opiniones, a sus sentimientos, a sus objeciones. Jamás debe mostrar superioridad o menospreciar y ridiculizar a quienes discrepan de sus ideas. El orador no puede nunca hablar como si desde el pedestal de la suprema sabiduría se dirigiese a pobres ignorantes. Ha de aprender a colocarse en el lugar de sus oyentes. Eso es la empatía. Si el orador es «empático», se introducirá en el mundo del auditorio para comprenderlo. Sólo conociendo ese mundo podrá predicar de modo que su mensaje lo ilumine y transforme.

Y a la empatía debe unirse la *simpatía*. Un sentimiento de amor sincero hacia el receptor. Quien predica el amor de Dios sólo puede comunicar eficazmente su mensaje si comparte el mismo amor hacia sus oyentes, recordando que el amor de Dios tiene su manifestación suprema en su Hijo, Emmanuel, «Dios con nosotros». La encarnación de Cristo significó su identificación con la humanidad, la asunción de nuestras experiencias dolorosas, con excepción del pecado. No olvidemos que «simpatía», etimológicamente, equivale a «sufrir con». Los sentimientos del predicador deben sintonizar con las múltiples causas de sufrimiento —al igual que con los motivos de gozo— en los componentes de su congregación. Ha de gozarse con los que se gozan y llorar con los que lloran. Cuando tal simpatía existe, el auditorio lo nota. Y responde.

La respuesta nace de la persuasión. He aquí otro hecho a tener en cuenta. A menos que el receptor llegue al convencimiento de que el mensaje es verdadero y conveniente y de que debe ser aceptado, permanecerá insensible a cuanto el mensaje pueda tener de demanda. Una fuerte presión psicológica por

parte del orador puede conmover las emociones de los oyentes y lograr algún tipo de decisión; pero si no ha habido persuasión basada en el reconocimiento racional de la bondad del mensaje, la respuesta será superficial y pasajera. Pasados los efectos de la presión psicológica, se desvanecerá.

Dada la resistencia natural de la mayoría de personas a modificar su sistema de ideas, sus convicciones y sus normas de conducta, el mensaje debe reunir dos características esenciales:

a) Ha de ser atractivo, interesante.

b) Ha de ser convincente. Debe estar dotado de argumentos y estímulos suficientemente poderosos para mover a la decisión. Probablemente la respuesta que ha de dar el receptor exige el pago de un precio: la renuncia a determinadas ideas propias que han de ser sustituidas por otras nuevas, un cambio en la escala de valores de su vida, una modificación de actitudes, el abandono de ciertas prácticas, la iniciación de nuevas formas de comportamiento, la realización de determinados esfuerzos o sacrificios. Y el receptor, más o menos conscientemente, se pregunta: «¿Vale la pena pagar ese precio? Lo que el mensaje me ofrece, ¿compensa lo que me pide?» Adaptando una fórmula de Wilmur Schramm,⁵ podríamos expresar la capacidad o probabilidad de decisión del receptor del siguiente modo:

$$\text{Capacidad de decisión} = \frac{\text{Recompensa esperada}}{\text{Energía requerida esperada}}$$

es decir, la probabilidad de decisión estará en razón directa de la recompensa y en razón inversa del esfuerzo necesario para conseguirla. Por supuesto, el concepto de recompensa aquí debe ser interpretado en sentido psicológico, no teológico, incluyendo en él todo lo mejor para el ser humano. Una ilustración hondamente sugestiva la hallamos en el diálogo de Pedro con Jesús. El apóstol, con el resto de sus compañeros,

5. *Hombre, mensaje y medios*, Forja, 1982, p. 125.

había aceptado el llamamiento del Señor y había pagado el precio del discipulado. ¿A cambio de qué? La respuesta del Maestro es categórica: «Todo el que haya dejado cosas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt. 19:27-29). Sí, en el mensaje cristiano, lo que se ofrece (las grandes y variadas bendiciones de la nueva vida en Cristo) es infinitamente superior a lo que se exige. Si esto es comprendido por el receptor, la respuesta será positiva, cualquiera que sea el costo de la decisión.

El canal

En comunicación se entiende por canal todo medio por el cual el mensaje emitido por la fuente llega al receptor. En palabras de D. K. Berlo, es «el vehículo de transporte para el mensaje».⁶ En la predicación, como vimos, el canal está constituido principalmente por el aire, en el que se propagan las ondas sonoras emitidas por el predicador al hablar. No debe olvidarse, sin embargo, otro canal de gran importancia, el que llega al receptor a través del sentido de la vista, medio de comunicación no verbal. Pero sobre este punto volveremos más adelante.

Ateniéndonos ahora exclusivamente a la comunicación verbal, conviene destacar la necesidad de que el «canal» cumpla sus funciones adecuadamente. El orador tiene que asegurarse de que su auditorio le oye y le entiende bien; de lo contrario, lógicamente, la comunicación será defectuosa. Si algunas palabras o frases no llegan al oyente con perfecta claridad, pueden confundirse con otras, lo que introduce un elemento de incoherencia o desorden en la mente del receptor y en su acción decodificadora. Se impone, pues, que el predicador articule con esmero sus palabras y que hable en voz suficientemente alta para que todos sus oyentes capten correctamente la totalidad

6. *Op. cit.*, p. 50.

del mensaje. Y si la amplitud del lugar en que se predica o las condiciones acústicas no son favorables a la audición, es imprescindible perfeccionar el canal mediante el uso de micrófonos y altavoces de la máxima calidad.

No lo olvidemos: un buen canal es un factor de primer orden en la buena comunicación. Un canal defectuoso la deteriora o incluso la destruye.

Comunicación no verbal

Es la que se lleva a efecto mediante expresiones o signos visibles de interpretación común universalmente generalizada. En cualquier lugar del mundo, un rostro encendido en ira y una mano alzada en actitud amenazante dicen mucho más que la más recia frase intimidatoria. La comunicación no verbal fue bien descrita por Eduard Sapir al referirse a ella como «un código elaborado que no está escrito en ninguna parte; nadie lo conoce y todos lo comprenden».⁷

Ya hemos adelantado que la voz del orador, propagada por ondas sonoras, no es el único canal en la comunicación de un mensaje desde el púlpito. Hay mucho en el predicador que «habla» y llega al oyente no a través de los oídos de éste, sino a través de sus ojos. Lo que se ve puede contribuir a confirmar o neutralizar lo que se oye.

Este elemento de comunicación no verbal tiene que ser bien cuidado. Todo predicador ha de percatarse de la gran influencia que sobre el auditorio ejercen su porte, sus gestos, las expresiones de su rostro, sus miradas (en frase de Simmel, la mirada mutua es «la reciprocidad más pura», y la que quizá más nos compromete). Si en todo ello puede verse sinceridad, amor, vehemencia, entrega, lo que perciban los ojos de quienes escuchan será tan importante como lo que escuchen sus oídos. Si la compostura del predicador es descuidada, si su mirada revela apatía o indiferencia, si sus tímidos gestos sugieren au-

7. Cit. por W. Schramm, *op. cit.*, p. 84.

sencia de entusiasmo o si, en otro extremo, la gesticulación es forzada, histriónica, no importa que el discurso sea bueno y llegue a los receptores en perfectas condiciones de audición, el resultado global de la comunicación será pobre. Los oyentes no se sentirán demasiado inclinados a tomarse en serio el mensaje.

Pero no es solamente lo que del predicador se ve en el púlpito lo que influye en la comunicación. Tanto o más decisivo que esto es lo que se ve fuera de él. Si en todo lugar la conducta del predicador se mantiene en un elevado nivel de piedad, fervor, integridad moral, abnegación, si se muestra como auténtico siervo de Dios, sus palabras ganarán credibilidad y sus oyentes le escucharán respetuosamente con actitud positiva. Si, por el contrario, hay discordancia o incoherencia entre el sermón y el comportamiento, el efecto de la predicación será prácticamente nulo. La comunicación del mensaje cristiano siempre es mixta: verbal y no verbal, mediante palabras y mediante las obras del vivir diario. Sin duda, Pablo comprendió esta verdad fundamental y actuó de modo consecuente. Por eso pudo escribir a los filipenses: «Lo que aprendisteis y recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced» (Fil. 4:9). Todo predicador debe imitar su ejemplo.

Interferencias

La máxima aspiración del emisor es que el proceso de comunicación se desarrolle en condiciones óptimas, de modo que el receptor no sólo capte e interprete el mensaje correctamente, sino que produzca en él la respuesta deseada. Para lograrlo es indispensable que las condiciones en que el mensaje se transmite sean propias de «alta fidelidad». Ello obliga a eliminar, dentro de lo posible, todos los «ruidos» o interferencias, es decir, todos los factores que pueden mermar la efectividad de la comunicación.

Las interferencias pueden tener un doble origen: externo e interno.

1. *Interferencias externas.* Suelen ser numerosas y muy diversas: ruidos físicos, personas que entran o salen, niños que lloran o se mueven nerviosamente, objetos próximos al orador que distraen la atención del auditorio, exceso de calor o de frío, ventilación inadecuada, etc. Algunas de estas causas de perturbación difícilmente pueden eliminarse. Las procedentes del exterior generalmente están por completo fuera de nuestro dominio; por ejemplo, el ruido del tráfico en la calle, la sirena de una ambulancia, los truenos durante una tormenta. Pero otros de los factores de distracción que hemos mencionado sí pueden y deben ser eliminados. En una iglesia, los diáconos o personas responsables del buen orden del culto habrían de velar escrupulosamente para evitar todo cuanto pudiera restar efectividad a la predicación. Y la misma preocupación deberían tener el orador y sus colaboradores si el mensaje es dado en una sala de conferencias o en cualquier otro lugar.

2. *Interferencias internas.* Pueden aparecer tanto en el emisor como en el receptor.

Por lo que respecta al primero, un estado de gran cansancio físico, una apariencia de escaso entusiasmo ante el propio mensaje, un porte de arrogancia, un lenguaje poco comprensible, una excesiva dosis de humorismo, una voz monótona, etc., afectan negativamente la comunicación.

En cuanto al receptor, conviene no perder de vista sus posibles actitudes, estados de ánimo y capacidad receptiva. Puede situarse ante el orador con una predisposición hostil y poniendo en funcionamiento todos sus mecanismos mentales de defensa. Puede hallarse sumido en una total pasividad, indiferencia a cuanto el orador diga. O en un mar de preocupaciones que impiden la penetración del mensaje en la mente. Puede, asimismo, mantener una actitud positiva tanto hacia el orador como hacia su discurso, pero tropezar con dificultades de comprensión o de concentración; a menos que sea persona muy culta, si el mensaje no está bien estructurado o si las ideas son demasiado abstractas, tendrá mayor dificultad para entender y retener su contenido. La dificultad aumentará si el mensaje es

excesivamente largo. El cansancio del auditorio es una de las interferencias más comunes y una de las más destructivas de la comunicación. La frecuencia de este último problema hace aconsejable que se le dedique especial atención.

¿Cuál debe ser la duración de un mensaje? No cabe una respuesta categórica expresada en unidades de tiempo. Lo recomendable depende de múltiples factores: la naturaleza y calidad del auditorio, capacidad mental y de concentración, la calidad del propio mensaje, la forma de ser presentado, etc. Un mensaje de cuarenta y cinco minutos puede parecer corto; otro de quince puede resultar terriblemente largo y pesado. El orador tiene que ser sensible a la reacción interior de sus oyentes y a sus posibilidades de seguir atentos a lo que están escuchando. Uno de los errores más funestos que puede cometer un predicador es pensar que Dios le ha dado un mensaje y que él tiene que transmitirlo, escuche el auditorio o no. En este caso habrá «transmisión», pero no comunicación. El resultado no será muy diferente del que se produciría si hablase a las paredes y los asientos. Por desgracia, no son pocos los que predicán, pero no comunican. Sus palabras se pierden en el vacío y quedan sin respuesta.

Ningún predicador debiera tratar de justificarse recordando el largo sermón de Pablo en Troas (Hch. 20:7-12) o los mensajes de dos y tres horas de Wesley, de Jonathan Edwards y otros en algunas ocasiones especiales. En nuestro tiempo el ritmo acelerado de vida hace totalmente desaconsejable predicar sermones demasiado largos. Al decir esto no estamos abogando por la generalización de las pláticas de diez minutos que se escuchan en algunas iglesias. La adecuada exposición de un texto bíblico pocas veces admite una reducción de tiempo tan drástica. Como alguien ha señalado jocosamente pero atinadamente, «los sermoncitos sólo producen cristianitos». Lo que queremos subrayar es que una predicación demasiado larga está irremisiblemente condenada al fracaso como medio de comunicación.

Si alguien insistiera en preguntar sobre la duración de un sermón, le responderíamos con un dicho citado por J. R. W.

Stott: «Debe parecer de veinte minutos.» Para conseguirlo, el predicador debe hacer uso de todos los recursos (contenido, estilo, ilustraciones, etc.) necesarios para que su mensaje sea seguido atentamente. En palabras de H. W. Beecher, «el verdadero camino para acortar un sermón es hacerlo más interesante».

Hemos considerado algunas de las interferencias que pueden perjudicar la comunicación. Podríamos citar más; pero nos parece innecesario. Lo expuesto es suficiente para que el predicador se anticipe a todas las que pueden aparecer y actúe en consecuencia.

El Espíritu Santo en el proceso de comunicación

El éxito de la predicación no depende totalmente —ni en primer término— de la profundidad teológica, de la homilética, de la retórica, de la habilidad en el uso de recursos psicológicos o de técnicas de comunicación. En primer lugar depende de la acción del Espíritu Santo. Así lo indicamos en el capítulo VIII (pp. 106-108).

Insistimos en este punto con objeto de evitar dos errores:

a) El de pensar que, si el Espíritu obra, resulta superfluo el esmero en la preparación del mensaje y del modo como debe ser comunicado.

b) El de dar tanta importancia al perfeccionamiento del proceso de comunicación en cada una de sus partes que se pierda de vista lo indispensable y decisivo de la acción del Espíritu Santo.

Es él quien actúa tanto en el emisor (predicador) como en el receptor (auditorio), tanto en la codificación como en la decodificación; por consiguiente, en la comprensión del mensaje y en la respuesta al mismo.

Ya hicimos alusión a la experiencia de Pentecostés. Ampliando lo señalado observemos que el Espíritu Santo no sólo

guió a Pedro y a los demás discípulos en la proclamación de las «maravillas de Dios» (Hch. 2:11). También les ayudó prodigiosamente en la codificación de su mensaje, pues «comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que se expresasen» (2:4), de modo que la heterogénea multitud que les escuchaba, procedente de las más diversas naciones, se preguntaba con asombro: «¿Cómo les oímos hablar cada uno en nuestra lengua?» (2:8). El Evangelio era así comunicado en perfectas condiciones de comprensión.

Asimismo se hizo manifiesta la acción del Espíritu en los oyentes. El mensaje de Pedro fue claro, sólido, bien fundamentado, incisivo. Pero ¿eran suficientes estas buenas cualidades para producir una respuesta tan sorprendente como la que se nos narra en el texto bíblico (2:27-41)? Los oyentes podían fácilmente haber reaccionado de modo muy diferente. Podían haber mostrado la misma hostilidad de la muchedumbre que el viernes de la pascua había clamado pidiendo la muerte de Jesús. Podían haberse mantenido en una posición de duda, de incertidumbre, de indecisión. Podían haber respondido con la pasividad y la indiferencia. ¿A qué se debió la espontánea respuesta positiva, acompañada de una profunda conmoción espiritual, de los tres mil convertidos aquel día? Sin duda, al cumplimiento de lo predicho por el Señor mismo: el Espíritu Santo «convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Jn. 16:8).

Otro ejemplo iluminador lo hallamos en el relato de la conversión de Lidia, a quien «el Señor abrió su corazón para que estuviese atenta a lo que Pablo hablaba» (Hch. 16:14). De este modo la recepción del mensaje tenía lugar en condiciones sumamente positivas. Los efectos de cualquier interferencia —si la hubo— quedaban anulados por la acción del Espíritu en el interior de aquella mujer. La atención por parte de ella permitió que las palabras de Pablo le llegaran en la plenitud de su poder. La respuesta, inmediata, no pudo ser más completa (Hch. 16:15).

En resumen: es deber de todo predicador hacer cuanto esté a su alcance para que la comunicación de su mensaje sea lo

más efectiva posible. Pero una vez ha hecho su parte ha de pensar en la acción infinitamente superior del Espíritu Santo, decisiva tanto para la conversión de los no creyentes como para la edificación espiritual de la iglesia. Es su intervención lo que determina el fruto de la Palabra de Dios, la cual no volverá a él vacía, sino que cumplirá aquello para lo cual es enviada (Is. 55:11).

El predicador ha de sentirse alentado por esta realidad. En su arduo ministerio de comunicación del Evangelio no está solo. Con él está el *Parákletos* (literalmente, uno llamado para estar al lado de otro). Nosotros solos podemos fracasar. Él, no. Y él es el que da testimonio de Cristo al tiempo que nosotros estamos también ocupados en testificar juntamente con él (Jn. 15:26-27). Parte de ese testimonio es la predicación, medio insustituible de comunicación de un mensaje que tiene su origen en Dios y su destino en los seres humanos de todo el mundo. Confiando en el Espíritu Santo, cabe esperar numerosas y positivas respuestas.

Apéndice 2

DECADENCIA Y RENOVACIÓN DEL PÚLPITO CRISTIANO

En el capítulo VIII, al referirnos a la importancia de la predicación, hicimos notar la estrecha relación existente entre ésta y la vitalidad de la Iglesia. A los ejemplos y citas allí aducidos, podríamos añadir muchos más para evidenciar lo decisivo de la predicación, tanto en la edificación espiritual de los creyentes como en la expansión misionera.

Desde Pentecostés, la predicación ha ocupado un lugar prioritario entre las diferentes formas de testimonio evangélico. Predicadores poderosos fueron los apóstoles. También lo fueron las figuras más insignes de la Iglesia durante los primeros siglos. Eusebio de Cesarea, el gran historiador, resume lo esencial de la actividad eclesial en los dos primeros siglos de cristianismo destacando la predicación y la enseñanza. En el siglo iv, Juan Crisóstomo, «boca de oro» (de *chrysos* = oro, y *stoma* = boca), con el contenido bíblico de sus sermones, con sus aplicaciones prácticas y con la vigorosa elegancia de su estilo, elevó la predicación a alturas que el pueblo contemplaba con admiración y respeto. Algo parecido podría decirse de Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona y otros que con sus homilías y sermones enriquecieron espiritualmente a las comunidades cristianas. Si la Reforma se extendió y consolidó rápidamente, ello se debió en gran parte a la calidad y al fuego con que los reformadores predicaban el Evangelio en sus expo-

siciones de la Escritura. Conocida es la primacía que Lutero daba a la Palabra de Dios en la Iglesia; de ahí que considerase la predicación como «la parte más importante del culto».¹ Para Calvino tan importante era la predicación fiel de la Palabra que en ella veía la primera y principal característica de la verdadera Iglesia.² Si el movimiento puritano en Inglaterra produjo un impacto tan amplio como profundo, la causa principal radicó en la fuerza de sus púlpitos. «Lo esencial para comprender a los puritanos es que eran predicadores antes que cualquier otra cosa.»³ No fue menos encumbrado el lugar de la predicación en los grandes avivamientos de los siglos xvii al xix, con hombres tan notables como Wesley, Whitefield, Edwards, Beecher, Finney y Moody, entre muchos otros. En una época de crisis teológica, los sermones de Spurgeon en el siglo pasado y sus resultados fueron la mejor demostración de que la predicación sana, fiel a las Escrituras, con la unción del Espíritu Santo, constituye la energía espiritual más poderosa, no sólo para robustecer la fe del pueblo de Dios, sino también para la evangelización eficaz. Aun en el siglo xx no faltan nombres y experiencias que corroboran el poder insustituible de la predicación, pese a las olas de escepticismo, indiferencia y frialdad que han penetrado en innumerables iglesias.

La historia, pues, viene a revalidar una y otra vez la perennidad del valor del púlpito. Y así lo han reconocido los más distinguidos pensadores cristianos de nuestro siglo, incluidos algunos de los que han seguido líneas teológicas diferentes de la tradicional «evangélica». En una de sus declaraciones, Karl Barth manifestó: «Es simplemente una perogrullada afirmar que no hay nada más importante, más urgente, más útil; más redentor y más saludable, que nada hay desde el punto de vista del cielo o de la tierra más apropiado para la situación real que hablar y oír la Palabra de Dios...»⁴ Y Bonhoeffer, en una de sus conferencias sobre la predicación, recalcó la trascen-

1. *Luther's Works*, ed. Lehmann, vol. 53, p. 68.

2. Inst. IV, 1, 9 y 2.1.

3. Irvonwy Morgan, *Godly Preachers*, pp. 10, 11.

4. Cit. por J. R. W. Stott, *I Believe in Preaching*, p. 40.

dencia de la misma: «En el sermón se echan los cimientos para la fundación de un nuevo mundo. En él la palabra original se hace audible. No hay evasión o escape de la palabra hablada del sermón; nada nos exime de la necesidad de su testimonio, ni siquiera el culto o la liturgia... El predicador debiera tener la seguridad de que Cristo penetra en la congregación a través de esas palabras que él proclama de la Escritura.»⁵ Y el doctor Martin Lloyd-Jones, una de las más prestigiosas figuras evangélicas del siglo xx en Gran Bretaña, escribía: «Para mí la obra de la predicación es la vocación más grande y sublime a la que se puede ser llamado. Si deseáis que añada algo más diría sin el menor titubeo que la necesidad más apremiante en la Iglesia cristiana hoy es la predicación verdadera.»⁶

Sin embargo, este elevado concepto de la predicación no siempre ha sido compartido de modo generalizado; unas veces porque el sacramentalismo y la liturgia han dominado la práctica del culto cristiano; otras porque la ignorancia o la negligencia —o ambas cosas— no sólo han reducido el uso de la predicación, sino que la han convertido en algo insulso, frío, tedioso. En la historia de la Iglesia hallamos períodos en los que la predicación descendió a niveles sumamente bajos sin más características que la pobreza y la ineficacia, con la consiguiente depauperación espiritual de los fieles.

En nuestros días es ampliamente compartida la opinión de que la predicación cristiana en muchos lugares atraviesa uno de esos períodos de decadencia. Ha decaído en Europa, como reconoce Helmut Thielicke en su obra *Leiden an der Kirche* (*La dolencia de la Iglesia*), en la que atribuye la disminución de la asistencia a las iglesias al descenso en el nivel de la predicación. No es más boyante la situación en muchas iglesias de Norteamérica. En cuanto a la América latina, en la «Declaración de Cochabamba», formulada en 1970 por la Fraternidad Teológica Latinoamericana, se afirmaba: «La predicación a

5. Fant, *Bonhoeffer*, p. 130.

6. *Preaching and Preachers*, p. 9.

menudo carece de raíces bíblicas. El púlpito evangélico está en crisis...»

Tan triste realidad puede ser debida a las causas ya apuntadas o a otras similares. Pero además hoy empieza a manifestarse una actitud de indiferencia y hasta de menosprecio respecto a la naturaleza intrínseca de la predicación. Se estima que ésta es un medio de expresión anacrónico, «el eco de un pasado abandonado», impropio para apelar a la mente y la voluntad del hombre moderno, constantemente sometido al impacto de las actuales técnicas de comunicación.

Llevando a extremos el aforismo de Marshall McLuhan, «el medio es el mensaje», se piensa en sustituir la predicación por los variados recursos que la tecnología pone a nuestra disposición y en los que se reduce el valor de la palabra a la par que se incrementa el de la imagen visual. La comunicación no verbal tiende a alcanzar primacía sobre la verbal. Estamos asistiendo a un triste acontecimiento: la humillación de la palabra, como magistralmente lo expresa Jacques Ellul en su obra *La parole humiliée*. Convertida la palabra en la cenicienta de la comunicación, resulta fácil el predominio de la iconolatría, la imposición del culto a la imagen en sus múltiples formas. No es de extrañar que algunos empiecen a entonar un réquiem por la predicación.

Sin embargo, ¿está justificada esa infravaloración del púlpito? ¿Puede la imagen prescindir de la palabra? El autor recuerda una experiencia vivida en Holanda hace tres años como participante en una conferencia sobre publicación y comunicación. Uno de los cultos devocionales de la mañana consistió en una representación muda de la historia de Rut. La esperanza de los organizadores era, sin duda, que tal representación comunicase el mensaje del libro de Rut de modo más vivo y eficaz que una predicación. Para mí, el resultado fue negativo y, al parecer, una experiencia análoga tuvieron otros asistentes a la conferencia. No negamos el gran valor del elemento visual en la comunicación, pero éste nunca debiera ser exaltado en detrimento de la palabra hablada.

Por otro lado, quienes ven en la predicación un medio de

comunicación sólo verbal ignoran los elementos no verbales que intervienen en ella (a ellos nos referimos en el apéndice anterior), especialmente los gestos y la expresión del rostro, singulares medios de expresión no sólo de ideas, sino también de sentimientos, de interioridad, de intensa experiencia personal del predicador que se siente bajo el impacto de la Palabra en el momento mismo en que la proclama. Hay mucho, y muy poderoso, que los oyentes *ven* en quien les habla si éste es —y debe serlo— algo más que un robot articulador de fonemas.

A pesar de todo lo expuesto, y aun manteniendo firmemente nuestra postura respecto a la predicación, hemos de reconocer que ésta frecuentemente presenta deficiencias que conviene confesar y corregir a fin de evitar una declinación de fatales consecuencias. Un análisis objetivo, aunque sea somero, de los reparos que en nuestro tiempo suelen oponerse a la predicación puede ser saludable para la Iglesia hoy. Nunca ha sido signo de sensatez cerrar los ojos a la realidad de los hechos con vendas de inconsciencia o de triunfalismo. Cualquier verdad revelada por el análisis debe ser reconocida y de ella deben sacarse las oportunas conclusiones. Lo que de positivo se descubra debe ser un estímulo. Si se observan errores, éstos deben ser evitados para librarnos de desviaciones o de renunciaciones innecesarias que tendrían más de retroceso que de avance.

Defectos frecuentes de la predicación

Sin pretender una enumeración exhaustiva, exponemos seguidamente los puntos de mayor relieve en la crítica negativa que de la predicación podría hacerse actualmente en no pocas iglesias.

1. *Lo deficiente de su contenido*

El mensaje del predicador carece de puntos de contacto con los oyentes y se ha convertido en monólogo aburrido. Trata de temas y cuestiones que no preocupan en absoluto a quie-

nes escuchan. Ha perdido el carácter dialógico (de diálogo) que siempre debiera tener. No toma en consideración la situación existencial de los oyentes; no responde a sus preguntas; no aporta solución a sus problemas. Como alguien ha dicho jocosamente, rasca donde no pica.

Hay en esta objeción mucho de verdad, pero una verdad que ha de examinarse críticamente. Por sí solo, el hecho de que la predicación no coincida con los intereses, los gustos y las preocupaciones del auditorio no debe sorprender demasiado si tenemos en cuenta el grado de secularismo y de indiferencia religiosa que predominan en la sociedad de nuestro tiempo. Aun el sermón más rico en contenido espiritual resultará pobre para quien carece totalmente de inquietudes espirituales, y las exposiciones bíblicas más sabrosas serán insípidas para quien sólo se deleita en platos de mundanería temporal.

Esto, sin embargo, no exonera al predicador de responsabilidad, pues *no pocas veces sucede que el sermón adolece de defectos sustanciales*. Ello generalmente se debe a que el predicador no ha hurgado suficientemente ni en la Palabra de Dios ni en la interioridad humana. En lo más íntimo de toda persona, por escéptica o incrédula que sea, hay problemas, temores, ansiedades, aspiraciones que, directa o indirectamente, tienen mucho que ver con realidades espirituales. Misión del predicador es ahondar en ese mundo interior del hombre. Lo que en él descubra le ayudará a predicar de modo que los oyentes tengan que contemplar su propia realidad con nuevas perspectivas, contestarse preguntas que nunca antes se habían hecho, empezar a reflexionar sobre cuestiones ante las que antes habían sido indiferentes. El predicador tiene que ser un agujoneador de la mente y de la conciencia de sus oyentes. Y cuando el agujoneamiento se ha producido, cuando el oyente ha sido arrancado de su apatía y empieza a escuchar con interés, la predicación debe establecer la relación existente entre la problemática del hombre y las grandes enseñanzas de la Palabra de Dios.

Al hacerlo debe mantenerse el equilibrio entre la fidelidad al contenido del texto bíblico y la contemporaneidad en su ex-

posición. Hay predicaciones que, como observa J. Stott, son «bíblicas, pero no contemporáneas» y predicaciones que son «contemporáneas, pero no bíblicas». ¿Por qué no han de ser bíblicas y contemporáneas a la vez? Esto, por supuesto, no es fácil de conseguir; pero es un imperativo para quienquiera que se atreva a ocupar un púlpito. El predicador es —como dijimos— intermediario entre Dios y unas personas a las que Dios quiere hacer llegar su Palabra. Si tenemos conciencia de este hecho, no escatimaremos esfuerzos en la preparación de nuestros mensajes con un espíritu de oración que nos lleve a buscar la dirección divina y con un sentimiento de simpatía profunda hacia nuestra congregación.

Conseguido el ideal que venimos preconizando, el predicador se verá libre de la abstracción, madre de tantos sermones desabridos, los cuales incitan más al bostezo que a la reflexión y la acción.

Igualmente quedará inmunizado contra los males de una retórica mal entendida, en la que el discurso deja de ser vehículo de ideas para ser simple y meramente «palabras, palabras, palabras». Este tipo de retórica es enemigo mortal del pensamiento. Como bien hizo notar el Dr. Martin Lloyd-Jones, «la retórica mató a la filosofía. La filosofía murió porque para todos, con excepción de una minoría, dejó de ser real; pasó de la esfera del pensamiento y de la conducta a la de la exposición y la literatura. Sus predicadores predicaban no porque se sentían inevitablemente impelidos a expresar unas verdades, sino porque eran maestros de fraseología elegante...».⁷

Quizá más de un lector opina que no es precisamente la retórica lo que distingue a muchos pulpitos evangélicos, sino más bien lo contrario, por lo que el mal es doble. A la pobreza de contenido en la predicación se une la pobreza en la forma de expresión. Al parecer, algunos predicadores, consciente o inconscientemente, intentan compensar esa deficiencia mediante un entusiasmo artificial con tono apasionado que no co-

7. *Op. cit.*, p. 144.

8. *Op. cit.*, p. 14.

rresponde a lo débil y apagado de su pensamiento. Tienen mucho calor, pero poca luz.

Obviamente, no es mucho lo que de tal tipo de predicación puede esperarse. A nadie debe extrañar que sea tenida en poca estima y escuchada con una predisposición tan pobre como su pobre sustancia y su elocución (o entonación) carente de naturalidad.

2. La superficialidad

Este defecto, al que ya aludimos en el capítulo VIII, guarda estrecha relación con el anterior; generalmente es su causa. Y, por desgracia, se halla ampliamente extendido. Muchas predicaciones son una exposición de vaguedades o de conceptos trillados, expresados en frases estereotipadas que han perdido ya toda capacidad de despertar el interés de los oyentes. Ello se debe a que la actividad pensante del predicador se halla gravemente disminuida y ha de suplirse esta deficiencia con generalidades o con trivialidades. James S. Stewart cita al respecto una ilustrativa declaración de S. Coffin: «La receta para componer uno de los muchos sermones en boga podría escribirse del siguiente modo: "Tomar una cucharadita de pensamiento flojo, disolverlo en agua y servirlo."»⁹

La superficialidad se observa en tres de los componentes de la predicación: la exégesis, la teología y la aplicación práctica.

Superficialidad exegética. Más de un predicador escoge un texto bíblico, lo lee y de él deriva algunas ideas más o menos edificantes, pero sin ahondar en el significado del texto, sin asegurarse de que encuentra en él lo que realmente el escritor sagrado quiso comunicar. En algunos casos el texto es simplemente el punto de partida; pero pronto el predicador prescinde de él para extenderse a sus anchas, con libertad absoluta, por el campo de sus propias divagaciones. Hemos tratado ya esta cuestión en el capítulo IX, por lo que remitimos al lec-

9. *Preaching*, p. 100.

tor a la sección que en el mismo se dedica a la exégesis. Sólo nos resta añadir y subrayar que la buena homilética descansa siempre sobre una hermenéutica sana.

Superficialidad teológica. «La teología sin la predicación —ha afirmado G. Ebeling— está vacía y la predicación sin la teología está ciega.» Si esto es cierto —y creemos que lo es— hay ceguera en muchos pulpitos. Los grandes temas doctrinales o las referencias a los mismos son tratados con notable descuido; a veces dando la impresión de que sólo se conocen someramente y de que aun este conocimiento apenas corresponde a la enseñanza bíblica. Se aportan a la predicación ideas teológicas recogidas en la lectura de algunos libros —no siempre los mejores—, pero no maduras mediante la propia reflexión y el estudio directo de cada doctrina a la luz de la Escritura. Es el resultado de una formación insuficiente.

Pero existe otra causa de superficialidad teológica: la formación defectuosa, equivalente a deformación. A ella puede llegarse por vías diferentes: la del liberalismo y la de un mal entendido fundamentalismo.

Las diferentes formas de liberalismo teológico y su evolución hasta nuestros días han relativizado mucho de lo que en la predicación ha de mantener su carácter absoluto: la autoridad de la Escritura, la fiabilidad histórica de sus narraciones, la trascendencia de Dios, la profunda pecaminosidad del hombre, la obra expiatoria de Cristo en la cruz, etc. Esta relativización, la desmitificación, la secularización y la politización predominantes en la teología moderna han minado la fe de muchos que un día sintieron gozosos el llamamiento al ministerio cristiano. Si permanecen en él, carecen de convicciones sólidas. Sus creencias están envueltas en la niebla de la incertidumbre. Lógicamente, su predicación resulta desvaída; carece de color, de fuerza, de vida. Lo que de contenido doctrinal pueda quedar tiene escaso fondo; de ahí la superficialidad. De ahí también la imposibilidad de que esa predicación, basada en inseguridades, produzca certidumbre y fe robusta. Sin duda, a no pocos predicadores se les habría de repetir el ruego de

Goethe: «Dadme el beneficio de vuestras convicciones, si tenéis alguna, y guardaos para vosotros vuestras dudas, que bastante tengo con las mías.»

Pero conviene tener igualmente en cuenta la deformación que un fundamentalismo de vía estrecha puede producir. Esto sucede cuando se pretende encajonar el contenido teológico de la Biblia en inflexibles moldes dogmáticos y se da más importancia a la formulación de las doctrinas que a la inmensa riqueza espiritual que las doctrinas atesoran. Bien están las concreciones de los credos y las confesiones de fe que expresan correctamente las verdades de la revelación bíblica a la par que ponen muro a la herejía. Pero el predicador ha de saber utilizar ese buen material adecuadamente a fin de evitar que las proposiciones teológicas actúen a modo de rígido corsé que impida el hálito del Espíritu de Dios a través de una exposición viva y vivificante de la Palabra.

El predicador ha de guardarse de los peligros mencionados, al tiempo que se sumerge en el depósito de las Escrituras para ahondar en las profundidades de sus grandes temas. Sólo así evitará la superficialidad teológica en sus sermones.

Superficialidad en las aplicaciones prácticas. No es suficiente una exégesis correcta del texto bíblico ni una exposición adecuada de las doctrinas de la Escritura. Es necesario, como vimos en el capítulo XI, aplicar la enseñanza del pasaje sobre el cual se predica a la situación del oyente de modo que éste se sienta realmente interpelado por la Palabra de Dios y movido a tomar algún tipo de decisión. Y es en esa aplicación o actualización del texto donde fallan muchas predicaciones, pues, pese a lo correcto de su contenido, no penetran en las esferas de los sentimientos y de la voluntad del auditorio. Resultan totalmente neutras. No provocan ninguna reacción ni en favor ni en contra, y dejan al oyente en una absoluta indiferencia. La adecuada aplicación del mensaje del texto ha de hacer que quien lo escucha se sienta en la presencia de un Dios que le habla y al cual debe responder de algún modo, sea con alabanza, sea con una confesión de pecado, sea con la decisión firme

de poner en práctica lo que se le pide, etc., o bien —posibilidad terrible— con el endurecimiento y la desobediencia.

Para lograr una respuesta positiva, cuanto más concreta sea la aplicación y cuanto más claro el modo como los oyentes deben llevarla a efecto, tanto mejor. Muchas aplicaciones fracasan porque no se indica el *cómo* de su realización.

3. *Espíritu acomodaticio*

Numerosos seres vivos se distinguen por la tendencia a adaptarse al medio en que se encuentran. Como es bien sabido, hay animales —el camaleón, por ejemplo— que mudan el color de su piel de modo que éste apenas se distingue de los colores predominantes del entorno. Y el hombre, pese a su superioridad en muchos aspectos, no escapa a esa tendencia. Sólo pequeñas minorías se atreven a desentonar, a discrepar de las opiniones en boga. La mayoría sigue las corrientes de pensamiento imperantes, las modas y los convencionalismos de cada época.

Este hecho se ha visto con excesiva frecuencia dentro del pueblo de Dios, incluso entre quienes han tenido responsabilidades de guías. Fue la característica de los falsos profetas de Israel, cuyos augurios siempre coincidían con lo que agradaba a los monarcas y a los nobles del reino.

La historia de la Iglesia también registra hechos análogos. Y todavía hoy existen ministros del Evangelio que, consciente o inconscientemente, subordinan su mensaje a determinados presupuestos teológicos, morales, filosóficos o político-sociales que gozan del beneplácito de la mayoría. El sometimiento del predicador a esa tiranía del medio sociocultural puede estar propiciado por el afán de presentar una imagen de intelectual tolerante, alejado de cuanto pudiera atraer sobre sí el calificativo de oscurantista o fanático. Por supuesto, la verdadera intelectualidad no está reñida con la fidelidad al mensaje cristiano. No es del todo afortunado el famoso interrogante de Tertuliano: «¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?» Aunque completamente distintas e independientes entre sí, filosofía y reve-

lación bíblica no siempre y necesariamente han de ser antagónicas. Además, el conocimiento de la cultura puede servir de punto de contacto entre el predicador y sus oyentes, como sucedió cuando Pablo habló a los atenienses reunidos en el areópago de Atenas. El predicador que, por ejemplo, hable en un círculo de universitarios o intelectuales no puede menospreciar el contexto cultural de su auditorio. Dentro de lo posible, ha de adaptarse a él. Pero, dicho esto, hemos de recalcar que el pensamiento humano siempre ha sufrido los efectos de la caída y que frecuentemente la «sabiduría del mundo», desde el punto de vista divino, ha sido «necedad» (1 Co. 1:20); que el mensaje del Evangelio, centrado en la cruz de Cristo, siempre ha sido piedra de tropiezo y locura para la mente no regenerada.

Cabe esperar, pues, que la predicación fiel de la Palabra de Dios no sólo se quede sin aplauso, sino que sea objeto de oposición o menosprecio, tanto por parte de los incrédulos como por parte de creyentes más amoldados al modo de pensar del mundo que a las verdades del Evangelio. Pero el predicador sabe cuál debe ser su opción en cuestiones de lealtad. No es él quien debe acomodarse a los criterios y gustos de su auditorio, sino éste el que debe someterse a la voz de Dios prescindiendo de las ideas predominantes en cada momento. Dignas de reflexión son al respecto las palabras de J. R. W. Stott y sus citas de Bergen: «Es necesario... afirmar la trascendencia y la autoridad del cristianismo por encima y más allá de cualquier constelación cultural en la historia, presente o futura, establecida o en pugna por convertirse en *establishment*. Los líderes cristianos deberían cesar de "danzar en torno a los becerros de oro de la modernidad". En vez de hacer la pregunta: "¿Qué tiene que decir el hombre moderno a la Iglesia?", habrían de empezar a preguntarse: "¿Qué tiene la Iglesia que decir al hombre moderno?"»¹⁰

Sólo en la medida en que la predicación se vea liberada de servidumbres ajenas a su propósito y recobre la santa in-

10. *Op. cit.*, p. 89.

dependencia que únicamente reconoce la autoridad de la verdad de Dios recuperará la posibilidad de ser poderosamente efectiva.

Existe, no obstante, un peligro contra el cual el predicador tiene que precaverse. Es lo que podríamos denominar «vocación de denunciante» y se manifiesta en una acusada tendencia a hostigar casi constantemente al auditorio exponiendo errores, pecados y debilidades en tonos tremebundos, con un dramatismo que no siempre corresponde a la realidad objetiva de la situación. Cuando esto sucede, el predicador suele estar convencido de que actúa de ese modo a causa de su fidelidad a la dirección del Espíritu Santo. Pero ¿es así siempre? No debe descartarse la posibilidad —comprobada en muchos casos— de que las actitudes radicales y los discursos fuertemente condenatorios, en vez de ser inspirados por el Espíritu Santo, tengan su origen en la acción de complicados mecanismos psicológicos o en meras reacciones carentes de objetividad y de equilibrio.

El predicador debe repudiar el espíritu acomodaticio con valentía, pero sin excesos de un mal entendido celo profético. Tan libre ha de verse de la influencia dominante de su entorno como de la que ejerce su propia subjetividad, a menudo coloreada por elementos temperamentales. Un doble sentido de lealtad y sensatez auténticamente guiadas por el Espíritu y la Escritura es imperativo para todo ministro de la Palabra.

4. Falta de autenticidad

Algo dijimos sobre esta cuestión al referirnos al predicador como instrumento de comunicación. Y en este aspecto sí es cierto que «el medio es el mensaje». Lo es por lo menos en la opinión de quienes escuchan. Para la mayoría de oyentes, una predicación que no esté respaldada por la conducta del predicador carece de credibilidad. En tal caso, las palabras pierden totalmente su eficacia. Como hace notar J. Ellul, «en el momento en que una persona no añade el peso entero de su vida a la palabra que pronuncia, ¿qué seriedad podemos atribuirle

a lo que dice? La ruptura entre quien habla y su palabra es la rotura decisiva. Si el hombre no está en su palabra, ésta es un ruido... La palabra en la Biblia está integrada en la persona. Es verdadera si la persona es verdadera. Las palabras de Jesús no tienen ninguna clase de valor si son separadas de la persona de Jesús. Hay en Él una perfecta unidad de vivencia, acción, palabra, relación, conocimiento».¹¹

Si autenticidad, el ministerio de la predicación se convierte en actividad profesional. Puede ejercerse siguiendo todas las técnicas de la homilética, de la retórica, de la psicología; pero si el predicador no encarna en su vida la esencia de su mensaje nunca será un medio adecuado para comunicar la Palabra de Dios. Tendrá las palabras, pero le faltará el poder. Su experiencia será semejante a la de Giezi, quien se creyó con capacidad para resucitar al hijo muerto de la sunamita con sólo colocar sobre el rostro del niño el bordón de Eliseo. Pero el báculo del profeta sin el espíritu del profeta de nada servía. Y Giezi fracasó.

Hemos de reconocer que la autenticidad en sentido absoluto es difícil, por no decir imposible, de encontrar. Si hubiéramos de entenderla como sinónimo de transparencia total, todos nos sentiríamos incómodos, pues todos tenemos defectos y debilidades que tratamos de ocultar. Pero la autenticidad no equivale a perfección. La autenticidad es sinceridad; es tomarse en serio la Palabra de Dios y, pese a las imperfecciones, vivir bajo sus principios y normas. Es poder decir con Pedro: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo»; y poder decirlo de modo consecuente, teniendo en cuenta la palabra de Jesús: «El que me ama mi palabra guardará» (Jn. 14:23).

Es de este tipo de autenticidad que algunos mensajeros del Evangelio se encuentran alejados. Sólo Dios sabe cuántas predicaciones pasan de ser sonido de «metal que resuena». Pero no es demasiado difícil detectar signos de «profesionalismo» en predicadores para los cuales el púlpito es un lugar que necesariamente ha de ser ocupado una o más veces por semana,

11. *La parole humiliée*, p. 175.

más por obligación que por visión de sus gloriosas posibilidades, y sin que ello les imponga la necesidad de una conducta estrictamente acorde con lo que predicán. Ante la evidente dicotomía existente entre predicación y comportamiento, no es de extrañar que en algunos lugares el púlpito haya perdido gran parte de su prestigio y de su influencia. La efectividad y la autenticidad son inseparables.

El camino de la renovación

En la obra de Dios nunca se dan situaciones irreversibles. Lo torcido siempre puede ser enderezado. El fracaso o la caída siempre pueden ser remediados con la restauración; la decadencia, con renovadas experiencias del poder de Dios. Así que no importa el bajo nivel que la predicación pueda haber llegado a alcanzar en un lugar y un momento determinados. Siempre subsiste la esperanza de su plena recuperación. Mientras el Espíritu Santo se mantenga activo en la Iglesia de Cristo, cabe confiar en su acción en los mensajeros del Evangelio tendente a elevar la predicación a las alturas que le corresponden. Sin embargo, la obra del Espíritu Santo no excluye la responsabilidad del predicador. A continuación señalamos algunos de los elementos que en la acción de éste no deben faltar si quiere que en su ministerio el púlpito recobre su grandeza y eficacia.

1. Corrección de defectos

Es necesario acabar con los males que ya hemos mencionado: con la pobreza de contenido y con la superficialidad.

Es menester ahondar en los grandes temas y en los grandes textos de la Escritura mediante una exégesis rigurosa, sana, que permita una correcta estructuración teológica. Y es preciso exponer los textos, con su inmensa riqueza doctrinal, ética, consolatoria, parenética, en sintonía con los oyentes y su mundo. En toda predicación, la voz del Dios que un día habló a

unos hombres «allí y entonces» ha de ser escuchada con la misma actualidad por quienes la oyen «aquí y ahora».

Es imprescindible acabar con los titubeos teológicos y con la tendencia a flirtear con el pensamiento contemporáneo ocultando o sacrificando partes esenciales de la verdad bíblica.

Es imperativo poner fin a la inautenticidad, a la servidumbre de la vocación bajo el espíritu profano del profesionalismo, a la repelente contradicción entre lo que se predica y lo que se vive.

En la historia del pueblo de Dios el punto de partida de todo avivamiento, de toda experiencia de restauración, ha sido el arrepentimiento, el reconocimiento, confesión y abandono de los errores o pecados puestos al descubierto por el Espíritu de Dios.

2. Redescubrimiento de la gloria del púlpito

Como hemos señalado repetidamente, el predicador es intermediario entre Dios y el auditorio. Habla a seres humanos, creyentes o no creyentes, envueltos en la complejidad dramática de la existencia en un mundo cuajado de problemas. Son hombres y mujeres que viven experiencias en las que concurren los elementos más contradictorios: la alegría y el dolor, la esperanza y la desilusión, el anhelo noble y el sentimiento de culpa, la actitud heroica y el miedo, la fe y la incredulidad, la certidumbre y la duda. Se ven envueltos en los grandes misterios del espacio y del tiempo, de la vida y de la muerte, de la existencia del mal, del sufrimiento. Ante tales misterios, muchos no sólo se sienten perplejos; se ven atormentados y se percatan del drama impresionante, la tragedia que es la existencia humana.

Además, el predicador sabe que estas realidades están enmarcadas en el cuadro de una creación arruinada moralmente por el pecado. Sabe que lo más horrible en la historia del mundo y en la vida de cada individuo es la enemistad con Dios. Sabe que «la paga del pecado es muerte» en el sentido más amplio y profundo, y que a esa muerte está condenado todo ser

humano a menos que se vuelva a Dios por el camino del arrepentimiento y la fe en Jesucristo. Sí, el predicador es consciente de que lo más grave de la condición humana no es la perplejidad, ni el sufrimiento, ni la injusticia, ni la degradación moral con sus efectos sociales, ni la frustración, ni el temor a la muerte. Lo más grave es que la humanidad entera, sin excepción, está bajo el juicio condenatorio de Dios.

A esas personas debe hablar el predicador. Debe hablarles en nombre de Dios, con el mensaje de Dios. Ha de ser fiel transmisor, no emisor —como vimos en el apéndice precedente— de la Palabra divina, que es palabra eminentemente creadora, vivificadora. Ella fue la fuerza que dio origen a la primera creación (Heb. 11:3) y por su poder, manifestado en la Palabra encarnada, son hechas nuevas todas las cosas (2 Co. 5:17). Ciertamente es que la Palabra de Dios contiene un fuerte elemento de juicio condenatorio sobre los hombres y sus obras. Pero no es ése el elemento definitivo o decisivo. Esencialmente, los mensajes de Dios siempre han sido evangelio, buena nueva. La denuncia del pecado ha tenido siempre por objeto despertar la conciencia y llevar a los hombres a la reconciliación con Dios y al disfrute de sus mejores dones. Por eso la proclamación de la Palabra ha sido siempre anuncio de salvación. Es luz para los que están en tinieblas, ofrecimiento de perdón para los pecadores, de consolación para los tristes, de liberación para cuantos sufren cualquier forma de esclavitud, especialmente la de sus propios hábitos y tendencias pecaminosas, de esperanza para quienes han sucumbido a la frustración, de vida espiritualmente plena para quienes arrastran una existencia vacía de contenido y de ilusión, de vida eterna para quienes se sienten constantemente amenazados por el desastre final: la muerte.

Todo esto es lo que nuestros contemporáneos siguen necesitando, por más que no se percaten de ello. Lo necesitan urgentemente. Las grandes crisis de diversa índole que el mundo está viviendo ponen de manifiesto que sus males no se remedian mediante los recursos de la ciencia y la tecnología, de la sociología y la evolución política. Tampoco pueden estos re-

ursos satisfacer el hambre espiritual que, en el fondo, todo ser humano siente. Hoy resulta harto evidente que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Ésa es la palabra que el predicador es llamado a exponer. Fruto de su labor puede ser la conversión de hombres y mujeres que son arrancados de la potestad de las tinieblas y trasladados al Reino del Hijo de Dios, la gloriosa transformación de vidas arruinadas por el pecado, la consolación de almas atribuladas, la restauración moral de los caídos, el robustecimiento de los debilitados, la elevación de los creyentes, sus hermanos, a alturas superiores de fe, esperanza, amor, en las que hallarán no sólo la plenitud de sentido de sus vidas, sino esferas de servicio donde serán «luz del mundo» y «sal de la tierra». Nada como la predicación puede acercar el cielo a la tierra. Nada puede aportar mayores beneficios.

¡Qué privilegio, qué ministerio glorioso el del predicador! Recuperar la visión de lo que ese privilegio entraña es indispensable para la revitalización del púlpito.

3. *Asunción del elemento profético*

Puede haber diversidad de opiniones en cuanto a la interpretación del «don de profecía» en la Iglesia cristiana y su manifestación en nuestros días. Algunos sostienen que Dios sigue teniendo sus «profetas», a quienes hace sus revelaciones, como antaño, de modo directo, mientras que otros, convencidos de que esa interpretación abre la puerta a mensajes «proféticos» provenientes del espíritu humano, no del Espíritu de Dios, e incluso en desacuerdo con el mensaje bíblico, prefieren limitarse rigurosamente a la Escritura como fuente única de revelación.

Independientemente de que el predicador sea o no carismático, lo cierto es que en su ministerio de proclamación de la Palabra debe haber mucho del espíritu que animó a los profetas bíblicos. Todo predicador debería reunir las mismas ca-

racterísticas que distinguieron a los portavoces de Dios enviados por Él a su antiguo pueblo. En ese sentido podemos hablar del «predicador-profeta», quien presenta los mismos rasgos esenciales de los profetas de la Biblia:

a) *Conoce la situación* existencial, moral y espiritual de sus oyentes, entre los cuales convive en estrecha relación compartiendo sus experiencias, a excepción de sus errores religiosos y sus extravíos morales. El predicador ha de ser un hombre de su pueblo, con el que se identifica en tanto no comprometa la fidelidad de su vocación.

b) *Conoce la Palabra de Dios*, que llega a él con fuerza incontestable, como llegó a Jeremías (Jer. 20:9), a Amós (Am. 3:8) y a tantos otros. No se trata de un conocimiento meramente intelectual, sino vivencial. El contenido de la Palabra ilumina la mente del predicador-profeta, pero al mismo tiempo inspira y transforma su vida, a la par que le induce a su proclamación.

c) *Comunica fielmente el mensaje divino*. Sin adulteraciones: sin añadir ni quitar; sin concesiones ni adaptaciones al pensamiento humano opuesto a la verdad de Dios, sin temor a «desentonar»; no exento de sensatez, de sentido común.

d) *Habla con autoridad*, la autoridad que emana de Dios mismo y de la que está investida su Palabra. La fuerza del predicador no radica en su capacidad intelectual o en su oratoria, sino en que, si es fiel a la Palabra, siempre puede declarar con firmeza: «Así dice el Señor...»

e) *Se expresa con certidumbre*. Si, como cabe suponer, el predicador ha experimentado en sí mismo la acción de Dios, su mensaje llevará la impronta de la certidumbre. Nada hay más penoso e ineficaz que un predicador dominado por la inseguridad en su fe. Toda predicación ha de tener los mismos distintivos que la de Pablo en Tesalónica. Debe llegar a los oyentes «no solamente en palabras, sino también en poder, en el Espíritu Santo, en plena certidumbre» (1 Ts. 1:5). Si algún secreto tiene la predicación eficaz, no es, como indica John

Stott, «el dominio de ciertas técnicas, sino el ser dominados por ciertas convicciones».¹²

f) *Habla con profunda compasión*. Los testimonios de profetas como Jeremías y Oseas nos conmueven. A pesar de las amargas experiencias que hubieron de vivir, no cesaron de amar intensamente a las personas que sólo merecían repudio. Algo de esto puede llegar a conocer el predicador en su propia vida; pero si la Palabra de Dios ha calado hondo en su alma, sus palabras siempre llevarán la unción del amor.

4. *Mejoramiento de la preparación*

Recordemos todo lo expuesto en el capítulo IX. Poco o nada tenemos que añadir aquí. Lo único que podemos hacer es subrayar la necesidad imperiosa de que el predicador se autodiscipline tanto en la continuidad relativa a su preparación general como en lo que concierne a la preparación de sus mensajes.

Normalmente una predicación, como hicimos notar, no debe improvisarse. Exige horas de estudio, de meditación y oración. Frecuentemente el predicador se ve desbordado por un/sínfin de otras actividades que le roban el tiempo que debería dedicar inexcusablemente a preparar su sermón. De ahí que, por importante que sea cuanto hace, resulte imprescindible establecer un orden de prioridades; y difícilmente encontraremos alguna que esté por encima de la predicación. Establecido ese orden de preferencias, el predicador ha de luchar con toda su capacidad y todas sus fuerzas para liberarse de la tiranía de las actividades secundarias.

De igual modo hemos de recalcar lo vital de la preparación espiritual del propio predicador mediante el cultivo constante de su piedad personal. El espacio de tiempo dedicado a la lectura devocional de la Biblia en comunión con Dios, salvo en circunstancias excepcionales, debiera considerarse sagrado. De lo contrario, se corre el riesgo de empobrecimiento interior y

12. *Op. cit.*, p. 92.

de que se produzca el fenómeno tan triste como paradójico, de que mientras el predicador ha de seguir alimentando espiritualmente a su congregación, él mismo carece de la nutrición indispensable. El peligro que a la larga pueda derivarse de ello es realmente serio.

5. *Recuperación del dinamismo de la fe*

Es innegable que los tiempos actuales son difíciles desde el punto de vista religioso y que la predicación del Evangelio tropieza con fuerzas tremendas de oposición. El secularismo de la sociedad con sus secuelas de relativismo y permisividad y la tibieza que predomina en muchas iglesias son una prueba dura para el mensajero de Cristo. No faltan motivos para el desaliento; pero caer en él es añadir una más a las causas de decadencia del púlpito cristiano. El predicador fiel a su Señor no puede permitirse tal debilidad. Como dijera Eliseo a su criado, «más son los que están con nosotros que los que están con ellos» (2 R. 6:16).

Cualesquiera que sean los obstáculos y los adversarios, el predicador ha de seguir confiando gozosamente en el poder perenne de la Palabra de Dios que «vive y permanece para siempre» (Is. 40:8), así como en la divina energía del Espíritu que convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8) y no cesa de hablar a las iglesias para reavivarlas (Ap. 2 y 3). Por eso, aun en las épocas más críticas de la historia no faltarán las minorías de fieles que no doblarán sus rodillas ante los baales de turno. Por eso, aun en las horas de mayor oscuridad, el predicador siempre podrá esperar nuevos amaneceres. En cualquier momento Dios puede irrumpir obrando maravillas. Ese momento puede ser el de una predicación de la que quizás el propio predicador nada extraordinario espera. Somos siervos de un Dios grande, todopoderoso, soberano, capaz de conmover la tierra y transponer montes si nosotros tenemos fe como un grano de mostaza.

Sí, hay poder ilimitado en Dios. Lo hay en su Palabra,

siempre viva y eficaz. Lo hay en el predicador que con fe expectante encarna y proclama esa Palabra.

Si esa fe entra en acción, y si se asumen los demás elementos de renovación que hemos expuesto, la predicación cristiana brillará con el fulgor de sus momentos más radiantes y con indiscutible eficacia. De ese modo los púlpitos decadentes, donde los haya, experimentarán los efectos de su restauración y se convertirán en plataformas de comunicación desde las cuales serán emitidos con poder los mensajes de Dios.